

A woman wearing a colorful, patterned hijab is the central focus, looking directly at the camera with her hand near her chin. She is wearing a large, ornate ring. The background is a desert landscape at night, featuring a large, full moon in the upper left, several palm trees on the right, and a large pyramid in the middle ground. The overall color palette is dominated by blues, purples, and golds.

# Sueños De Luzuna

Leo  
Mazzola

Quedan prohibidos la reproducción total o parcial de este libro, la incorporación a un sistema informático, la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo del autor/editor. La infracción de los derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

## **SUEÑOS DE LUNA**

© Todos los derechos reservados

**Autor: Leo Mazzola**

<http://www.leomazzola.com/>

<https://www.facebook.com/leo.mazzola.96>

<https://twitter.com/LeoMazzolaE>

<https://plus.google.com/+LeoMazzola/posts/p/pub>

**Diseño de portada: Maialen Alonso**

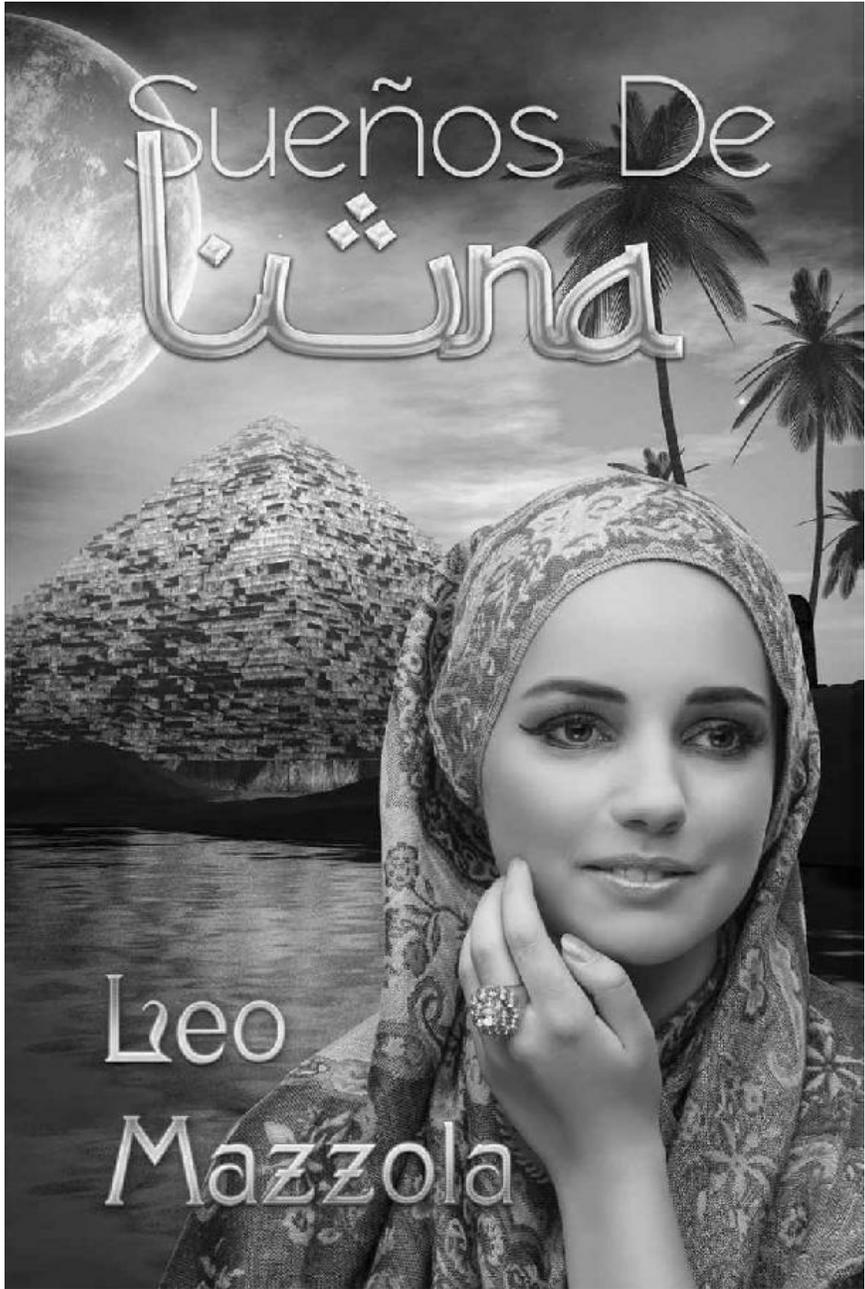
<http://maialenalonsooficial.blogspot.com.es>

<https://www.facebook.com/maydesingsbooks>

<http://maialonso34.wix.com/maydesings>

**Maquetación: Maialen Alonso**

1ª Edición: Septiembre, 2018



Sueños De  
Luna

Leo  
Mazzola

*Nuestros complejos son la  
fuente de nuestra debilidad;  
pero con frecuencia, son también  
la fuente de nuestra fuerza.*

**Sigmund Freud** (1856 – 1939)

Médico neurólogo austríaco,  
considerado el fundador del psicoanálisis.

# CAPÍTULO I

De nuevo Sergio se encontraba allí, en la clínica de terapia psicológica que se había convertido en su segundo hogar. Dentro de poco se cumplirían dos años desde que comenzó el tratamiento, muy intensivo al principio con dos sesiones por semana, que fueron reduciéndose paulatinamente hasta convertirse en la actual visita mensual.

Apenas faltaban veinte días para ese nefasto aniversario. El calendario jamás tiene clemencia, inexorablemente te obliga a recordar, a visualizar la escena, a inundarte de dolor. Sientes un escalofrío en tu cuerpo y aprietas fuertemente los puños para impedir que tus manos evidencien su temblor. Los ojos muy abiertos, inundados de un mar de sal, evitando que parpadeen para que las lágrimas no rebosen de los párpados y resbalen por las mejillas. La mirada buscando anhelante un punto de atención donde distraer la angustia, donde esconder la desazón.

Esta cita no estaba programada. La secretaria de Jaime Rubio, su psicólogo, le había llamado a los pocos días de su última sesión para concertar una nueva visita, sin darle ninguna explicación sobre los motivos. Él tampoco preguntó, aunque sospechaba que quizá tuviera que ver con los sucesos que le había relatado en esta última ocasión. Había advertido su cambio de semblante, más evidente aun cuando le confesó que le ocurría desde unos meses atrás, y que si lo había omitido hasta ahora era porque no lo había considerado relevante. El psicólogo intentó disimular su expresión de disgusto ante esta falta de sinceridad, o quizá de confianza.

—Ya puede pasar señor Fonseca —le indicó la secretaria.

Sergio asintió con la cabeza y se levantó aliviado del cómodo sofá de color blanco de la sala de espera. Al menos durante los próximos minutos distraería su atención en otros menesteres, aunque la sombra de ese trágico recuerdo continuaría ahí, a su lado, acechándole con indolencia, esperando su ocasión para torturarlo una vez más.

—¡Hola Sergio! Pasa y siéntate —le saludó el psicólogo levantándose de su sillón detrás del escritorio y acercándose a él.

—Buenas tardes, Jaime —le contestó correspondiendo al saludo y estrechándole la mano.

—Imagino que te habrá sorprendido mi llamada antes de la próxima cita que habíamos convenido.

—Pues sí, no lo esperaba.

—En realidad ha sido idea del doctor Viñals. Quiere verte ahora.

—¿Va a cambiarme la medicación?

—Eso lo ignoro. Como tú sabes, Sergio, él es el director de esta clínica, y como psiquiatra es el máximo responsable de tu terapia. He advertido cambios significativos en tu evolución y los he puesto en su conocimiento. Después de esa reunión que mantuvimos, él ha considerado conveniente modificar tu tratamiento.

—¿Qué cambios? ¿En qué sentido quiere modificarlo? —respondió Sergio con un gesto de incredulidad.

—Lo mejor es que él te lo explique directamente.

Sergio enmudeció durante unos instantes. No estaba preparado para algo así. Había imaginado que quizá el psicólogo quisiera tener una nueva sesión con él sin esperar a su cita periódica mensual, probablemente para profundizar en las novedades que le había confesado, pero en absoluto se esperaba esto.

Jaime observó el semblante de consternación de Sergio, y su sorpresa también. Intentó tranquilizarle:

—Ya sabes que nuestra pretensión es ayudarte de la mejor forma posible.

—Supongo que sí —contestó lacónicamente.

—Quizá sea el momento de iniciar una nueva etapa.

—Pero... ¿a qué te refieres exactamente? —le increpó.

—Por deferencia al doctor Viñals prefiero no anticiparte nada. Una vez él te lo haya expuesto puedes volver a hablar conmigo si lo estimas necesario.

—Como quieras —respondió Sergio sintiendo como si un vacío se abriera ante sus pies.

El psicólogo cogió el teléfono y marcó una extensión interna.

*«Tengo aquí a Sergio Fonseca... Muy bien, ahora le digo que vaya a verte»*

—El doctor te recibirá ahora —dijo Jaime levantándose de su asiento y rodeando el escritorio con la pretensión de acompañarlo.

—No hace falta, sé dónde está su despacho —se anticipó Sergio visiblemente molesto por la situación.

El psicólogo detuvo su movimiento y sus labios se entreabrieron, pero de su boca no brotó palabra alguna. Instantes después, mientras Sergio se dirigía a la puerta, le dijo:

—Ya sabes que me tienes aquí para lo que necesites.

No respondió. Abrió la puerta y la cerró suavemente tras él. Tenía una sensación extraña que en ese momento estaba intentando procesar. Se sentía como traicionado, y también desamparado ante una nueva situación que no había podido predecir. Le había costado mucho conseguir una cierta estabilidad, y la rutina le había ayudado a ello, pero por otra parte sentía miedo hacia cualquier cambio. Toda novedad le producía inquietud.

Lentamente se acercó a la puerta del despacho de su psiquiatra. Respiró hondo y la golpeó suavemente con los nudillos. Esperó hasta que escuchó «pase» y la abrió.

—Buenas tardes señor Fonseca. Siéntese por favor —le dijo el doctor sin levantarse de su asiento.

Sergio obedeció en silencio. Cuando ya había ocupado un sillón frente a la impoluta mesa de despacho, el médico continuó:

—Imagino que Jaime le habrá expuesto los motivos de mi interés por tener una reunión con usted.

—La verdad es que no ha sido nada explícito. Simplemente me ha dicho que usted deseaba verme para efectuar una modificación en mi tratamiento. No ha querido anticiparme nada.

—Bien, quizá sea mejor así.

Durante unos segundos el doctor observó el rostro de su paciente advirtiéndole su inquietud. Sergio a su vez también le miraba fijamente a los ojos deduciendo que con esa pausa su psiquiatra estaba valorando la mejor forma de exponerle lo que tuviera que decirle.

Instantes después el médico continuó:

—Como bien sabe señor Fonseca, usted lleva ya mucho tiempo acudiendo a nuestra clínica. El suyo era un caso grave de estrés postraumático y desde ese enfoque se trató el tema, pero cada persona es un mundo y evoluciona de forma diferente.

—¿Quiere decir que no he progresado como debiera?

—Su progreso ha sido evidente en muchos sentidos pero el tratamiento debería haber finalizado hace ya algún tiempo. Usted ha ido superando las distintas etapas que son consecuencia de un episodio tan trágico como el suyo. En primer lugar la negación, entendida como la incapacidad de aceptar el suceso, la sensación de irrealidad y el bloqueo emocional. Después la rabia, la desesperación y la depresión. Incluso ha superado también la fase de culpabilidad.

El doctor hizo una pausa en su exposición, momento en el cual Sergio aprovechó para decir simplemente:

—¿Y?

—La última fase es la aceptación —prosiguió el doctor Viñals—, y pensamos que aún no la ha superado.

—No hay más remedio que aceptar lo inevitable. Precisamente creo que esta es la fase más sencilla de superar —contestó Sergio algo irritado.

—No si usted la entiende de esa manera, como una sumisión, o mejor dicho, una rendición ante su destino.

—¿Acaso no lo es? Debo asumirlo quiera o no. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Aceptar una desgracia significa aprender a vivir con el dolor de su recuerdo a la vez que rehacemos nuestra vida.

—Es lo que he hecho desde hace unos meses.

—No exactamente. Usted tuvo la baja por depresión y no volvió a tener contacto con su profesión hasta más de un año después, mientras se refugiaba en una burbuja a la que no permitía acceder ni a sus familiares ni a sus amigos. Luego, en contra del criterio de su psicólogo, cambió de residencia e incluso de lugar de trabajo.

—Sí, con la pretensión de empezar una nueva vida.

—Efectivamente, y es muy loable, pero creo que Jaime le explicó que eso es conveniente una vez superada la fase de aceptación. De no ser así se convierte tan solo en una huida.

—Yo no compartía esa apreciación.

—¿Acaso no reconoce que esa decisión ha sido un medio para escapar del dolor?

Sergio dudó en ese instante. Ya había tenido esa misma discusión con Jaime, el psicólogo.

—Por supuesto que sí, lo reconozco, me resulta intolerable ese vacío, esa ausencia. Tampoco puedo soportar la condescendencia de mis amigos, ni todo aquello que me hace recordar... Creo que intentar escapar de ese dolor, es la única forma que tengo de superarlo.

—Evadir los recuerdos, lo mismo que deshacerse de las pertenencias, no ayuda en esa tarea de superación. Es tan perjudicial como la actitud de las personas que pretenden mantenerlo todo en su lugar como si nada hubiese ocurrido, como si aún estuviera presente en su vida. Por mucho que nos cueste hay que aprender a vivir con ese dolor, y para ello debemos enfrentarnos a él.

—Bien, de acuerdo, según usted no he superado aún esa etapa. ¿Y qué es lo que pretende ahora!? —preguntó Sergio cuya irritación aumentaba por momentos.

—Por favor señor Fonseca, no me vea como su enemigo. Yo solo pretendo ayudarle.

—Lo siento, perdone mi tono.

—Jaime ha realizado un excelente trabajo con usted, aunque no le haya hecho caso en algunas de sus recomendaciones. Pero ahora quizá represente

más un obstáculo que una solución para su total recuperación.

La expresión de asombro de Sergio fue más que evidente.

—¿Un obstáculo? Tengo plena confianza en él —afirmó tajante.

—Lo sé perfectamente. Pero se ha convertido en su único amigo, en su único confidente, un bastón en el que apoyarse para mantener su estabilidad. Pero no es suficiente, pretendemos que sea capaz de caminar por sí mismo. Ya es hora de abandonar las muletas.

—Pero usted mismo me acaba de decir que *«no he superado aún la fase de aceptación»* —Sergio puso especial énfasis al pronunciar estas palabras —, y ahora pretende dejarme solo.

—No, en absoluto, sigue necesitando ayuda, pero con otro tipo de terapia.

El rostro de Sergio no podía ocultar su incredulidad. El doctor Viñals lo advirtió, y pensó que quizá era mejor empezar a exponerle su propuesta sin más dilación.

—Estoy al corriente de los cambios que ha experimentado usted en los últimos meses, y de los que su psicólogo ha tenido noticias en la última sesión que tuvo con él —le comentó con cierto tono de reproche.

—No le di importancia en su momento. Pensé que se trataría de algo pasajero.

—Y ahora en cambio resulta inevitable.

—Efectivamente. Ya no aparece solo en mis sueños, sino que está presente en mi vida diaria, en cualquier momento y lugar.

—Y esa mujer que surgió súbitamente en sus sueños..., ¿se parece a alguien que conozca?

—No —afirmó Sergio con rotundidad.

—¿Se siente atraído por ella?

Sergio dudó durante unos instantes. En realidad no se había planteado aún esa cuestión. Finalmente respondió:

—Quizá sí, en cierto modo, no sé...

—¿Y en esos sueños, o incluso ahora ya en pleno estado de consciencia..., ha tenido algún tipo de fantasía sexual con ella?

—¡Claro que no! —respondió enérgicamente.

—No sería algo extraño. Tengo entendido que usted sigue sin tener vida social...

—No siento necesidad de tenerla.

—Bien. Quiero proponerle que acuda a la consulta de un colega mío. Un psicoanalista.

—¿¡Qué!?! ¿Un psicoanalista? ¿Para qué? ¿Cree que me estoy volviendo loco? Ya tengo un psicólogo, con el que estoy muy bien por cierto, y a usted como psiquiatra... —Sergio no podía ocultar su desconcierto.

—Me ha preguntado para qué —dijo el doctor Viñals haciendo caso omiso al resto de sus preguntas—. Cuando usted acudió a nuestra clínica lo que necesitaba era recuperar su equilibrio, su bienestar psicológico, gravemente dañado por un fuerte trauma emocional. Jaime, como psicólogo clínico, era el profesional más adecuado para efectuar esta terapia, pero ahora debemos afrontar un problema diferente.

—¿Y cree que tumbándome en un diván y contándole a un desconocido las fantasías sexuales de mi niñez va a resolverse? —dijo Sergio en tono irónico a punto de levantarse en ese mismo instante y abandonar la consulta del psiquiatra.

—Eso es un estereotipo. El psicoanálisis parte de la premisa de que no tenemos un control consciente sobre algunas de nuestras experiencias vividas, y explora cómo estos factores inconscientes afectan a nuestros patrones de pensamiento, emoción y comportamiento.

El doctor hizo una pequeña pausa y a continuación prosiguió con su argumento:

—Usted mismo ha reconocido que esa mujer comenzó a aparecer en sus sueños hace ya algunos meses, y que se trata de una persona totalmente desconocida. Y que ahora también se le presenta en estado consciente, es decir, en cualquier momento del día, y de forma involuntaria.

—Sí, es cierto —admitió Sergio.

—Y lo que quizá es más grave aún, manifiesta que está desarrollando una imperiosa necesidad, por no decir «obsesión», por buscarla y encontrarla. ¿No es así?

—Sí.

—Pues creo que quien mejor puede ayudarle en este aspecto es el doctor Baumann, el psicoanalista que le recomiendo.

Sergio guardó silencio durante unos instantes. Ya no sentía esa irritación, muy al contrario, las palabras del psiquiatra le habían infundido esperanza. Precisamente le estaba abriendo la puerta a ese camino que él estaba intentando encontrar y recorrer.

—De acuerdo —respondió finalmente.

—Muy bien señor Fonseca. Me alegro de que acepte mi propuesta —dijo el psiquiatra mientras sacaba un impreso de uno de los cajones de su mesa—. Esta es una autorización para que podamos cederle al doctor Baumann sus datos e historial clínico. Es imprescindible que él lo conozca.

—Lo comprendo —dijo Sergio apresurándose a firmarlo—. ¿Y la medicación?

—De momento siga con el ansiolítico que está tomando. El doctor Baumann también es psiquiatra, así que él le prescribirá lo que estime oportuno cuando comience el nuevo tratamiento. Aquí tiene su tarjeta.

—Gracias. Le llamaré para pedirle cita.

—No hace falta. Yo le voy a llamar ahora y le contaré su caso. Su secretaria se pondrá en contacto con usted para concertarle una primera visita.

—Ah, muy bien. Esperaré su llamada entonces.

—De acuerdo. No obstante, si no está satisfecho con su nueva terapia, o le surge cualquier otro tipo de problema, siempre puede volver aquí y contarnos a Jaime o a mí lo que le ocurre —dijo el doctor Viñals levantándose de su asiento y dándole la mano a Sergio.

—Muchas gracias por todo. Espero que este nuevo tratamiento me ayude

—respondió reconfortado abrazando la mano del doctor.

—Estoy convencido de que así será.

Sergio abandonó la consulta sintiendo en su interior un hálito de esperanza. Durante más de una hora estuvo deambulando por las calles de Madrid sin rumbo fijo, disfrutando del ocaso, de los tímidos rayos de sol en aquella fresca y apacible tarde primaveral. La inquietud y desazón que le había producido conocer que su psicólogo, al que también consideraba su amigo, dejaba de ser su terapeuta, se había transformado ahora en optimismo e ilusión.

En un primer momento había pensado que Jaime intentaría combatir la existencia de esa desconocida mujer, la que apareció sin previo aviso en uno de sus múltiples sueños, y que ahora se había instalado definitivamente en su vida cotidiana. Probablemente lo considerara nocivo para su recuperación, un pensamiento «obsesivo» que tendría que erradicar, y de ahí que se lo hubiese ocultado hasta ahora.

Necesitaba encontrar respuestas, o mejor aún, encontrarla a ella, a Luna.

Sí, tenía un nombre, resultaba necesario, ya no era una extraña. Surgió de forma tan imprevista como su imagen, sin saber por qué, pero un día la llamó así en su pensamiento. Hablaba con ella, le preguntaba más bien, aunque sin obtener respuesta alguna. Pese a ello, su muda compañía le reconfortaba.

La buscaría, estaba convencido de su existencia, y quizá ese psicoanalista le ayudara a encontrarla.

\* \* \*

## CAPÍTULO II

—¡No le quitas el ojo de encima! —Exclamó Bea mirando con picardía a su amiga y compañera Alba—. Al final se dará cuenta si no lo ha hecho ya.

—¿Tú crees? Pienso que no se enteraría aunque yo fuera un elefante —sonrió la aludida.

—La verdad es que quizá tengas razón. Siempre está como ausente. Pero todos los demás sí que nos damos cuenta. Incluso Carmen, que parece querer competir contigo.

—Esa zorrita coquetea con todo el mundo.

—Sí, pero aunque solo sea por fastidiarte parece que últimamente está más interesada en él.

—Lo verá como un reto. En realidad no le hace caso a ninguna. Es un hombre un poco extraño.

—La verdad es que no está nada mal. Tiene «su aquél». ¿A ti te gusta, no?

—Me parece interesante.

—¿Sólo eso?

—Mujer, físicamente está muy bien, no se le puede negar. Una complexión fuerte, ojos negros y profundos..., y las manos, son muy bonitas, viriles y a la vez delicadas.

—Mal asunto. Si te has fijado ya en sus manos es que anhelas que te toque.

—¡Anda ya! Hoy tienes ganas de chincharme.

—¿Y qué me dices de su boca? Vaya labios, por favor. Son de pecado.

—¿Ahora quién se ha fijado en qué? Me voy a chivar a Luis, tu marido.

—Oye, que yo solo constato un hecho —se defendió Bea.

—Lo mismo he hecho yo al referirme a sus manos.

—Vale, de acuerdo, dejémonos ya de tonterías. El chico está muy bien y te gusta. Eso es todo.

—No sé si me gusta. Me parece interesante, ya te lo he dicho, pero en estos tres meses que lleva aquí apenas he podido tener unas palabras con él.

—No da pie. Aquí estamos todos en la sala de profesores tomando un café y conversando entre nosotros, y él en cambio, ahí solo, leyendo el periódico. No parece querer relacionarse con nadie.

—Y menos con las chicas. Me he dado cuenta de que es más receptivo con los hombres. A nosotras en cambio parece que nos huya.

—A ver si...

—Pues no sé, Bea. El otro día estaba a mi lado junto a la cafetera esperando que terminara de ponerme un café, y cuando me giré lo rocé intencionadamente.

—¿Y?

—Se apartó como si le hubiese picado una abeja. Incluso se disculpó.

—Rarito, rarito.

—Sí. El caso es que lleva una alianza.

—Ya me he fijado en ella. Pero aunque estuviese casado no tendría por qué comportarse de ese modo. Tan reservado, tan introvertido... Yo creo que más bien sería lo contrario.

—Podíamos preguntarle a Carmen. En secretaría tendrán su ficha...

—¿A esa? Ni hablar. A los dos minutos todo el mundo sabría que estás interesada en él.

—Pues es lo primero que me gustaría saber.

—Claro, pero quizá yo lo pueda averiguar por otro medio.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—El otro día le escuché hablando con Arturo. Le decía que antes de incorporarse aquí estaba de profesor en el Instituto Calderón de la Barca. Tengo una amiga que trabaja en ese centro. Quizá le conozca y me pueda decir algo sobre él. Esta noche la llamo.

—¡Genial!

—Venga, vámonos Alba, que ya ha sonado la campana.

\* \* \*

Sergio abandonó la sala de profesores, y mientras se dirigía por el corredor hacia su clase sintió la vibración de su móvil en el bolsillo del pantalón. Se apresuró a cogerlo. En la pantalla aparecía un número que no tenía registrado.

—¿Sí, dígame?

—¿Don Sergio Fonseca?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la consulta del doctor Baumann para concertarle una cita. ¿Le viene bien el próximo miércoles cuatro de mayo a las siete de la tarde?

—Sí, perfecto.

—Muy bien. Anotado queda. Llámenos por favor si no pudiera asistir.

—Por supuesto.

—Adiós señor Fonseca.

Sergio suspiró aliviado. Anoche no había podido conciliar el sueño. La ansiedad, la excitación, y un incomprensible temor se lo impidieron. Deseaba cuanto antes recibir esa llamada y abrir una nueva puerta a la esperanza.

Aún faltaba una semana para esa primera cita con su psicoanalista. Tendría que controlarse mientras tanto, y para ello lo mejor era rebajar sus expectativas. En realidad nada le aseguraba que en esta nueva terapia pudiera encontrar las respuestas que tanto necesitaba. Quizá se había ilusionado en exceso, y eso no le convenía. Si resultaba un fracaso su frustración sería enorme, y la depresión volvería a adueñarse de él.

Por primera vez desde que inició el tratamiento psicológico sentía una motivación por ver amanecer un nuevo día. La vida dejó de tener sentido para él, nadie le esperaba ya, ni le necesitaba tampoco, ¿para qué seguir viviendo entonces? Ahora en cambio, esa mujer de sus sueños le había proporcionado una razón para ello, aunque solo fuera por encontrar su significado. ¿Quién era ella? ¿Por qué aparecía en su mente sin previo aviso? ¿Qué pretendía?

\* \* \*

A la mañana siguiente cuando Alba llegó al instituto, Bea se encontraba en la puerta del patio, parecía estar esperándola. En contra de su habitual expresión de somnolencia a esas tempranas horas del día, hoy sus ojos lucían con un brillo especial. Rápidamente recordó la conversación del día anterior, quizá tuviera noticias para ella, pero se abstuvo de preguntarle. Simplemente la saludó con un comentario:

—Vaya, hoy parece que Luis te ha dado un buen despertar.

—Lo intenta a menudo pero siempre vamos con el tiempo pillado.

—Pero mujer, seguro que con diez minutos ya tiene suficiente —dijo Alba sonriendo.

—¿Diez? Y con cinco también le sobraría tiempo, jajaja. Un día me adelantó la alarma del despertador un cuarto de hora sin que yo me enterara, a ver si así no le ponía excusas...

—¿Y qué pasó?

—Pues lo que tenía que pasar. ¿Qué iba a hacer? No es una buena hora para mí, mi libido se despierta aún más tarde que yo, pero a él en cambio... También es cierto que luego la ducha te sienta genial, jajaja. Pero vamos, que hoy no ha habido nada de eso.

—Ahhh... ¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—Vamos Bea, que nos conocemos, tienes algo que contarme. No te andes con rodeos.

—¡Caray! Parezco un libro abierto.

—Para mí lo eres.

—Bueno, pues vale, te lo contaré. Con lo que a mí me gusta crear expectación..., y no me dejas.

—Quedan cinco minutos para que empecemos las clases y no voy a esperar hasta el recreo para que me lo cuentes. ¡Suéltalo ya!

—¡Vaaale, pesada! Anoche hablé con mi amiga del Instituto Calderón de la Barca.

—¿Y?

—Es viudo.

—¡Anda! ¿Tan joven? No podía sospecharlo.

—Ahora entiendo su actitud. No hace todavía dos años que su mujer y su único hijo murieron en un accidente de tráfico.

—¡Dios mío! ¡Qué fuerte!

—Pues sí. Menudo palo.

Alba se quedó realmente consternada. No podía imaginarse una desgracia semejante.

—Y el niño..., sería muy pequeño, ¿no?

—Tres años.

—¡Joder! ¡Qué puta es la vida!

—Hay algo más —comentó Bea mientras se dirigían a las clases.

—Dime.

—A él le dieron la baja por depresión, y ha estado así hasta estas navidades. Quiso reincorporarse después de reyes pero no en el Calderón de la Barca. Pidió el traslado, pero claro, con el curso ya empezado... Mi amiga no sabía nada de él, no ha vuelto a tener contacto con sus antiguos compañeros. Yo le he contado cómo ha llegado aquí, para cubrir la baja por maternidad de Merche.

—Sí, eso es lo único que sabíamos de él, que venía para hacer esa sustitución. Por eso al principio entendía que no se relacionara en exceso, al fin y al cabo su estancia aquí era provisional.

—Claro. Bueno, hay que trabajar. Nos vemos en el descanso.

—Hasta luego Bea.

Alba se dirigió hacia su clase de lengua y literatura de segundo de bachiller, algo aturdida aún por la noticia que terminaba de escuchar. Se imaginaba que a ella le hubiese ocurrido algo así. Le resultaba sencillamente aterrador.

Durante los dos años que había convivido con su ahora expareja Héctor, no se planteó en ningún momento tener un hijo. Deseaba ser madre, por supuesto, pero solo cuando en su hogar existiera el ambiente y la estabilidad necesarios para tomar esta decisión, y ese supuesto nunca llegó a darse con Héctor. Ahora se alegraba enormemente de haber evitado quedarse embarazada. Ese hijo hubiese significado una conexión de por vida con un hombre al que jamás deseaba volver a ver.

Entró en el aula, subió a la tarima y comenzó a instalar su ordenador portátil. En esta ocasión no pidió silencio a sus alumnos permitiendo que continuara el ambiente bullicioso previo al inicio de la clase. Con ello de alguna manera amortiguaba el impacto del trágico suceso que terminaba de conocer. En ese momento sentía una pena inmensa por ese hombre, por Sergio. Ahora entendía mejor esa tristeza infinita que en alguna ocasión le había parecido vislumbrar en sus ojos. Amable, correcto, educado..., pero distante y reservado, era todo lo que se desprendía de su actitud. Pero ¿cómo era él antes de ese trágico accidente?

Ahora tenía que apartar de su mente esos pensamientos. Afortunadamente hoy tenía que impartir un tema que le resultaba apasionante: La obra teatral de José M<sup>a</sup> del Valle-Inclán, un autor por el que sentía una gran pasión. Se iba a centrar especialmente en el período posterior a 1920, situándola previamente dentro de su contexto. Frente al tipo de teatro que triunfaba entonces ante el gran público, como la comedia burguesa de Jacinto Benavente, el teatro poético de Eduardo Marquina o los hermanos Machado, y el cómico de Arniches, Quintero o Pedro Muñoz Seca, había surgido el teatro innovador de Valle-Inclán con el «esperpento» y el de García Lorca con su vanguardista “*La casa de Bernarda Alba*”. A este último le dedicaría la próxima clase.

Para ella Valle-Inclán estaba de moda por su contenido, muy de actualidad hoy en día. Él retrataba una España caduca, enfermiza, sin arraigo ni ética, donde la tragedia se vuelve esperpento, introduciendo la crítica social, el pesimismo y el desengaño. Hoy se centraría en la obra “*Luces de Bohemia*”, un descenso a los infiernos de la sociedad madrileña de entonces.

Y para ilustrarlo, después de una exposición general, tenía preparadas unas secuencias de la adaptación que el cineasta Mario Camús había realizado de esta obra, y también algunos fragmentos en vídeo del montaje teatral de *La*

*Ortiga TDS.*

Alba, a sus treinta y un años, era una de las profesoras más valoradas por los estudiantes de bachillerato de su instituto. Amante de las artes escénicas, conseguía captar la atención de sus alumnos y convertir una asignatura «rollo», en una experiencia atractiva y apasionante. Y para ello empleaba habitualmente los medios audiovisuales de que disponía. *«No se puede estar hablando una hora de la generación del 98 y esperar que los alumnos te presten más de diez minutos de atención. Hay que mostrarlo, y hacerles partícipes de ello»* —decía.

Y esa participación la conseguía con los pequeños fragmentos teatrales que montaba a lo largo del curso escolar. De hecho había conseguido formar un grupo de teatro amateur con antiguos alumnos del instituto representando obras en colegios y centros sociales de Madrid.

Todo estaba ya a punto. En la pantalla de proyección se visualizaba la primera diapositiva del *power point* que había preparado. Alzó los ojos y observó a sus alumnos con atención. Era la única forma de poder eludir la imagen de Sergio en su mente. Poco después pronunció sus habituales palabras: *«Silencio, por favor, vamos a comenzar. Don Ramón María del Valle-Inclán...»*

\* \* \*

Nada más llegó el momento del almuerzo, Alba se apresuró a ir a la sala de profesores para hablar con Bea. Una idea le había estado rondando por la cabeza durante las clases.

No había llegado aún, así que se puso a preparar un café mientras sacaba de su bolso el pequeño tentempié que se traía de casa. Se sentía hambrienta. No pudo esperar a que el humeante y aromático líquido negro terminara de salir por la cafetera, y estando de pie le dio un primer bocado a su sándwich de pan integral, jamón de york, tomate y brotes de soja.

Con el bocata en una mano y la taza de café en la otra, Alba se giró, y allí estaba él, esperando su turno, en esta ocasión a una prudencial distancia de al menos un metro, mientras hojeaba su periódico.

*«Qué diferente te resulta una persona cuando sabes algo importante*

*sobre su vida»* —pensaba mientras le observaba.

De pronto Sergio alzó sus oscuros ojos y la miró. «¡Mierda! ¡Me ha pillado, aquí, como una boba, quieta y de pie mientras le miraba!»

Antes de que pudiera reaccionar Sergio le preguntó con voz dulce:

—¿Has terminado?

—Sí, sí, claro, no sé dónde tenía la cabeza. Aún estaba pensando en la última clase que he dado —respondió Alba intentando disimular su situación.

«*Eso, estropéalo más aún, seguro que se ha dado cuenta»* —se reprendía a sí misma.

—No es de extrañar. Por lo que he oído tus clases son muy divertidas —alegó Sergio esbozando una ligera sonrisa.

—Intento que los alumnos se lo pasen bien aprendiendo, aunque creo que la que más disfruta soy yo.

«*Debería estar prohibido dejarte sonreír con esos labios de pecado. Demasiada provocación»*.

—Las mías en cambio son bastante tediosas, y eso que el inglés les interesa, saben que les resulta útil, pero la gramática no deja de ser un peñazo.

—Lo mismo me ocurre a mí con la ortografía y sintaxis de la lengua castellana. Memorizar, además de aburrido, les cuesta mucho, y yo lo entiendo, son muchas y variadas asignaturas, pero hay formas más amenas de conseguirlo. Quizá podríamos colaborar tú y yo en ese sentido.

—Ah ¿sí? —respondió con expresión de sorpresa.

—¡Ahí está Bea! Bueno, te dejo, ya seguiremos hablando de esto.

—Sí, claro —dijo Sergio algo atónito mientras ella se separaba de él en busca de su amiga.

«*Era mejor que cortara yo antes de que lo hiciera él»* —pensó.

Cuando llegó a la altura de Bea, esta le susurró al oído:

—¿Qué haces ahí de cháchara con Sergio? ¿Te enteras de que es viudo y ya vas a por él? Respeta un poco el duelo, mujer —dijo en tono irónico.

—Ha surgido sin querer. De hecho creo que ha empezado él.

—Me extraña, pero bueno, si tú lo dices... ¿Y de qué hablabais?

—Nada, cosas de clase. Pero lo que quiero comentarte es otra cosa, y ya nos queda poco tiempo.

—Acompáñame a ponerme el café y me lo vas contando. ¿De qué se trata?

—Desde que esta mañana me has contado la tragedia de Sergio no he dejado de darle vueltas.

—¿Vueltas a qué?

—Pues que ahora que lo sabemos no podemos estar indiferentes ante lo que le ha ocurrido.

—No sé a qué te refieres con lo de estar «indiferentes».

—Mujer, antes pensábamos que simplemente era un hombre introvertido y muy reservado, sin deseos de comunicarse ni de establecer relaciones. Pero en realidad se trata de una persona que debe sentirse muy sola y necesitada de ayuda.

—Que buena samaritana te has vuelto ¿A dónde quieres ir a parar?

—Este sábado es tu cumpleaños.

—Sí. Precisamente el viernes pensaba traer unas cosillas para picar, como ya es costumbre entre nosotros.

—Podías organizar una pequeña fiesta en tu casa, una merienda a base de canapés y cosas así...

—Y querrás que lo invite a él, claro —comentó Bea con picardía como un pensamiento en voz alta.

—De eso se trata.

—¿Pero no entiendes que tendría que invitar a todos nuestros compañeros?

—¿Por qué? Basta con que invites a dos o tres, o cuatro como mucho.

—Mujer, porque los demás se pueden sentir agraviados.

—Pues no, porque ellos no están en la situación de Sergio.

Bea se quedó unos instantes en silencio madurando la propuesta de Alba.

—Tengo que consultarlo con Luis.

—Venga Bea, que tu marido hace todo lo que quieres.

—Ya, pero igual tiene otros planes para el sábado.

—Eso sí, claro, no lo había pensado —respondió Alba sin poder evitar su desencanto.

—Esta noche hablo con él y te digo algo. Intentaré convencerlo si me pone trabas —dijo Bea procurando animar a su amiga.

—Mañana ya es jueves. No podemos esperar al último día para invitarlos.

—Lo sé.

—Bien, pues ya me dirás mañana. Venga, vámonos o llegaremos tarde a las clases.

—Sí, vamos.

Mientras caminaban apresuradamente por el corredor del instituto, Bea no dejaba de pensar en Alba. Por fin, después de casi dos años, la veía motivada hacia un hombre. Quizá solo fuera compasión, o quizá algo más, pero en todo caso ver ese atisbo de ilusión en sus ojos la reconfortaba. Su fracaso sentimental con Héctor, su expareja, le había hecho perder el deseo de tener nuevamente una relación seria con un hombre. Salía de vez en cuando, incluso le permitía algún desahogo sexual a su cuerpo cuando el chico le resultaba atractivo, pero se negaba a cualquier clase de compromiso.

Cuando te decepciona un hombre del que te has llegado a enamorar, las secuelas son inevitables, pero en el caso de Alba mucho más aún por lo dramática que resultó su ruptura. Héctor se negaba a aceptarla, y afortunadamente, su ingreso en prisión facilitó que ella pudiera abandonarlo, al menos por el momento.

\* \* \*

## CAPÍTULO III

En esta ocasión era Alba la que esperaba impaciente la llegada de Bea en la puerta exterior del instituto. Nada más la vio supo cuál era la respuesta que le iba a dar. Aun así intentó disimularlo.

—¿Qué? —le preguntó fingiendo no sospechar nada.

—¿Qué de qué?

—Bea...

—Vale. Sí, de acuerdo, vamos a hacerlo.

—¡Estupendo! ¿Luis te ha puesto alguna pega?

—Me ha insinuado que después tendré que compensarlo.

—Ay Bea, siento que tengas que sacrificarte —dijo Alba con ironía.

—Por cumplir los deseos de una buena amiga estoy dispuesta a todo —respondió con una sonora carcajada.

—¿Y has decidido a qué compañeros vas a invitar?

—Pues había pensado en Arturo, ya que le hemos visto en alguna ocasión hablando con él, y a su mujer, claro. Además invitaremos a Mario y Vanesa, que también son amigos tuyos, y a Ricardo y Miriam. Con eso ya seríamos diez. Creo que es suficiente, ¿no?

—Yo creo que sí.

—Con Carmen también ha hablado de vez en cuando...

—¿Y qué?

—Mujer, si se trata de que se sienta arropado entre gente desconocida...

—Ya nos tiene a nosotras dos, y a Arturo. Es suficiente, ¿no crees?

—Yo es que no quiero follones después.

—¡Pero si tú no tragas a Carmen!

—Mujer, tampoco es eso. Pero ya sabes que después le gusta mucho darle

al pico, y seguro que le molesta que no la invite, y más yendo Sergio.

—Sí claro, a ella le gustaría ir para pavonearse como siempre delante de todos. Le encanta ser el centro de atención. Seguro que hasta coquetearía con tu marido —dijo Alba enojada por la sugerencia de su amiga.

—Hay que reconocer que tiene arte para eso —respondió Bea haciendo caso omiso al comentario de su amiga.

—Lo que no tiene es vergüenza. Es una calienta braguetas. No sé cómo puedes estar pensando en invitarla. Mira, mejor lo dejamos y ya está.

—A ti no te cae nada bien, eh.

—¿Y a ti sí?

—Qué va, para nada.

—Entonces no sé por qué la quieres incluir. ¿Por miedo a sus críticas? Pues yo me las pasaría por donde tú sabes.

—A mí es que no me gusta tener malos rollos con los compañeros.

—Te lo acabo de decir Bea. Sí crees que esto te puede ocasionar algún problema, pues lo olvidas y ya está. Al fin y al cabo Sergio no es amigo nuestro, solo un compañero al que apenas conocemos. No tenemos ninguna obligación con él.

—Ya, pero tú quieres ayudarle.

—Yo imagino que, dadas sus circunstancias, le vendría bien relacionarse un poco. Igual estamos aquí discutiendo sobre a quién invitar y a quién no, y luego él rechaza el ofrecimiento.

—Es muy posible, no lo había pensado.

—Pero también te digo que si piensas incluir a Carmen, no cuentes conmigo —dijo Alba sin poder disimular cierta irritación.

—Vale, de acuerdo, dejamos fuera a Carmen.

—Muy bien —respondió Alba aliviada—. Tenemos que decírselo hoy, durante el descanso, no debemos esperar hasta mañana viernes.

—¿Y quién se lo dice?

—Pues tú, quién va a ser. Eres la anfitriona.

—Pero yo apenas he cruzado un par de palabras con él. Le parecerá extraño, y lo más seguro es que me ponga alguna excusa para no venir.

—Sí, es posible. —Después de meditarlo un instante, Alba añadió—: Se lo diremos las dos juntas, si te parece.

—Mucho mejor. Bien, ya lo tenemos hablado. Nos vemos en el descanso. Hasta luego.

—Hasta luego Bea —respondió intentando dulcificar su voz.

Alba sabía que a su amiga le gustaba quedar bien con todo el mundo, pero la simple idea de imaginarse a Carmen coqueteando con Sergio le causaba una gran irritación. No soportaba a esa mujer, y probablemente, siendo sincera consigo misma, se debiera a que ella adolecía de ese “arte” al que Bea se había referido antes. Ese ingenio para captar la atención de los hombres sin parecer pretenderlo, la sutil seducción que era capaz de ejercer con sus movimientos, con sus gestos, y con su peculiar forma de hablar mirando directamente a los ojos de ellos aterciopelando su voz, con ese timbre tan sensual que era capaz de imprimir a sus palabras.

Alba no se sentía capaz de hacer algo así, y no era por timidez, tenía carácter y valentía, era más bien por orgullo. Su excesivo prurito feminista le impedía recurrir a esas argucias.

En más de una ocasión, mientras duró su relación con Héctor, se lo había reprochado a sí misma. Sabía que los hombres pueden resultar mucho más dóciles si una mujer se lo propone, pero esa actitud a ella le parecía caduca y trasnochada, y sobre todo servil, iba en contra de sus principios.

Héctor era un hombre de fuerte carácter, incluso violento en ocasiones. Desde el primer momento ella supo mantenerse en su lugar, y no ceder ante esa dominación que él no se cansaba de intentar. Durante el noviazgo le resultó más sencillo encontrar ese equilibrio. Tenían numerosas discusiones, sí, pero al otro día la mutua atracción superaba cualquier resto de rencor que pudiera quedar entre ambos.

Alba atribuía esa excesiva vehemencia de él, sus exabruptos, y su desmedida ira durante las discusiones, a su profesión. Como policía nacional

probablemente tuviera que vivir en su trabajo situaciones muy duras, no exentas de violencia, y para un hombre con tanto carácter no debería resultar fácil ser luego tierno y dulce con ella.

Pese a esos obstáculos lograron superar tres años como amantes. Así es como Alba lo veía, como un amante más que como un novio. No conseguía penetrar en su interior, conocerlo en profundidad, él no se lo permitía, y así ella tampoco era capaz de abrir su corazón y entregarse por completo a él. Faltaba esa simbiosis que a ella le resultaba tan necesaria.

Alba nunca soñó con un príncipe azul, no necesitaba ser rescatada de ninguna mazmorra, ni salvada de un hipotético dragón. Ella anhelaba un hombre al que admirar, al que entregarse en cuerpo y alma, pero que a la vez fuera su mejor amigo, su compañero ideal para ese largo e imprevisible viaje que significa la vida. Quería sentir la protección de su amor, y no la de la fuerza de sus músculos.

Pese a todas sus dudas, Alba aceptó iniciar una convivencia con él, pensando que una relación mucho más estrecha le permitiría conocerlo con mayor profundidad y modelar su colérico carácter. Muy al contrario, durante los dos años que vivieron juntos todas esas diferencias se agravaron, aumentando además la violencia de las discusiones. Alba le dio una oportunidad tras otra; cada vez que él se lo pedía ella le perdonaba su exceso de vehemencia, su irritabilidad y su falta de consideración, confiando en que poco a poco conseguiría templar su carácter. Fue inútil. Soportó insultos y vejaciones de todo tipo, hasta que un día la abofeteó y entonces ella quiso abandonarlo.

Pese a los veintiún meses que habían transcurrido, aún se despertaba en ocasiones de madrugada soñando con la discusión de aquella noche, la última que tuvieron juntos. Recordaba sus hirientes palabras llenas de desprecio, y, sobre todo, sus ojos manifestando una ira incontenible, una cólera sin precedentes hasta aquél momento:

—¿¡Quieres abandonarme!?! ¡Eso jamás! ¡No te lo permitiré! ¿Pero quién te has creído que eres?

—Héctor, esto no funciona, no somos felices ni tú ni yo —respondía Alba con voz sosegada intentando rebajar el tono de la discusión, mientras acercaba

una mano a su enrojecida mejilla intentando mitigar su creciente dolor.

—¡No funciona por tu culpa, porque tú no quieres! Siempre alardeando de tu superioridad intelectual, siempre haciéndome sentir pequeño, menospreciándome...

En muchas ocasiones Héctor recurría a este argumento para justificar su arrebato. Él tan solo poseía estudios básicos y nunca se había preocupado en mejorar su formación. Tampoco se interesaba por las actividades culturales que hacían tan feliz a Alba. Las despreciaba, de igual modo que odiaba a todos sus amigos y pretendía aislarla de ellos calificándoles de pedantes, engreídos y parásitos.

Al principio Alba cedió un poco a sus pretensiones. Las atribuía a una falta de confianza en sí mismo, de autoestima, o probablemente, a un complejo de inferioridad que intentaba disimular.

—¡Eres tú el que siempre se ha mantenido al margen! Nunca has querido integrarte en mi grupo de amigos, participar en mis actividades...

—¡Para qué! —la interrumpió—. ¡Para que me pongan en ridículo, para que me restriegan por la cara mi incultura!

—Nunca han pretendido eso, Héctor. Siempre han sido amables contigo.

—¡Son un atajo de gilipollas! ¡Unos progres de mierda! Y ese Alfredo lo único que quiere es acostarse contigo, si no lo ha hecho ya...

—Alfredo es un director de teatro que me ayuda en los montajes de mis alumnos. Un buen amigo, nada más —respondió Alba haciendo caso omiso a su insinuación.

—¿Y para eso os tenéis que ver después de cenar!?

—Es cuando todos estamos libres para reunirnos. Y yo siempre te he propuesto que me acompañaras. Como he hecho hoy —añadió Alba recordando que tan solo unos minutos antes esta misma discusión había terminado con la bofetada de Héctor.

—¡Y yo te he dicho que se terminaron esas salidas con la excusa del teatro! ¡No pienso ir de cornudo por ahí!

—Mira Héctor, esto se ha acabado. No pienso aguantar esta discusión por

más tiempo, y desde luego no pienso permitir que vuelvas a ponerme la mano encima. ¡Jamás! ¿¡Me oyes! —añadió Alba con plena convicción—. Ahora mismo recojo unas cosas y me voy. Ya volveré a por el resto.

No pudo mirar a los ojos de Héctor. No le hacía falta. Imaginaba perfectamente su expresión. Simplemente abandonó el salón y se dirigió al dormitorio.

Una vez allí se detuvo un instante a contemplar la estancia. Miró el lecho y una multitud de imágenes de pasión brotaron de su mente, y también aquellas en las que ella dormía, o fingía dormir más bien, después de una de sus frecuentes discusiones. No quería permanecer allí por más tiempo, ni que le asaltaran las dudas en la decisión que acababa de tomar. Sabía que era la correcta, la que debía haber adoptado hacía ya mucho tiempo. Afortunadamente, en esta ocasión él no parecía tener intención de disculparse, de mostrarle su arrepentimiento. Mejor así, mucho mejor, porque esta vez, muy a su pesar, no podría perdonarlo.

Respiró hondo y se obligó a no pensar en nada más, solo en lo que tenía que hacer en ese instante, recoger lo esencial, lo más necesario a corto plazo y marcharse de allí cuánto antes. «¿A dónde?» —Se preguntó en ese instante—. «A un hotel —se respondió rápidamente—, al menos esta noche. Quizá mañana ya hable con mi madre y le cuente lo que ha pasado».

Abrió un armario, cogió una gran bolsa de viaje y empezó a introducir ropa en ella. No tenía que reflexionar sobre esa cuestión, su mente era capaz de funcionar ajena a su pensamiento y decidir por sí misma que prendas escoger. Lo hacía de forma sistemática y ordenada, como si lo hubiera ensayado previamente. El resto de su mente quedaba libre para replantearse lo que estaba haciendo, algo que precisamente quería evitar.

Pero para su sorpresa, en esta ocasión no le asaltaba ninguna duda, no tenía conflicto alguno en su interior. Su otro yo, ese que siempre le reclamaba paciencia, sentido común y generosidad, parecía estar de acuerdo con su decisión, o al menos se mantenía al margen. Incluso la embargaba una cierta sensación de liberación a la par que de tristeza. A veces nos aferramos a aquello que hemos construido, o pretendido construir, simplemente porque no nos sentimos capaces de empezar otra vez, y no hay mayor sensación de

libertad y de motivación en la vida que comenzar un nuevo día diferente al anterior.

Estaba echando al traste cinco años de su vida invertidos en una relación que ahora veía sin futuro alguno, y de la que hasta ese mismo instante se había sentido prisionera. Ahora se daba cuenta de su necesidad de liberación, de pasar página a este fragmento de su vida, de comenzar de nuevo, y pensar en ello le producía ilusión. ¿Qué mejor prueba había de que estaba haciendo lo correcto? Era consciente de que luego, en soledad, le asaltarían las dudas, el arrepentimiento, la tentación de regresar, pero no se lo permitiría a sí misma. Jamás volvería a sentirse humillada como esta noche, jamás consentiría que un hombre volviese a abofetearla por muy enamorada que estuviese de él.

Una sombra a su espalda la sobresaltó en ese instante. Absorta en sus pensamientos no se había dado cuenta de la presencia de Héctor. Cuando se giró y lo vio, todo su cuerpo se estremeció de terror. Con el rostro desenchajado él le mostraba lo que llevaba en su mano, y lentamente lo fue acercando al rostro de ella hasta hacerle sentir en su mejilla el contacto con el frío acero de la pistola.

Un escalofrío la recorrió en ese instante y su piel se erizó, pero se sentía incapaz de pronunciar palabra alguna en ese momento, aunque mantenía impertérrita la atroz mirada de Héctor mientras escuchaba sus palabras:

—Te he dicho que no pensaba permitirlo —decía con una voz cuyo tono le helaba la sangre—. Si pretendes salir de aquí será con los pies por delante.

Alba dudaba de si realmente él sería capaz de hacer algo semejante. Nunca había conseguido penetrar en sus más ocultos pensamientos, y menos aún de prever esta reacción en él. No podía evitar que el miedo atenazara su cuerpo, incluso que el horror que sentía en ese instante la enmudciera, pero afortunadamente, su mente parecía eludir esa presión y le ofrecía con lucidez sus posibles alternativas. Si cedía a sus pretensiones jamás volvería a ser libre y se convertiría en su cautiva de por vida. Si se negaba quizá él llevara adelante su amenaza.

Había una tercera posibilidad, que no era otra que salvar momentáneamente la situación renunciando a seguir recogiendo sus cosas, para hacerlo al día siguiente cuando él se fuese al trabajo. La desechó rápidamente.

Si ahora estaba dispuesto a matarla, con mucha más razón lo haría al otro día sintiéndose engañado por ella.

Blanco o negro. Vida o muerte. Una ligera sonrisa acudió a los labios de Alba sin que llegara a manifestarse. Le parecía estar representando una obra teatral, *Otelo*, de William Shakespeare, una tragedia que ella había montado con sus alumnos hacía algo más de un año. «*Una defensa de mi inconsciente* —se decía a sí misma—, *para eludir el pánico que siento ahora mismo*».

Afortunadamente su temor no interfería en la lucidez de su mente que le ofrecía con claridad la solución a sus dudas. No podía ceder, sería como morir en vida, aplazar lo inevitable para llegar más tarde al mismo final. Ya lo había visto demasiadas veces en las noticias, y ella era una firme defensora de la lucha contra la violencia de género. Le resultaba irónico pensar en ello en estos momentos cuando a lo largo de los últimos dos años había soportado más insultos de los que podía recordar. Y ahora, finalmente, esa bofetada que la hería más en su alma que en su cuerpo.

Ceder ahora para denunciarlo mañana tampoco le parecía una solución, y más siendo Héctor policía, probablemente alentaría aún más si cabe su pretensión de matarla. No, no había más alternativa que enfrentarse a ello, y confiar en que tan solo fuera una simple amenaza incapaz finalmente de llevarla a cabo.

Aún le quedaban muchas cosas esenciales por recoger pero no podía demorarse por más tiempo. Cargó la bolsa de viaje sobre su hombro y le miró un instante, el necesario para decirle «*adiós Héctor*», y se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

—¡Alba! —Gritó él, pero ella no se volvió.

—¡Alba! —Volvió a repetir con un estallido de su voz.

Lentamente ella se dio la vuelta y se estremeció contemplando lo que veían sus ojos. Héctor apretaba con firmeza el cañón de su pistola contra su sien. Observó su mano, no temblaba lo más mínimo, como tampoco su dedo en el gatillo. Por un instante anticipó mentalmente lo que quizá estaba a punto de ocurrir, y la escena la dejó horrorizada. El hombre al que había amado durante tanto tiempo cayendo lentamente a sus pies con la cabeza reventada, la pared salpicada de restos ensangrentados... Sintió náuseas mientras un escalofrío

recorría su cuerpo.

—Quizá no sea capaz de dispararte a ti, pero sí que puedo hacerlo contra mí —afirmó Héctor con decisión.

Alba no podía, no debía expresar ninguna duda en ese instante. Ya no había posibilidad de vuelta atrás. No podía aceptar ese chantaje emocional.

—Encontrarás a otra mujer mucho mejor que yo —dijo Alba con toda la serenidad de que fue capaz—, y serás feliz con ella. Tienes, tenemos, toda una vida por delante.

—Tú quizá sí, pero yo no deseo vivir si no es contigo. Tu conciencia cargará con mi muerte durante el resto de tu vida.

Alba no sabía qué responder en ese momento. Era consciente de que tenía que salir de allí cuanto antes pero tenía que evitar ese trágico desenlace. Solo quería huir de Héctor, alejarse de él y empezar una nueva vida, pero no deseaba su muerte, y no sabía cómo impedirlo.

En ese instante sonó el timbre de la puerta de la vivienda. Una vez, y otra, y otra más, con urgencia, seguidos de reiterados e insistentes golpes sobre la puerta. Por un momento ambos se quedaron inmóviles sin saber qué decir ni qué hacer.

Lentamente Héctor bajó la pistola y entonces Alba se dirigió hacia la puerta, y antes de que llegara a ella escuchó una fuerte voz que venía del otro lado de la misma:

—¡Abra la puerta! ¡Somos la policía!

Aquella misma noche se llevaron a Héctor detenido a la comisaría. De allí pasó a disposición judicial, y luego directamente al centro penitenciario de Navalcarnero ya que el juez decretó prisión provisional sin fianza. Ocho meses después, una vez concluido el juicio, fue condenado a tres años de cárcel y seis de inhabilitación por cohecho y complicidad con una organización criminal dedicada a la evasión fiscal y el blanqueo de capitales. Dos agentes de asuntos internos camuflados como refuerzo en su unidad de la UDEF habían llevado a cabo la investigación, y aunque actuaron bajo mandato judicial, probablemente Héctor tuviera indicios de ello, y de ahí quizá su comportamiento de aquella noche que Alba jamás olvidaría.

Tres meses después de su encarcelamiento ella fue a verle a la cárcel. Quería dejarle claro que iba a empezar una nueva vida, y que jamás volverían a estar juntos. Pensó que era mejor decírselo cara a cara y con decisión, para que no albergara así ninguna esperanza.

Cuando le vio apenas consiguió reconocerlo. Ese hombre que siempre le había resultado tan viril, tan atractivo físicamente, ahora no parecía el mismo. Enjuto, con la barba descuidada de varios días, el pelo prácticamente rapado, los ojos hundidos, y sobre todo, esa expresión, o más bien actitud, desafiante y envilecida. Viéndolo ahora le resultaba imposible imaginar que tiempo atrás hubiera estado enamorada de él. No pudo evitar sentir una profunda tristeza, y un sentimiento de lástima la embargó.

La conversación apenas duró cinco minutos. En realidad, no fue tal, tan solo un monólogo que Alba había estado ensayando reiteradamente frente al espejo para conseguir la mayor firmeza, convicción y rotundidad en todo lo que tenía decirle. Le informaba de su decisión sin esperar respuesta alguna por su parte.

Al poco de comenzar y sin pretenderlo, los ojos de Alba se tornaron acuosos, y ella bajo ningún concepto quería derramar una sola lágrima en su presencia. Abrevió su discurso para llegar cuanto antes a lo que finalmente tenía que decirle:

—La semana que viene me traslado a otro apartamento. He recogido todas tus cosas y las he empaquetado en cajas de cartón. Una empresa de mudanzas se las ha llevado a su almacén de guardamuebles y allí estarán hasta que salgas de la cárcel y decidas recogerlas. Aquí tienes la llave del trastero donde lo han dejado todo, incluida la bicicleta, las pesas, tus raquetas de pádel..., en fin, todo.

Hasta ese momento él escuchaba sin pestañear lo que Alba le decía. Solo en este instante rompió su silencio para increparla gritando:

—¿Has estado hurgando entre mis cosas?!

—No, para nada, no tengo ningún interés en hacerlo, tal cual estaban las metí en las cajas —respondió ella extrañada por la insólita reacción de Héctor. «*Quizá sí que debía haberlo hecho* —pensó Alba en ese instante—, *era la ocasión ideal para ver qué cosas me ha podido estar ocultando desde*

*que empezamos a vivir juntos».*

No le dio tiempo a reflexionar sobre ello. Héctor se levantó como impulsado por un resorte y le lanzó la llave contra su pecho, a la vez que le decía lleno de ira:

—¡Ya me dirás dónde están mis cosas cuando salga de aquí y vuelva a por ti! ¡Te encontraré!

Esa frase, dieciocho meses después, aún seguía golpeando la mente de Alba. Aunque se mudó de apartamento sabía que no tendría ninguna dificultad para localizarla, ella continuaba trabajando en el mismo instituto, pero aun así confiaba en que, con el tiempo, él finalmente desechara la idea de regresar con ella.

\* \* \*

## CAPÍTULO IV

Alba y Bea se encontraban ya en la sala de profesores esperando con impaciencia la llegada de Sergio.

—¿En qué momento se lo decimos? —preguntó Bea.

—No sé —respondió Alba—. Quizá cuando vaya a ponerse el café.

—Entonces esperamos a que llegue para hacernos el nuestro, y así cuando estemos haciendo cola detrás de él...

—Sí, aunque como tarde no sé si podré aguantar. Estoy muerta de sueño.

—¿No dormiste bien anoche?

Alba captó la intención con la que su amiga le formulaba esta pregunta pero eludió darse por enterada.

—La verdad es que tuve algo de insomnio, pero ya sabes que eso es algo habitual en mí.

—Pues hace tiempo que no me lo habías comentado. Pensaba que ya no tenías que tomar pastillas para dormir.

—No lo hago de forma habitual. Solo esporádicamente, cuando me desvelo.

—Sospecho que anoche no dejabas de darle vueltas al tema de Sergio —dijo Bea esbozando una ligera sonrisa en los labios.

—¡Ya está aquí! En cuanto se acerque a la máquina vamos —respondió Alba haciendo caso omiso a la insinuación de su amiga.

—Y nos hacemos las distraídas, ¿no? —insistió Bea con una sonrisa ahora más elocuente.

—Por lo que veo te estás divirtiendo.

—Venga mujer, no te lo tomes a mal. Hacía mucho tiempo que no te veía tan motivada por un chico. En realidad desde...

Alba no dejó que terminara la frase. La cogió del brazo y ambas se

dirigieron hacia la máquina de café. Allí se encontraba Sergio preparándose el suyo. Cuando ambas llegaron a su altura Bea fue la primera en saludarlo.

—¡Hola Sergio!

—Hola —respondió él volviéndose ligeramente hacia ella—. Enseguida termino —añadió.

—Tranquilo, no hay prisa. Por cierto, pasado mañana sábado es mi cumpleaños.

—Ah, muy bien —comentó sin adivinar con qué intención se lo decía.

—Voy a celebrar una pequeña fiesta por la tarde, y quería invitarte.

Ahora Sergio sí que se giró por completo hacia ella. La expresión de su rostro mostraba una indudable sorpresa, pero ningún indicio de que fuera a aceptar la invitación.

—Bueno, a ti y a algunos compañeros más, como Alba, Arturo...

—El rostro de Sergio cambió radicalmente en cuanto escuchó pronunciar el nombre de Alba. De hecho no pudo evitar mirarla en ese mismo instante y mantener su vista en ella mientras parecía meditar su decisión. Unos segundos después respondió:

—Será todo un placer asistir a esa fiesta. Además, Alba y yo tenemos una conversación pendiente.

Ella, que hasta ese momento se había hecho la distraída cogiendo su taza de café, se volvió sorprendida hacia él.

—¿No te acuerdas? —preguntó Sergio viendo la expresión de su rostro—. Me dijiste que tenías una proposición que hacerme para mejorar el interés de mis alumnos.

—Ah..., pensaba que no te acordabas de eso —respondió sin poder evitar una ligera sonrisa.

—Aquí tenemos poco tiempo para hablar, pero en esa fiesta seguro que podemos conversar sobre el tema. Estoy deseando escuchar qué idea se te ha ocurrido para lograrlo.

—Como bien dices tan solo es una idea, no sé cómo la verás tú.

—Viniendo de ti estoy convencido que será muy interesante, y tengo la sensación de que algo atrevida además.

Alba no pudo evitar sonreír ante ese comentario.

—No sé cómo tomarme eso. Igual es que la mala fama me precede.

—Todo lo contrario. Envidio tu interés en captar la atención de tus alumnos, en imaginar soluciones para conseguirlo, y sobre todo, la ilusión que pones en todo ello. Reconozco que quizá a mí me hace falta algo de motivación. Resulta fácil acomodarse a la rutina de cada día.

Bea asistía algo atónita a la conversación observando la química que estaba surgiendo entre ambos. Más que las palabras eran los gestos y la expresión de sus ojos quienes lo evidenciaban.

—Intento distraerme en las clases. Si yo llego a aburrirme al darlas, ¿cómo no lo van a hacer ellos? Quizá hasta sea algo egoísta por mi parte —respondió Alba.

—Lo hagas por ti o por ellos lo importante es que consigues tu objetivo, que no es otro que se interesen y aprendan literatura, y divirtiéndose además.

—Siento interrumpir pero ya ha sonado la campana —intercedió Bea, dándose cuenta de que ninguno de los dos se había percatado de ello—. Tenemos que regresar a las clases.

—¡Caray! Ni siquiera me había dado cuenta —exclamó Sergio bebiéndose el café de un trago—. ¿A qué hora es la fiesta?

—A partir de las nueve —respondió Bea.

—Allí estaré. Mañana tomo nota de tu dirección. Hasta luego —se despidió regalándole una amplia sonrisa a Alba a la que ella respondió de igual forma.

—Vaya, vaya, no me imaginaba esto —le susurró Bea a su amiga una vez Sergio se hubo alejado lo suficiente—. Tan seco y taciturno que parecía...

—A mí también me ha sorprendido, no creas —respondió Alba con sinceridad.

—¡Esto promete!, jajaja.

—Tampoco es eso Bea, no te pases.

—Lo que tengo claro es que te sientes a gusto conversando con él, y quién sabe, quizá surja algo más.

—En su situación no creo que vaya a llegar mucho más lejos. En realidad vamos a hablar de trabajo, así que...

—Por algo hay que empezar nena. Venga, ya seguimos hablando, hace más de cinco minutos que sonó la campana.

Mientras Sergio caminaba por el pasillo hacia el aula donde tenía que dar clase, se preguntaba por qué en este momento se sentía alegre, algo bastante inusual en él. Desde luego la inminente visita que a la semana siguiente iba a realizar a su nuevo psicoterapeuta le había dado una cierta motivación, o al menos un hálito de la esperanza en su objetivo por descubrir quién era Luna, esa mujer que aparecía constantemente en sus sueños, y últimamente incluso fuera de ellos. Pero ese aspecto ya estaba presente esta mañana al levantarse. No podía negar lo obvio, la razón estaba en Alba y en la posibilidad de pasar una noche agradable en su compañía.

Hasta ahora se había negado a sí mismo esa cierta atracción que había sentido por ella desde que la vio por primera vez. La atribuía a motivos estrictamente fisiológicos de su cuerpo cuya abstinencia sexual se prolongaba ya demasiado tiempo, aunque cuando se cruzaba con ella o la veía en la sala de profesores ese aspecto no parecía estar presente en su pensamiento. Por primera vez su mente se detuvo un instante en analizar la causa de esa atracción.

*«Desde luego es una mujer bastante guapa, no cabe duda. Esa melenita tan corta le da un aire desenfadado y juvenil, y su cuerpo... ¡Vaya!, no consigo recordarlo con precisión —se decía a sí mismo—. Quizá se deba a su falta de coquetería en el vestir lo que hace que no me haya fijado en ese aspecto, aunque tengo la sensación de que está muy bien. En realidad, creo que lo que más me gusta de ella es su vitalidad, su optimismo, esa ilusión que pone en todo lo que hace..., y probablemente sea porque yo ahora adolezco de todo eso»*

Entró en la clase y abandonó sus reflexiones. Tampoco resultaban necesarias, lo único importante era que le apetecía ir a esa fiesta. Seguro que

Jaime, su psicólogo, le daría unas palmaditas en la espalda por esta decisión después de tanto insistir en que debía socializar, abrirse a los demás y establecer nuevas amistades, una terapia que consideraba absolutamente necesaria en su caso, y que hasta ahora Sergio no había sido capaz de llevar a cabo.

\* \* \*

Eran poco más de las nueve cuando Sergio accionó el pulsador del timbre de la vivienda de Bea. Fue ella quien le abrió la puerta.

—¡Hola Sergio! Pasa, no te quedes ahí.

—¡Feliz cumpleaños! —respondió él dándole un beso en cada mejilla y entregándole una bolsa que debía contener el regalo que le había comprado.

—¡Muchas gracias! No debías haberte molestado —dijo Bea mirando la bolsa.

—En realidad no sabía qué traerte, apenas te conozco. Espero que te guste.

—Seguro que sí. Luego lo abriré con los demás. Anda pasa, ya estamos casi todos.

Sergio cruzó el pequeño vestíbulo y entró en el salón comedor. Arturo, y la que supuso era su mujer, estaban sentados en el sofá junto a otra pareja, y un hombre ultimaba los preparativos de la mesa. Al parecer Alba no había llegado aún.

—Te presento a mi marido. ¡Luis, este es Sergio! —dijo la anfitriona en voz alta para que aquél se percatara de ello.

—Encantado de conocerte Sergio —respondió este acercándose y estrechándole la mano.

—Lo mismo digo Luis. Veo que eres todo un *maître* —comentó mientras observaba la impecable y atractiva presentación de la mesa del comedor en la que no faltaban las velas, así como pequeños jarrones de cristal con margaritas y lilas, todo ello sobre un blanquísimo mantel de color blanco, bordado y estampado con motivos florales en los que predominaba el azul.

—Yo solo obedezco órdenes —respondió Luis—. A Bea le encanta la decoración y es muy detallista en estas cosas.

—El mantel me lo regaló mi madre cuando nos casamos. Me lo bordó ella misma —dijo ella con orgullo.

—Es precioso. Ya no se ven cosas así.

—Desde luego, esto es una joya. Ven, voy a presentarte a los demás.

Bea cogió a Sergio del brazo y lo condujo, rodeando la mesa, hasta la zona del estar.

—A Arturo ya lo conoces y esta es Paula, su mujer. Y ellos son Mario y Vanesa.

Después de los protocolarios saludos, Bea añadió:

—Falta otra pareja de amigos nuestros, Ricardo y Miriam, no creo que tarden.

Bea advirtió una ligera expresión de desconcierto en el rostro de Sergio, y se apresuró a disipar sus dudas.

—Alba está en la cocina echándome una mano con la cena. Ahora saldrá a saludarte.

La expresión de alivio en el semblante Sergio fue más que evidente. En ese momento sonó el timbre de la puerta que anunciaba la llegada de los últimos invitados.

—Abre tú Luis, yo voy a la cocina a controlar el asado, a ver si al final se me va a quemar.

Bea abandonó la estancia y entró en la cocina. «*¡Ya lo tienes aquí, y, por cierto, está muy guapo!*» —le dijo a Alba en voz baja.

—He apagado el horno, creo que ya está en su punto. Mira a ver qué te parece a ti —respondió ella eludiendo el comentario de su amiga.

—¿Me has oído?

—¡Claro que te he oído! Parece que vayas de celestina.

—Hija, no sé qué te pasa esta noche. Desde que has llegado te noto algo alterada.

—No me pasa nada, pero es que ya es la tercera vez que escucho tus

insinuaciones —respondió Alba algo molesta.

—¡A ver niña! Tú has sido la que ha impulsado todo esto, la que ha hecho que en lugar de una tarde de relax me la haya pasado cocinando, eso sin contar la mañana que he tenido limpiando a fondo, planchando el mantel, dándole un repaso a la vajilla y cristalería que solo utilizo en ocasiones especiales..., y menos mal que Luis me ha ayudado y se ha encargado de la compra y de...

—Perdóname Bea, tienes toda la razón, yo te he metido en este lio —respondió Alba interrumpiendo los comentarios de Bea que se mostraba algo enojada—. Pero mi única intención es ayudar a Sergio una vez he conocido la tragedia por la que ha tenido que pasar.

—Ya, claro, si tú lo dices..., pues será así. Si eres tan buena samaritana vete a una ONG —dijo Bea con sarcasmo.

—¿¡Vamos a discutir ahora!?

—¡Yo no quiero! Te recuerdo que es mi cumpleaños.

—¡Yo tampoco quiero!

—¿Entonces...? ¿Por qué no te dejas de tonterías y admites que Sergio te gusta? Tampoco es un crimen, pienso yo.

Después de unos segundos de pausa, Alba respondió:

—Quizá no quiera admitirlo para no ilusionarme.

—La ilusión no hace daño querida amiga, todo lo contrario, da vida —dijo Bea abrazándola con afecto.

—Es tan difícil... Él todavía no se ha recuperado, aún es demasiado reciente, y yo..., yo tengo todavía una cuenta pendiente —respondió Alba con un sollozo.

—Tienes que olvidarte de Héctor. Llevas mucho tiempo amargada a causa de él. Ya es hora de que pases página.

—¿¡Cómo voy a olvidarlo!?

Me siento como *Damocles*, con la espada colgando sobre mi cabeza. Dentro de poco saldrá de prisión. ¿Qué pasará entonces? —respondió Alba sin poder evitar que unas lágrimas brotaran de sus ojos.

—¡No puedes permitir que siga siendo tu dueño desde la cárcel! Eso ya terminó, se lo dijiste la noche que lo detuvieron, y se lo dejaste claro nuevamente diciéndoselo tu misma a la cara cuando ya estaba preso.

—Él no lo aceptó, y me respondió que me buscaría cuando saliera.

—¿Esa es la razón de que no hayas querido tener ninguna relación estable hasta ahora? Tienes miedo de que si estás con alguien cuando él salga...

—Claro. Tomé esa decisión cuando le escuché decir esas palabras tan amenazantes. Lo cierto es que me ha resultado sencillo cumplir mi objetivo. En todo este tiempo no ha surgido nadie que me interesara lo más mínimo.

—Ahora entiendo por qué estás así hoy. Esa persona ha llegado antes de lo que tú hubieses deseado. Ahora te comprendo perfectamente. Y yo encima bromeando..., perdóname Alba, no he sido consciente de tu situación.

—No tengo nada que perdonarte Bea, todo lo contrario, eres una gran amiga, por no decir la única que tengo y que sabe todo lo que he pasado. Soy yo la que tiene que disculparse por enojarme contigo.

—De todas formas no puedes dejar de soñar, de ilusionarte..., y de intentar rehacer tu vida.

—No puedo cargar con la responsabilidad de que algo pudiera ocurrirle a Sergio por no saber nada de esto. ¿No lo entiendes?

—Claro que te entiendo. Mira, intenta olvidarte de todo y simplemente disfruta esta noche de su compañía. ¿De acuerdo?

—Ahora comprenderás porqué estoy siempre tan activa, porqué me meto en tantos líos con mis clases, con el grupo de teatro..., quiero que cada minuto de mi tiempo esté ocupado para no tener que pensar, para no recordar... Así sólo por las noches aparece el fantasma de su presencia, de su inevitable regreso que no me deja conciliar el sueño. Menos mal que para eso tengo el *diazepam*.

En ese momento entró Luis en la cocina y se quedó sorprendido viendo a las dos mujeres abrazadas en un rincón hablándose entre susurros. Se quedó inmóvil sin saber qué decir en ese instante. Finalmente se atrevió a preguntar: «¿Estáis bien?».

—Sí, sí, no te preocupes. Imagino que los invitados estarán impacientes, ¿no? —respondió Bea separándose de su amiga.

—Eso es lo que venía a deciros, que ya es hora de servir la mesa.

—Llévate esos platos, ahora vamos con el resto.

\* \* \*

## CAPÍTULO V

Luis obedeció y desapareció rápidamente de la estancia, no sin preguntarse qué era lo que estaba sucediendo, y por qué su mujer y Alba estaban así. Esperaba que luego a la hora de acostarse Bea se lo contase.

—Anda, vete al baño y aséate, no puedes salir con la pinta que tienes ahora —le dijo Bea a Alba—. Ve al de mi habitación, allí encontrarás lo necesario para retocarte.

Alba asintió con la cabeza y se secó con las manos las lágrimas que, muy a su pesar, habían brotado de sus párpados. Se desabrochó el delantal y salió con decisión de la cocina.

Bea llevó los últimos platos que conformaban los entrantes de la cena, y que consistían en canapés variados, corazones de alcachofa con anchoas y espárragos, salmón marinado, tabla de patés y langostinos hervidos. Para que no quedara tan evidente que solo faltaba Alba decidió ganar algo de tiempo.

—Antes de que empecéis a disfrutar de la cena tenéis que pagar el peaje. Vamos a abrir los regalos.

Bea comenzó con los correspondientes a los amigos comunes de Luis y de ella. Poco después llegó Alba y abrió el suyo, una bonita pulsera de cuero con incrustaciones de cristales de *Swarovski*. Mientras los demás hacían comentarios sobre su belleza y lo bien que quedaba en la muñeca de Bea, Sergio observaba con atención a Alba, una circunstancia que a ella no le pasó desapercibida.

Finalmente le llegó el turno al regalo de Sergio. Alba tenía un gran interés por saber qué habría comprado, consciente de la poca imaginación que suelen tener los hombres para estos detalles.

—No sabía qué regalarte, le he dado muchas vueltas. No te conozco como para hacerte un regalo más personal, tampoco el estilo de decoración de tu casa... —Sergio intentaba justificarse cuando Bea cogió la bolsa que contenía su regalo.

—No te preocupes Sergio, el hecho de que hayas pensado en mí y

molestado en comprarme algo es más que suficiente. Y además veo que no has recurrido a las flores...

—No creas, he barajado seriamente esa opción —respondió él con sinceridad.

—Seguro que sí —respondió Bea sonriendo con el paquete ya en su mano. Una caja cuadrada envuelta en papel dorado con cintas de color blanco purpurina al igual que la flor de fieltro que lo decorada en el centro junto con la pegatina adhesiva en la que podía leerse: ¡Feliz cumpleaños!

—No me imagino lo que es —decía la homenajeadada mientras desenvolvía con esmero el regalo.

—Unos bombones *delicatesen* —apuntó Miriam—. Ummm..., me apetecen.

—Lo que sea pero date aire, me muero de hambre —añadió su marido, Ricardo.

Una vez hubo retirado el papel de regalo Bea observó la caja, muy bonita, ilustrada con fotos de paisajes idílicos. Abrió la tapa y en su interior había varios papeles, una tarjeta y un pequeño libro.

—¿Es un juego de sobremesa? —apuntó Arturo que no llegaba a ver su contenido a la distancia que se encontraba.

Bea mantenía el suspense aunque ya sabía de qué se trataba. Se acercó a Sergio que continuaba expectante a su lado, y le dio un abrazo y un sonoro beso en la mejilla que produjo una inevitable sensación de envidia en Alba.

—¡Muchísimas gracias! Me encanta el regalo —dijo toda ilusionada.

—¿Pero se puede saber qué coño es?! —exclamó impaciente Mario.

—Una noche con alojamiento y desayuno para dos personas en un hotel a elegir entre los que vienen en este libro. Son hoteles rurales con encanto.

—¡Uaaauu! ¡Fantástico Sergio! Yo también te doy las gracias por la parte que me toca —comentó entusiasmado Luis, el marido de Bea.

—¿Y quién te ha dicho a ti que vas a acompañarme? Igual me apetece irme con Alba —respondió Bea.

Luis se quedó atónito sin saber qué decir. No se le había ocurrido esa posibilidad.

—No seas tonto cariño. ¿Con quién voy a disfrutarlo más que contigo?

—No sé yo... —respondió vacilante Luis que aún no se había recuperado de la ocurrencia de su mujer.

—Luego con más tiempo miraremos los hoteles. Hay que ponerse a cenar ya que sino el segundo plato se me va a pasar.

—Eso, eso, empecemos ya —inquirió Ricardo con impaciencia.

—¿Y qué tiempo tenemos para elegirlo? ¿Cuándo caduca el bono? —le preguntó Bea a Sergio.

—Tiene una vigencia de un año, aunque cada hotel tiene unas fechas determinadas para hacer uso del mismo. Ya lo veréis después. Los hay muy bonitos y están repartidos por toda España.

—Me encanta. Una escapada romántica. ¡Qué ilusión!

Después de escuchar el comentario de su amiga, a Alba le resultó inevitable pensar en ello, y con Sergio como su acompañante. Desde que abandonó a Héctor ella no disfrutaba de algo así. Es cierto que había realizado algún viaje de corta duración en sus períodos de vacaciones, pero siempre en compañía de su hermana o de unas amigas.

Sin llegar a visualizar en detalle ninguna escena, quizá porque ella misma de forma inconsciente lo evitaba, todo su cuerpo le transmitía innumerables sensaciones de placer imaginándose al lado de Sergio en una escapada íntima y romántica.

*«¿Por qué? —se preguntaba a sí misma—. No le conozco de nada, no sé si sería un buen compañero de viaje, ni si compartimos gustos y aficiones, ni si tendría una conversación interesante..., en realidad no sé nada de él, todo es una simple intuición sin fundamento alguno. Pero sí estoy segura de que ahora mismo, y sin pensarlo un segundo, me iría de viaje con él a cualquier lugar».*

Alba no se dio cuenta de que Bea la observaba mientras tenía esta ensoñación, como tampoco advirtió la inevitable sonrisa que habían dibujado

sus labios mientras imaginaba.

—¿Y tú qué, Alba? No has dicho nada. ¿Es bonito, no?

—¿Qué voy a decir? Que estoy muerta de envidia, jajaja. ¿Cómo nos sentamos? —añadió para que no resultase tan evidente su comentario, y sobre todo, lo que había fantaseado.

—Pues no sé, donde queráis. Luis en un extremo y yo en el otro, así descanso un poco de él, jajaja. A este lado os ponéis Arturo, Paula, Sergio y tú, y al otro Mario, Vanesa, Ricardo y Miriam, por ejemplo.

Todos asintieron y comenzaron a ocupar sus respectivos lugares. Sergio quedó ubicado entre Bea y Alba, algo que le reconfortó.

Afortunadamente para Sergio, al menos durante la degustación de los primeros platos, la conversación de todo el grupo se centraba en temas de actualidad, como el conflicto catalán, la aplicación de la LOMCE o los refugiados de la guerra de Siria, entre otros. Él quería evitar en todo lo posible que se hablara de temas personales, y especialmente de su estado de viudedad. La simple posibilidad de tener que rememorar el trágico suceso ocurrido dos años antes le provocaba una gran inquietud.

Luna, la mujer que aparecía en sus sueños, había aparcado al menos de momento, el continuo y doloroso recuerdo de aquella tragedia, y propiciado una nueva ilusión con la que combatir su continuo estado de angustia y depresión. Y esta noche además, por primera vez desde aquella fatídica fecha, estaba participando en una agradable velada, conociendo a nuevos amigos y disfrutando de la compañía de una mujer que le resultaba interesante.

Aun así se mantenía receloso y en guardia, y de ahí que interviniera poco en las conversaciones del grupo, limitándose a añadir algún breve comentario sobre aquella postura del debate por la que sentía una mayor afinidad. Quería resultar poco visible, pero pese a ello no podía evitar que algunos de los presentes, sobre todo ellas, le observaran distraídamente pero con atención, algo de lo que él se daba cuenta, y que de alguna forma encontraba razonable. No en vano era un total desconocido para la mayoría de ellos.

Alba en cambio sí que participaba activamente ofreciendo sus opiniones y defendiéndolas con decisión. «*No cabe duda de que tiene carácter y una*

*fuerte personalidad*» —pensaba Sergio mientras la escuchaba.

—Ha llegado la hora de traer el plato principal. Espero que os guste. ¿Me ayudas Alba? Luis, tú encárgate del vino.

—El vino y todo lo que me pidas. De la fregada ya me encargaré yo también—respondió Luis levantándose al instante de la mesa.

—Ya veo que quieres hacer méritos para acompañarme en esa escapada —bromeó Bea.

—¡Qué remedio! —dijo él mientras se dirigía al mueble bar.

Alba y Bea recogieron los platos vacíos y se dirigieron a la cocina. Una vez allí, mientras sacaba el asado del horno, Bea le comentó a su amiga:

—Está un poco retraído, ¿no?

—Mujer, es normal, a la mayoría no los ha visto nunca, y a nosotros apenas nos conoce.

—Tampoco le he visto hablar contigo, aunque sí que te mira con atención cuando intervienes tú.

—No sé, no me he dado cuenta —mintió.

—Al menos no ha estado ausente como le suele ocurrir en la sala de profesores.

—No, no, todo lo contrario. Ha estado atento a todas las conversaciones, y aunque poco, algo ha intervenido en ellas. Yo sospecho que intenta evitar convertirse en el centro de atención, y me imagino la razón.

—¿Cuál? —exclamó Bea.

—¿Cuál va a ser? No le apetecerá para nada contar su situación personal y lo que ocurrió. Creo que está temeroso de que alguien le pregunte algo relativo a su vida.

—Pues ahí debemos estar nosotras para impedirlo.

—Eso es lo que debemos hacer. Lo que no sé es si deberíamos contarles algo a ellas para así evitarlo. Ahora mismo que lo hemos dejado solo es muy probable que de forma indirecta le hagan alguna pregunta en ese sentido.

—Venga, pues vamos para allá. Tú llevas una fuente y yo la otra.

Alba y Bea aparecieron en el comedor llevando cada una de ellas una fuente con lo que parecía ser una alargada masa de hojaldre horneado.

—Ummm..., qué bien huele —comentó Arturo nada más las depositaron en la mesa.

—¿Pero aún tienes hambre? —le dijo Miriam, su mujer—. Has devorado todos los platos del aperitivo.

—Tú lo has dicho —respondió él—. Eso era el aperitivo. Ahora vamos a comer de verdad.

—¡Qué hombre! Menos mal que no engorda, porque hay que ver lo que come.

—Tú lo que tienes es pura envidia, cariño.

—Pues sí, no lo niego, no me puedo permitir estos lujos, aunque hoy voy a hacer una excepción, jajaja.

—Luis, ¿puedes ir a la cocina y traer unos cuencos con salsa que están en el microondas? —le pidió Bea.

—¡Claro que sí, mi amor! —respondió él dirigiéndose hacia la cocina.

—Voy a esperar a hacer la escapada hasta agotar la fecha de caducidad del bono. Da gusto tenerle así de solícito y encantador —dijo Bea riéndose ampliamente.

—Y a todo esto, qué es este plato —preguntó Paula.

—Solomillo *Wellington*. Bueno, más o menos, yo lo hago un poco diferente a la receta original.

—¿Y que lleva? —volvió a preguntar Paula mientras Bea iba cortando rodajas y sirviendo de una de las fuentes, y Alba hacía lo propio con la otra.

—Básicamente es una pieza de solomillo de ternera envuelta en lonchas de queso para fundir y beicon. En algunas recetas ponen jamón ibérico en lugar del beicon, y también foie gras en lugar de queso, pero a mí me gusta más así. Luego lo envuelves en masa de hojaldre, la pintas con huevo batido y lo metes en el horno. Y ya está, es muy sencillo de preparar. Aquí tenéis unas salsas

para acompañar —añadió aludiendo a los recipientes que Luis terminaba de depositar en la mesa—. Una es de champiñones, y la otra de manzana.

—De momento ponme solo una rodaja —le susurró Sergio a Alba en el momento que ella iba a servirle a él.

—Venga hombre, tienes que comer, y está riquísimo. Te gustará —respondió mirándole a los ojos. No pudo evitar detenerse un instante en ellos. Le gustaban, y mucho. Eran oscuros y profundos pero a la vez cristalinos, y esta noche tenían una luminosidad que no había observado hasta ahora.

—Seguro que sí, pero he comido mucho durante el aperitivo y me siento bastante lleno. Luego si acaso repito —respondió con una sonrisa manteniendo en todo momento la mirada de Alba.

*«Hasta ahora, en la sala de profesores, siempre resultaba huidizo. Hoy en cambio..., creo que se está sintiendo a gusto aquí, y cada vez menos tenso, más relajado, incluso sonríe en alguna ocasión»* —pensaba Alba mirándole de soslayo mientras le servía su ración. *«Igual todo es efecto del excelente vino que nos ha servido Luis, jajaja»* —se rio para sí misma.

Una vez todos estuvieron sentados en la mesa y servidos comenzaron la degustación. El primero en pronunciarse fue Ricardo, que se había atribuido ya desde el principio de la cena el rol de crítico gastronómico.

—Ummm..., maravilloso Bea, sensacional. La carne está muy tierna y jugosa, y el hojaldre..., riquísimo.

—La masa de hojaldre no la he hecho yo, ahí no tengo mérito, y en cuanto a la carne..., para que quede así hay que dorarla en aceite muy caliente tan solo unos treinta segundos, lo suficiente para que se selle por el exterior y así mantenga sus jugos, sino luego queda muy seca. También influye como la salpimientos. Yo le pongo unos «secretillos».

—Que no piensas desvelar, por supuesto.

—Por supuesto, jajaja.

—La salsa de champiñones también está riquísima, terció Sergio.

—Las salsas son obra de Alba. Le ha llevado más tiempo prepararlas que a mí el solomillo, y tienes razón, está buenísima —respondió Bea.

—Prueba también la de manzana, a ver cuál te gusta más —añadió Alba.

—Coincido con Sergio —intercedió Paula—. Está genial, nunca he probado una salsa así.

—Ni yo la de manzana, no al menos con este sabor. Está increíble —dijo Vanesa—. Alba, tienes que decirnos qué llevan. Yo también las quiero hacer.

—La de champiñones lleva vino blanco, harina, un poco de caldo de carne, cebolla, mantequilla y una cucharada de tomate frito —respondió.

—Vale, pero yo así me quedo igual. ¿Cómo se hace?

—Como la mayoría. Yo pongo la mantequilla en una cazuela hasta que empieza a fundirse. Le añado la cebolla picada y en cuanto empieza a dorarse espolvoreo la harina, y luego le voy añadiendo poco a poco el caldo, el tomate concentrado, los champiñones cortados a rodajitas y el vino blanco. Dejo que hierva sin dejar de remover hasta que se ha reducido lo suficiente y ya está. Las he puesto luego en el microondas para recalentar.

—¿Y la de manzana? —preguntó Miriam—. A mí me ha gustado aún más que la de champiñones.

—Esta es más costosa de hacer. Hay que estar unos veinte minutos removiendo continuamente mientras se está cocinando para que no se pegue, y luego pasarla por la batidora. Lleva ingredientes comunes a la otra, como la mantequilla, el vino, la harina y la cebolla, y además manzana reineta, laurel, pimienta y algo de nata —respondió finalmente Alba sintiéndose orgullosa del éxito que estaban teniendo sus preparados—. La verdad es que yo no soy muy de cocina, pero sí que me gustan las salsas.

—Voy a tener que repetir. Estoy lleno pero la gula me puede —exclamó Sergio sonriendo—. De verdad que todo está exquisito —añadió mientras se acercaba la fuente del solomillo.

—¿Y por qué se llama solomillo *Wellington*? —preguntó Arturo.

—Según he leído —contestó Bea—, le gustaba mucho a Arthur Wellesley, el I Duque de Wellington, y a raíz de su victoria sobre Napoleón en la batalla de Waterloo, exigía que se lo preparasen en las campañas militares antes de cada batalla decisiva. Pero no sé si esto es del todo cierto.

Después de los postres Bea sugirió sentarse en los sofás, pero dado que no cabían todos, al final decidieron continuar la velada en la mesa del comedor tal y como estaban sentados. Luis, cual barman experto, fue tomando nota mentalmente de la copa que quería cada uno. Alba y Sergio prefirieron seguir con el vino tinto de la cena, al menos por el momento.

—¿Y qué os parece la situación? ¿Serán capaces de formar gobierno o vamos a tener que ir a unas nuevas elecciones? —Preguntó Mario en voz alta.

—¡De eso ni hablar! —Respondió Bea con energía—. No me vais a estropear el día de mi cumpleaños discutiendo sobre política.

—Mujer, solo estoy preguntando qué piensan que va a ocurrir.

—Se empieza por ahí, luego hablamos de los motivos y razones de cada partido para justificar su respectiva postura en este tema, y al final ya entramos en la ideología y en la discusión. Que no Mario, no quiero, hoy no. Además, estoy saturada ya de este asunto, todos los días los medios de comunicación machacándote con lo mismo, como si no hubieran otros temas; bueno, sí, también está el de la corrupción, otro del que ya estoy más que harta.

—Alba podría ser una excelente activista política, si quisiera —comentó Mario.

Vanesa no pudo evitar mirar de reojo a su marido. Por las ocasiones en las que habían coincidido sospechaba que a Mario le resultaba atractiva, o por lo menos le gustaba debatir con ella, aunque sus criterios fueran dispares.

—Yo estoy con Bea, tampoco me apetece hablar de política esta noche. Además, todos nos conocemos ya y sabemos de qué pie cojea cada uno —respondió la aludida.

—¡Todos no! —insistió Mario mirando fijamente a Sergio.

Por un instante el silencio se hizo patente entre los presentes esperando a que Sergio se pronunciase de algún modo.

\* \* \*

## CAPÍTULO VI

Mario era policía nacional y compañero de Héctor en la misma unidad de la UDEF, y aunque también fue investigado no hubo pruebas contra él y salió indemne de aquél penoso asunto. Dada la estrecha relación de amistad que ambos mantenían desde hacía varios años, resultaba poco creíble que no estuviera al corriente de la ilícita actividad de su compañero, pero nada se pudo demostrar al respecto.

Cuando Héctor se lo presentó al principio de su relación, Alba ya advirtió que le resultaba atractiva a Mario, algo que tampoco pasó desapercibido para su mujer, Vanesa. Quizá esa era la razón por la que, pese a que los chicos quedaban asiduamente para ir al gimnasio o jugar al pádel, en pocas ocasiones se veían los cuatro juntos.

En un principio Alba sí que tenía interés en impulsar la relación con Mario y su mujer. Por un lado, era la forma de que Héctor no se sintiera solo cuando quedaban con su grupo de amigos del instituto, y por otro, consideraba a Mario un hombre inteligente, frío y calculador, muy diferente a Héctor que era mucho más impulsivo. Aunque no se evidenciaba a primera vista, Alba sospechaba que Mario tenía capacidad para manipular la forma de pensar de Héctor, y con ello, influir en sus decisiones y modo de actuar, por eso creyó que podía ser un buen aliado para conseguir templar su carácter y mejorar la relación con él.

Se equivocó. En ningún momento apareció esa posibilidad, quizá más bien lo contrario. Alba llegó a pensar que Mario respaldaba la actitud de Héctor cuando este, con toda seguridad, le hacía confidencias sobre los problemas de relación que surgían entre ambos, y las consiguientes discusiones. Llegó a creer incluso que de algún modo las inducía y alentaba, para luego acercarse a Alba y ofrecerse como consejero y mediador, como si todo ello formara parte de un macabro doble juego cuyo objetivo era desestabilizar su relación con Héctor para así conseguir aproximarse más a ella.

Después del ingreso en prisión de Héctor, Mario la llamaba por teléfono con frecuencia, incluso en alguna ocasión llegó a presentarse en su casa sin previo aviso, con la excusa de poder constatar que se encontraba bien. Alba

estaba segura de que él sabía que ella había roto toda relación con Héctor, pese a que en ningún momento llegaron a hablar de ello, y amparándose en un supuesto rol de amigo protector, intentaba estar al tanto de su vida ofreciéndose constantemente para todo lo que pudiera necesitar.

Obviamente Alba no cayó en este ardid, aunque tampoco quería romper del todo su relación con Mario ya que cuando Héctor saliera de la cárcel probablemente sí que necesitase su ayuda. De ahí que le pidiese a Bea que los invitara a él y a su mujer a la celebración del cumpleaños, era una forma de mantener el contacto, y también de evidenciar que se encontraba perfectamente rodeada por sus amigos, aunque no llegó a imaginar que la simple presencia de Sergio sentado al lado de ella pudiera despertar los celos de él, o al menos eso pensaba viendo su insistencia en tener una confrontación dialéctica sobre temas políticos.

Después de una pausa que pareció interminable, finalmente Sergio respondió a la interpelación de Mario:

—Yo pienso que el tema político tiene un gran poder de seducción, pero también es un arma de doble filo. Es capaz de agrupar a personas desconocidas entre sí, y de dividir y enfrentar a otras que tienen fuertes lazos de amistad o familiares. Y eso ocurre así porque en lugar de entender la ideología en su sentido filosófico, es decir, el estudio y debate sobre unas determinadas ideas, la trasladamos más al plano emocional convirtiéndose de algún modo en una de nuestras señas de identidad, e incluso en nuestra bandera, y de esa forma la confrontación resulta inevitable —respondió Sergio.

—¿Con eso quieres decir que eres apolítico? ¿No tienes creencias ideológicas? —siguió preguntándole Mario.

—Ideología y política son cuestiones muy diferentes, aunque vayan de la mano. Por supuesto que tengo mis creencias, creo que es algo inevitable, y derivan de mis valores éticos y morales, fundamentados más en el individuo que en la colectividad.

—Hay que reconocer que tienes habilidad para eludir las preguntas. Deberías ser ministro o portavoz parlamentario —comentó Mario con intencionada ironía deseando provocarle y llegar al fondo de la cuestión.

En ese momento Bea estaba a punto de dar un manotazo en la mesa para impedir que este interrogatorio a Sergio llegase más lejos, pero cruzó su mirada con Alba y entendió que ella deseaba que continuase, al menos de momento. Era una gran oportunidad para conocerlo mejor.

—En absoluto estoy eludiendo tu pregunta, todo lo contrario, te la estoy respondiendo —contestó Sergio haciendo gala de una gran serenidad en su tono de voz—. Ahora bien, si tú lo que pretendes es que te diga si soy de derechas o de izquierdas, conservador, liberal, socialista, comunista..., o qué partido resulta más afín a mis convicciones..., lo siento, pero yo no voy a etiquetarme a mí mismo, entre otras razones porque con cada uno de ellos comparto unas cosas y discrepo de otras.

—A mí esa postura me parece muy cómoda, y sobre todo expresa una falta de compromiso con la sociedad —insistió Mario. Ahora fue Alba, que hasta ese momento guardaba un prudente silencio, quien intervino como impulsada por un resorte.

—¡Tú es que no entiendes de grises, Mario! Para ti todo es blanco o negro. Conmigo o contra mí, no hay más posibilidades.

Mario fue a contestar, por fin Alba había entrado al trapo como él deseaba, le encantaba despertar su interés aunque fuera discutiendo, y también convertirse en el centro de atención con sus alegatos, pero Sergio se anticipó:

—No se trata de comodidad Mario, como tampoco de falta de compromiso. Yo apoyo y defiendo toda aquella causa que me parece justa, pero jamás seré prisionero de una ideología. Por encima de ella está mi libertad de criterio, de elección, y por supuesto, mi independencia como individuo —dijo Sergio sin variar el tono de su voz—. Precisamente los pensadores marxistas afirmaban que en la mayoría de los casos la posición económico-social de las personas condiciona su ideología, y esa posición como muy bien sabes, varía con el tiempo. Yo apuesto más por los valores éticos individuales que son mucho más permanentes.

—Si todos fueran como tú la movilización social no existiría, y sin ella es imposible modificar el sistema y promover el cambio —contestó Mario algo molesto al ver que no conseguía su propósito de «calentar» el debate con Sergio y alterar el tono de su discurso.

—No me entiendes, o no me expreso bien. ¿Crees que yo no asisto a manifestaciones? ¿Que no soy capaz de posicionarme y defender mis ideas públicamente sobre un tema determinado? Por supuesto que sí, pero no detrás de una pancarta que identifique a un grupo o a una ideología concreta.

—¡Dejémonos ya de vaguedades generalistas y vayamos a temas concretos! Por ejemplo, ¿tú estás a favor del aborto o no? Eres profesor, ¿estás a favor de la educación laica? ¡Mójate de una vez! —inquirió Mario claramente irritado.

—No me parece el momento más adecuado para abrir un debate de esta naturaleza, estamos en una fiesta de cumpleaños y por respeto a Bea creo que deberíamos evitarlo. Pero ya que te veo tan interesado por conocer mis ideas políticas, te diré algo. Estoy radicalmente en contra del «*populismo*», ya que pretende sustituir la participación reflexiva y consciente del pueblo en la toma de decisiones políticas dentro del Estado, por la movilización de las masas con carácter emocional y excluyente. Rodrigo Borja Cevallos, un gran politólogo que llegó a ser presidente de Ecuador, decía que «*el populismo es la movilización de las multitudes, sin brújula ni bandera, en torno a ese hechicero del siglo XXI que es el caudillo populista, en trance siempre de ofrecer el paraíso terrenal a la vuelta de la esquina*». Por supuesto esta expresión hay que entenderla dentro del contexto sudamericano en el que se produce.

—¡Punto y final! ¡Por hoy se acabó el tema político! Vamos a hablar de cosas más agradables —concluyó Bea.

Mario se quedó con grandes deseos de replicar las manifestaciones de Sergio, pero al menos había conseguido parte de su propósito, que no era otro que obligarle a posicionarse de algún modo.

Alba por su parte estaba encantada, y sorprendida además. Con independencia de las supuestas ideas políticas que pudiera atribuir a Sergio, lo que había descubierto era mucho más importante que todo eso. No se imaginaba que un hombre con el enorme lastre emocional que arrastraba y probablemente aún en tratamiento psicológico, pudiera tener tal grado de control sobre sí mismo y expresar sus ideas con serenidad pese a la provocación de Mario. Todo lo contrario que Héctor, su expareja,

absolutamente vehemente y temperamental, que se irritaba con facilidad perdiendo rápidamente el control de la situación.

Con esa forma de hablar, Sergio le transmitía paz y sosiego, algo de lo que había adolecido durante toda su convivencia con Héctor. Curiosamente, incluso pese a esa supuesta falta de temperamento que Sergio parecía evidenciar, a su lado sentía como un cierto halo de protección. A ella le habían gustado siempre los hombres de fuerte carácter y personalidad, decididos, valientes..., y por supuesto apasionados. Para ella todos estos aspectos eran la mayor expresión de virilidad en un hombre.

Sergio en cambio parecía muy diferente, y pese a ello, cada vez se sentía más atraída por él. No cabía duda de que era un hombre inteligente y muy seguro de sí mismo, o al menos de sus convicciones, tolerante y comprensivo, pero... ¿cómo sería en el amor? En ese aspecto ella no tenía ninguna duda de cuáles eran sus preferencias pero rápidamente desechó pensar en esa cuestión. No quería, no debía permitirselo. Su única pretensión tenía que ser ganarse su confianza y amistad, para poder disfrutar de su compañía en otras ocasiones. Ese era el límite que no debía sobrepasar, al menos hasta que Héctor saliera de la cárcel y supiera a qué atenerse.

Por otra parte ignoraba hasta qué punto Sergio podía tener interés en ella. Durante la cena se había mostrado atento, amable y educado, pero poco más, aunque es cierto que en ocasiones la observaba con atención. «*Quizá solo sea curiosidad*» —pensó.

En la mesa las conversaciones se establecían ahora en grupos más pequeños. Bea por su parte había abierto el libro de los hoteles que venía en la caja del regalo de Sergio y se lo mostraba a Luis, que ahora se había sentado a su lado. Alba se sumó con interés a ver su contenido al igual que Sergio y Paula. Cada uno expresaba sus preferencias en cuanto al emplazamiento y las características de cada establecimiento. Finalmente, un par de horas más tarde, los invitados comenzaron a marcharse.

—Alba, tú has venido en el metro, ¿no? —le preguntó Bea.

—Con lo difícil que resulta aparcar aquí..., era lo mejor.

—Si quieres, Luis puede acercarte a tu casa.

—Yo he venido en coche. Puedo llevarte —sugirió Sergio.

—Vivo en la zona de Chamartín. Igual no te viene de paso —contestó Alba.

—No te preocupes, solo es un pequeño rodeo.

—Pues entonces, muchas gracias.

Ambos abandonaron juntos la casa de Bea y una vez en la calle Sergio se encaminó hacia un aparcamiento público cercano.

—¿Lo has dejado ahí? Pues te va a costar una fortuna —comentó Alba.

—He dado varias vueltas y no he conseguido aparcar en ninguna parte. No he tenido más remedio.

Sergio abonó el coste del ticket en el cajero automático, montaron en el vehículo y tomaron rumbo hacia la dirección que le indicó Alba. Él conducía en silencio, por lo que ella intentó entablar algún tipo de conversación con él.

—¿Lo has pasado bien?

—Estupendamente. Hacía ya bastante tiempo que no participaba en una reunión con amigos. No suelo relacionarme mucho.

—¿Y eso?

—Hay cosas de mí que ignoras. Otro día te hablaré de ellas.

—Bien, como quieras, todos tenemos nuestros secretos.

—No es un secreto, pero no me parece el momento oportuno para hablar de ello.

—Lo entiendo. Apenas me conoces...

Sergio evitó continuar por ese camino y cambió de tema. Fue siguiendo las indicaciones de Alba hasta que finalmente detuvo el coche frente al patio de su edificio.

—Bueno, ya hemos llegado. Lo he pasado muy bien, Alba.

—Yo también, excepto en el momento de la discusión con Mario. Tienes que disculparle, él es así, muy apasionado en el tema político, siempre intenta

convencer a los demás de sus ideas, y además le gusta el debate.

—Sí, ya me he dado cuenta, y es normal que surjan esos temas, vivimos unos tiempos muy convulsos en ese sentido, pero a mí no me apetecía hablar de ello. Y además, al final me he quedado sin saber en qué consistía tu propuesta.

—¿Mi propuesta? —respondió ella sorprendida sin acabar de entender a qué se refería.

—Sí mujer, la relativa a ganarme el interés de mis alumnos.

—Ah..., perdona, no lo recordaba. Tienes razón, al final se ha pasado la noche y no me he acordado de exponértelo.

—Bueno, pues queda pendiente para una próxima ocasión.

—Claro que sí —respondió Alba ilusionada con la idea de quedar otro día con él.

Ambos se quedaron mirándose sin saber qué decir en ese instante. Alba esperaba que Sergio añadiera algo más, pero él guardaba silencio. Finalmente, mientras abría la puerta de su coche, dijo:

—Te acompaño al patio.

—Gracias, —respondió Alba. *«No se ha decidido a plantear una próxima cita, y yo no voy a hacerlo. No quiero presionarle en ese sentido».*

Una vez llegaron hasta la puerta del edificio, de nuevo surgió un espeso silencio entre los dos que ninguno parecía capaz de romper. Tan solo se miraban el uno al otro como intentando adivinar sus pensamientos. Por algún extraño motivo les resultaba muy difícil despedirse y poner fin a ese encuentro.

Alba, cuya incomodidad iba en aumento, se decidió a buscar las llaves en su bolso. Una vez las tuvo en su mano una frase brotó impulsivamente de sus labios sin darle tiempo a procesarla:

—Yo vivo sola..., si te apetece subir y tomarte una última copa...

Sergio dudó un instante pero rápidamente se aprestó a responder. Sabía que si lo pensaba durante más tiempo probablemente cambiaría su decisión.

—Muchas gracias Alba, pero creo que me he pasado un poco con el excelente Ribera del Duero que nos ha servido Luis. Creo que es mejor que me vaya a casa.

—Claro, como quieras —respondió Alba girándose para introducir la llave en la cerradura y así ocultar su decepción.

Una vez hubo abierto la puerta se giró hacia él para decirle:

—Bien, pues ya nos veremos el lunes en el instituto.

—Sí —respondió Sergio sintiendo que había traicionado a su propio instinto.

Después de un instante de vacilación se acercó y le dio un suave beso en la mejilla, para decirle a continuación:

—Ha sido un placer disfrutar esta noche de tu compañía. Espero tener la ocasión de repetirlo. Buenas noches, Alba.

—Buenas noches, Sergio.

Ella entró en el patio y se dirigió hacia la puerta del ascensor. Él se quedó en la calle pero observándola en todo momento a través del cristal. Al entrar en el ascensor Alba miró de reojo y le complació ver que él seguía allí, mirándola. Pulsó el botón de su piso y rápidamente empezó a reprocharse su ocurrencia:

*«No tenía que habérselo dicho. ¿Qué habrá pensado? ¿Qué me lo quería llevar ya a la cama? He sido una estúpida, lo he dicho sin pensar en cómo podría tomárselo él. Ahora me va a tocar distanciarme, no proponer ni insinuar nada sobre la posibilidad de otra cita».*

*«Soy yo la que quiere evitar un acercamiento prematuro, y va y le digo que vivo sola, y encima le invito a subir. ¿¡Pero cómo puedo ser tan tonta!? Y más sabiendo cuál es su situación. Seguro que para él ha sido un gran paso acudir a esta celebración. Ya era más que suficiente, no tenía por qué forzarlo más. ¡Joder, joder y joder!»* —se reprendía a sí misma.

\* \* \*

## CAPÍTULO VII

Sergio no sabía muy bien cómo definir su estado de ánimo mientras desayunaba su habitual café con tostadas untadas de mantequilla y miel. Durante la ducha se había sentido alegre, casi eufórico, pero en este momento ese repentino optimismo había dado paso a la inquietud.

Hoy era el día, ese miércoles cuatro de mayo que había estado esperando con expectación durante toda la semana anterior. Esta tarde tendría la cita con el psicoanalista y saldría de dudas. ¿Le ayudaría en su objetivo de encontrar a esa mujer de sus sueños, o por el contrario intentaría quitarle esa «obsesión» como la había calificado el doctor Viñals?

Durante estos últimos meses, y gracias también a la ayuda de Jaime, su psicólogo, había aprendido a conocerse, a identificar las razones de sus continuos cambios de humor, y a combatirlos de alguna forma. Gracias a ello había conseguido una cierta estabilidad emocional. Sabía que no debía profundizar en su análisis porque le provocaría un mayor estado de ansiedad. En cualquier caso sus preguntas no tendrían respuesta hasta esa misma tarde cuando conociera, por fin, al doctor Eloy Baumann. Lo que debía hacer ahora es distraer sus pensamientos.

Y para ello recurrió a pensar en Alba. Le había llamado su atención que el lunes, cuando volvió a verla en la sala de profesores después de la celebración del cumpleaños de Bea, apenas le dirigiera la palabra. Un simple saludo y nada más. En realidad esperaba haber tenido la oportunidad de conversar un poco. De hecho se había imaginado tomando el café juntos y comentando algún tema de actualidad, probablemente el político que era con el que abrían todos los informativos de la mañana, pero no hubo ocasión. Cuando él llegó, Alba y Bea estaban charlando animadamente con otra profesora y no le pareció oportuno aproximarse. El martes en cambio sí que estaban las dos solas, pero en ningún momento ella estableció una mínima comunicación visual con la que él se viera invitado a acercarse.

Qué difícil le resultaba entender a las mujeres. Durante la cena del cumpleaños y más aún en la sobremesa posterior, había tenido la sensación de que Alba sentía un cierto interés en él, y de alguna manera se ratificó con su

invitación a tomar una última copa en su casa. A él le apetecía y mucho seguir conversando con ella pero en ese momento sintió una especie de pánico que le impulsó a rechazar esa oportunidad. No se sentía seguro de sí mismo en un terreno que ahora le resultaba muy ajeno, el de estar a solas con una mujer.

Si durante la velada, por fortuna, no habían surgido preguntas sobre su situación personal, era más que probable que en la intimidad de su casa no pudiera eludirlas. Por nada del mundo él quería hablar de ello, y no solo por evitar recordar aquél suceso, sino sobre todo, por su miedo a provocar lástima, o que incluso la actitud de Alba se tornara compasiva hacia él.

Sergio pensaba que las mujeres siempre están ávidas de información, y además tenían la gran habilidad de indagar y descubrir el pasado mediante preguntas indirectas que él probablemente no sabría eludir.

Alba había acudido sola a esa cena, quizá ahora no tuviera una pareja estable. En realidad él tampoco sabía nada sobre ella, tan solo que vivía sola, aunque ese dato ya resultaba muy significativo. Quedaba claro que no tenía hijos, nada sorprendente dada su edad que estimaba en poco más de treinta años.

En realidad no le importaba su situación personal, ni por supuesto, su pasado. El simple hecho de tener cerca a una interesante persona con la que poder conversar era más que suficiente. Y además, ahora que se había fijado mejor en ella, tenía que reconocer que como mujer le resultaba francamente atractiva, aunque cada vez que surgía esta percepción él intentara por todos los medios apartarla de su mente. De momento no podía evitar que le provocara una sensación de traición, de falta de fidelidad a la que fue su esposa, un aspecto emocional en el que Jaime, su psicólogo, había insistido en innumerables ocasiones que debía superar, y de hecho no tenía ninguna duda al respecto. Ese compromiso de lealtad terminó en el mismo instante en el que ella perdió la vida en ese fatídico accidente, pero una cosa es la reflexión y el análisis racional, y otra muy distinta las emociones que libremente brotan de nuestro ser.

Quizá este aspecto también influyó en su negativa a aceptar la invitación. El miedo a exponerse a una situación «comprometida» para la que aún no se sentía preparado. Una vez más había huido antes de enfrentarse a esa

posibilidad, y sabía muy bien que para poder superarla tenía que asumir ese riesgo.

¿Qué ocurriría si en un momento determinado esa atracción se tornara en un irrefrenable y concupiscente deseo? ¿Qué sentiría cuando sus manos acariciasen un cuerpo, y su boca besara unos labios que no eran los de Ana, su fallecida mujer?

Preguntas para las que ahora no podía aventurar ninguna respuesta. En todo caso sabía que tarde o temprano, ya fuera con Alba o con cualquier otra mujer, esa situación llegaría a producirse. Probablemente, si el desencadenante fuera una simple y exclusiva atracción física exenta de cualquier otro tipo de sentimientos, no le produciría ese vértigo, ni posteriormente un remordimiento de su conciencia. Todo quedaría en un desahogo físico para su cuerpo y nada más. Pero con Alba..., había algo que le impedía afrontarlo desde ese punto de vista.

\* \* \*

No la vio cuando entró en el instituto, pero hoy Sergio venía dispuesto a intentar acercarse a Alba si había ocasión para hacerlo.

En el descanso, cuando llegó a la sala de profesores, ella y Bea ya estaban tomando su acostumbrado café. Afortunadamente no había nadie más con ellas, así que con paso firme y decidido fue a su encuentro.

—¡Hola chicas! ¿Cómo estáis?

—Estupendamente, ¿no lo ves? —contestó Bea con un gesto de picardía. La rápida respuesta de su amiga desconcertó a Alba.

—Lo veo, lo veo —reiteró Sergio con una sonrisa evitando que sus ojos se desviarán hacia el cuerpo de Alba.

—¿Y tú, qué tal? —respondió preguntando ella a su vez.

—Bien, con la rutina de cada día, nada especial.

—Pues hoy pareces más animado que de costumbre —comentó Alba mirándole a los ojos como queriendo reafirmarse en su apreciación.

—Deduzco que la imagen que traslado es la de un hombre soso, aburrido y tristón.

—Voy a ponerme algo más de café —dijo Bea para excusar su intención de dejarlos solos—. ¿Quieres que te traiga uno, Sergio?

—Pues sí, muchas gracias, eres muy amable.

—Cortado, ¿no?

—Sí, por favor.

En cuanto Bea se hubo alejado unos metros, Alba respondió al comentario de Sergio.

—No estoy de acuerdo con las dos primeras.

Una expresión de desconcierto apareció en el rostro de Sergio. No sabía a qué se refería Alba con ese comentario. Ella se dio cuenta y se lo aclaró.

—No me pareces un hombre ni soso ni aburrido.

—Entonces estás de acuerdo con lo de «tristón» —respondió poniendo énfasis en la última palabra.

—La tristeza, el desencanto..., tan solo son estados de ánimo, no identifican un carácter, son transitorios. En la fiesta de cumpleaños no parecías un hombre triste, aunque te he visto así en ocasiones —dijo Alba mirándole a los ojos y recordando ese brillo especial que tenían durante aquella velada.

—Tienes toda la razón, yo no era así. Aunque suelo pecar de serio en las formas, siempre me he considerado un hombre alegre y con ilusión por la vida. Simplemente no estoy atravesando un buen momento, pero solo es cuestión de tiempo. Tú en cambio haces gala de un optimismo muy contagioso —contestó Sergio sin poder evitar recrearse en la tenue sonrisa que había surgido en los labios de ella, y que le resultaba muy seductora.

—Como suele decirse, la profesión va por dentro, pero cada uno afronta las situaciones de distinta forma. A veces la mejor manera de no caerse es no dejar de correr; algo así como ir en bicicleta.

—Hay que reconocer tus dotes para la enseñanza. Con ese ejemplo he visualizado perfectamente lo que querías decir.

—Una imagen se recuerda mucho mejor que un montón de palabras.

—Y tú aplicas ese criterio en tus clases, no cabe duda.

—Siempre que puedo.

—Por cierto, te recuerdo que tenemos una conversación pendiente. Estoy intrigado por esa propuesta que quieres hacerme.

—Se requiere algo más de tiempo del que tenemos aquí durante el descanso.

—Por supuesto. Si me das tu teléfono puedo llamarte y quedar algún día para hablar de esto —le propuso Sergio sin apenas pensarlo.

—Claro, cuando quieras. Es el...

—Un segundo —la interrumpió mientras sacaba del bolsillo su *smartphone*—. Prefiero anotarlo ahora mismo. No confío demasiado en mi memoria.

Bea regresó en ese instante y se detuvo, sorprendida, contemplando la escena. Lanzó una inquisitiva mirada hacia Alba, que esta eludió mientras le daba su número de teléfono a Sergio.

—Ya está —concluyó él guardándose el móvil en el bolsillo.

—Aquí tienes tu café —dijo Bea acercándole la taza a su mano.

—Muchas gracias —respondió él acompañando sus palabras con un gesto de su rostro.

Durante un instante ninguno de los tres supo qué añadir. Con un leve movimiento de sus ojos Bea miraba alternativamente a uno y luego al otro, con la expresión de querer decir: «*¿Qué me he perdido? Apenas les he dejado un momento solos y...*».

Alba por su parte miraba distraídamente en otra dirección, como si el hecho de haberle dado su número de teléfono no tuviera la más mínima importancia, pero era muy consciente de que Sergio la seguía observando con atención.

Finalmente Bea decidió romper el silencio con un comentario:

—Tengo a la clase muy alborotada. Yo creo que es el efecto de la primavera. Parece que tanto ellos como ellas han salido de su letargo invernal

y andan revoloteando sin parar. ¿Vosotros lo habéis notado? —les preguntó con doble intención.

—No sé, no me he dado cuenta —respondió escuetamente Alba—. En fin, tengo que irme ya.

—Todavía no ha sonado la campana —inquirió Bea, que veía en esta decisión tan solo una excusa para evadirse.

—Aún tengo que coger el proyector y la pantalla. Quiero tenerlo ya todo preparado cuando lleguen mis alumnos.

\* \* \*

Aún faltaban diez minutos para las siete de la tarde cuando Sergio llegó al edificio donde el doctor Eloy Baumann tenía su consulta. Decidió fumarse un cigarrillo antes de subir mientras observaba el paso de la gente por la calle.

Desde que a mediodía regresó del instituto había intentado evitar en todo momento pensar en su cita de esta tarde con el psicoanalista. No quería ilusionarse en exceso, ni crearse falsas expectativas; solo reduciendo su optimismo impediría una decepción mayor. En realidad no tenía ni idea de a qué se tenía que enfrentar, ni en qué consistiría su hipotético tratamiento.

Apagó el cigarrillo aplastándolo con el pie más de lo necesario y pulsó el timbre del interfono. Una voz femenina respondió a su llamada:

—¿Sí?

—Soy Sergio Fonseca. Tengo cita con el doctor Baumann.

Un sonido reconocible le anunció la apertura de la puerta del patio. Entró en su interior y se dirigió hacia el ascensor observando con escasa atención la vetusta decoración de madera y mármol que recubría las paredes. El ascensor en cambio era muy actual, con puertas automáticas de acero inoxidable y una sorprendente iluminación interior formada por numerosos *leds* colocados en el techo de la cabina.

Pulsó el botón del tercer piso y se observó en el gran espejo que cubría de suelo a techo la pared frontal. Intentaba imaginarse qué impresión tendría su nuevo doctor al verlo por primera vez, qué conclusiones obtendría de su aspecto y de sus gestos antes de llegar a conocerlo con más profundidad. Ya le

ocurrió con Jaime, su psicólogo, durante su primera visita. Esa gran atención que le prestaba mientras le escuchaba responder a sus preguntas sin desviar la mirada de sus ojos, le hacía sentirse como si estuviera pasando un escáner, grabando su imagen con detalle y procesándola en ese mismo instante.

En cambio con su psiquiatra, el doctor Viñals, no tuvo esa sensación, no le escrutaba mientras le escuchaba, y con frecuencia desviaba su atención hacia la pantalla de su ordenador y hacía anotaciones en su ficha. Luego las visitas se hicieron muy cortas, y casi con el único objetivo de adecuar la medicación y expedir las recetas de la misma.

Salió al rellano y rápidamente identificó la puerta de la consulta; una placa de bronce iluminada por un foco llamó su atención. En ella podía leerse: «Dr. Eloy Baumann. Psiquiatra. Psicoanalista». Recorrió los escasos metros que le separaban de ella y pulsó el timbre con decisión. Un instante después la puerta se abrió.

La decoración interior de estilo *art déco* estaba en consonancia con la antigüedad del edificio, muy diferente a la decoración aséptica y minimalista de la clínica del doctor Viñals.

—El doctor Baumann le atenderá enseguida —le dijo una mujer de mediana edad vestida con ropa de calle desde el asiento de su escritorio situado en un lateral del amplio hall—. Pase a la sala de espera, por favor —añadió indicándole con un gesto de su mano la estancia situada en el lateral opuesto.

—Gracias —contestó Sergio dirigiéndose hacia la puerta de cristal mateado que le había indicado.

No había nadie en su interior, algo que agradeció sin saber el motivo. Escogió un confortable sillón tapizado en piel verde carruaje situado junto a una mesa de rincón sobre la que había varias revistas. Una vez acomodado en él dio un rápido vistazo a la estancia, en la que destacaban los cuadros de las paredes por la original y profusa talla de sus marcos de madera.

Para distraer su atención se propuso ojear alguna de las revistas que yacían sobre la mesita de rincón. La mayoría eran ejemplares de APM, la Asociación Psicoanalítica de Madrid. Escogió la primera de ellas y dio un vistazo al índice de artículos que conformaban su contenido: «*Vigencia del*

*psicoanálisis en el siglo XXI. Nuevos retos»; «La estructura limítrofe. Una perspectiva teórico-clínica desde la metapsicología freudiana»; «El proceso psicoanalítico en las organizaciones narcisistas de la personalidad», ...* Llegado a este punto decidió impulsivamente cerrar la revista. Por su mente desfilaron imágenes de alguna película cuyo título no recordaba con escabrosas escenas en las que los pacientes de un manicomio eran sometidos a técnicas experimentales de tratamiento para su supuesta enfermedad mental. Todo eso afortunadamente ya no existía, ni él se encontraba en esa situación, pero no pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo.

En ese momento oyó como la secretaria despedía al paciente que debía haberle precedido en la consulta del médico. Su cuerpo se inclinó ligeramente hacia adelante con las manos apoyadas en sendos brazos del sillón, y la mirada puesta en la puerta de entrada a la estancia, esperando que de un momento a otro apareciera aquella mujer de rostro inexpresivo que le había atendido a su llegada.

No fue así. Escuchó cómo el sonido de sus pasos se alejaba cada vez más hasta desaparecer por completo. Impaciente, rebuscó entre las revistas hasta encontrar una de *National Geographic* y la ojeó con avidez. Se detuvo en un reportaje de la abadía medieval de *Mont Saint-Michel*. Después de observar las magníficas fotos comenzó a leerlo con rapidez: «*Bisagra entre Bretaña y Normandía, el Mont Saint-Michel vuelve a ser isla tras diez años de obras y muestra un aspecto renovado sin haber perdido un ápice de su magia. Su fundación data del siglo VIII, cuando a un obispo normando...*». Consultó su reloj. Las siete y diez. ¡Tan sólo habían pasado diez minutos desde su llegada, y a él le parecían una eternidad!

*«Tengo que calmarme, debo estar muy nervioso y no es esa la imagen que quiero trasladar. Debo mostrarme seguro y confiado en mis apreciaciones, y sobre todo en cuál es mi objetivo. Estoy harto de pastillas, de terapias psicológicas... Pienso desechar todo lo que no vaya encaminado a descubrir quién es esa mujer y porqué aparece en mis pensamientos»* —se argumentaba a sí mismo.

Respiró hondo y siguió leyendo el reportaje obligándose a hacerlo despacio, como si quisiera memorizar su contenido. Momentos después escuchó nuevamente los pasos de la secretaria. Conforme se iban acercando a

la sala de espera su pulso se fue acelerando en la misma proporción. Finalmente la puerta se abrió, y con una leve sonrisa la secretaria le dijo:

—Ya puede pasar. El doctor Baumann le está esperando.

\* \* \*

## CAPÍTULO VIII

—Pase señor Fonseca, y siéntese —dijo el doctor indicándole uno de los sillones que estaban frente a su mesa de despacho.

—Gracias —respondió Sergio.

No se imaginaba que el médico fuera tan joven, apenas poco mayor que él, pero sin llegar a los cuarenta años. Quizá fueran los muebles, la decoración en general, lo que le había llevado a suponer que se trataba de un hombre mayor. Pese a su correcta pronunciación del castellano, su acento denunciaba un origen probablemente alemán.

Cuando fue a tomar asiento observó de soslayo que en la pared lateral había un magnífico y cómodo diván, tal y como él lo recordaba de alguna escena de película norteamericana en la que con frecuencia los personajes acudían a su psicoanalista con la normalidad de quien va a comprar el pan. Jack Lemmon y Woody Allen aparecieron en su mente.

El médico se percató rápidamente de esa mirada, y le preguntó:

—¿Le gusta?

—Sí, es muy bonito, y parece cómodo. Debe ser un mueble de anticuario, ¿no?

—Lo es, y me costó encontrarlo, aunque eso sí, tuve que restaurarlo. La tapicería es completamente nueva.

—Imagino que lo tiene como homenaje a Sigmund Freud —comentó Sergio para dar a entender que algo sabía de este eminente neurólogo austríaco, fundador del psicoanálisis.

—Sólo en lo que se refiere a su estética. Quise que tuviera ese aire *retro* que me recordara el origen de esta disciplina. Pero si se está preguntando si es tan solo un objeto de decoración le diré que no. Lo cierto es que lo uso con frecuencia.

—Como en las películas norteamericanas —afirmó Sergio.

—Afortunadamente en Estados Unidos este tipo de terapia fue muy bien

acogida. En cambio en Europa persisten una serie de prejuicios sociales y complejos que impiden una mayor implantación de estas técnicas.

—¿A qué se refiere exactamente? —preguntó Sergio con interés.

—Pocas personas acuden voluntariamente y por propia iniciativa a un psicoanalista. En la mayoría de ocasiones, como es su caso, vienen derivados por su psicólogo o su psiquiatra. Nos cuesta reconocer que necesitamos ayuda para resolver nuestros conflictos interiores, y sobre todo, el hecho de acudir a sesiones de psicoanálisis lo vemos como un síntoma de que nuestra mente no está «sana», una percepción muy alejada de la realidad.

—Tiene razón. Yo estoy aquí porque así me lo ha sugerido el doctor Viñals. Nunca se me habría ocurrido a mí esta posibilidad.

—Socialmente existe un gran desconocimiento sobre nuestra actividad, y sobre los beneficios que la terapia psicoanalítica puede proporcionar.

—¿Y cuáles son esos beneficios?

—Con carácter general, el conocimiento de sí mismo, la realización interior, el aumento de la autoestima, el traslado de una imagen positiva, el establecimiento de relaciones saludables con los demás..., todo eso al margen de las cuestiones específicas que se puedan tratar.

Sergio guardó silencio. Le parecía lógico que el doctor Baumann le intentara «vender» las bondades de su actividad profesional, pero al menos de momento, esos motivos no eran su prioridad. Él estaba allí por una razón muy distinta.

—He leído los informes que me ha facilitado el doctor Viñals —continuó el médico al observar el silencio de Sergio—, y también los de su psicólogo. De ellos se desprende su indudable progreso en la terapia que ha recibido, pero también que ha surgido en usted una necesidad que puede llegar a convertirse, si no lo ha hecho ya, en una obsesión.

—Si la imperiosa necesidad de saber se puede considerar «obsesión», entonces es posible que haya llegado a ese punto —contestó Sergio con seriedad.

—Es un término que en ocasiones resulta peyorativo. Yo, al menos

inicialmente, no creo que se trate de algo así.

—Ah, ¿no? —exclamó sorprendido y a la vez aliviado.

—La obsesión es aquella idea o tendencia que suele estar en desacuerdo con el pensamiento consciente de la persona, que domina y acapara nuestra atención, y que persiste más allá del esfuerzo por librarse de ella. Yo no aprecio estos síntomas en los informes que me han facilitado. En todo caso vamos a intentar descubrir el origen de esos sueños. ¿Qué le parece si empezamos?

—Sí, cuando quiera —contestó sin poder impedir la aceleración de su pulso.

—Muy bien. Túmbese en el diván e intente relajarse.

—¿Ya? —preguntó incrédulo Sergio.

—Claro —respondió sonriendo el joven doctor—. Señor Fonseca, debe entender algo importante. La terapia psicoanalítica es un trabajo de dos y precisa de un alto grado de confianza por su parte. Es necesario que sea absolutamente sincero en todo aquello que vaya a contarme. Obviamente nos acabamos de conocer, y por tanto, no hemos establecido aún esa relación de confianza. Yo me sentaré a su lado, pero fuera de su campo de visión; de esta forma solo escucharé mi voz cuando le pregunte, sin la interferencia que supone observar mi rostro o mis gestos, y le resultará más fácil concentrarse en su mundo interior.

—De acuerdo —contestó Sergio, convencido del argumento que le había ofrecido el doctor para utilizar el diván en esta primera sesión.

—¿Le importa si nos tuteamos? —preguntó el psicoanalista.

—Claro que no. Somos casi de la misma edad, creo.

El doctor Eloy Baumann procuraba tutear a todos sus pacientes con independencia de la edad que tuvieran. Quería establecer cuanto antes ese vínculo de confianza, y poder interpretar en ocasiones el rol de su «otro yo». Nadie habla consigo mismo empleando el «usted».

—Perfecto. ¿Te sientes cómodo? —preguntó Eloy al verle ya tumbado en el diván.

—Mucho, tanto que llegaría a dormirme con facilidad —bromeó.

—Estupendo —respondió el doctor sentándose en el sillón situado junto al cabecero del diván, con una libreta en sus manos—. Si te es posible, cierra los ojos y concéntrate en recordar. ¿Cuándo empezaron a aparecer esos sueños?

—No lo sé con exactitud, creo que hace unos cuatro o cinco meses.

—¿Antes o después de que te incorporaras nuevamente al trabajo?

—Antes —afirmó Sergio sin dudar.

—¿Y en qué consistían exactamente?

—Básicamente eran como flashes, secuencias muy cortas, pequeños destellos del rostro o del cuerpo de una mujer a la que yo no había visto en mi vida.

—¿Estáticos o en movimiento?

—En movimiento.

—Esas secuencias... ¿qué duración tienen?

—Al principio eran muy cortas, apenas unos segundos, ahora se alargan algo más.

—¿Se repite el escenario, el lugar?

—No, y eso me llamó mucho la atención. Se sucedían en distintos ambientes, incluso cambiaba la ropa de ella entre una y otra escena. Ahora en cambio no sucede así; por lo general es una única secuencia, pero de mayor duración.

—Cuando dices ahora, ¿te refieres a tus sueños o a esos momentos en los que aparece en tu mente estando consciente?

—A esto último. En mis sueños siguen siendo ráfagas de imágenes aparentemente aleatorias.

—¿Y no llegan a conformar una historia, ni siquiera un fragmento, aunque quede interrumpida?

—Si es así yo al menos no lo recuerdo al despertarme.

—Háblame de esa mujer. ¿Cómo es físicamente?

—Ese es uno de los problemas, apenas puedo recordar sus rasgos físicos. Nunca aparece un primer plano de ella mirándome de frente. En realidad, la veo como si yo fuera una cámara de seguridad que existiera en la calle por donde ella transita. Es una visión lejana, apenas puedo llegar a verle el rostro.

—¿Edad aproximada?

—No sabría decirlo, una mujer joven, eso sí.

—Altura, constitución, color de pelo...

—Pues no sé, altura normal para una mujer, esbelta, ignoro el color de su pelo. Es que todo sucede muy deprisa, no se me quedan los detalles, sobre todo son sensaciones

—¿Y dices que nunca la habías visto antes?

—Así es.

—¿Y cómo puedes saberlo si apenas puedes describirla?

—Ya te lo he dicho, por las sensaciones. Lo sabría si fuera alguien conocido.

Sergio hizo una pequeña pausa, y a continuación añadió:

—Si te confieso ciertas cosas, sí que pensarás que es una «obsesión», o quizá algo más grave, y me encerrarás en un manicomio.

—Jajaja —rio Eloy—. Ya no existen manicomios, Sergio.

—Se les llamará de otra forma.

—Por lo que dices, creo que tú mismo has llegado a considerar la posibilidad de que se trate efectivamente de una obsesión.

—A ver. Esta mujer surgió en mis sueños sin yo pretenderlo, y luego incluso se me aparece estando yo consciente. Mi pretensión, o bien «obsesión» si quieres llamarlo así, consiste en encontrarla y resolver este enigma que empieza a atormentarme.

—¿Pero por qué necesitas encontrarla?

—Siento como si un peligro la acechase.

—¿Sí? Eso no se lo comentaste a Jaime, tu psicólogo. Al menos no está en su informe.

—No hubo ocasión de profundizar en el tema.

El doctor Baumann guardó silencio un momento, reflexionando sobre lo que había escuchado hasta ese instante mientras realizaba algunas anotaciones en su libreta. Poco después continuó su interrogatorio.

—Antes me hablaste de una confesión...

—Sí. Como te he comentado, apenas puedo recordar sus rasgos físicos, ya que como te he contado siempre son imágenes de corta duración y tomadas desde diferentes puntos de vista. Todo suele suceder muy rápido. No consigo ver bien su rostro, o al menos recordarlo. Luego esas imágenes se difuminan con el tiempo hasta casi desaparecer; tan solo permanecen las sensaciones. He recurrido a un pintor callejero que me ha hecho un boceto de su rostro conforme a los difusos recuerdos que yo le he proporcionado.

—Una especie de retrato robot.

—Algo así, aunque sigo dudando de hasta qué punto puede parecerse. Lo guardé y no lo he vuelto a mirar, no quiero que condicione mi percepción de ella.

—Sabia decisión —afirmó el psicoanalista.

—Gracias —contestó Sergio halagado en cierto modo por el comentario de Eloy, hasta el punto que se sintió impulsado a sincerarse del todo.

—Hay más.

—¿Más confesiones?

—Sí.

—Adelante entonces. En cuanta más información me puedas proporcionar, mucho mejor.

—Había momentos durante la noche en los que me despertaba soñando con ella. Para ser más exacto, más que con ella debería decir viéndola, y en ese instante lo recordaba todo bastante bien. Luego, por la mañana, apenas tenía un

vago y difuso recuerdo de lo que había soñado.

—Eso es normal.

—Lo sé, nos ocurre con la mayoría de los sueños. Pero yo tomé la decisión de grabar lo que recordaba en ese instante en el que me despertaba a medianoche.

—Puede ser una herramienta muy útil. ¿Conservas esas grabaciones?

—Sí.

—Me gustaría poder escucharlas.

—Te las puedo traer en un *pendrive* la próxima visita.

—Muy bien, sigamos. Por lo que has dicho antes, tú no te ves en el sueño, no participas en él, ¿no?

—Nunca me he visto junto a ella en esos sueños, pero sí que tengo la sensación de aparecer ellos aunque de forma aislada, como si estuviera buscándola.

—¿Pero llegas a verte en algún escenario?

—No estoy seguro de eso.

—A ver si lo entiendo. Tú, como si fueras el espectador de una película, visualizas imágenes, incluso secuencias de esa mujer, en las que tú no estás, pero en cambio te ves a ti mismo intentando encontrarla.

—No sabría decir si me veo físicamente, o tan solo tengo la percepción de ser el espectador, y lo demás son las sensaciones y motivaciones que esa visión me provoca.

—Como si estuvieras detrás de un espejo observando lo que ocurre sin poder hacer nada para evitarlo, y estás deseando atravesarlo para actuar.

—Es que no sé cómo tendría que actuar. De momento mi impulso es el de encontrarla. Debe existir una razón para que esté tan presente en mis sueños, y cada vez con mayor frecuencia.

—Antes has mencionado que tienes la sensación de que un peligro se cierne sobre ella.

—Es cierto, pero no sé por qué. No he visto ninguna imagen que dé a entender esa circunstancia.

—Según he leído en los informes, le has dado un nombre a esa mujer de tus sueños.

—Sí, Luna.

—¿Y por qué ese nombre?

—Ni idea. Un día apareció en ellos como vinculado a su imagen. Quizá hasta escuché que alguien lo pronunciaba, o a ella misma, no sé, no puedo recordarlo.

—¿Conoces a alguna mujer que se llame así?

—No.

—Cuando tu mujer estaba embarazada..., quizá pensarais en ese nombre en el caso de que fuera una niña —se aventuró a elucubrar Eloy.

—¡No! —afirmó Sergio con rotundidad. Un estremecimiento recorrió su cuerpo y los músculos de su rostro se tensaron. El doctor Baumann guardó silencio durante unos instantes observando la reacción de él. Finalmente, añadió:

—Bien, creo que por hoy hemos terminado. Ya puedes incorporarte, Sergio —le indicó el doctor mientras se marchaba hacia su escritorio.

Visiblemente afectado por esta última pregunta que no esperaba, se levantó y se dirigió hacia el sillón que había ocupado previamente. Una vez acomodado esperó a que Eloy terminara de hacer algunas anotaciones en su libreta. No se había fijado en ella hasta ese momento; un simple cuaderno del tamaño de media cuartilla, con las hojas de color blanco sin renglones. Las tapas eran de cartulina gruesa de color verde, y en la que hacía de portada casi adivinaba, más que leía, su nombre escrito a mano con rotulador y una fecha, probablemente la de esta primera cita.

Mientras esperaba a que Eloy terminara de hacer sus anotaciones observó un gran mueble de madera tallada con numerosos cajones, cada uno de ellos con su correspondiente etiqueta y cerradura. Supuso que allí guardaría sus libretas, una por cada paciente, y se imaginó la de secretos inconfesables que

contendrían.

«*¿Lo que daría por saber ahora mismo lo que Eloy está anotando en la mía!.*».

El doctor cerró el cuaderno y miró la pantalla de su ordenador. Movi6 el rat6n y despu6s de unos clics le pregunt6:

—¿Cu6ndo te viene bien volver por aqu6, Sergio?

—En cuanto antes, mejor.

—El pr6ximo hueco que tengo es lunes d6a nueve a las ocho de la tarde. ¿Te viene bien?

—S6.

—Muy bien, anotado queda. Entonces hasta el pr6ximo lunes —dijo Eloy dando por terminada la visita.

—¿No vas a comentarme nada? ¿Qu6 piensas de todo lo que te he contado? —pregunt6 Sergio con curiosidad.

—Es muy prematuro aventurar algo en estos momentos. Todav6a es pronto para tener conclusiones, solo hip6tesis de trabajo.

Sergio se dio cuenta de que Eloy intentaba eludir la respuesta.

—¿Y qu6 hip6tesis son esas?

—No es conveniente que te las exponga ahora, solo son teor6as sobre las que tengo que avanzar, y comprobar si son certeras o err6neas.

—Me pides sinceridad y confianza —coment6 Sergio algo contrariado por las evasivas de Eloy—, pero ni siquiera quieres comentarme tus impresiones.

El doctor medit6 durante unos segundos su respuesta. No conven6a alertar al paciente sobre las l6neas de investigaci6n que ahora pretend6a llevar a cabo, pero por otra parte era consciente de que Sergio necesitaba estar al tanto del proceso para que siguiera abriendo su interior y confiando en 6l.

—Si insistes..., te dir6 una de las posibilidades, la que podr6a deducirse de forma m6s inmediata, pero no lo tomes a modo de conclusi6n, sino como una simple hip6tesis que tengo que verificar.

—Bien, adelante —perseveró Sergio intuyendo que no sería de su agrado.

\* \* \*

## CAPÍTULO IX

El doctor Eloy Baumann se tomó unos segundos antes de exponerle a Sergio sus primeras conclusiones provisionales sobre lo que le había contado en esta primera visita. No resultaba conveniente comentarle a un paciente esas ideas iniciales que, de momento, solo eran conjeturas que se confirmarían o no en análisis posteriores. Conocerlas podían incidir en su evolución aumentando su hipocondría. Pero en el caso de Sergio, valoró que ganarse su confianza con este gesto podría tener unas consecuencias positivas.

Lo que resultaba más difícil era explicárselo con sencillez, sin entrar en demasiados detalles técnicos, de forma que resultara comprensible para una persona sin conocimientos en esta materia. Sergio observaba atento la expresión de Eloy, esperando pacientemente la respuesta del doctor. Finalmente, este comenzó a hablar:

—Antes de exponerte mis primeras hipótesis quiero que sepas que en muchos casos los sueños tienen como función la realización simbólica de un deseo, y con ello disminuyen la presión que los contenidos inconscientes ejercen sobre la vida de la persona. Por lo general, si los deseos surgidos durante el dormir provocan angustia, culpa o vergüenza, el cumplimiento del deseo se enmascara, y el significado del sueño ya no resulta tan evidente.

—Yo no tengo ninguno de esos síntomas en mis sueños —afirmó Sergio.

—Por lo que he escuchado, te provocan una gran preocupación y también el impulso inaplazable de emprender una acción consciente.

—Eso sí.

—Debes tener en cuenta que en la vida onírica se presenta una historia construida a partir del auténtico sentido del sueño. El sujeto no puede soñar explícitamente con aquello que le interesa, y por eso aparece disfrazado. Para descubrir su verdadero significado es necesario indagar las asociaciones que el soñante establece en relación con los diversos elementos del sueño.

Eloy hizo una pequeña pausa para preguntarle a continuación:

—No sé si entiendes lo que te estoy diciendo.

—Creo que sí.

—Bien, sigo entonces. A la historia soñada le llamamos «*contenido manifiesto*», y al significado de dicha historia, «*contenido latente*». Los mecanismos de elaboración onírica más importantes con los que se construye el material del sueño, es decir, el «*contenido manifiesto*», que es todo aquello que recuerdas, son la condensación y el desplazamiento. En la condensación, varias ideas o elementos del contenido latente se reúnen en una sola imagen o símbolo. Así una persona soñada puede representar a varias personas de la vida real del individuo, un solo objeto a varios, etc. ¿Me sigues?

—Sí —respondió Sergio prestando una gran atención a todo lo que le decía el psicoanalista.

—En cambio, en el desplazamiento, el significado fundamental de un sueño puede aparecer como un elemento accesorio o secundario del mismo. Por otra parte también quiero decirte que no existen significados universales fijos para los símbolos oníricos.

—Bien. De todo lo que me has expuesto entiendo la dificultad para interpretar un sueño, y que se requiere todo un proceso de estudio e investigación para averiguar su significado.

—Exacto —contestó satisfecho, Eloy.

—Pero antes hemos hablado de hipótesis, de líneas de investigación, y me ibas a exponer una.

—Sí, es cierto —respondió Eloy dándose cuenta que con su exposición no había podido evitar lo que realmente le interesaba saber a Sergio.

—Como te he dicho antes, no existen significados universales, pero sí algunos que estadísticamente se dan con mayor frecuencia. Soñar con persona desconocida suele indicar en ocasiones una doble personalidad, o que bien una parte de ella no se muestra tal cual es. Soñar «*que se está*» —Eloy hizo especial énfasis en estas tres palabras—, con una persona desconocida en un lugar que no se reconoce, puede indicar el deseo o la necesidad de efectuar un giro importante en la vida.

—Por eso me preguntaste si en mis sueños yo aparecía junto a Luna.

—Sí, ese era el motivo.

—¿Entonces tengo o estoy empezando a desarrollar una doble personalidad?

—Resulta evidente que a partir del accidente, una parte de tu personalidad no se muestra como realmente es. Tú no eres el mismo, ni te comportas igual, que antes de que ocurriera ese trágico suceso. Pero eso es normal en cualquier persona, es un período de duelo, y forma parte del proceso de aceptación de los hechos. Pero debes tener en cuenta que el inconsciente es como otro yo que existe en nuestro interior, con autonomía plena y ajeno a nuestra voluntad. En realidad es un mecanismo de defensa que intenta aliviar nuestros conflictos emocionales, y el sufrimiento que estos nos pueden causar, a través de los sueños.

—¿Esa es la hipótesis que ibas a contarme? ¿Que este sueño es consecuencia de la inhibición de una parte de mi personalidad? —inquirió Sergio.

—No, aunque puede estar contribuyendo de alguna manera. No tengo duda de que estos sueños tienen su causa en la tragedia por la que pasaste, y antes de que concluyese tu proceso de recuperación, el inconsciente los ha generado. Es una manera de aliviar el dolor, de distraer tu atención sobre él, tu sufrimiento, ofreciéndote una motivación, que no es otra que la de encontrar a esa mujer, a Luna. Por lo que sé, primero tenías las habituales pesadillas en las que se representaba la escena del accidente, una escena que no habías presenciado, por cierto —incidió Eloy—, y luego comenzaron a aparecer las de esta mujer mezclándose con las del accidente, hasta que finalmente el sueño de Luna desplazó a la pesadilla del trágico suceso presentándose en soledad, y ahora incluso de forma consciente. ¿No es así?

—Sí, esa ha sido la evolución de mis sueños.

Después de responder la pregunta del doctor, Sergio se quedó en silencio. Si la teoría de Eloy resultaba cierta, todo era un burdo montaje de su inconsciente. Empezó a sentir una enorme desazón, como si el cuerpo se le empequeñeciera, y le embargó una gran sensación de frustración. Es muy posible que Eloy tuviera razón en la formulación de esta hipótesis; de hecho, y sin saberlo hasta ahora, la necesidad de encontrar a Luna le había dado un

objetivo, una motivación como decía el psicoanalista, con la que alejarse, o más bien huir, del recuerdo, del dolor.

—¿Cómo puedo imaginar a una mujer que no he visto nunca? —preguntó con la intención de encontrar algún resquicio a esa teoría que ya estaba dando por cierta.

—A diario miles de imágenes son registradas por nuestro cerebro. La televisión, las revistas, las vallas publicitarias..., nuestro consciente apenas presta atención a algunas de ellas, pero el subconsciente las graba y almacena, aunque no lo recordemos. Es posible que esa imagen esté recogida en tu mente desde hace varios años, y ahora salga a la luz para construir ese sueño.

—¿Y por qué surge en mí esa necesidad de encontrarla?

—Tú mismo me lo has dicho antes. Tienes la sensación de que un peligro la acecha, ¿no es así?

—Sí.

—Por lo que te he comentado antes, esa imagen podría representar a tu mujer y a tu hijo mediante un mecanismo onírico de condensación. Tú no pudiste evitar el accidente, pero por los informes de tu psicólogo, tenías un gran sentimiento de culpabilidad, ya que según habíais acordado eras tú el que iba a recoger a tu hijo a esa fiesta de cumpleaños. Luego te quedaste en casa corrigiendo exámenes, y tu mujer la que fue entonces a por él. De alguna forma tu inconsciente puede estar reaccionando ante ese sentimiento de culpabilidad que aún está latente en tu interior, e intenta exonerarlo encontrando a Luna y salvándola de ese supuesto peligro que se cierne sobre ella.

La sensación de aflicción y derrota en el rostro de Sergio resultaba más que evidente. Estaba a punto de echarse a llorar. Con el estómago encogido respiró hondo para evitar que esas lágrimas brotaran de sus párpados, no quería hacerlo delante de Eloy.

*«El maldito psicoanalista tiene razón. No pude evitar la muerte de mi mujer y de mi hijo, y mi inconsciente ha elaborado esta patraña para generar en mí una ilusión, un alivio para mi atormentada conciencia dándome una segunda oportunidad, la de salvar a alguien..., alguien que en realidad no existe»* —se mortificaba Sergio.

—Imagino lo que estás pensando —añadió Eloy—; que toda tu motivación se ha derrumbado como un castillo de naipes. No te lo tomes así, esa hipótesis, aunque probable, está todavía por verificar, aún es pronto para considerarla como cierta.

—Pues yo no tengo ninguna duda —respondió resignado pensando que Eloy trataba de infundirle ánimos después del varapalo que se había llevado.

—Yo en cambio sí que las tengo —afirmó con seguridad Eloy.

—¿Sí? —preguntó Sergio con incredulidad.

—Por eso he dudado en exponerte esta teoría, imaginaba esta reacción. Pero por otra parte creo que tienes el suficiente valor como para enfrentarte a ti mismo, o mejor dicho, a tu inconsciente. Por eso he considerado conveniente que estés al corriente de esa posibilidad. En realidad la terapia psicoanalítica consiste precisamente en esto.

Después de una pausa, el doctor Baumann prosiguió:

—De todas formas hay dos cosas que quiero decirte antes de que te vayas. La primera, que alejes de ti todo sentimiento de culpabilidad sobre el accidente. Es completamente absurdo pensar algo así. Creas o no en el destino, sabes muy bien que el azar es caprichoso, y cuando se analiza un hecho siempre se dan múltiples circunstancias que podían haberlo impedido. Unos segundos de adelanto o retraso, o estar en otro carril, habría evitado que el coche de tu mujer se viera involucrado en ese choque en cadena en la M-30; o que el vehículo que circulaba detrás de ella hubiera sido un automóvil en lugar de un camión...

—¿Y la segunda? —le interrumpió Sergio intentando evitar el recuerdo del accidente.

—Que no olvides nunca cuál debe ser tu objetivo principal, que no es otro que reconstruirte y vivir con optimismo y felicidad. Tienes toda una vida por delante, Sergio, aprovéchala y disfruta de ella. La motivación que te está proporcionando este sueño no es un fin en sí mismo, tan solo un medio, una etapa si quieres considerarlo así.

—Lo sé —respondió Sergio acostumbrado a escuchar estos argumentos a Jaime, su psicólogo.

—De momento el lunes te someteré a una sesión de EMDR, y luego ya seguiremos investigando sobre la causa y posible interpretación de tus sueños.

—¿Y qué es eso? —preguntó Sergio intrigado.

—Son las siglas de *Eye Movement Desensitization Reprocessing*, un método descubierto en 1987 por la doctora Francine Shapiro, y que consiste en utilizar lo que llamamos «*estimulación bilateral*». Con esta técnica favorecemos una sincronización de los hemisferios cerebrales, lo que provoca el reprocesamiento de la información y la mejoría en los síntomas del trastorno por estrés post-traumático.

—Nunca había oído hablar de esto.

—Hoy en día todavía es una técnica bastante experimental. Hay pocos psicoterapeutas que la apliquen, y aunque habría sido más adecuado emplearla al principio de tu terapia, creo que te vendrá bien. Tenemos que dejarlo aquí, Sergio; tengo a un paciente esperando desde hace rato.

—Ufff..., no me había dado cuenta de la hora —respondió consultando su reloj de muñeca—. Bien, hasta el lunes entonces —añadió levantándose y acercando su mano al psicoanalista.

Eloy se la estrechó con firmeza y a continuación le acompañó hasta la puerta de su despacho. Ya en la calle, Sergio se decidió a dar un paseo antes de coger su coche.

Pese a la gran decepción que se había llevado al conocer el más que probable significado de sus sueños, se sentía bien, incluso esperanzado. Algo en su interior le decía que debía confiar en el doctor Baumann, al que consideraba ya su mejor aliado. Recordaba una frase que él había pronunciado al principio de la consulta: «*La terapia psicoanalítica es un trabajo de dos*». Y efectivamente había tomado conciencia de que sería así. Eloy le había tratado en todo momento con suma franqueza, y esa sinceridad le hacía creer en sus propias posibilidades para regenerarse. Con frecuencia, durante la terapia de Jaime, se había sentido como un niño pequeño al que se debe proteger, e incluso restringir la información por su propio bien, y hasta manipulado en ocasiones.

Con el doctor Baumann todo había resultado muy diferente. Le trataba de

igual a igual, como si el problema que tenían que resolver fuera el de un tercero, y ambos iban a colaborar estrechamente para lograrlo, y para ello debían compartir la información y sincerarse el uno con el otro.

*«Qué curioso. Por un momento me sentí hundido, asomado nuevamente al pozo de la depresión. Y ahora, en cambio, me siento ilusionado, optimista, e incluso más fuerte. Sin duda alguna Eloy es un gran psicoanalista»* — pensaba Sergio mientras abría la portezuela de su coche.

\* \* \*

## CAPÍTULO X

Al día siguiente, Sergio seguía con optimismo y buen humor, algo que le sorprendía gratamente. Por lo general su buen estado de ánimo solía resultar muy efímero y con frecuencia desaparecía a las pocas horas, pero en esta ocasión se había levantado con la misma ilusión con la que se acostó, y al parecer no había soñado con Luna, o al menos no lo recordaba.

Se aseó, desayunó y salió de casa con la idea de proponerle una cita a Alba. Se sentía con el valor suficiente como para afrontar este desafío. Hasta ahora había evitado cualquier posibilidad de intimar con una mujer, pero Alba le resultaba muy diferente a las demás. Veía en ella convicción, fortaleza, personalidad y empatía, razones objetivas que él podía juzgar, además de su indudable atractivo físico; pero había algo más que se le escapaba a su capacidad de análisis, esa química intangible que no entiende de motivos racionales y que te atrae de forma inevitable con el único argumento de su presencia.

Eso es lo que él había sentido desde que estuvo con Alba el pasado sábado en la cena de cumpleaños de Bea, y que cada día aumentaba lenta pero inexorablemente, con la cadencia de las gotas de lluvia, calando suavemente en su interior.

*«Hoy es jueves, quizá sea algo precipitado, —pensaba—, pero si me espero a mañana es posible que ya tenga algún compromiso. Además, ahora me siento con valentía para proponérselo. Cuando la vea en la sala de profesores, se lo diré».*

Con una sensación de ilusión que le resultaba muy lejana en el tiempo, Sergio dio sus dos primeras clases sin dejar de pensar en esta posible cita con Alba. Intentaba visualizar la escena para que los nervios no le traicionaran en el último instante. Quería mostrarse firme y decidido al decírselo, incluso se preparaba para una posible negativa de ella alegando algún tipo de compromiso.

¿Dónde la llevaría? Mejor no hacer planes de momento, eso lo decidiría más tarde. Lo que más le importaba ahora mismo era estar atento a la

expresión de sus ojos, a sus gestos, a cualquier señal que le diera a entender que existía un mínimo de reciprocidad.

Durante la cena tuvo la sensación de que ella se sentía a gusto a su lado, pero solo eso. En ningún momento observó un mínimo atisbo de coquetería o de intento de seducción por su parte. Quizá su propia actitud impidiera un mayor acercamiento. Pese a su esfuerzo, era consciente de que tan solo había conseguido mostrarse amable, pero le resultaba aún muy difícil abandonar esa seriedad en su rostro que ya parecía formar parte indisoluble de su imagen. No conseguía recordar la última vez que sus labios esbozaron una sonrisa, quizá no lo había hecho desde...

Sí, con toda seguridad era su propia actitud la que imponía esa distancia. Alba se mostraba simpática, incluso divertida, cuando la veía hablando con Bea. Esa luz, ese brillo que desprendían sus ojos propiciado por la ilusión que ponía en todo lo que emprendía, apenas estaba presente cuando conversaba con él. Se mostraba mucho más reservada y cauta, como si sospechara o intuyera algo sobre su pasado. Si quería que ella se mostrara tal cual era, él también tendría que hacerlo, y abandonar de una vez por todas ese veto, esa cierta clausura que, sin pretenderlo, se había impuesto sobre las sensaciones lúdicas de su mente y de su cuerpo.

De forma imprevista llegó la hora del descanso. Apenas recordaba lo que había explicado en clase, aunque no parecía que sus alumnos se hubieran dado cuenta de que su mente había estado en otra parte. Apresuradamente se dirigió hacia la sala de profesores, y al ser consciente de ello, se esforzó en ralentizar el paso. Todo su esfuerzo de mentalización parecía venirse abajo, y los nervios comenzaban a hacer su aparición.

Alba todavía no había llegado, así que se dispuso a prepararse un café para que la espera no se le hiciera tan larga. Bea apareció poco después, y le saludó con una sonrisa al llegar a su altura.

—Hoy parece que los alumnos ya están pensando en el *finde*. Los noto más distraídos que de costumbre —comentó Sergio pretendiendo iniciar una conversación con ella. De esa forma cuando Alba llegase se acercaría a ellos, y así le resultaría más fácil proponerle la cita.

—Estamos a jueves..., es normal. Yo también estoy pensando en él, jajaja.

¿Tú no?

*«Porqué será que las mujeres siempre parecen saber lo que se cuece en tu mente, como si fueran capaces de leerte el pensamiento, —reflexionaba Sergio—. Intuición, dicen ellas, pero para mí es auténtica brujería. ¿Habrá sospechado que quiero quedar con Alba? Imposible, no puede haberlo adivinado, salvo que, sin yo saberlo, lo lleve escrito en la frente».*

—Pues sí, tienes razón, yo también estoy pensando en él —afirmó con sinceridad.

—¿Cómo se lo vamos entonces a reprochar a ellos? Las chicas con las hormonas a flor de piel, y ellos rezumando testosterona.

—Tienes razón Bea.

—¿Acaso no te acuerdas cuando tenías su edad?

—Ufff..., eso ha quedado ya muy lejos.

—¡Anda ya! No seas exagerado. Tú tienes treinta y...

—Treinta y cuatro —concluyó Sergio.

—No hace tanto entonces, incluso podemos llegar a sentirnos igual, lo que ocurre es que sabemos disimularlo mejor.

*«¿Acaso tienen una bola de cristal? ¿Se me notarán los nervios? Y aunque así fuera, ¿cómo puede relacionarlo con mi intención de pedir una cita a Alba? ¿Serán capaces de desnudar nuestra mente con solo darnos un vistazo?»*

*«No seas absurdo Sergio —se reprendía a sí mismo—, las mujeres no pueden ser capaces de eso. Solo son imaginaciones tuyas»*

—Supongo que sí —respondió escuetamente, buscando otro tema de conversación que le resultara menos incómodo.

Siguieron charlando sobre temas más intrascendentes hasta que sonó la campana que anunciaba el retorno a las clases.

—Bueno Sergio, tenemos que volver a lidiar en la plaza. Ya sabes, torea con la mano izquierda —bromeó Bea.

—Seguiré tu consejo —respondió él esbozando una sonrisa—. ¿Y Alba, no ha venido hoy? —se atrevió a preguntarle consumido por la impaciencia.

—Sí, pero tenía una reunión con el jefe de estudios sobre los líos que se trae con el taller de teatro. Debe haberse alargado más de lo previsto y ni siquiera le ha dado tiempo a tomarse un café. Venga, ya nos vemos.

—Hasta luego Bea.

No vio a Alba en toda la mañana. Decepcionado, Sergio regresó a su apartamento de alquiler. «*Tantos nervios para nada*» —pensaba.

Comió sin apetito y después se echó sobre el sofá a ver la televisión. No era de los que aceptaban una derrota, incluso las dificultades le producían una mayor motivación. Una luz apareció en su mente en ese instante. ¡Tenía su teléfono! Podría llamarla esta misma tarde y así salir ya de dudas, la incertidumbre le estaba consumiendo. Estaba convencido de que una vez dado ese paso lograría recuperar la serenidad que tanto necesitaba.

Esperó hasta las siete de la tarde, buscó el número en la agenda de su móvil y pulsó llamada.

—Sí, dígame.

—¿Alba?

—Sí, soy yo.

—Soy Sergio. Sergio Fonseca, tu compañero del instituto.

Sin saber el motivo Alba sintió como el corazón le daba un vuelco. No se esperaba esta llamada apenas dos días después de darle su número. Su mente empezó a navegar a toda velocidad mientras respondía con aparente serenidad:

—Perdona, no conocía el número. ¿Cómo estás?

—Muy bien. Verás, hoy quería hablar contigo pero no te he visto en toda la mañana.

—Ufff..., la he tenido muy liada. He estado con el jefe de estudios, luego con el director, y tengo que reunirme también con la AMPA. Estoy intentando que apoyen económicamente al taller de teatro, pero me lo están poniendo muy

difícil.

—Pese a lo poco que te conozco, estoy convencido de que lo conseguirás.

—Eso espero, aunque solo sea para que deje de darles la vara, jajaja.

En ese momento Alba estuvo tentada de preguntarle el motivo de su llamada, pero se abstuvo. Le gustaba escuchar su voz por teléfono, y seguro que él acabaría diciéndoselo tarde o temprano.

—Creo que tenemos algo en común —añadió Sergio.

—¿Sí? ¿Y qué es?

—Nos crecemos ante las dificultades.

—No sé si será eso, o que me he vuelto muy cabezota, jajaja.

—Luchar por conseguir un objetivo, un ideal, o un sueño, no es cabezonería, aunque a veces pueda parecerlo. Yo creo que más bien expresa la firmeza de nuestro carácter, de nuestras convicciones, y pone a prueba nuestra voluntad, nuestro tesón, y nuestra capacidad de esfuerzo.

*«Desde luego tiene una voz preciosa. Esa cadencia, esa serenidad con la que fluyen sus palabras, me relaja tanto como si escuchara una dulce melodía»* —pensaba Alba mientras le oía.

—No sé si el director del instituto lo verá así. Me evita en cuanto coincidimos en un pasillo, y me cuesta muchísimo conseguir una cita con él. Siempre le estoy pidiendo cosas, así que tampoco me extraña.

—Yo en cambio estoy seguro de que te tiene en gran estima, y valora tu esfuerzo en dinamizar tus clases y en implicar a los alumnos en tus proyectos.

—Eso espero —concluyó algo impaciente por conocer los verdaderos motivos de la llamada de Sergio. Después de unos segundos en silencio, volvió a escuchar su voz:

—Verás Alba, yo te llamaba por si te apetecía quedar conmigo este sábado por la tarde. Ese era el motivo por el que quería hablar contigo esta mañana —le propuso Sergio intentando no manifestar su nerviosismo.

—Ah..., pues sí, claro. ¿A qué hora?

—¿Qué te parece si paso a recogerte a las ocho?

—Muy bien, pero no hace falta que te molestes en recogerme. Si quieres podemos quedar en algún sitio.

—No es molestia, todo lo contrario. Dame el número de tu puerta y así cuando llegue te llamo por el interfono.

—Segundo piso, puerta cuatro.

—Ya lo he anotado. Muchas gracias, Alba. Intentaré que lo pases bien. Mañana nos vemos en el instituto, si no estás liada, claro.

—No, no, con los del AMPA he quedado el lunes por la tarde. Mañana podré desayunar con normalidad.

—Pues hasta mañana entonces.

—Hasta mañana, Sergio.

Alba, con el móvil aún en la mano, se recostó sobre el sofá. Realmente esta llamada de Sergio la había sorprendido, no la esperaba, o al menos no tan pronto. No quería dejar volar su imaginación, ni crearse expectativa alguna, simplemente se trataba de una cita para conversar, para conocerse mejor, no había indicios de ninguna otra pretensión, aunque con Sergio resultaba difícil saber lo que realmente pensaba.

Su voz se había mostrado firme y segura; solamente en el momento de pedirle la cita había percibido un cierto atisbo de nerviosismo. Estuvo tentada de jugar un poco, de aparentar alguna duda antes de responderle afirmativamente. Era una forma habitual de poner en valor su consentimiento, pero no le salió utilizar esta argucia con Sergio, quizá porque él se había manifestado con total franqueza y sinceridad, sin rodeos, y se merecía lo mismo.

Rápidamente sintió el impulso de llamar a Bea y contárselo. Pulsó la llamada en su móvil y esperó.

—¡Hola Alba! ¿Qué tal ha ido tu reunión de esta mañana?

—Como era de esperar, pero vamos, no te llamaba por eso.

—¿Por qué entonces?

—Me acaba de llamar Sergio.

—¡Uaaala! ¿Y...?

—Me ha pedido quedar el sábado por la tarde.

—¡Qué bien! Le habrás dicho que sí, espero.

—Pues sí, claro.

—Ahhh..., menos mal, porque contigo nunca se sabe.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que eres muy valiente para pelearte con todo el mundo y salirte con la tuya, pero cuando se trata de intimar con un hombre..., huyes como un gato asustado.

—No es eso, Bea. Simplemente me siento cómoda así, sin complicaciones. Además, si un chico no me atrae, o no me resulta interesante, pues prefiero quedarme en casa antes que aguantarlo toda una noche.

—Entonces Sergio..., es de los poquitos que cumplen alguna de esas dos condiciones.

—Me parece un hombre agradable.

—Vaya, has bajado mucho el listón. ¿Y solo por eso ya vas a quedar con él? —preguntó Bea con sorna.

—He aceptado porque creo que lo voy a pasar bien en su compañía. Eso es todo.

—Al menos ya no te justificas yendo de buena samaritana —insistía Bea con ironía.

—¡Joder! Si lo sé no te llamo.

—No seas tonta, Alba. Me alegro muchísimo de que te lo haya propuesto, y más aún de notar que estás ilusionada.

—¿Ilusionada? No me estoy creando ninguna expectativa con él. Ya sabes cuál es su situación. —Hizo una breve pausa, y a continuación añadió—: Y la mía también.

—Y por eso me has llamado nada más le has colgado. Ni siquiera has podido esperar a mañana para decírmelo. Venga ya, Alba.

—Pues no sé, te lo he contado para que lo supieras antes de que nos viéramos mañana en el instituto.

—¿Y sabes a dónde vais a ir? —Preguntó Bea queriendo cambiar el tema de la conversación—. ¿Te ha propuesto algún plan en concreto?

—No. Hemos quedado a las ocho, eso es todo.

—Entonces te lo ha dicho así, directamente. Quiero quedar contigo y ya está, sin excusas de ningún tipo, como tengo un par de entradas para esto..., o algo así.

—Efectivamente. Me lo ha pedido sin más.

—Muy bien, ¿no?

—Pues sí, lo prefiero de esta forma, sin rodeos. No parece un timorato, y me gusta la sinceridad.

—Estupendo Alba, me alegro muchísimo. No sé por qué, pero estoy segura de que lo vas a disfrutar. El domingo ya me lo estás contando todo; pero todo, eh.

—Con pasar un buen rato me conformo. Bueno, hasta mañana Bea.

—Hasta mañana Alba.

\* \* \*

## CAPÍTULO XI

Fiel a su habitual puntualidad, a las ocho menos diez Sergio ya se encontraba frente al portal de Alba. En previsión de que pudiera encontrarse alguna congestión de tráfico había salido de casa con suficiente antelación. Ahora solo le quedaba esperar. Comenzó a dar cortos paseos por la acera intentando mentalizarse para el gran reto que suponía esta cita con ella. Era la primera vez que iba a estar a solas con una chica desde el accidente que acabó con la vida de su mujer y su hijo.

En realidad, no había dejado de pensar en ello desde que se había levantado este sábado por la mañana. Recordaba los consejos de Jaime, su psicólogo, en este momento le iban a resultar muy útiles, y podían resumirse en dejar atrás el pasado y volver a empezar de nuevo. No se trataba de intentar olvidar, eso jamás podría conseguirlo, sino de superarlo, de darse una nueva oportunidad a sí mismo para volver a encontrar su equilibrio emocional y acercarse a ese fin último que no era otro que buscar la felicidad.

Se repetía una y otra vez palabras que en numerosas ocasiones había escuchado decir a Jaime. Debía superar también la sensación de infidelidad, de traición a un recuerdo; el del amor que sintió por Ana, su mujer. Nada de lo que hiciera ahora podría cambiar lo sucedido hace dos años, y ella querría que él fuera feliz, y no que se condenara a la amargura y el ostracismo.

La actitud era fundamental. No se puede disfrutar de algo si no se desea. No podía considerar esta cita simplemente como una terapia necesaria para su proceso de reconstrucción. Todo lo contrario, debería ponerla en valor pensando en Alba y en los motivos que le habían impulsado a salir con ella.

De Alba le gustaba su forma de ser, ese cierto magnetismo que irradiaba a su alrededor de una forma absolutamente natural, sin pretenderlo de ningún modo. Y además le resultaba atractiva, pese a que no tenía rasgos físicos en común con Ana, y eso era algo que le complacía. Tenía así la seguridad de que, ni siquiera de forma inconsciente, estaba intentando encontrar una réplica de su mujer, algo que como le comentó Jaime en su momento, solía ocurrir con frecuencia en estos casos.

Actitud positiva, buen humor sin pretender resultar gracioso, evitar hablar del pasado, conocerse poco a poco, sin prisas, dejar que las sensaciones fluyan por sí mismas..., se había repetido una y otra vez desde esta mañana. Había llegado el momento de ver si era capaz de conseguirlo. Pulsó el timbre y esperó.

—¿Sí?

—Soy Sergio.

—Enseguida bajo, no tardo nada —respondió Alba con un timbre de voz que a Sergio le resultó especialmente dulce.

Inevitablemente se le encogió algo el estómago, y sin saber además por qué. Bueno, sí que lo sabía. Esa pequeña frase, ese tono de voz, le había resultado muy cálido y acogedor, y muy diferente también al que estaba habituado a escucharle en la sala de profesores, por lo general más impulsivo, incluso exaltado en ocasiones. Ya le sucedió en algunos momentos de la cena del cumpleaños de Bea, en los que Alba le hizo algún comentario exclusivamente a él con una voz mucho más cálida, aunque fueron muy escasos.

Apenas cinco minutos después oyó abrirse la puerta del patio, y Sergio, que aún andaba sumido en sus elucubraciones, se giró rápidamente hacia el lugar de dónde provenía el sonido.

Alba lo miró fugazmente para poco después desviar su atención hacia al suelo, mientras bajaba el escalón que había para llegar a la acera, instante que Sergio aprovechó para observarla.

Llevaba un bonito vestido que a él se le antojó de estilo hippie. De una pieza, largo hasta casi los tobillos, lo que permitía ver su calzado, unos originales botines de ante. Estampado en colores primaverales sobre un fondo verde claro, y de tela muy ligera a juzgar por el movimiento de su amplia falda al compás de la brisa. Quedaba entallado en la cintura, mientras que, en el torso, un atractivo escote en uve realzaba su busto, en el que destacaba un colgante de pedrería en tonos verdes engarzado con filigrana de plata.

En cuanto Alba levantó la cabeza él dejó de observar los detalles de su atuendo, no quería incomodarla, simplemente la miró a esos encantadores ojos

de color miel que resplandecían en su rostro mientras lentamente, pero con paso decidido, ella se acercaba a él. No podía articular palabra alguna, pero escuchaba atronadoramente en su cerebro esas voces que pretendía ahogar en su interior: «¡*Está preciosa!*!».

Finalmente, Alba llegó a su lado y se detuvo a escasos centímetros de él esperando su saludo, esos besos de cortesía, pero Sergio seguía atónito, incapaz de reaccionar en modo alguno. Ella entonces puso suavemente una mano sobre su hombro, y mientras le decía «*hola Sergio*» le dio un corto pero cálido beso en la mejilla.

Torpemente él quiso devolvérselo en ese instante haciendo lo propio en la mejilla de ella, justo cuando Alba retiraba ya su rostro, lo que propició que, sin pretenderlo, le rozara los labios con su boca. Azorado, se echó rápidamente hacia atrás como impulsado por una descarga eléctrica.

Intentando disimular su turbación se apresuró a responder:

—Hola..., estás muy guapa.

Esta última frase surgió sin pretenderlo, sin pensarla siquiera, una muestra de sinceridad que no pudo reprimir.

—Muchas gracias, eres muy amable —respondió ella con una sonrisa, consciente de que, incluso aunque él no se lo hubiera llegado a decir, ese era el efecto que le había causado. Solo había que mirarle a los ojos para adivinarlo.

—Tengo el coche ahí mismo. ¿Nos vamos? —propuso Sergio que aún sentía esa quemazón en los labios producida por el imprevisto roce con los de ella.

—Cuando quieras —respondió Alba alzando la vista y mirando alrededor para intentar localizar el vehículo.

—Por aquí —dijo Sergio apoyando sutilmente la palma de su mano en la espalda de ella, cerca de su cintura, presionándola ligeramente para indicarle la dirección a seguir. En cuanto inició el movimiento, Sergio retiró su mano y se puso a caminar a su lado.

Esta vez fue Alba la que sintió esa agradable sensación de cosquilleo

eléctrico. A través de la fina tela de su vestido llegó a notar la suavidad de la mano de Sergio, y sobre todo su calidez, hasta el punto de que un ligero escalofrío recorrió toda su espalda.

Le cedió el paso para cruzar entre dos coches aparcados junto a la acera, y aprovechó ese instante para observar su grácil forma de andar, esa rítmica oscilación de sus caderas propiciada por la altura del tacón de sus botines, y que acusaba aún más el movimiento de la amplia y suave tela de la falda de su vestido. En el instituto, Alba solía vestir con vaqueros y zapatillas deportivas, no cabía duda de que tenía un cuerpo esbelto y atractivo, pero hoy..., hoy Sergio la veía terriblemente femenina y seductora.

Le abrió la puerta y esperó a que se acomodara en el asiento sin dejar de mirarla ni un instante. Observó como ella se sentó primero de lado con los pies aún en la calzada, y con un suave movimiento de su mano recogió todo el vuelo de la falda para depositarlo sobre sus rodillas, y a continuación, manteniendo las piernas juntas, giró todo su cuerpo para introducir así los pies dentro del coche.

Sergio cerró entonces la puerta y rodeó la parte delantera del vehículo sin dejar de mirarla, mientras ella se recolocaba la falda de su vestido. Él solía prestar atención a los gestos de las mujeres, y en esos momentos pensaba hasta qué punto están condicionados por su atuendo. De haber llevado unos vaqueros con toda seguridad se habría introducido en el coche de la misma forma que suele hacerlo un hombre, primero una pierna, y una vez sentada, la otra. Pero ahora en cambio, ese ritual había sido muy diferente, mucho más femenino.

Abrió la puerta y entró en el coche. Introdujo la llave en el contacto y giró su rostro hacia ella para decirle:

—¿Alguna petición especial? —preguntó mirándola fijamente a los ojos sin poder eludir la sonrisa de sus labios.

El rostro de Alba expresaba un ligero desconcierto. La pilló por sorpresa. En esos momentos ella aún estaba recordando toda la secuencia de imágenes y sensaciones que había tenido desde el mismo instante en el que salió del patio, y tardó unos segundos en entender a qué podía referirse Sergio. Antes de que pudiera responder, él se lo aclaró:

—Me refiero a si has pensado en algún sitio, si te apetece ir a un lugar en concreto, no sé...

—Tú eres el que me ha invitado a salir. Creo que te corresponde a ti decidirlo —respondió Alba sonriendo consciente de que le traspasaba toda la responsabilidad de la elección.

—Yo es que soy muy demócrata, acepto sugerencias y me gusta actuar por consenso —comentó con cierta ironía.

—Pues yo..., prefiero que me sorprendas —insistió Alba ampliando su sonrisa con una pizca de pícaro malicia.

—¡Lo sabía! —respondió Sergio sin poder evitar que sus ojos se posaran en esa boca que parecía atraerle como un imán.

Intentó sobreponerse a esa imprevista tentación de besarla, así que desvió su mirada hacia sus ojos, pero no consiguió que desapareciera, todo lo contrario. Ahora ya no eran solo sus labios, todo su rostro parecía confabularse ejerciendo sobre él un hechizo para el que no estaba preparado.

—Bien, de acuerdo, pero la próxima vez serás tú la que decida dónde ir. Es lo justo —replicó Sergio apartando su mirada y arrancando el motor de su coche.

*«¿Próxima vez? Aún no ha comenzado esta cita y ya parece haber tomado la decisión de volver a salir»* —reflexionó Alba.

Apenas hablaron durante el trayecto. Sergio parecía concentrarse en la conducción y Alba no quería distraerlo. Parecía como si los dos se tomaran un respiro después de ese primer asalto de sensaciones que para ambos resultaban muy lejanas en el tiempo, e incluso desconocidas en algunos aspectos.

Cada vez que se detenía en un semáforo, él aprovechaba para girarse hacia ella y mirarla mientras le comentaba cualquier tema intrascendente. A Sergio nunca le había gustado mirar de reajo, a hurtadillas. Conservaba ciertas costumbres inculcadas por su padre, y una de ellas era que siempre tenía que mirar de frente y a los ojos, ya fuera a un hombre o a una mujer. En el caso de Alba seguir esta norma le resultaba muy difícil, porque era consciente de la escasa capacidad de disimulo que tenía su mirada. Inevitablemente

manifestaría todas las sensaciones que había experimentado desde el mismo instante en el que la vio salir del patio, y eso jugaba en su contra.

Quería mostrarse como un hombre seguro de sí mismo —como lo había sido siempre—, sin flaquezas, capaz de controlar cualquier situación, incluso de atemperar sus propias emociones, y estaba convencido de que, al menos de momento, no había trasladado esa imagen. Se quedó boquiabierto, sin capacidad de reacción, cuando la vio salir del patio; se turbó cuando la casualidad, el azar, o quizá ese destino en el que nunca hasta ahora había creído, provocó que sus labios se rozaran levemente, dejando en él una imperecedera necesidad de besarla; y ahora, transcurridos ya bastantes minutos desde entonces, le resultaba imposible no quedar seducido cada vez que miraba sus ojos color miel, o esos cabellos de color castaño claro con mechas cobrizas, cortados de manera asimétrica y peinados de forma casual, que dejaban al descubierto su rosado y esbelto cuello.

No recordaba tener esas sensaciones desde la adolescencia, pero ahora, con sus treinta y cuatro años, no podía permitirse resultar tan transparente en sus emociones, no al menos hasta que estuviera seguro de ellas. Quizá esa adrenalina, ese cierto estado de excitación, viniera motivado tan solo por tratarse de una situación absolutamente novedosa para él. Había conocido a Ana con tan solo veintiún años, y desde entonces ninguna otra mujer había estado presente en su vida. Alba era físicamente atractiva, de eso no cabía duda, pero como muchas otras mujeres que veía a diario, o incluso en el instituto, pero ella tenía algo diferente a todas las demás, algo indescifrable que la hacía única, y que en estos momentos era incapaz de adivinar.

Mientras Sergio conducía ensimismado en sus pensamientos, Alba sí que lo miraba de soslayo. Observaba la seriedad que manifestaba su rostro atendiendo a todas las circunstancias del tráfico, aunque a veces sus ojos denunciaban que sus pensamientos estaban en otro lugar. Sólo cuando se volvían hacia ella aparecía en ellos un brillo muy especial, una mezcla de optimismo y de ilusión que no había percibido durante los escasos dos meses que lo había visto en el instituto, y que ahora además acompañaba con una tenue sonrisa en sus labios.

Observaba sus manos en el volante, eran muy bonitas y transmitían una gran sensación de pulcritud. Lo cogían con firmeza pero a su vez con

delicadeza, igual que cuando accionaba la palanca del cambio de marchas. Inevitablemente su mente, y sobre todo su cuerpo, recordaron el momento en el que esa mano se apoyó durante unos segundos en su espalda para dirigirla hacia el coche. Cálida, suave..., incluso ahora volvía a reproducirse en su piel ese cúmulo de sensaciones. Apartó de su mente cualquier tentación de imaginar esas manos acariciando su cuerpo. Era pronto, muy pronto para dejarse llevar por una fantasía semejante, pero aun así intuía que le resultaría muy placentero y gratificante.

Finalmente Sergio estacionó el vehículo en un aparcamiento subterráneo próximo a la Plaza Mayor. Cuando salieron a la superficie le comentó, casi a modo de disculpa:

—Hacía tiempo que no venía por aquí, y me apetecía dar un paseo por esta zona.

—A mí también, nunca me canso de recorrer esta parte de Madrid.

—¿Conoces la historia de la Plaza Mayor?

—Algo. Creo que se construyó por orden de Felipe II cuando trasladó la corte a Madrid, y que el proyecto se lo encargó a Juan de Herrera, el arquitecto del Monasterio del Escorial.

—Así es, aunque se terminó durante el reinado de Felipe III, por eso la estatua ecuestre que hay en el centro es la de él. Antes esto se conocía como la Plaza del Arrabal, y era donde se situaba el mercado fuera del recinto amurallado de la ciudad medieval. Lo que ves ahí enfrente —comentó Sergio señalando con su dedo índice—, es la Casa de la Panadería, el primer edificio que se construyó en la remodelación a finales del siglo XVI.

Siguieron paseando y comentando temas históricos del llamado «*Madrid de los Austrias*», y mientras lo hacían, Alba no dejaba de pensar en un aspecto que le resultaba insólito. Ella había transitado docenas de veces por esa zona, recorrido sus calles y plazas en muchas ocasiones tanto a la luz del día como de noche, y ahora todo le parecía diferente, como si lo descubriera por primera vez. Le hubiera encantado que en ese momento Sergio la cogiera de la mano, y juntos, como dos turistas que visitan Madrid por primera vez, se dejaran embriagar por el bullicio de la gente y por la rítmica sobriedad de las arcadas de piedra.

De hecho sus ojos se posaron en las manos de él que gesticulaban sin cesar, señalando hacia algún lugar o bien parecían querer dar forma a aquello que pretendía expresar con sus palabras. Probablemente una costumbre derivada de su forma de dar las clases, reforzando así sus explicaciones. Sintió la tentación de cogerle la mano, pero se reprimió. ¿Cómo lo interpretaría él? No quería interrumpir ese momento en el que se mostraba tan diferente a como le conocía en el instituto. Ese brillo en sus ojos, esa alegría que manifestaba con la sonrisa que acompañaba a sus palabras, ese cierto grado de vehemencia y excitación en todas sus descripciones..., no cabía duda de que era un hombre apasionado, un aspecto que hasta este momento no había podido sospechar.

Llegaron al Mercado de San Miguel, el único con estructura de hierro que se conserva en Madrid, y penetraron en su interior. Estaba a tope, resultaba difícil transitar por los pasillos, pero más aún resistirse a la inevitable seducción que ejercía la impecable presentación de las viandas que se exponían en sus puestos.

—¿Qué te parece si tapeamos aquí? —sugirió Sergio.

—¡Por mí genial! Se me acaba de abrir un apetito enorme —confesó Alba.

En ese momento se encontraban cerca del puesto de Daniel Sorlut.

—¿Te gustan las ostras? —preguntó Sergio.

—Las probé una vez, y de eso hace varios años. Lo que más recuerdo es lo mucho que nos costó abrirlas. Desde luego tienen un sabor único y diferente.

—Se requiere cierta técnica para abrirla. Hay que utilizar un cuchillo especial y saber el lugar exacto donde introducirlo, que es justo donde está el músculo, y luego deslizarlo suavemente para cortarlo. Si te parece pedimos media docena para los dos. Ya verás cómo estas tienen un sabor muy distinto a las que probaste en su día. Las preparan con diferentes aderezos..., no sé de qué forma te gustarán más.

—Confío en tu buen criterio —respondió Alba entusiasmada por la novedad.

—Entonces las pediré con sake, y una copa de vino blanco espumoso para acompañar.

Cuando le llegó el turno, Sergio hizo el pedido mientras Alba lo observaba atentamente. Ahora veía en él un cierto punto de sofisticación que no había apreciado hasta ese momento, quizá porque su forma de vestir era bastante informal y discreta, al igual que su peinado. No parecía prestar una gran atención a su imagen, pero en cambio, su forma de hablar y sus gestos, sí que evidenciaban que era un hombre culto y con gustos exquisitos.

—Fíjate ahora cuando las abran, verás lo sencillo que parece —le dijo Sergio interrumpiendo sus pensamientos.

Alba prestó atención a ese momento, para después afirmar:

—Tienes razón, con qué facilidad lo ha hecho. Con lo que nos costó a nosotros...

Nada más pronunciar esas palabras se acordó de Héctor, su expareja, en aquella ocasión que pretendía que fuera especial, la de inauguración del piso de alquiler donde iban a comenzar una nueva vida en común después de tres años de noviazgo. Invitaron a cuatro de sus amigos más íntimos, y ella compró en el supermercado dos docenas de ostras, no las había probado nunca, ni siquiera sabía si le gustarían, pero ese día se merecía un manjar único que no hubiera saboreado hasta entonces.

Recordó también el reproche que Héctor le hizo en la cocina cuando las vio, porque lo consideraba un despilfarro desmedido, y luego su evidente cabreo cuando rompió el cuchillo intentando abrirlas. «*¿Cómo pude enamorarme de él?*» —se preguntaba.

—¿Hola? —la sorprendió Sergio en ese instante ofreciéndole la copa de vino.

—Ufff..., perdona, se me había ido la olla —se disculpó.

—Nada que perdonar, Alba —le contestó él con una amplia sonrisa—. A mí me suele ocurrir a menudo. Seguro que estabas pensando en aquél día en el que tanto os costó abrir las ostras.

—Has acertado —confesó.

—Bueno, pues ya están aquí, y abiertas además. Ahora solo queda saborearlas.

Sergio cogió una de ellas y se la acercó a sus labios. Alba no sabía si abrir la boca para que él la vaciara en su interior.

—Esto es como el vino, primero tienes que olerla, sentir toda su fragancia del mar.

Alba inspiró lentamente reconociendo su salado aroma. Luego él, con ayuda de un pequeño tenedor, la separó de la concha sin pincharla y se la acercó lentamente a los labios. Parecía disfrutar con lo que estaba haciendo, y ella en cambio se sentía cada vez más nerviosa. Abrió lentamente la boca bajo la atenta mirada de Sergio, observando cómo sus ojos se oscurecían súbitamente.

—Másticala antes de tragarla, notarás mejor su sabor —apuntó mientras la introducía con suavidad entre sus labios.

Por alguna razón los gestos y las palabras de Sergio le resultaban enormemente eróticos, y su cuerpo no fue ajeno a ello humedeciéndose en su parte más íntima. Dudaba de si él lo estaba haciendo de forma intencionada, pero en cualquier caso hacía ya mucho tiempo que no experimentaba esa clase de sensaciones. Sin poder evitarlo su mirada pasó de sus ojos a sus labios, ligeramente entreabiertos, anhelantes, con esa tenue sonrisa que le resultaba tan enigmática como seductora. Parecía querer imitar el movimiento de su boca recibiendo en su seno ese exquisito manjar.

Obedeció. La masticó suavemente en su interior mientras él la observaba con cierta expectación, y una explosión de sabores inundó su paladar. En ese momento pensó en devolverle la jugada, en ser ahora ella quien le acercara la ostra a él, y con la misma picardía además, pero desechó la idea, tal y como se sentía en estos momentos lo más probable es que su mano temblase al hacerlo. Envidió el aplomo que había manifestado Sergio, y nuevamente volvió a dudar de su intención de provocarla sutilmente.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

—Tienes razón, no se parece en nada a las que probé en su día. Quizá sea el sake, no sé.

—¿Pero te gusta o no?

—Sí. Tiene un sabor muy original. Me cuesta acostumbrarme a la textura,

eso sí —respondió Alba.

—Siempre ocurre cuando tomamos algo vivo sin cocinar, pero te acostumbras después de unas cuantas veces.

Alba tomó un largo sorbo de la copa del espumoso vino blanco que tenía en su mano, intentando con ello eliminar la incómoda sensación que le había producido tragarse viva la ostra. Mientras lo hacía, observó a Sergio cómo cogía otra del plato, y separándola hábilmente con el tenedor tal y como había hecho antes, se la introdujo en la boca.

—Está riquísima, muy fresca además —afirmó complacido.

*«Este primer asalto lo has ganado tú. Has conseguido ponerme nerviosa mientras tú te mantenías sereno controlando la situación, pero te la devolveré, ya llegará mi ocasión»* —pensaba Alba a la vez que meditaba cómo hacerlo.

Continuaron después tapeando por otros puestos. Tomaron montaditos de salmón con caviar, de quesos, y finalmente no pudieron resistirse a un cucurucho de calamares a la romana.

—¿Te apetece algo más? —le preguntó amablemente Sergio.

—Yo estoy más que llena. Estaba todo riquísimo. ¿Y a ti?

—Por mí es suficiente —respondió mientras consultaba su reloj—. Tenemos tiempo para tomar un café rápido. ¿Quieres?

—Sí. Yo también soy de las que no pueden terminar sin un buen café.

—Me gustaría tomarlo fuera, en una terraza, pero ya son casi las diez, se nos hará tarde. Si no te importa lo tomamos aquí mismo, en la barra.

—¿Tarde para qué? —preguntó Alba intrigada.

—Después te voy a llevar al teatro, ya que al parecer te gusta mucho.

—¿Sí? —respondió ilusionada—. No me lo esperaba. Y claro que me gusta, más que eso, me apasiona.

—No sé si la obra te gustará. Es un montaje algo vanguardista. Es en el Arenal, está aquí mismo, en la calle Mayor. ¿Lo conoces?

—Lo he visto al pasar por la calle, pero nunca he estado dentro.

—Es un café teatro, y suele tener una programación muy variada. A mí me gusta esa sala, es pequeña, íntima y acogedora. Por suerte aún quedaban entradas.

—¿Ya las tienes?

—Las compré en cuanto aceptaste mi invitación. Es un teatro muy pequeño, siempre suele estar lleno.

—Pero..., cuando me subí a tu coche me preguntaste si tenía alguna “petición especial”.

—Sí, es cierto —asintió Sergio.

—¿Y si te la llevo a hacer?

—Estaba seguro de que no lo harías, pero aun así tenía que ofrecerte esa opción. Y aún la tienes. Si prefieres que hagamos otra cosa...

Sí, realmente a Alba le apetecía otra cosa, aunque ahora no fuera el momento adecuado, demasiado prematuro aún. Le hubiera gustado estar a solas con él, rodeada por sus brazos, dejándose seducir por sus profundos y oscuros ojos negros, por su cautivadora forma de hablar, de mirarla, y sobre todo, sentir la calidez de sus labios envolviendo su boca.

*«Pero... ¡qué estoy fantaseando! Esa no es la idea de esta cita, tan solo la de pasar un buen rato conociendo a un compañero de trabajo, a un incipiente amigo. ¡No debo pensar en nada más!»* —se reprendía a sí misma.

—Me apetece muchísimo ir al teatro. Has acertado de pleno —respondió intentando alejar de su mente esas ensoñaciones.

—Pues vámonos ya —dijo Sergio apurando su café—. La función empieza a las diez y media.

\* \* \*

## CAPÍTULO XII

Llegaron al teatro, y ya en el vestíbulo Alba observó multitud de carteles que mostraban claramente la programación tan variada que ofrecían: Música, monólogos, comedia..., incluso cabaret.

Sergio le entregó el programa de mano. En su portada aparecía una fotografía en tonos verdes y sepia en la que se veía en primer plano un conjunto de personas apiñadas encima de un barco, sobre el que estaba rotulado el nombre de *Stanbrook*. Le llamó la atención que se tratara de un grupo muy heterogéneo a juzgar por su vestimenta. Había alguno con chaqueta, corbata y sombrero, otros con jersey, gafas y gorra con visera, y los demás con prendas de pana y boina delatando su evidente aspecto rural. Debía tratarse de una foto de los años treinta o cuarenta.

En la ilustración, el barco parecía flotar sobre un conjunto de árboles que se difuminaban hasta convertirse en un fondo negro sobre el que podía leerse el título de la obra: “*Mar de almendros*”.

—Me apetecía ver esta representación. El texto es de Juan Luis Mira, con el que ganó el premio literario *Kutxa* de San Sebastián en el año dos mil. Está inspirado en “*Campos de almendros*” de Max Aub, y es la primera vez que se pone en escena la obra original completa —dijo Sergio al ver como Alba observaba con atención la portada del folleto.

—La foto parece de los tiempos de la guerra civil —apuntó Alba.

—Efectivamente. Esta obra se sitúa en marzo de 1939 y recrea la situación de quienes pretendían escapar en el puerto de Alicante cuando las tropas nacionales estaban tomando la ciudad. Mis bisabuelos eran de allí, y lo vivieron en primera persona. A mí me lo ha contado muchas veces mi abuela, que entonces solo tenía trece años. En aquella ocasión nosotros éramos los “sin papeles”, y los que aspirábamos a ser refugiados en otro país.

—Pues sí, eso es algo que siempre deberíamos recordar —apostilló Alba.

Entraron en la sala y lo que vieron llamó poderosamente la atención de ambos. El patio de butacas estaba vacío, y parte de él había sido ocupado por una ampliación del escenario sobre el que habían colocado un graderío en

forma de U formado por tres niveles, dejando libre el lado recayente a la sala. Una señorita ataviada según la época ayudaba a los espectadores a encontrar su asiento.

El decorado de fondo eran unas telas de color negro, y en el centro yacían unos pocos objetos de viaje: Las típicas maletas de entonces reforzadas con cantoneras metálicas y atadas con un cordel, un pequeño baúl, una fiambarrera, un paraguas..., también había un piano de cola en el borde exterior del escenario.

Mientras esperaban a que todos los espectadores ocuparan sus respectivos asientos, Sergio y Alba comentaban lo insólito del montaje.

—Espero que no sea una de esas representaciones en las que sacan a gente del público —comentó Sergio.

—Pues sería divertido —replicó Alba.

—Tengo la impresión de que a ti te habría gustado ser actriz.

—Me gusta todo lo relacionado con el teatro, ya sea actuando, o en la trastienda como digo yo. Creo que sí, que me habría gustado dedicarme a la interpretación. Cuando lees un libro te trasladas a otro lugar, en ocasiones incluso a otra época, y vives las sensaciones de sus personajes, pero nunca de una forma tan intensa como cuando lo tienes que interpretar. Entonces sí que haces tuyas sus emociones, durante un tiempo dejas de ser tú misma para convertirte en otra persona, y eso me parece maravilloso.

—¿Lo intentaste? —preguntó Sergio intrigado.

—No con la decisión suficiente. Formé parte de un grupo de teatro amateur durante mis años de universidad. Me hubiera gustado estudiar arte dramático, pero es muy difícil ganarse la vida así. Tampoco estaba segura de si poseía el talento suficiente para ello. Creo que hay que tener mucha vocación y una gran confianza en sí mismo para dedicarse a esto.

—Noto cierta nostalgia en tus palabras.

—Para mí resultaba una actividad complementaria a mis estudios de literatura hispánica, y me aportaba mucho, sobre todo a nivel emocional, pero a veces determinadas circunstancias te hacen cambiar el rumbo de la vida sin

que llegues a darte cuenta de ello.

Alba recordaba en este instante las frecuentes discusiones con Héctor motivadas por sus ensayos nocturnos con el grupo de teatro. “*Unos progres de mierda*”, era como definía a sus compañeros. Al final consiguió salirse con la suya y Alba terminó por abandonar el grupo colaborando solo de forma esporádica. Ahora se arrepentía enormemente de aquella decisión. Quizá no se habría podido dedicar a la interpretación de forma profesional, pero continuar con aquella actividad aunque fuera de manera ocasional y desinteresada, le hubiera producido una gran satisfacción personal. Desde que se separó de Héctor, y aunque solo fuera con el taller de teatro que había formado con sus alumnos del instituto, intentaba nuevamente reencontrarse con una de sus mayores aficiones.

Se apagaron las luces de la sala quedando únicamente iluminado el centro del escenario por unos focos en color ámbar. Por la megafonía se escuchó una voz que decía: «*Estimado público, va a comenzar la representación. Por favor, apaguen o pongan en silencio sus teléfonos móviles*».

Unos minutos más tarde, un hombre que había permanecido sentado en el graderío se levantó y avanzó hacia el centro del escenario. Se presentó como Juan Luis Mira, autor del libreto y director de este montaje teatral. Explicó que el patio de butacas, ahora en completa oscuridad desde la posición del público, representaba el mar, y que nosotros, los espectadores, formábamos parte de aquellos cientos de personas que apiñadas en el muelle de poniente del puerto de Alicante, esperaban ese último barco, el *Stanbrook*, que les permitiese escapar de las tropas nacionales que ya estaban entrando en la ciudad. También advirtió que la puesta en escena era una mezcla de representación teatral y de lectura dramatizada. Finalmente se dirigió hacia el piano de cola que, en la penumbra, se adivinaba en el borde mismo del escenario, y comenzó a tocar unas notas mientras dos actores surgían entre las bambalinas.

Alba estaba maravillada, y valoraba la posibilidad de utilizar este recurso en sus propios montajes. Tener a los actores apenas a dos o tres metros de distancia cambiaba radicalmente la percepción del espectador. En el cine, mediante los primeros planos, se puede trasladar al público la intensidad de las emociones del personaje mediante la expresión de los ojos del actor. El

miedo, la tristeza, la ilusión, el amor, la desesperación... En muchos casos las palabras resultan innecesarias, basta una simple secuencia de unos segundos en primer plano para que el público sienta y experimente esas emociones, algo imposible en el mundo teatral donde los recursos del actor quedan limitados a su voz y a su gesticulación corporal.

Ahora en cambio ella podía apreciar hasta el mínimo gesto de sus ojos gracias a la escasa distancia que separaba al público de los actores. El hecho mismo de estar dentro del escenario les implicaba en la representación como si formaran parte de los figurantes de la puesta en escena.

Una vez terminada la representación, que obtuvo calurosos y repetidos aplausos del público, Sergio y Alba salieron del local, y él propuso tomar una copa en un pub cercano, a lo que ella accedió gustosamente.

Finalmente encontraron sitio en “*La fontana de oro*”, un pub de estilo irlandés situado muy cerca de la Puerta del Sol, y se acomodaron en una pequeña mesa de la planta baja, mucho más tranquila que la planta superior. Mientras esperaban que el camarero les trajera las dos jarras de cerveza negra *Guinness* que habían pedido, Sergio comentaba:

—Me ha gustado mucho, una puesta en escena muy original, aunque no me han terminado de convencer esas secuencias en las que los actores se limitaban a leer los textos.

—Ya oíste al director. De algún modo quería hacer partícipe al público de cómo se gesta una representación teatral. No solo éramos figurantes de la misma, sino también de sus ensayos. Así es como empezamos, trabajando la voz mientras simplemente leemos los textos y los intentamos memorizar. El siguiente paso ya son los movimientos en el escenario y la gesticulación corporal.

—Eso lo he entendido, pero para mí resultaba un retroceso.

—En cierto modo lo es. Son saltos temporales en el proceso de creación de un montaje —replicó Alba.

—Por supuesto, y resulta muy didáctico, pero cuando ya estás metido de lleno dentro de la historia, cuando los actores han logrado emocionarte, incluso conmoverte, que de pronto cojan el libreto y se dediquen solo a

leerlo... ¿qué quieres que te diga?, para mí la representación perdía toda su magia. Ya no estabas en el muelle de poniente, ya no eras uno más de los que anhelaban desesperadamente la llegada de ese barco para huir de la más que probable represalia franquista, pasabas simplemente a convertirte en el espectador de un ensayo teatral. Después de eso es muy difícil que la interpretación de los actores vuelva a resultar creíble. Sinceramente, será novedoso, pero a mí me ha parecido un error.

—Te entiendo, y no te niego tu parte de razón, pero todos sabemos que el teatro es solo eso, teatro. A mí particularmente, como experiencia, me ha gustado. Me da la sensación de que tú te sentías muy implicado emocionalmente, y de ahí tu crítica —aventuró Alba.

—Es muy posible que tengas razón —respondió Sergio después de meditarlo durante unos segundos—. Probablemente se deba a que mis bisabuelos lo vivieron con toda su crudeza, y mi abuela me contó en repetidas ocasiones sus recuerdos de aquella dramática historia pese a que entonces apenas era una niña.

—¿Y qué te contaba?

—Eran relatos aislados, todos aquellos sucesos que la impresionaron y quedaron grabados en su memoria. Eran como secuencias aisladas de una película. Yo intenté investigar sobre el tema, y hace catorce años se publicó un libro, “*Pasajero 2058*” escrito por Francisco Escudero Galante, en el que se narra esta odisea con testimonios de algunos de sus protagonistas. De hecho, la foto que aparecía en el programa de mano es una parte de la portada de este libro.

Sergio se detuvo unos instantes durante los cuales su rostro se ensombreció, algo que no pasó desapercibido a los ojos de Alba. Finalmente, después de un profundo suspiro, prosiguió con su discurso.

—Lo compré. Sabía que le haría mucha ilusión, aunque ya no tenía vista suficiente para poder leerlo. Yo entonces tenía veinte años y vivía con mis padres aquí en Madrid, así que aproveché las vacaciones de pascua y me fui a visitarla a Alicante. No sabes lo contenta que se puso al saber que se había escrito un libro sobre aquello que había vivido. Durante tres días se lo estuve leyendo, y había cosas que me corroboraba y otras que ignoraba. Se emocionó

en multitud de ocasiones.

—Ya lo imagino. No es para menos —asintió Alba—, aunque me da la sensación de que ese recuerdo te resulta doloroso.

—Se despidió de mí dándome las gracias un montón de veces, y besándome de esa forma que solo los abuelos saben hacer. Estrujándome, ya sabes. Dos semanas más tarde tuve que volver, ahora ya con mis padres, para asistir a su entierro.

—Vaya, lo siento —respondió compungida, Alba.

—No sé si todo esto tuvo algo que ver. Demasiadas emociones, quizá. Siempre me he culpado un poco de ello.

—No tienes por qué. Seguro que la hiciste muy feliz con ese regalo, y más aún que estuvieras todo ese tiempo a su lado leyéndole el libro —respondió Alba intentando consolarle.

—En fin..., querías saber algo sobre esta historia, ¿no?

—Sí, claro.

—En marzo de 1939 el puerto de Alicante se encontraba bloqueado por la armada del general Franco. El gobierno de la segunda república había contratado diversos barcos para evacuar a los miles de refugiados que esperaban hacinados en el puerto. Ante la amenaza de hundimiento las navieras incumplieron sus acuerdos, ya pagados, y desistieron de acercarse a aguas españolas.

Sergio bebió un largo sorbo de cerveza y Alba lo imitó. Poco después siguió con su relato.

—El día veintiocho de ese mismo mes, el *Stanbrook*, un carbonero británico, se encontraba fondeado en el puerto de Alicante esperando cargar naranjas y azafrán. El capitán del barco, el galés Archibald Dickson, viendo a los miles de refugiados que pedían ayuda en el puerto desafió la orden del propietario del barco de no evacuar a civiles y decidió acoger a todos los que cupieran a bordo. Ocuparon toda la cubierta, las bodegas, e incluso las sentinas. Al anochecer zarpó con más de dos mil seiscientas personas a bordo sorteando los proyectiles lanzados por el crucero Canarias, y para eludirlos

puso rumbo a Orán, en la costa de Argelia.

—Cuánta gente magnífica queda olvidada en la historia. ¡Este capitán fue todo un héroe! —exclamó Alba—. ¿Y qué pasó después?

—Después de veintidós horas de travesía en las que navegaron escorados por debajo de la línea de flotación debido al exceso de peso, y sin apenas alimentos para tantas personas, llegaron al puerto de Mazalquivir, cerca de Orán, pero no los dejaron desembarcar. Los residentes españoles les llevaron comida y medicinas en barcas, hasta que dos días después, y gracias a las gestiones del capitán Dickson, permitieron el desembarco de las mujeres y los niños. El resto, mil quinientos hombres, fueron retenidos en el barco durante un mes por decisión de la administración francesa. Una especie de cuarentena.

—¡Qué horrible es la guerra y cuánto sufrimiento causa! Y todo por el poder y la ambición —refunfuñó Alba.

—Esta es la verdadera memoria histórica que no deberíamos olvidar, y no la revanchista. Los refugiados de la guerra de Siria se encuentran ahora en esa situación, y la posición de la Unión Europea respecto a este conflicto no solo es vergonzosa, sino repugnante.

—Tienes toda la razón, Sergio —corroboró Alba.

—En fin, dejémonos de tragedias. Esas las podemos comentar en el instituto. Hoy hemos salido para intentar disfrutar un poco —apuntó Sergio esbozando una ligera sonrisa.

—Vuelves a tener razón, pero me he quedado sin saber qué pasó después.

—Pues muchas calamidades, como te puedes imaginar. Te voy a ahorrar los detalles más escabrosos, solo te diré que los llevaron a un campo de concentración del interior del Sáhara conducidos por fusileros senegaleses, y que hasta el final de la segunda guerra mundial trabajaron como mano de obra gratuita construyendo *el transahariano*. Murieron muchos de ellos.

—¿Y qué le ocurrió al capitán Dickson?

—Seis meses después, el *Stanbrook* fue torpedeado en el mar del Norte por un submarino alemán. El capitán y toda su tripulación murieron en el hundimiento.

—Vaya. A ese hombre le deberían haber hecho un monumento.

—¿Otra copa? —preguntó Sergio observando que los dos habían terminado sus consumiciones, y pretendiendo también cambiar el tema de conversación.

—Venga, una más —respondió Alba con una sonrisa.

—Pero esta la emplearemos en hablar de temas más alegres —propuso Sergio.

—De acuerdo —afirmó encantada.

—¿Te pido lo mismo?

—Preferiría un vodka con limón.

—Muy bien, tomo nota.

Sergio se levantó y se dirigió a la barra para pedir las nuevas consumiciones. Alba no dejó de observarlo en todo momento. Le gustaba ese hombre, poco a poco iba calando cada vez más en su interior. Descubrirlo le resultaba fascinante. Cuando lo vio por primera vez en el instituto, le pareció algo anodino, como falto de personalidad, y pese a su buen aspecto físico, no despertó su interés.

Ahora en cambio le parecía mucho más atractivo. Un hombre muy sensible, solidario, inteligente, con firmes convicciones, muy maduro además para su edad. No alardeaba de nada, sencillo en apariencia, pero ahora se daba cuenta, o intuía más bien, una personalidad interesante y compleja.

Qué distinto era respecto a Héctor. Al pensar en ello Alba se daba cuenta de cómo habían evolucionado sus gustos en tan poco tiempo, quizá fuera parte de su propio proceso de madurez.

De momento seguiría sin intentar seducirlo, ni siquiera un pequeño atisbo de coquetería, estaba convencida de que él se daría cuenta al instante. Era mejor continuar en el terreno de la amistad y dejarle a él la iniciativa en ese sentido. No sabía hasta qué punto podría estar preparado para tener una relación más íntima con una mujer sabiendo por lo que había pasado hacía ahora dos años.

De todas formas ella ya le había dado una pista más que suficiente

vistiéndose de una forma tan atractiva para la ocasión. Y él no era tonto, y seguro que había percibido el mensaje. «*La pelota está en tu tejado. Yo no pienso mover ficha, al menos de momento*» —pensaba Alba cuando Sergio llegó a la altura de la mesa con las copas en sus manos.

—Aquí tienes tu vodka con limón.

—Gracias —respondió ella.

Sergio se sentó a su lado y la miró intensamente mientras ella daba un sorbo a su bebida. Ahora sus ojos parecían brillar con más luz, como si en el trayecto a la barra hubiera podido alejar de su mente esos nostálgicos recuerdos.

—¿Qué? —preguntó Alba ante la insistente mirada de él.

—Perdona —respondió sorprendido Sergio—. Se me había olvidado lo guapísima que estás, y al regresar con las copas es como si hubiera vuelto a verte por primera vez.

—Vaya, no me imaginaba que fueras tan adulator —respondió Alba con una pícaro sonrisa en sus labios—. No te va, que lo sepas.

—Es que no lo soy —se defendió Sergio.

Alba se quedó sin responder, simplemente lo miraba complacida.

—¿Y por qué dices que no me va? —preguntó intrigado.

—Porque eres un hombre muy serio. No te imagino halagando sin más.

—Serio..., y quizá también soso y aburrido, ¿no?

—En absoluto eres aburrido. Me encanta hablar contigo. Y en cuanto a lo de soso... —Alba meditó lo que iba a decir, le entraban ganas de provocarlo un poquito pero se contuvo—, eso está por ver.

—La verdad es que no me considero un chico divertido, es una de mis carencias. Por un lado me encanta verte sonreír, y por otro, no se me ocurren formas de conseguirlo. Carezco de esa habilidad. De todas formas muchas gracias por tu voto de confianza. Me gustaría saber decir algo gracioso y hacerte reír. Quiero que lo pases bien.

—Sergio... —dijo Alba.

—Dime.

—Lo estoy pasando genial, no lo dudes —añadió mirándole intensamente a los ojos.

Sergio sintió como esa mirada penetraba en él como una corriente eléctrica y recorría todo su interior. Sin pensarlo, sus ojos se desviaron hacia sus labios, y sintió un imperioso deseo de besarla, más aún cuando ella los entreabrió ligeramente.

Durante unos segundos dudó. No podía ver otra cosa que la boca de ella, y se imaginó abrazando sus mejillas con las manos y besándola. Pero... ¿y ella? ¿lo deseaba también? Tan solo era la primera cita, apenas se conocían, demasiado prematuro aún. No quería estropear la noche con un acto inconsciente e inapropiado. Alba le gustaba, y cada minuto que pasaba con ella, más aún. Finalmente desvió la mirada hacia un lugar indeterminado, y después de un profundo suspiro dijo:

—Ya te he contado algo sobre mis ancestros familiares. Es hora de que tú también me cuentes algo de los tuyos.

*«Cobarde, has huido. He estado a punto de dártelo yo a ti al ver que tú no te decidías, pero al final me he contenido. Me provocas y luego me dejas así. ¿Será una estrategia? No, no le veo capaz de hacer algo semejante a propósito»* —pensaba Alba.

—No tengo mucho que contar. Mis padres y mis abuelos son de aquí, de Madrid. De mis bisabuelos la verdad es que no sé nada, y tampoco me llegaron apenas comentarios sobre cómo les fue en la guerra civil. Creo que la vivieron aquí, sin salir de la ciudad. Reconozco que es un tema del que se ha hablado poco en casa de mis padres.

—Pero sí que me podrás hablar de ti. La verdad es que, en lo personal, no sabemos nada el uno del otro.

—¿Y qué quieres saber? —respondió con un poco de aspereza, viendo que la magia de la situación anterior volvía a desaparecer.

—Mujer, no te lo tomes como un interrogatorio.

—Perdona. He sido algo brusca.

—Al contrario, he sido yo el que... En fin, hace mucho tiempo que no salía con una mujer. Reconozco que estoy oxidado en este aspecto, pero... —Sergio dudó, se sentía descolocado en este momento. Tenía mucho interés en conocer la situación de Alba, especialmente si estaba comprometida o había algún hombre en su vida, pero ahora no se sentía capaz de preguntarlo directamente.

Alba aprovechó esos momentos de incertidumbre de él para preguntarle a su vez:

—¿Y por qué hace tanto tiempo que no salías con una chica?

Ahora Sergio comprendía lo difícil que puede llegar a resultar hablar de uno mismo, y de tus circunstancias. Quizá a Alba le ocurriera lo mismo y de ahí su reacción. Él había querido evitar en todo momento que su pasado saliera a la luz, al menos en esta primera cita, pero sin pretenderlo lo había propiciado. Ahora no podía eludir la cuestión. No sabía de qué forma decírselo, odiaba que pensarán que buscaba compasión o consuelo al hablar de su tragedia. De nuevo volvió a suspirar profundamente, y se dispuso a responder de la forma más directa y escueta posible.

—Yo estaba casado. Hace dos años, mi mujer y mi pequeño hijo murieron en un accidente de tráfico. No he vuelto a salir con nadie desde entonces.

—Lo siento mucho Sergio, y ahora entiendo tu actitud. Es una tragedia terrible.

—Ya pasó Alba, lo tengo asumido. Nada de lo que haga me los podrá devolver, pero la vida sigue y debo intentar ser feliz.

Sergio repitió casi como un automatismo el mantra que tantas veces intentaba inculcarle su psicólogo, y Alba se dio cuenta de ello. En realidad ignoraba hasta qué punto él lo había superado, y aunque antes dudaba de la conveniencia de provocar que él lo confesara, ahora se daba cuenta de que era lo mejor. Probablemente ese lastre le estaba pesando en exceso, y quizá el hecho de sacarlo a la luz le liberara de esa presión que de alguna manera estaba condicionando su actitud, sobre todo esa contención ante un deseo, más bien un impulso, que ella había percibido claramente.

—Por supuesto Sergio, y me alegra mucho verte con esa actitud positiva. Eso demuestra la fortaleza de tu carácter.

*«Tenía que haberme visto hace unos meses. Incluso ahora..., pero no, no quiero hablarle del tratamiento psicológico al que todavía estoy sometido, y menos aún de Luna, esa mujer de mis sueños. Probablemente saldría corriendo»* —meditaba Sergio.

—Lo intento, al menos —respondió lacónicamente.

—Bien, ya sé algo de ti. Lo justo es que también conozcas mis circunstancias.

—No es necesario si no lo deseas —replicó Sergio.

Alba hizo caso omiso del comentario y prosiguió:

—He tenido una pareja con la que conviví durante dos años. No me llegué a casar, ni tampoco tuve hijos. Me separé de él hace casi año y medio, y desde entonces no ha habido nadie importante en mi vida.

—¿Una separación dolorosa? —preguntó Sergio.

—Las separaciones siempre lo son. Pero al igual que tú, yo también deseo ser feliz y empezar de nuevo.

Sergio sonrió al escuchar su comentario. Era lo que deseaba oír, y ella le correspondió de igual forma con otra sonrisa que a él le resultó especialmente cautivadora.

*«Debería contarle los detalles. Cómo se produjo la separación, y la amenaza de Héctor. Esa espada de Damocles que pende sobre mi cabeza esperando su salida de la cárcel. Pero no puedo hacerlo ahora, probablemente saldría huyendo»* —se decía Alba a sí misma.

—¿Otra copa? —sugirió Sergio viendo que nuevamente habían agotado las consumiciones.

Alba pensó que era el mejor momento para dar por terminada la velada. No le apetecía entrar en los detalles de sus respectivos pasados. Ya se habían confesado lo importante y era más que suficiente, al menos por ahora. Consultó su reloj para buscar una excusa adecuada.

—Son ya las tres de la madrugada. Por mí es suficiente.

—De acuerdo. Vamos a por el coche y te llevaré a casa.

Alba se levantó y se encaminó hacia la barra.

—¿A dónde vas? —le preguntó Sergio al ver que se desviaba de la salida.

—A abonar las consumiciones.

—Ya están pagadas —afirmó él.

—Pues dime cuánto es, quiero invitarte yo —respondió ella abriendo su bolso.

En ese momento Sergio le cogió la mano, de forma delicada pero con firmeza, impidiéndole proseguir en la búsqueda de su monedero. A ella le gustó sentir su tacto y la suavidad de sus dedos. Un ligero escalofrío le recorrió el brazo y se perdió en su cuerpo. No entendía por qué era tan sensible a cualquier contacto con él. Ya le ocurrió con ese imprevisto roce con sus labios, y ahora se volvía a reproducir.

—Has pagado el tapeo, que con lo de las ostras ha salido bastante caro, me has invitado al teatro, las copas, y ahora aún te queda el parking... No puedo permitirlo —afirmó con rotundidad.

—Comprenderás que no resulta nada elegante aceptar ahora tu dinero —respondió Sergio con ironía.

—Deja la elegancia para otros menesteres —replicó ella con cierta expresión de agravio en su rostro.

—Te propongo otra solución.

—Dime.

—En la próxima cita me invitas tú.

—De acuerdo.

—¿Este próximo sábado te viene bien?

—¿Quieres que quedemos ya?

—Sí —respondió Sergio sin dudarle un segundo.

—Muy bien. El próximo sábado a la misma hora.

—Y además tú te encargas de idear el plan. Yo solo me dejaré llevar.

—Y además con exigencias.

—Ya lo habíamos convenido. ¿No te acuerdas?

—Pensaba que se te había olvidado.

—No creo que pudiera olvidar nada de ti —respondió Sergio mientras sus ojos brillaban al contemplarla.

*«Cuánto me gustaría que ahora mismo me abrazaras y me besaras. No sé qué tienes, ni cómo lo haces, pero ahora mismo siento un deseo enorme de... Como siga pensando en esto se dará cuenta. No se puede disimular algo así»* —meditaba Alba mientras desviaba su mirada de él.

Siguieron caminando el uno junto al otro sumidos en sus propios pensamientos y disfrutando de la fresca y agradable noche primaveral de Madrid, hasta que llegaron al parking y cogieron el coche.

Durante el trayecto apenas hablaron, quizá ambos estaban haciendo balance de esta primera cita, o quizá de lo que podía haber sido si uno de los dos se hubiese atrevido a ser más audaz.

Sergio detuvo el coche frente al edificio de Alba, y ella se giró hacia él para despedirse, pero él abrió la puerta y salió del vehículo.

Con parsimonia se liberó del cinturón de seguridad, y se entretuvo recolocándose la falda aunque no hacía ninguna falta. En ese instante Sergio ya estaba abriendo su puerta invitándola a salir del coche. Era lo que pretendía, le gustaba disfrutar de sus atenciones, ahora quedaba por ver como se despedían.

Alba avanzó hacia el portal mientras Sergio la acompañaba en silencio a su lado. Cuando ya estuvo frente a la puerta buscó las llaves en el interior del bolso, y una vez las tuvo en su mano se giró hacia él para decirle:

—Lo he pasado muy bien Sergio. Ha sido una velada muy agradable.

—La próxima aún será mejor —afirmó con seguridad sin poder desviar los ojos de ella.

Durante unos segundos ambos se quedaron en silencio. Alba esperando la iniciativa de él, y Sergio pensando si debía o no besarla en los labios. Finalmente acercó su rostro y le dio un cálido beso en la mejilla. Sintió un

deseo enorme de abrazarla fuertemente, de acariciar y alborotar ese pelo desenfadado que le resultaba tan atractivo, de besar sus labios..., pero haciendo un gran esfuerzo de voluntad, se contuvo.

—Espero con ansiedad nuestra próxima cita. Buenas noches, Alba —dijo con voz ronca.

—Buenas noches Sergio.

Abrió el portal y penetró en su interior mientras Sergio se quedaba fuera, inmóvil, mirándola sin pestañear. «*¿Estará esperando que le invite a subir?* —se preguntó Alba—. *El otro día rehusó, no debo volver a intentarlo ahora*»

Cuando fue a entrar en el ascensor se volvió ligeramente hacia él y se despidió con la mano, y él la correspondió al instante de igual forma. Durante unos segundos se quedó allí, frente al patio, como si aún pudiera verla y deleitarse con su encantadora presencia.

Finalmente regresó hacia el coche, y se dio cuenta de que sus labios sonreían solo con evocar los momentos de los que había disfrutado en compañía de Alba. Se felicitaba a sí mismo de su valentía y decisión al llamarla y proponerle esta cita, y también de quedar con ella para el próximo sábado. Por primera vez desde el accidente se sentía ilusionado, y su cuerpo y también su mente parecían recobrar toda la fuerza, la energía y el vigor que tenían antes.

Y sin dejar de sonreír arrancó el motor de su coche y circuló por las calles de Madrid, antaño tristes y solitarias a esas horas de la noche, y que hoy en cambio parecían envueltas en un halo de mágica luz.

\* \* \*

## CAPÍTULO XIII

—Cuenta, cuenta, ¿cómo fue? —preguntaba expectante al otro lado del teléfono.

—¡Ay Bea! ¿Y me llamas a las once de la mañana de un domingo para preguntarme eso? Podías haber esperado a la tarde, aún estoy adormilada.

—A la tarde lo tenía difícil. Hoy vamos a comer con mis suegros, y luego cuando vuelva tendré que bañar a los niños, prepararles la mochila, hacer cenas... Eso quiere decir que te acostarte tarde, ¿no?

—¡Claro!, es lo que suele ocurrir cuando se sale un sábado por la noche.

—¿Y?

—Lo pasé muy bien.

—¡Genial! Me alegro mucho nena. Venga, cuéntame los detalles.

—¡Cotilla!

—¡Sí, y qué! Venga, no te hagas de rogar.

Alba le resumió con unas cuantas frases lo que Sergio y ella hicieron el sábado por la noche.

—Lo del teatro..., un puntazo ¿no? Y lo de las ostras, otro. Se ha ganado unos cuantos puntos el chico, y eso que parecía soso —comentó Bea con ironía.

—No es soso —replicó Alba.

—Ah, ¿no? ¿Y qué más hubo entonces? Creo que me estás ocultando algo.

—No hay nada de ocultar. Charlamos y lo pasamos muy bien, eso es todo.

—¿Te besó en los labios?

—No.

—Entonces es un soso.

—Es un hombre sensato, respetuoso y prudente. Eso es todo.

—Pues no te vendría mal menos respeto y algo más de insensatez.

—¿Me has llamado para esto? Mira que te cuelgo, Bea.

—Bueno, no hubo beso. ¿Y química?

—Sí.

—¿Por ambas partes?

—Sí.

—¡Joder! Ya veo que no quieres contarme nada. Solo me respondes con monosílabos —exclamó enojada Bea.

—¡Y qué quieres que te diga! Solo son sensaciones, nada más. Aún es pronto para aventurar nada. Hemos quedado otra vez para el próximo sábado.

—¡Genial! Eso no me lo habías dicho.

—Pues ya lo sabes.

—Lo que quiero saber es si te gusta, si te atrae.

—Creo que sí.

—¿Crees que sí? ¡Coño, eso se siente Alba!

Ella guardó silencio, se sentía cada vez más incómoda ante las inquisidoras preguntas de su amiga. Acababa de despertarse y aún no había tenido tiempo para recordar y reflexionar sobre esa primera cita con Sergio.

—¿Y a él? ¿Le gustas también?

—Eso parecía.

—¿Qué te pusiste?

—El vestido estampado largo con tirantes y escote de pico.

—Normal que le gustes. Estás monísima con él.

—Aún no he desayunado Bea...

—Vale, quieres escaparte, lo entiendo. Además, yo tampoco tengo mucho tiempo. Solo quiero saber una cosa más.

—Dime.

—¿Te habló de lo que le pasó?

—Apenas un momento, fue muy breve. Solo que había estado casado y que perdió a su mujer y su hijo en un accidente de tráfico. Nada más.

—Suficiente. Tampoco hay que ahondar en el tema. ¿Y tú? ¿Le dijiste algo de Héctor?

—Que había tenido una relación de convivencia de dos años, que no tenía hijos, y que me había separado hace casi año y medio.

—¿Le comentaste algo más?

—No.

—Hiciste bien.

—Te dejo Bea, me siento desmayada.

—Vale nena, yo también voy a seguir con mis cosas. Estaba muy intrigada por saber cómo te había ido. Ya veo que estás bien.

—Gracias Bea, ya nos vemos mañana.

—Cuídate niña. Hasta mañana.

Alba se levantó y se fue hacia la cocina a prepararse un café y unas tostadas. Se sentía aliviada al librarse de Bea. Por alguna razón que desconocía, en las anteriores ocasiones en las que había salido con un chico, muy pocas por cierto, no había tenido inconveniente en contarle todos los detalles, pero ahora en cambio, le daba la sensación de estar violando su intimidad, la de él y la suya propia. Esas miradas, esos gestos, en definitiva, todas esas sensaciones que percibieron el uno del otro, les pertenecían solo a ellos y a nadie más, y ahora quería volver a recordarlas y disfrutar de ellas en soledad, con la única presencia de una humeante taza de café.

\* \* \*

El lunes, durante el descanso en la sala de profesores, Alba se sentía impaciente por ver a Sergio mientras conversaba distraídamente con Bea. Quería saber cuánto antes cuál sería su reacción cuando volvieran a encontrarse. No tardó en salir de dudas. Sergio entró casi como un vendaval, como si tuviera mucha prisa, y nada más verla sus labios dibujaron una amplia

sonrisa.

—¡Vaya! No hacía falta que te hubiese preguntado nada. ¡Menudo cambio!  
—le susurró Bea.

Alba no respondió al comentario, simplemente le devolvió a él ese gesto en la distancia, pero reconocía que Bea tenía razón, y se complacía por ello sabiendo que ella era la causante de esa transformación. Ahora Sergio saludaba a los demás con empatía, y se movía con soltura y vitalidad. En un instante se preparó el café y acto seguido se acercó a ellas.

—¡Hola chicas! ¿Cómo estáis?

—Genial, como siempre —comentó Bea anticipándose a la respuesta de Alba—, y tú también, por lo que veo —añadió con picardía.

—La verdad es que sí —respondió Sergio sin desviar su mirada de Alba.

—Y eso que es lunes —apuntó Alba manteniendo su mirada.

—Un día menos para que llegue el *finde* —apostilló Sergio con la ilusión reflejada en su rostro.

Poco más pudieron decirse. Sonó la campana, se despidieron con un “*hasta luego*” y regresaron a las clases.

Por la tarde Sergio acudió a la cita que tenía concertada con el doctor Baumann y se sometió a una primera sesión de EMDR, ese método novedoso consistente en el reprocesamiento de las redes neuronales mediante la estimulación bilateral de nuestro cerebro.

El psicoanalista utilizó su dedo para fijar la atención de la mirada de Sergio, y le pidió que sus ojos siguieran el movimiento del mismo mientras le preguntaba cuestiones relativas a su pasado. Luego le puso unos auriculares que estaban conectados de forma inalámbrica a su ordenador, y se reproducían sonidos que se escuchaban alternativamente en uno y otro oído. Finalmente le hizo extender las manos, y con una pequeña varilla de goma comenzó a golpearlas suavemente de forma consecutiva a determinados intervalos mientras le preguntaba: “*Cuéntame lo que has hecho este fin de semana*”.

Sergio le relató brevemente su cita con Alba. Se dio cuenta de que a Eloy le interesaban más que la narración de los hechos en sí, las sensaciones que

había percibido, y aunque le resultaba incómodo hablar de ellas, se sinceró.

—Muy bien, hemos terminado por hoy.

—¿Y qué tal ha ido?

—Muy bien. Y además, me alegro mucho de ese paso que has dado teniendo una cita con una compañera de trabajo. Eso sí que es colaborar activamente en tu recuperación.

—Jaime siempre insistía en que debía intentar relacionarme más, pero no quiero considerar esta cita como parte de una terapia —respondió Sergio algo molesto por el comentario de su psicoanalista.

—Lo que has sentido y experimentado no es una terapia, son sensaciones, sentimientos... Yo me refiero exclusivamente al hecho de que hayas sido capaz de proponerla, de tomar esa decisión, eso es lo importante, y dice mucho de tu recuperación. Deja que lo demás fluya libremente.

—Muy bien.

—También me veo en la obligación de darte un consejo. No te ilusiones en exceso, no te crees inicialmente grandes expectativas, podría ser contraproducente. No quiero decir que te condiciones, o que inhibas tus deseos, simplemente que no los magnifiques.

—Es lo que intento.

—Para que lo puedas entender mejor, imagínate que llevas mucho tiempo postrado en una cama y que ahora vas a volver a andar, como un niño cuando comienza a dar sus primeros pasos. Si echas a correr es muy posible que te caigas. En el terreno de los sentimientos, esa es tu situación.

—Entiendo.

—Por otra parte..., pensaba hacerte otra sesión de EMDR en la próxima cita pero la veo innecesaria.

—¿Sí? ¿Por qué?

—No me da información sobre el problema que te trajo aquí. El de tus sueños con esa mujer.

—¿Entonces?

—Si me das tu permiso, a la semana que viene me gustaría someterte a una regresión hipnótica.

Sergio no dudó en su respuesta. Eloy se había ganado su confianza, tanto a nivel personal como profesional.

—Si crees que es lo más conveniente, adelante. Yo quiero llegar hasta el fondo de este asunto.

—Lo sé perfectamente, y te agradezco que confíes en mí. Voy a ver.

El psicoanalista se levantó y consultó su agenda en el ordenador.

—La semana que viene, miércoles día 18 a las siete de la tarde. ¿Te viene bien?

—Sí, perfecto.

—Muy bien, anotado queda.

El doctor se levantó y estrechó con firmeza la mano de Sergio mientras con la otra apretaba su brazo.

—Vas muy bien Sergio —le dijo con optimismo.

—Muchas gracias Eloy. Hasta la semana que viene —respondió esperanzado.

\* \* \*

## CAPÍTULO XIV

La semana le había parecido eterna. Se sentía igual que sus cabellos, cuyo peinado en lugar de resultar casual parecía más bien alborotado, por no decir espantado, por alguna visión terrorífica.

*«Voy a tener que llamar a la peluquería a ver si me dan hora para mañana. ¡Esto no hay quien lo arregle!»,* se decía Alba a sí misma mirándose con severidad en el espejo.

Sí, tenía que reconocerlo, estaba hecha un manojo de nervios, y no conseguía calmar su creciente ansiedad. Mañana por la tarde tenía su nueva cita con Sergio y se sentía como una adolescente.

Durante la semana, las breves conversaciones que tuvieron en el instituto a la hora del café, la sonrisa de él cada vez que se dirigía a ella, el brillo de sus ojos, esas miradas furtivas cargadas de sensaciones..., todo le indicaba que esta iba a ser una cita muy especial, o al menos ese creciente nudo en el estómago parecía gritárselo a voces.

Lo tenía todo preparado; ya había elegido y reservado el restaurante al que le llevaría a cenar, incluso pensado a qué pub le sugeriría ir después a tomar una copa. No, aún le faltaban cosas por decidir, entre ellas una de las más importantes, nada menos que la ropa que llevaría, y ahora encima ese pelo traidor que nunca le había dado problemas y que le resultaba tan cómodo, había decidido rebelarse en su contra.

Decidió que lo mejor que podía hacer ese viernes por la tarde sería hacerle una visita a su gran amiga Bea. Seguro que conversando con ella conseguiría serenarse un poco, además de escuchar sus consejos y decidir que atuendo ponerse para la ocasión. Cogió el móvil en ese mismo momento y la llamó:

—¿Bea?

—Sí cariño, soy yo, al menos de momento. Cualquier día me convierto en una asesina de niños. ¡Están imposibles, no los aguanto! Pero bueno, hace poco más de tres horas que nos hemos despedido en el instituto y ya me estás llamando. Por lo que veo tú tampoco puedes estar sin mí. Cuéntame, ¿qué te

ocurre?

—No, nada, que me apetecía que saliéramos a dar una vuelta y tomar un café —mintió—, pero veo que estás muy liada.

—Lo que estoy es atacada. —Después de una pequeña pausa, prosiguió—: Pues no me vendría nada mal salir huyendo de aquí, pero es que Luis no está y no puedo dejar a los niños con los abuelos así de pronto y sin avisar.

—Claro, lo comprendo —respondió Alba con voz triste.

—Pero vamos, que si lo que quieres es que charlemos..., eso lo podemos hacer aquí. Me ayudas a atarlos y amordazarlos y luego nos tomamos tranquilamente ese café.

—Gracias Bea, ahora me acerco.

En cuanto abrió la puerta, Bea se percató de los nervios que asolaban el rostro de su amiga.

—¿Con quién te has peleado?

Ella la miró sin saber qué responder.

—Así no puedes ir a la cita de mañana —añadió Bea dándose cuenta al instante de los motivos por los que su amiga la visitaba de forma imprevista.

Alba bajó la cabeza, obvió los acostumbrados besos de saludo y entró en la casa refunfuñando:

—Eso, hurga en la herida, que es lo que te divierte.

—En lugar de un café te voy a preparar una tila, y para mí también. Venga, ve a la cocina, yo mientras voy a poner a las fieras un vídeo de dibujos animados a ver si nos dejan tranquilas un ratito.

Alba obedeció sin rechistar. Mientras caminaba hacia la estancia se daba cuenta de su egoísmo. Allí estaba Bea en uno de esos días críticos, superada por las constantes diabluras de sus niños, a buen seguro con un montón de trabajo doméstico pendiente, y aun así no había dudado lo más mínimo en decirle que viniera. Se daba cuenta de que su visita resultaba bastante inoportuna, pero ya no podía echar marcha atrás.

—Bueno, ya está, calculo que nos dejen en paz quince o veinte minutos

—dijo Bea entrando en la cocina como un vendaval.

—¿Qué haces? —exclamó Alba al ver que había abierto un armario y cogido unos sobres de infusión.

—Lo que te he dicho, una tila, y voy a poner dos en cada taza, a ver si nos hace algo de efecto.

—Agggg... No me hagas esto Bea. ¡Yo quiero un café! —imploraba con vehemencia.

—Pues luego tendremos que ir directas a por el *diazepam*.

—Prefiero el vodka, o ron —respondió Alba con complicidad.

—Tienes razón, yo también. Bueno, eso será después, vamos primero a por un estimulante buen café —contestó Bea mientras encendía su *Nespresso* y cogía unas cápsulas—. ¿Quieres el *Volluto*, como siempre? —preguntó.

—Creo que hoy prefiero algo más fuerte —respondió Alba.

—Bien, te pondré un *Dharkan*, no sé si lo has probado.

—No lo recuerdo.

—Bueno, te lo pongo y ya me dirás. Y dejémonos ya de tonterías, vamos al grano que no tenemos mucho tiempo. ¿Quién te ha hecho eso en el pelo?

—Sabes que nadie, pero no sé por qué está así. Es como si se hubiera cargado de electricidad. He probado con todo y cada vez me lo dejo peor.

—Lo que está es cagado de miedo, como tú —aseveró.

—Es posible —afirmó Alba en voz baja.

—El pelo no es un problema, en la peluquería te lo arreglan. ¿Has pedido hora?

—No.

—¿No? ¿¡Y a qué esperas!?! —respondió airada.

—Me gusta más el que me peino yo. En la *pelu* me lo dejan como muy artificial.

—Vale, pero eso hoy no funciona, y mañana puede ser aún peor, y entonces

ya no habrá remedio. Llama ahora mismo a ver si aún consigues que te cojan.

—A la orden. —Obedeció.

Mientras Bea preparaba los cafés Alba telefoneó a su peluquería habitual, y después de pedir lastimosamente que le hicieran un hueco, consiguió hora para las tres de la tarde.

—No voy a poder ni tan siquiera reposar la comida. Seguro que me sienta mal —comentó mientras guardaba su móvil.

—Pues come poquito. Mejor así, no tendrás tiempo de despeinarte. ¿A qué hora habéis quedado?

—Vendrá a recogerme a las ocho.

—Bien, perfecto. Un tema resuelto. ¿Qué más?

—No sé qué ponerme.

—Eso es lo que yo esperaba, intuía que sería una de tus principales dudas. Pero antes de entrar en ello... ¿Por qué estás tan nerviosa?

—No lo sé, Bea. Conforme ha ido avanzando la semana me he puesto peor. Esa forma de mirarme, de sonreír, las veladas insinuaciones..., que no sé si son imaginaciones mías..., creo que sabe seducir sin pretenderlo.

—Esos son los peores. Yo también lo he observado, no parece el mismo, ni siquiera imaginaba que podría ser así. La ilusión brilla en sus ojos cuando antes solo resultaban taciturnos, y todo eso es por ti, no cabe duda alguna.

—Pues quizá sea ese cambio tan repentino. En su situación..., no sé, me siento cargada de mucha responsabilidad.

—Eso es porque aún estás a medio camino entre la buena samaritana que quiere echar un cable a un compañero, que así fue como empezaste, y la mujer que se siente atraída por un hombre. Esos roles no son compatibles al mismo tiempo, tienes que decidirte por uno o por otro.

—Es posible que ese sea el problema. Yo también noto esa ilusión en él, de hecho, creo que me la ha contagiado y que me está arrastrando con él, pero yo no tengo su mochila. Si al final no surge nada especial, o no acabamos bien, yo podré recuperarme, me siento más fuerte que él. Quizá Sergio está viendo

en mí, creo que de forma inconsciente, una especie de tabla de salvación con la que superar, o al menos acallar momentáneamente, su dolor por la pérdida de su mujer y su hijo. Creo que se está creando muchas expectativas conmigo, y eso hace que me sienta muy presionada.

—Te entiendo perfectamente, y es posible que yo también me llegara a sentir igual que tú, pero desde luego tendría claro lo que debía hacer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alba muy interesada.

—No eres su madre. El instinto maternal debes alejarlo de ti. Él es un hombre adulto, y además me parece una persona muy inteligente, no lo minusvalores. Estoy segura de que es consciente de los riesgos que está asumiendo, pero por su actitud creo que lo tiene muy claro. Se está dejando llevar, y lo que tenga que venir, vendrá, y lo afrontará en su momento, como debe ser. —Bea hizo una pequeña pausa y después añadió—: Creo que tú debes hacer lo mismo. —Sentenció finalmente.

Alba tomó otro sorbo de café mientras reflexionaba sobre lo que terminaba de escuchar. Le sorprendía la lucidez con la que Bea había descubierto la razón de su nerviosismo, y además, resultaba evidente que acertaba en su diagnóstico, pero... ¿sería capaz de seguir sus consejos?

—¿Y bien? —inquirió Bea viendo que su amiga seguía ensimismada en sus pensamientos.

—Creo que tienes razón, pero me cuesta.

—Imagina que no supieras nada de su pasado, ¿cómo actuarías?

—Pero es que lo sé, él me hizo partícipe de ello, ahí está el problema.

—Normal que te lo contase, os tenéis que ir conociendo, pero no creo que lo hiciera para trasladarte ninguna responsabilidad. ¿Acaso adoptó algo de victimismo cuando te lo contó? ¿Piensas que es una argucia utilizar ese pretexto para que te muestres más comprensiva, más receptiva?

—No, en absoluto, no me ha dado en ningún momento esa sensación. Lo que sí creo es que ha librado una cierta lucha interior, quizá la misma que yo estoy teniendo ahora, solo que él la ha resuelto mucho antes que yo.

—Ya sabes, la simpleza que atribuimos muchas veces a los hombres no

siempre es tal. Lo que ocurre es que ellos son más pragmáticos, y, por lo tanto, más rápidos en tomar decisiones emocionales. Nosotras le podemos estar dando vueltas, y vueltas, y más vueltas..., hasta marearnos del todo, jajaja.

—Pues que suerte que tienen, los envidio. —afirmó Alba.

—En lugar de envidiarlos lo que debemos hacer es imitarlos. Ya sabemos lo que ocurre, ¿no? Pues ahora solo queda tomar la decisión y actuar en consecuencia. —Se respondió Bea a sí misma.

—Y según tú lo que debo hacer es dejarme llevar.

—Efectivamente. No lo pienses más.

—Creo que ahora tengo más claro cómo me voy a vestir mañana.

—Me alegro. ¿Qué te vas a poner?

—La falda negra de cuero, y arriba esa blusa blanca que tengo con cuello *mao* sin mangas, con los hombros al aire, no sé si la recuerdas, apenas me la he puesto...

—¡Hala, con minifalda! Y con esas piernas que tienes...

—¡No es tan corta!

—Anda que no. Y la blusa..., si no recuerdo mal es muy transparente...

—También llevaré una chaqueta.

—Sí, por supuesto, aunque estemos a mediados de mayo, por la noche refresca... —replicaba Bea con picardía.

—Ya empiezas a ponerte borde.

—Bien, ya veo que lo tienes claro. Lo vas a poner a cien. Luego no te quejes si se pasa de frenada. ¿Y a dónde has pensado llevarlo a cenar?

—Al “*Bodega de los Secretos*”.

—¡Uaaala! Pues te va a costar una fortuna; me dijiste que esta vez lo invitabas tú, ¿no?

—Sí, él lo pagó todo la vez anterior. De todas formas, siempre he querido ir a ese restaurante y creo que esta es una excelente ocasión para conocerlo.

—Seguro que sí. Yo tampoco he ido, pero por lo que me han comentado..., está muy bien.

—Buscaba un lugar tranquilo, íntimo...

—Romántico... —la interrumpió, Bea.

—También, no lo voy a negar, y por las fotos que he visto en la web, es justo lo que yo quería: Una decoración en piedra y ladrillo muy acogedora, numerosos espacios que forman como pequeños reservados..., en fin, un lugar donde podemos conversar tranquilamente.

Mientras Alba le exponía los motivos de su elección, Bea había encontrado la web del restaurante en su móvil, y comenzó a mirar la galería de fotos..

—¡Jooo, qué chulada! Tienes razón, es ideal para una cena romántica. Además, resulta muy original, es como si estuvieras en unas catacumbas.

—Son las galerías de una antigua bodega subterránea, y ahí, en esos huecos que ves —apuntó Alba señalando con el dedo en una de las fotos que contemplaba Bea— era donde se situaban los toneles, y ahora forman esos pequeños reservados abiertos a la galería.

—¡Genial! Has hecho una fantástica elección —comentó emocionada Bea mirando el rostro de su amiga y observando la ilusión que desprendía el brillo de sus ojos.

—Yo creo que sí, que estaremos muy a gusto —respondió finalmente Alba con la mirada perdida en algún punto del móvil de Bea.

\* \* \*

Faltaban cinco minutos para las tres de la tarde cuando Alba atravesó el umbral de su peluquería habitual. Buscó con la mirada a Patricia, la dueña, pero no la veía por ninguna parte. Úrsula, su mano derecha en el negocio, se acercó a ella:

—Patricia no está, y tardará, se termina de ir a comer. Te atenderá Lidia —dijo señalando con la mirada a una jovencita con el pelo fucsia y mechazules cortado de forma asimétrica, con el flequillo largo peinado hacia un lado y prácticamente rapado en el lateral opuesto y en la nuca. No faltaban los

*piercings* en la oreja, en el lóbulo de la nariz y en el labio inferior, y probablemente en otros lugares menos visibles.

Alba la contempló apenas un instante y rápidamente tuvo la tentación de huir, algo que no pasó desapercibido a los ojos de Úrsula que se apresuró en decirle:

—Es la nueva, trabaja muy bien y domina a la perfección todas las variantes del estilo *pixie*, que es el que llevas tú. Ha sido Patricia la que me ha dejado encargado que te atienda ella.

*«Esta aún debe ser estudiante de la escuela de peluquería y estética, tendrá un contrato basura de formación y aprendizaje de los que no tributan a la seguridad social, y va a hacer sus prácticas con mi pelo»* —pensaba sin dejar de mirarla, algo que aquella notó devolviéndole la mirada a la vez que observaba su pelo.

—Le queda poco —añadió Úrsula—. Mientras esperas... ¿te apetece un café, o un refresco?

Alba contempló la máquina automática que seis meses antes habían puesto en el local y que al parecer le estaban sacando bastante rendimiento. Indudablemente había sido un acierto, contribuía a hacer más llevaderas las largas horas que algunas clientas tenían que estar allí, pero no le apetecía nada en ese momento, así que rehusó el ofrecimiento, cogió una revista y se sentó resignada en una butaca a esperar su turno.

Un cuarto de hora más tarde, Lidia, la jovencita de los *piercings*, se le acercó para decirle:

—Cuando quieras, ya estoy libre.

La imagen de un torero santiguándose poco antes de las cinco de la tarde, apareció de pronto en su mente. Había llegado la hora de sufrir una posible catástrofe.

*«¡No dramáticas, caray! —se reprendía a sí misma—. Solo se trata de que me peinen. No puede ocurrirme nada malo por eso, ni creo que me lo pueda dejar peor de como lo llevo ahora».*

*«¿O quizá sí?»*

Se sentó en el cómodo sillón que ahora se le antojaba como un potro de tortura y se miró en el espejo. Allí estaba ella, la imagen reflejada de Lidia, esa jovencita que tenía en sus manos el éxito o fracaso de una buena parte de su aspecto. La consoló que estuviera observándola detenidamente, con suma atención, al menos parecía tomarse muy en serio su trabajo.

«*Igual no sabe ni por dónde empezar*».

—Bien, creo que debería cortártelo un poco.

—Patricia me cortó las puntas no hace mucho... —apuntó Alba nombrando deliberadamente a la dueña.

—Y darle un estilo más *bob*, largo *midi* en general a la altura de la mandíbula, más corto detrás en el cuello, y formando ligeras capas despuntadas... —continuó Lidia haciendo caso omiso del comentario de Alba —. También podíamos colorearlo...

—¡Para, para...! ¡Solo quiero que me lo arregles un poco, no que le des la vuelta entera! —protestó Alba que se veía ya en una tienda de *piercings* y tatuajes para rematar la faena.

—No estoy pensando en tintártelo sino en reforzar lo que llevas, en darle más luz. Te lo haría con la técnica del *balayage*.

—¿Y eso que es? —preguntó algo más esperanzada.

—Es un término francés. A diferencia de las mechas californianas, en las que pasamos de un tono de raíces y medios a otro de medios a puntas con una transición entre ambos, en el *balayage* se hace una degradación progresiva y sutil desde unos centímetros de la raíz hasta las puntas. No tienes que preocuparte de retocarte la raíz a las pocas semanas y su aspecto es muy natural.

Alba no respondía, intentaba procesar la información, imaginarse el efecto y valorar su idoneidad, pero Lidia continuaba con sus argumentos:

—Es una coloración mucho menos agresiva, y reforzaría y daría brillo a eso bonitos tonos cobrizos que tienes. En realidad, es una técnica de iluminación, y dura bastante, cerca de diez semanas, y aunque se emplea más en melenas largas porque así se nota más su efecto, yo creo que te quedaría

muy bien.

—No creo que tenga tiempo... —se excusó indecisa.

—En poco más de una hora te lo puedo hacer. Confía en mí, no te voy a hacer nada “raro” —dijo con toda la intención mirándola a los ojos—. Eso lo reservo para mí —concluyó con una pícaro sonrisa.

Lo cierto es que esa chica, casi una niña por su aspecto, le empezaba a caer bien. Quizá en el fondo es que tenía un carácter parecido al suyo. De alguna manera se veía reflejada en ella (testaruda, de firmes convicciones, apasionada por aquello que pretendía hacer...). Ahora entendía mejor lo incómoda que ella misma podía resultar en ocasiones cuando exponía sus ideas y proyectos al jefe de estudios del instituto o incluso al director. Con razón trataban de evitarla.

—De acuerdo —y *que sea lo que la providencia quiera*, añadió para sus adentros.

—“*Et voilà*” —exclamó Lidia dos horas y media más tarde.

En ese momento Alba levantó sus ojos hacia el espejo y se miró con detenimiento. Había evitado hacerlo desde que se sometió voluntariamente a ese “experimento”, que con toda probabilidad su amiga Bea le habría desaconsejado para no correr riesgos innecesarios. Se había dejado hacer, y ahora llegaba el momento de ver, y sobre todo, asumir, el resultado.

Giró la cabeza a un lado, y luego hacia el otro; Lidia le trajo un espejo y se lo puso detrás del cuello, moviéndolo suavemente para que pudiera apreciar todo el peinado. Se incorporó, y ya de pie volvió a mirarse en el espejo, y a través de él veía como Úrsula le hacía un gesto con el pulgar en señal de aprobación; otra mujer sentada a la espera de que la atendieran la miró con desidia, no sabía si por la demora o por la envidia.

Giró la cabeza un par de veces más, ahora con mayor velocidad, y los cabellos se le movían con naturalidad. Sabía que Lidia había empleado gel, espuma, plancha..., y aun así parecía una melenita suelta moldeada por el viento. Sin poder evitarlo acercó los dedos de su mano y tocó los cabellos, incluso los introdujo en su interior, y, efectivamente, estaban sueltos, nada acartonados como pensó en un principio, y el color..., era cierto lo que le

había dicho con esa técnica del... —no se acordaba del nombre—, era prácticamente el suyo, pero con mucha más luz, los reflejos tenían un brillo muy especial...

—¿Te gusta? —preguntó Lidia interrumpiendo su análisis.

—Mucho —afirmó con rotundidad.

—Me alegro. Si te parece vamos a la caja, llevo bastante retraso con la siguiente.

Alba asintió, y la siguió mirándose de reojo en cuantos espejos entraban en su radio de visión. En cuanto más se veía, más se gustaba. No solo se trataba de un corte y peinado que le resultaban atractivos, es que se encontraba muy favorecida, incluso más joven. Pese a sus escasos 32 años era consciente de que siempre había aparentado algo más de edad, y eso era debido a su personalidad y a su carácter, prematuramente maduros desde su adolescencia. Ahora, ese aire un poco “aniñado” contrastaba con la seriedad que solía aparentar su rostro otorgándole un aire más juvenil, y eso le encantaba.

Cuando llegó a su casa eran algo más de las seis de la tarde. Aún faltaban dos horas para que llegara Sergio, tiempo más que suficiente para intentar serenarse un poco, maquillarse y vestirse. Le apetecía volver a ducharse —lo había hecho antes de irse a la peluquería—, más aún, un baño relajante era lo que realmente necesitaba, pero no se atrevía, quizá el calor y la humedad afectarían a su recién estrenado peinado y lo estropearía. No podía correr ese riesgo.

Inquieta, no paraba de moverse de un lado para otro. No era el momento de echar mano del *diazepam*, la dejaría muy adormilada para la cita. Tenía que encontrar otra manera de evadirse, de que el tiempo pasara sin darse cuenta, y calmar así su ansiedad.

Y lo encontró.

\* \* \*

## CAPÍTULO XV

Alba cogió su móvil y se dirigió hacia su habitación. Allí, delante del espejo, comenzó a hacerse *selfies* fotografiando su nuevo pelo. Algunos los dirigía directamente hacia ella, en otros enfocaba hacia el espejo para que se pudiera observar desde diversos ángulos. Cuando consideró que ya había suficientes imágenes se las envió por *WhatsApp* a su amiga Bea. Luego se fue al salón, se sentó en el sofá y esperó la respuesta que apenas tardó unos segundos en llegar.

—¿Y eso? ¡Pero qué atrevida eres! ¡¿Cómo te has arriesgado a algo así?!

—Algo tenía que hacer, ¿no? Tú misma me aconsejaste que fuera a la peluquería.

—Desde luego, pero...

—¿Te gusta o no? —la interrumpió.

—¡Me encantaaa! —gritó a través del móvil—. Te sienta genial, te favorece mucho.

—¿Tú crees? —preguntó Alba con fingida incertidumbre.

—¡Por supuesto! —afirmó Bea con rotundidad—. Incluso te hace más joven, te da un toque..., no sé cómo decirlo, sí, picardía..., eso es, un aire de niña traviesa, y eso a los hombres los vuelve locos. Pobre Sergio, no sabe la encerrona que le estás preparando.

—¡Anda ya, no exageres! Igual no le gusta.

—¡Cómo no le va a gustar si estás preciosa! Ahora, eso sí, dale su tiempo, a ellos les cuesta mucho adaptarse a un nuevo look. Lo más seguro es que al principio se quede algo cortado, no se espera algo así, y eso lo descolocará inicialmente. Tú tranquila, no hagas caso, ni le preguntes tampoco por tu pelo, déjale que poco a poco vaya reaccionando.

—Tampoco es que lo haya cambiado tanto, en realidad es el mismo estilo que llevaba.

—Sí, sí, es cierto, en el fondo lo es, pero no sé qué tiene que te ha dado un

aspecto muy diferente.

—Igual ni se da cuenta de que he ido a la peluquería.

—Pues lo más seguro, ellos no son tan observadores como nosotras. Simplemente te verá atractiva y seductora, y no sabrá porqué. Ellos tienen una visión muy global, perciben las sensaciones, los estímulos, y se quedan con eso, no los diseccionan para saber cuánto corresponde al peinado, cuanto al atuendo, cuanto al maquillaje..., por cierto, yo te aconsejo que no te pintes mucho, aunque lo cierto es que tú no sueles hacerlo.

—Sí, yo también lo he pensado, que parezca muy natural, creo que es lo que mejor le va a este pelo.

—Todo claro entonces. Pues nada, cuando lo tengas en la cama me envías también unos cuantos *selfies*.

—¡Pero qué burra que eres! No habrá cama —añadió después de una pequeña pausa.

—¿No? ¿Y eso por qué?

—Es pronto para eso.

—¿No habíamos quedado que te dejarías llevar?

—Sí, pero no hasta ese punto.

—Pues vas a necesitar más arte que Manolete, El Cordobés, Paquirri, y todos los demás toreros juntos para poder evitarlo, porque este en cuanto te vea seguro que querrá empitonarte.

—¡Me estás empezando a poner nerviosa, y te he enviado las fotos justo para lo contrario!

—¡Pero si eres tú la que la está liando! Te pones terriblemente seductora y ahora pretendes que el chico se comporte educadamente.

—Pues sí.

—Pues vale. Si no quieres que se pase vístete en plan monjil.

—Se me va a hacer tarde, Bea. Tengo que empezar a arreglarme.

—Huyendo, para variar. No es la primera vez que te has ido a la cama con

uno después de separarte de Héctor.

—Es diferente. No quiero ir tan rápido.

—Ya. Pues no sé si sabes que estás haciendo todo lo posible para que suceda justo lo contrario.

Alba enmudeció, no tenía respuesta para ese comentario de su amiga. Mal que le pesase, tenía razón.

—Venga, te dejo ya que al final con tanta cháchara se te va a hacer tarde —añadió Bea ante el silencio de su amiga—. Mucha suerte cielo, y sobre todo, disfruta. ¿Vale?

—Vaaale —contestó Alba como una niña pequeña. A veces le daba la sensación de que Bea actuaba más como una madre que como una amiga. Solo tenía dos años más que ella, pero quizá el hecho de tener ya dos niños..., es posible que la maternidad la hubiese hecho madurar más deprisa y ver la vida, o en este caso, las relaciones sentimentales, de otra forma.

Colgó la llamada y miró la hora. Era el momento de comenzar a arreglarse. Se dirigió al baño y cogió sus útiles de maquillaje. Allí, frente al espejo, le preguntaba a su imagen si estaba actuando correctamente. Tenía que ser sincera consigo misma, y su amiga tenía razón; todo lo que había estado haciendo hasta ahora iba encaminado a provocar el deseo en Sergio.

\* \* \*

El tiempo se le había pasado volando, pero ya estaba lista. Tan solo faltaban cinco minutos para las ocho, apenas tendría que esperar, Sergio era muy puntual. No sabía cuántas veces se había mirado en el espejo, ya empezaba a aburrirse de su propia imagen, a perder la perspectiva, así que se dio un último y fugaz vistazo y se sentó en el sofá a esperar. El estómago le rugía, había almorzado pronto y ahora lo tenía vacío, ni siquiera se había acordado de tomar algo a media tarde, y ahora, con los labios recién pintados, no lo podía hacer.

Recordaba su adolescencia, y aquello de las mariposas cuando se esperaba al chico que te hacía volar. Después de tantos años volvía a tener esas sensaciones, y eso pese a que apenas conocía a Sergio. Lo envidiaba, estaba segura de que él estaría mucho más tranquilo. Una cita que prometía ser

muy agradable, y quizá, en el mejor de los casos, con algún regalo de despedida; esas serían todas las expectativas que él tendría para esta noche.

Ahora empezaba a odiarlo, de la envidia estaba pasando al resentimiento, porque seguro que él no estaba sufriendo como ella estos nervios que amenazaban de nuevo con electrizar su peinado.

Un conocido sonido la sorprendió en sus elucubraciones y le hizo dar un respingo. Miró su reloj: Las ocho en punto. Sí señor, puntualidad británica. Pues ahora ella se iba a tomar su tiempo en contestar, para que se pusiera un poco nervioso y así supiera lo mal que se pasa.

«*Deja ya de pensar tonterías y actuar como una chiquilla —se reprendía—. ¿Qué culpa tiene él si todo te lo estás montando tu solita?»*

—¿Sí?

—¿Alba?, soy Sergio.

—¡Hola! Enseguida bajo.

«*¿Enseguida? ¡Que tonta! Pensará que estoy como una boba esperando a mi príncipe azul»*

Esos dos minutos que estuvo deliberadamente esperando antes de abrir la puerta de su casa se le antojaron una eternidad. No era capaz de emplear esas argucias, y en todo caso, jugaban en su contra, porque seguro que esa espera la estaba poniendo más nerviosa a ella que a él.

Tomó el ascensor. No quería mirarse en el espejo y se quedó observando la botonera como si fuera la primera vez que la veía. De hecho, advirtió detalles de los que nunca hasta ahora se había dado cuenta, como el relieve en braille que tenía la superficie de los botones. Apenas cinco segundos y se vio reflejada en el espejo, no pudo evitarlo. Un vistazo fugaz para ver si había ocurrido algo imperceptible desde la última vez que se miró. Todo parecía estar en su sitio.

La máquina anunció con un sonido de *ding dong* su llegada a la planta baja. Las puertas automáticas se abrieron y salió decidida al vestíbulo de la escalera. Avanzó hacia la puerta del patio y le buscó a través del cristal, pero no se le veía. Lo imaginaba en la acera paseando de un lado para otro mientras

esperaba.

Se detuvo un instante, inspiró aire profundamente y abrió la puerta. Nada más atravesarla, lo vio. Allí estaba, terminando lo que parecía ser una ronda de vigilancia. Estaba absorto en sus pensamientos cuando, de pronto, apenas ya a un par de metros de ella, alzó la vista y la contempló. Se quedó absolutamente paralizado, incapaz de articular palabra alguna, como si en apenas un instante lo hubieran convertido en un muñeco de cera.

Ella estuvo tentada de desviar la vista para que él pudiera observarla con más detenimiento, pero no pudo, la tentación de ver en sus ojos esa primera impresión, se lo impedía.

—Hola... —balbuceó—. Estás...

Le apetecía ser mala y prolongar ese castigo. De alguna forma se lo merecía, por toda la inquietud y el nerviosismo que había sufrido en estas últimas horas, aunque resultaba totalmente injusto. Curiosamente, ahora se encontraba muy relajada, segura de sí misma, sin una pizca de turbación, dispuesta a disfrutar del encuentro.

—Hola, Sergio —respondió acercándose a él.

—Estás... muy guapa, muy... atractiva.

—Muchas gracias. ¿Has traído coche? —le preguntó a sabiendas de que sería así, para darle una vía de escape y que se pudiera recuperar de la impresión.

—Sí, claro. No sabía a dónde íbamos a ir. Lo tengo ahí en doble fila.

—Lo difícil será aparcar por allí.

—Bueno, ya lo veremos cuando llegemos —dijo Sergio deseando alcanzar cuanto antes su coche, para poder recomponerse y recuperar su talante y seguridad habituales—. ¿Dónde has pensado que vayamos?

—Pues a un restaurante cerca de la calle Atocha. Hoy invito yo, ¿lo recuerdas?

—Sí, sí, tranquila, no te montaré ninguna escena por eso. Está ahí mismo —dijo Sergio señalando el lugar donde había dejado el vehículo.

Alba se dirigió hacia el coche, y mientras Sergio la acompañaba a su lado se dio cuenta de que no se habían dado los acostumbrados besos de saludo. En él podía estar justificado; parecía haberse quedado en estado de shock cuando la vio, pero ella..., tampoco había estado muy rápida de reflejos.

Le abrió la puerta del copiloto y Alba se acomodó en su asiento, pero a diferencia de la vez anterior, notó como en esta ocasión Sergio no la observaba, más bien parecía mirar el tráfico de la calzada. Ella intentó estirarse la falda una vez sentada, pero le resultaba imposible, no cedía nada y al ser tan ajustada se le subía mucho. Ahora se veía excesivamente provocativa, y eso la incomodaba, pero ya no tenía remedio. Tenía que haberse quitado la chaqueta antes de entrar en el coche, así podría haberse tapado un poco con ella, pero ahora, una vez sentada, le parecía más complicado, aún llamaría más la atención, así que suspiró, cruzó las piernas y se abrochó el cinturón.

—Entonces..., me has dicho la calle Atocha, ¿no? —quiso confirmar Sergio cuando se introdujo en el coche— ¿A qué altura?

—En realidad es la calle San Blas, una paralela, pero allí no puedes ni detener el coche, tiene pilones de hierro a ambos lados. Está casi al final, llegando a la estación.

—Muy bien, pues vamos para allá —concluyó, dándole al contacto y arrancando su coche.

Mientras conversaban durante el trayecto, Alba se dio cuenta de que Sergio apenas la miraba. Era habitual en él no desviar la vista mientras conducía, prestando la máxima atención al tráfico, pero en la anterior ocasión que la llevó en su coche, sí que lo hacía cada vez que se detenía en un semáforo o por cualquier otra circunstancia. Ahora en cambio solo la miraba en muy contadas ocasiones, y siempre directamente a sus ojos, obviando cualquier otro punto de su cuerpo.

*«No quiere perder el control. Está claro que huye de la tentación de dejarse seducir, la evita por todos los medios, y tiene fuerza de voluntad para conseguirlo, al menos de momento, pero... querido amigo, la noche no ha hecho más que empezar»* —pensaba, Alba.

—“Bodega de los secretos” —leyó Sergio en voz alta al acercarse a la

puerta de acceso al restaurante—. Un nombre muy interesante —apuntó.

—¿Lo conoces? —preguntó interesada.

—Pues no, nunca he estado aquí, ni tampoco había oído hablar de él.

—Pues espero que te guste. Para mí también es la primera vez; lo he escogido porque me parecía un lugar tranquilo y acogedor, y, por otra parte, he leído buenas críticas sobre su gastronomía.

Descendieron por unas escaleras de hormigón y siguieron al camarero que les condujo hasta su mesa. Durante el trayecto por las galerías, Sergio observaba con suma atención los muros de ladrillo macizo, las losas de piedra que forraban algunas de las bóvedas, los relieves en las de crucería..., incluso algunos detalles de decoración más vanguardista como unas meninas de metal.

—Tenías razón, resulta muy acogedor. Me encanta tu elección —comentó Sergio una vez sentados a la mesa.

—Me alegro que te guste; ahora solo falta que la comida esté a la altura, aunque ya te digo que las críticas de los usuarios son mayoritariamente buenas.

—Seguro que estará bien. La carta al menos resulta muy sugerente. ¿Pedimos un primero a compartir?

—Sí, perfecto —respondió Alba que miraba a hurtadillas a Sergio mientras él estudiaba la carta, observando cómo su rostro mostraba ahora un semblante mucho más relajado y complacido.

—¿Y qué te apetece? —le preguntó alzando la mirada hacia sus ojos color miel.

—Yo invito, tú eliges —respondió Alba con una sonrisa de complicidad.

—De acuerdo, acepto la responsabilidad de la elección. Imagino que te apetecerá una ensalada, y de las que hay aquí... me inclino por "*Burrata sobre crema de tomate y albahaca con olivada de aceitunas negras*".

—Oye, si quiero que elijas tú es para que pidas lo que más te apetezca —protestó Alba.

—Lo que más me apetece es poder complacerte.

Le salió sin pensar, sin meditarlo ni un instante, y cuando se escuchó a sí

mismo pronunciando esa frase..., ya no veía forma de arreglarlo.

—Quiero decir que te has tomado muchas molestias por encontrar un lugar ideal para cenar, y lo mínimo por mi parte es intentar corresponderte de alguna forma —añadió con escasa convicción.

—La gratitud es muy loable, pero valoro mucho más la acción motivada simplemente por... —se interrumpió Alba voluntariamente. Estaba entrando en un juego de palabras peligroso.

—¿Generosidad?

—No exactamente.

—¿Un deseo natural y espontáneo? —apuntó Sergio con la intención de seguir el juego.

—Sí, más o menos. ¿Has pensado ya qué pedir de segundo? —preguntó Alba intentando desviar el tema y zafarse de su propia red.

—Yo podría decir lo mismo —respondió después de una pequeña pausa.

—¿...? —Alba hizo un gesto con su rostro intentando expresar que ignoraba a qué se refería con ese comentario. Sergio se dio cuenta de ello y continuó:

—Quiero decir que te has encargado de buscar un lugar muy agradable para cenar, vas a invitarme..., entiendo que es una muestra de gratitud por la anterior cita que tuvimos, en la que fui yo el que se encargó de todo eso. Es más, si ahondamos en el tema, mi actitud en aquella cita fue totalmente “*natural y espontánea*” —citó Sergio las palabras de ella con toda la intención—, ya que era la primera vez que salíamos y no había, por lo tanto, ningún precedente, nada que agradecer en este caso. En cambio, ahora...

—¡Vale, vale! No sé por qué se me habrá ocurrido hacer ese comentario —exclamó Alba interrumpiendo el alegato.

—Pues de segundo había pensado... —dijo Sergio como si no la hubiese escuchado, sin poder ocultar una amplia sonrisa.

“*Quien habría podido imaginar que este hombre tuviera una sonrisa tan seductora. Al final pondré cara de bobo y él se dará cuenta*” —se decía a sí misma.

—Ah sí, no lo encontraba —continuó—. “*Lomo de merluza con chipirones y volcán de lima asiática*”.

—Umm..., muy apetitoso. Yo también voy a elegir pescado. A ver..., sí, ya lo tengo: “*Tataki de atún rojo con sésamo, mango y espuma de ajo blanco*”.

—Suenan genial.

—Sí, sí, la música está muy bien, ahora hay que probarlo. Por cierto..., en el primero que has elegido... ¿qué es *burrata*?

—Un queso fresco italiano, derivado de la mozzarella, pero mucho más cremoso.

—Ahh... ¿Eres aficionado a la cocina? —preguntó Alba sin poder ocultar su interés.

—Hubo un tiempo que sí, por lo menos trastear con los ingredientes. Hacer platos estéticamente atractivos llamaba mi atención, pero hace tiempo que no cocino, me apaño con cualquier cosa, incluso precocinados.

«*Es difícil cocinar para uno solo, a mí me pasa lo mismo, pero no le voy a hacer ese comentario, no quiero recordarle...*» —pensó Alba.

—Parece que los hombres os habéis puesto las pilas y empezáis a interesaros por la cocina.

—Mujer, dentro de las tareas del hogar es la más gratificante, ¿no?

—Sí, desde luego. ¿Así que ese es el motivo?

En ese momento se acercó el camarero y Sergio le dictó la comanda. Le preguntó que deseaban para beber y entonces él se volvió hacia ella:

—El vino lo eliges tú.

—¿Y eso?

—No sé por qué se nos suele atribuir a nosotros un mayor conocimiento en ese tema, pero como todo cambia..., hoy te toca a ti.

—De acuerdo —respondió obediente. Dio un rápido vistazo a la carta de vinos y se decidió por un Ribeiro que estaba a muy buen precio.

—Muy bien —comentó el camarero apuntando el vino. Después recogió

las cartas y se marchó, momento en el Sergio aprovechó para decirle:

—Ya ves, ha aprobado tu elección.

—A mí siempre me ha parecido algo cursi cuando te dicen algo así. En el fondo saben que apenas tenemos idea. Yo conozco el Ribeiro en general, no he probado este en concreto, pero lo he visto a muy buen precio, así que...

Sergio no añadió nada más, solo la contemplaba. Alba, lejos de turbarse, le correspondía de igual forma, manteniendo firme su mirada en los ojos de él; quería penetrar en su interior y leer todo aquello que parecían expresar: Interés, sinceridad, entusiasmo, complacencia, atracción, deseo...

Él pareció darse cuenta de la situación, de ese silencio que se alargaba más de lo conveniente, de su embelesada mirada..., y entonces desvió su atención recorriendo con la vista los muros, la bóveda del techo...

—Resulta fascinante. ¿Todo esto es auténtico? —preguntó intrigado.

—Por lo que he leído..., así es. Tiene más de cuatrocientos años, aunque estaba en muy mal estado, la rehabilitación ha sido costosa y muy laboriosa —respondió Alba, que se había documentado convenientemente sobre el tema.

—¿Tan antigua?

—La primera galería data de principios del siglo XVII, y posteriormente, ya a mediados del siglo XVIII, la Congregación de San Felipe Neri, que al parecer se hizo con la propiedad de la bodega, la amplió construyendo varias galerías más formando un cuadrado irregular, como una especie de claustro, desde donde se accedía a las cuevas y hornacinas en las que se depositaban los toneles.

—Tampoco había oído hablar de esta Congregación. Me parece que mi falta de erudición en estos temas está quedando en evidencia —confesó Sergio.

—Yo también lo desconocía; todo lo que he averiguado ha sido leyendo en la web del restaurante, ahí te cuenta toda la historia. Según se relata en un artículo que reproduce dicha web, la Congregación de San Felipe Neri era una asociación religiosa de beneficencia constituida por seculares; en aquel tiempo servía en el Real Hospital General situado al otro lado de la calle Atocha, lo

que hoy es la sede del museo Reina Sofía.

—¿Y compraron y ampliaron la bodega como negocio?

—Imagino que también sería parte del objetivo, el obtener ingresos para hacer frente a los gastos de beneficencia, pero, sobre todo, por los aspectos alimenticios y medicinales que atribuían al vino.

—¿Se lo daban a los enfermos?

—Por supuesto. De hecho, en ese artículo se reproducía una norma de la Constitución de dicha Congregación en la que se ordenaba que después de la cena se repartieran bizcochos y vino tinto a los enfermos del hospital, y especialmente a aquellos que por su estado o inapetencia no hubieran cenado, como remedio para paliar sus achaques.

—Curioso. Lo que no entiendo es que haya podido conservarse todo este subterráneo teniendo en cuenta que se han construido edificios nuevos encima.

—Es raro, sí. Imagino que quizá estuviera dentro de un catálogo de protección histórica y por eso ha podido conservarse. No se decía nada al respecto en lo que he leído, pero sí que ocupa cerca de trescientos metros cuadrados y que se extiende por debajo de los dos edificios que dan a la calle Atocha.

—Y lo de “*los secretos*”, ¿de dónde viene?

—Es el nombre que le dio el dueño del restaurante porque en los trabajos de restauración aparecieron tres galerías clandestinas; Una de ellas posiblemente comunicaba con el hospital, lo cual es muy lógico, pero las otras dos se extendían fuera del recinto de la ciudad, cuyo límite en el siglo XVII se situaba aquí. Se piensa que como entonces había que pagar tributos para entrar y vender productos dentro de la ciudad, estos pasadizos se utilizaban para introducir mercancías y evitar el pago de impuestos.

—Muy lógico, sí, y arriesgado también.

—Desde luego. Supongo además que esos pasadizos habrán tenido muchos usos a lo largo del tiempo. En su interior se han encontrado algunas armas de la Guerra Civil española, pero también de la época de Napoleón, símbolos masónicos...

—Veo que te has estudiado el tema. ¿Querías impresionarme? —dijo Sergio con picardía.

«*No es precisamente con esto con lo que pretendía sorprenderte*» — pensó Alba.

—Me gusta mucho la historia.

—A mí también —afirmó Sergio.

—Lo sé.

—¿...?

—Ya veo que no lo recuerdas.

—El qué.

—En nuestra primera cita me hiciste toda una disertación sobre la Plaza Mayor y el Madrid de los Austrias.

—Es cierto, no lo recordaba.

—¿Querías impresionarme?

Sergio no pudo evitar una carcajada, mientras Alba pensaba:

«*Y lo conseguiste, y no por tu erudición histórica. Recuerdo cada instante de ese paseo por la Plaza Mayor, el tapeo en el Mercado de San Miguel con el tormento al que me sometiste con las dichosas ostras, tu aroma al estar junto a ti en el teatro... Aún se me eriza la piel al evocar esos momentos, y ahora, con tu sonrisa, con esos labios a los que me encantaría besar, con esa forma de mirarme que me hace sentir única... me vuelve a ocurrir lo mismo*».

\* \* \*

## CAPÍTULO XVI

Había pensado en todas las posibilidades, imaginado los diversos escenarios en los que podría desarrollarse este encuentro, desde el optimista hasta el más decepcionante en el sentido de que no volviera a surgir esa magia que los envolvió en su primera cita; pero todo estaba superando sus mejores expectativas. Ese lugar tan acogedor e íntimo que les daba la sensación de estar absolutamente solos, una cena tan apetitosa, la siempre loable aportación del vino..., potenciaba, aún más si cabe, una química tan especial que Alba no recordaba haberla sentido en toda su vida.

*«Creía que estas sensaciones eran más propias de la adolescencia, o de los primeros años de juventud. La experiencia que te aporta la madurez exige como tributo la pérdida de la inocencia. Ya no vuelves a ilusionarte como antes, a creer en el amor como un sentimiento mágico que arrebatara tus sentidos y que perdurará para siempre. Pensaba que sabía lo suficiente, que la atracción, el deseo..., podía controlarlos, y ahora me doy cuenta de que soy vulnerable, tanto o más de lo que era antes. Siento una inmensa felicidad, y a la vez..., pánico. Esto se me puede ir de las manos»*

—¿En qué piensas? —le preguntó Sergio.

—Perdona, como vulgarmente se dice, se me ha ido el santo al cielo.

—Eso es evidente. ¿Un cielo que puedas compartir?

*«Eso me encantaría, pero queda mucho camino por recorrer; tengo que conocerte mejor, no puedo precipitarme y estropearlo todo».*

—Pensaba que lo estoy pasando muy bien, y que ha sido un acierto elegir este restaurante. Nos ha permitido conversar tranquilamente...

—Por supuesto que sí, pero ni el mejor lugar, ni la mejor gastronomía, ni tan siquiera el mejor vino, pueden sustituir al enorme privilegio de estar a tu lado y disfrutar de tu compañía.

—Lo que permite un espacio como este es poder conocernos mejor, y desde luego, lo que no podía imaginar es que fueras tan adulator —dijo Alba haciendo un fingido mohín de reproche.

—No lo soy en absoluto, pero sí que a veces me pierde la sinceridad — respondió mirándola con tanta intensidad que Alba tuvo que desviar su mirada.

—Bien, creo que es el momento de irnos, ya empiezan a recoger las mesas. Te apetece que tomemos una copa por ahí —preguntó Alba.

—Sí, pero invito yo.

—No, esta noche corre de mi cuenta.

—¡Qué tozuda eres!

—No sabes cuánto. Pero te recuerdo que no hago otra cosa que imitar lo que hiciste tú en la ocasión anterior.

—Yo te invité a un tapeo —protestó Sergio.

—Y luego al teatro, y luego también a la copa...

—Me apetecía hacerlo.

—Lo mismo que a mí ahora.

—Ya veo que no puedo convencerte.

—Esta vez no, pero nunca dejes de intentarlo —rio Alba. Sergio se quedó mirándola de una forma tan intensa que pensó que, en ese mismo instante, iba a besarla—. Venga, vámonos —se apresuró a decirle ella a la par que se levantaba de la mesa. No quería prolongar por más tiempo ese momento.

*«Ya estás huyendo, como siempre. Estas serían las palabras de Bea si me viera en este instante. Seguro que ella habría hecho todo lo contrario: Alargar el momento y someter a Sergio a la tortura de vencer la tentación de besarme, o caer en ese incontenible deseo que mostraban sus ojos. Me siento como un flan, y no puedo correr esos riesgos. Ahora mismo no podría decirle que no a nada de lo que quisiera hacerme».*

Mientras Sergio la ayudaba a ponerse la chaqueta, Alba no dejaba de pensar en él:

*«Es un hombre sumamente atento y educado; ha estado pendiente de mí en todo momento, no ha tenido ojos para nadie más. Me hace sentir como una princesa, y me encanta esa mirada tan franca y sincera que tiene,*

*aunque hay momentos en los que preferiría que fuera menos transparente...».*

—¿Y ya has pensado donde quieres que vayamos ahora? —preguntó Sergio cuando salieron a la calle.

—¿Qué te parece *La Coquette*? ¿Lo conoces?

—Me llevaron una vez y me gustó. En aquél entonces tenían música de blues en directo, y el grupo que escuché era muy bueno. La verdad es que hace tiempo que no salgo de copas, así que tampoco podría sugerirte muchas alternativas.

—Entonces vamos ahí, siguen haciendo actuaciones en directo. Creo que lo pasaremos bien.

—Si no recuerdo mal, estaba en un sótano, ¿no?

—Sí, es cierto.

—Empiezo a pensar que tienes cierta afición por lo *underground*.

—¿Y eso? —preguntó Alba sin saber el porqué de ese comentario.

—Mujer, el restaurante estaba en unas cuevas de un sótano, ahora me llevas a un pub que también se encuentra en un subterráneo...

—Ah..., es casualidad. La verdad es que no lo había pensado, jajaja.

En cualquier otra circunstancia, escuchar música de blues, su preferida, en un lugar tan entrañable como *La Coquette*, habría supuesto para Sergio un gran aliciente, pero hoy no. Al menos no en este momento, cuando todo su cuerpo parecía invadido por unas sensaciones que le resultaban muy lejanas en el tiempo. Alba poseía un poderoso y embriagador magnetismo que ejercía sin ser consciente de ello. Observarla con atención, contemplar todos y cada uno de sus gestos, escuchar el inconfundible timbre de su voz... ¿se estaba enamorando de ella? —se preguntaba—. Lo que sí sabía es que sentía una enorme atracción y que toda la sensibilidad de su cuerpo había despertado, de pronto, con el brío y la energía de antaño.

Se le antojaba como la erupción de un volcán: Imprevisible, incontenible y arrollador, y este cúmulo de sensaciones escapaban a su control. Tampoco deseaba luchar contra ellas, ya había decidido dejarlas fluir, y resultaba tan

gratificante...

Quizá Alba se había dado cuenta de su actitud, de su deseo, y de esta forma, disfrutando de buena música en un ambiente bullicioso, pretendía enfriarlo un poco y que todo volviera a estar en su lugar, que no era otro que el de una cita entre dos compañeros de trabajo, ahora ya podía decirse amigos, que se estaban empezando a conocer.

Se veía a sí mismo impetuoso, impulsivo, exaltado, incluso vehemente... Menos mal que Alba estaba aplicando ese sentido común tan femenino del que en ocasiones adolecen los hombres. ¿Era todo cuestión de prudencia, de sensatez, o es que no sentía lo mismo que él?

Era muy probable que fuera esto último. Lo cierto es que había estado tan pendiente de disfrutar de su compañía, de dejarse embriagar por esa especie de hechizo que poco a poco le iba envolviendo, que en ningún momento se dio cuenta de lo que ella pudiera estar sintiendo durante la cena.

*«¡Qué estúpido! —se reprendía a sí mismo—. Debería haber estado atento a cada detalle, a cada indicio que me pudiera dar pistas sobre sus sensaciones. No me cabe duda de que ha estado a gusto, que ha disfrutado de nuestra mutua compañía, pero... ¿hay algo más? Lo ignoro por completo. Rebobino en mi memoria todo lo acontecido, y la veo sonreír..., —ufff..., me mata cuando sonrío así—, mirarme de una forma tan cálida, tan especial..., le caigo bien, no tengo dudas en eso, pero... ¿y la atracción, y el deseo? ¿siente lo mismo que yo? Imposible saberlo, no puedo aventurar nada en ese sentido.»*

Sergio se perdía en ese mar de elucubraciones. En estos momentos tenía una insaciable necesidad de sentir el tacto de su piel, de rodearla con sus brazos, de besarla..., y en *La Coquette* probablemente estas sensaciones fueran languideciendo, el ambiente no invitaba a que se prolongaran. Hubiera preferido otro lugar, íntimo y acogedor como el restaurante, donde pudieran sentirse como si estuvieran solos, hablarse cerca el uno del otro, susurrándose confidencias al oído mientras sus cuerpos se rozaban...

Se reprochaba duramente su falta de reflejos, y de firmeza también, para proponer otro lugar donde ir más acorde con sus deseos.

Durante el trayecto en coche intentó disimular su desencanto. Alba le había

propuesto un plan a todas luces excelente, y él había aceptado, aunque en estos momentos deseara otro lugar muy diferente. Quizá era mejor así, no precipitarse dejándose arrastrar por unos impulsos, por un deseo desmedido que no se correspondía con el escaso tiempo que habían estado juntos.

Ahora recordaba los consejos del doctor Baumann: «*Imagínate que has estado mucho tiempo postrado en una cama, o que eres un niño comenzando a dar sus primeros pasos..., si intentas correr lo más probable es que te caigas. Procura ir despacio hasta que recuperes tu seguridad y tengas plena confianza en ti mismo*».

Resultaba evidente que el psicoanalista tenía razón. Después de tanto tiempo huérfano de amor, y con un dolor anímico que le laceraba constantemente, no podía dejarse llevar solo por sus impulsos. Y esa prudencia se la debía precisamente a ella, a esa mujer tan sumamente especial y llena de sensibilidad como le parecía Alba. No podía correr el riesgo de hacerle daño.

\* \* \*

—Ufff..., está a tope, no creo que encontremos sitio —exclamó Sergio al atravesar la puerta de *La Coquette Blues Bar*.

—No me extraña. ¿Has visto el cartel? Actúa Phillippe Fernández, el líder de la banda francesa *Big Dez Blues*, y le acompaña a la armónica Danny del Toro —respondió Alba con la ilusión reflejada en el brillo de sus ojos.

—¿Los conoces?

—A la *Big Dez* no la he visto nunca en directo, y eso que han actuado mucho en España, es una banda bastante conocida. A Danny del Toro sí, precisamente aquí, hace algún tiempo, es muy bueno. Al que toca el bajo y al batería, no los recuerdo, al menos por sus nombres, ahora cuando los vea ya te digo.

Ese “*cuando los vea*” le indicó a Sergio que no estaba dispuesta a darse por vencida sin intentarlo al menos. Aun así le quedaba la esperanza de que, efectivamente, no hubiera ningún espacio libre. Alba pareció leer sus pensamientos, y añadió:

—Ahora está saliendo gente, debe ser el intermedio. Es posible que

algunos de los que han visto el primer pase se vayan a otro pub y encontremos sitio.

—O es gente que como nosotros ha entrado y al ver que no hay pues están dando la vuelta.

—Sí, también es posible —respondió sin poder disimular su desencanto.

Ahora Sergio se daba cuenta de una nueva sensación, de un detalle que en cierto modo le sorprendió. ¿Cómo podría negarle a Alba algo que ella deseara? Le bastó ver ese pequeño atisbo de tristeza en sus ojos para que rápidamente él quisiera conseguirlo y así poder complacerla, recuperando nuevamente su sonrisa. De hecho, incluso se imaginó forcejeando con otros para conseguirle un lugar donde sentarse.

—Ya que estamos aquí debemos intentarlo. Vamos a encontrar como sea ese hueco —dijo Sergio con decisión. A continuación, cogió a Alba de la mano, se adelantó y comenzó a abrirse camino entre el bullicioso gentío que obstaculizaba su paso.

No se lo esperaba. Le parecía normal y hasta lógico, pero la sorprendió. No había previsto sentir de pronto su mano envolviendo la suya, con absoluta firmeza, pero sin apretar demasiado, lo justo para que nadie pudiera separarlos. Le gustó, y mucho, sentir el tacto de su piel y ese vigor que le transmitía en cada movimiento.

Mientras avanzaba detrás de él, siguiendo sus pasos, lo observaba. No cabía duda, por su actitud, de que si existía algún hueco él lo encontraría.

Cuando ya había perdido prácticamente toda esperanza, Sergio visualizó muy cerca del escenario un taburete vacío junto a una mesa ocupada. Se acercó con Alba y preguntó a la pareja que estaba sentada en la mesa si el taburete estaba libre, y ambos respondieron con un gesto afirmativo.

—De momento esto es lo mejor que hemos podido encontrar. Siéntate Alba, antes de que se lo lleven.

—Pero no vas a estar tú de pie —protestó ella.

—Ah, no me importa, y quien sabe, igual dentro de nada se desocupa alguna mesa. Tenemos que estar atentos. Mientras tanto voy a pedir la bebida.

¿Qué te apetece?

—Umm..., no sé..., un Martini.

—Hoy vamos de *retro* —comentó divertido Sergio—. Pensaba que pedirías el vodka con limón, como la vez anterior.

—Qué buena memoria tienes.

—Algunas cosas, o determinados momentos, nunca pueden olvidarse. ¿Lo quieres blanco o rojo?

—Rojo, por favor —afirmó Alba con una sonrisa en sus labios...

—Muy bien. Enseguida vuelvo.

Dio media vuelta y se dirigió hacia donde se situaba la barra. Casi diez minutos más tarde regresó con las bebidas.

—¿No habías dicho enseguida? —exclamó Alba con algo de malicia.

—Seguro que a ti te habrían servido antes. Yo debo pasar desapercibido para el camarero.

—Quizá si hubiese sido una camarera... —dijo con ironía.

—Pues no te quepa duda. Habría echado mano de todos mis encantos para llamar su atención.

—¿Y cuáles son esos encantos? —preguntó Alba pícaramente.

—Tú tampoco los ves, ¿verdad? —respondió él con fingida desazón.

Alba no supo reaccionar con presteza. La inquisitiva mirada de él la hizo vacilar y provocó esos segundos de retraso. Una posible respuesta ahora ya estaba casi fuera de lugar.

—¿Tú también te has pedido lo mismo? No sabía que también te gustaba. —Optó por preguntar para eludir la respuesta.

—No es algo que pida habitualmente, pero una vez había conseguido que el de la barra se me acercase... se lo he querido poner lo más fácil posible.

—Entiendo —rio Alba.

Sergio tomó un sorbo de su Martini mirando a Alba sin pestañear. Esa

forma de sonreír lo cautivaba por completo, de alguna manera conseguía enardecer sus sentidos, y le resultaba muy difícil poder disimularlo, y más aún si, como estaba ocurriendo ahora, Alba le mantenía la mirada con esa sonrisa instalada en sus labios. Para zafarse de esa situación que le hacía sentir tan vulnerable, hizo el siguiente comentario:

—A mí me gusta mucho el blues, pero tú pareces una entendida.

—Tanto como eso, no. Me gusta, pero no soy una melómana de este estilo. Como sabes yo estuve colaborando durante un tiempo con un grupo de teatro, y su director sí que era muy aficionado a este tipo de música; de hecho, tenía docenas de discos, de vinilo, eh. Él fue quien nos descubrió este lugar y veníamos a menudo después de los ensayos a escuchar alguna actuación, porque suele haberla casi todos los días de la semana.

Para Sergio no pasó desapercibido la nostalgia que expresaban sus palabras, incluso una cierta melancolía en su mirada.

—Estoy seguro de que echas de menos todo aquello.

—Tengo buenos recuerdos de esos tiempos.

—Entonces no debes entristecerte al evocarlos.

—Lo que me entristece es que me fui alejando de todo aquello en contra de mi voluntad, pero ese es otro tema. ¡Mira, ese es Danny del Toro! Ya verás que bien toca la armónica. ¡Y ahí vienen los demás, ya van a empezar! —exclamó ilusionada.

\* \* \*

Sergio no recordaba haberlo pasado tan bien escuchando una actuación musical. No solía ir a los conciertos multitudinarios, verse atrapado por un enorme gentío le agobiaba, y si encima tenía que estar varias horas de pie, mucho más aún. Prefería acudir a teatros, auditorios, o en el peor de los casos, a una plaza de toros.

En cambio, lugares tan personales e íntimos como *La Coquette* tenían para él un encanto muy especial. De alguna manera le recordaba a *The Cavern Club*, el mítico pub de Liverpool donde se dieron a conocer *The Beatles*. Coincidió con Alba en el poder de seducción que tenían este tipo de locales,

probablemente por su especial decoración de mediados del siglo pasado no exenta de ciertos toques *vintage*, también por su ubicación en un subterráneo lo que propiciaba una cierta sensación de clandestinidad, y, desde luego, por la proximidad a los músicos, lo que te permitía ver con el máximo detalle su interpretación y cómo arrancaban las notas a sus respectivos instrumentos.

La actuación fue magnífica y el público se entregó incondicionalmente, pero lo que realmente entusiasmó a Sergio fue poder contemplar cómo disfrutaba Alba sin que ella se diera cuenta —o al menos eso pensaba él—. Un voyerismo que le permitió observar con deleite la sonrisa de sus labios, la ilusión en el brillo de sus ojos, la pasión en los movimientos de sus manos, de su cuerpo...

Ese desencanto inicial que tuvo al llegar a un local tan concurrido, exento por tanto de esa intimidad que en el restaurante había propiciado unas sensaciones tan sugerentes, se había transformado en una exultante alegría viendo disfrutar a Alba. Pero ahora los músicos habían finalizado su actuación y era el mejor momento para intentar cambiar de ambiente.

—¿Qué te parece si tomamos otra copa en un local más tranquilo? —propuso Sergio alzando su copa totalmente vacía.

—¿No estás a gusto aquí? —preguntó Alba.

—Lo he pasado fantástico viendo la actuación, pero ahora me apetecería un lugar donde podamos hablar y estar más cómodos.

—A estas horas..., son las dos de la mañana —dijo consultando su reloj—. Creo que todos estarán a tope..., no sé, ahora mismo no se me ocurre ninguno, pero acepto cualquier propuesta —dijo Alba finalmente regalándole una amplia sonrisa.

—Ah, ¿sí? —respondió Sergio con aire travieso.

—¿...? —Alba hizo un gesto de no entender nada.

—Sé de un lugar donde podríamos tomar esa copa y charlar tranquilamente —dijo respondiendo a su muda pregunta.

—¿Y cuál es? si se puede saber —inquirió ella, aunque en ese mismo instante, antes de que él respondiera, lo imaginó.

\* \* \*

## CAPÍTULO XVII

Había pensado en que fuéramos a mi apartamento. —La mirada se Sergio se oscureció tanto que Alba sintió como su cuerpo se estremecía—. No es que resulte muy acogedor, apenas llevo cuatro meses viviendo en él y está como lo encontré, pero al menos sí que estaremos tranquilos.

*«Y tanto. Creo que no estoy preparada para esto, no lo esperaba. ¿Ha sido algo premeditado, o se le acaba de ocurrir? ¿Y qué hago yo ahora?, no sé qué decirle».*

—Te has quedado muda. ¿Te ha incomodado mi proposición?

—Perdona..., no..., es que me ha sorprendido, no estaba segura de si lo decías en serio... —Alba no sabía cómo ganar tiempo. Ni siquiera se había dado cuenta del silencio que había provocado mientras pensaba qué responderle.

—Muy en serio. Te he expresado con sinceridad qué es lo que más me apetecería ahora. —Pese a la vacilación de ella, Sergio no parecía rendirse lo más mínimo.

*«¡Pero a qué esperas para decirle que sí! —la chillona voz de Bea se coló sin permiso en sus pensamientos—. ¡Va a pensar que eres una mojigata!*

*»—Es que igual lo soy, y no me he dado cuenta —la respondía mentalmente.*

*»—Lo único que eres es... Mira, no seas cobarde, no te está proponiendo que te acuestes con él, solo tomar una copa en su casa.*

*»—¿Y qué va a pensar si acepto? Solo es la segunda vez que salimos.*

*»—Pues que a ti también te apetece... esa copa íntima».*

Alba apartó sin contemplaciones a Bea de sus pensamientos, estaba tardando demasiado en darle a Sergio una respuesta.

—¿Qué te parece si la tomamos en mi casa? —contestó finalmente.

—¡Fantástico! —Los ojos de Sergio se iluminaron. Evidenció que su

apartamento no reunía, al menos en este momento, los requisitos que él hubiese deseado para presentárselo a Alba. —¡Venga, vamos!

Rápidamente, como si temiera que Alba aún pudiera arrepentirse en el último momento, la tomó suavemente del brazo con una mano para que se levantara del taburete, y con la otra cogió su copa vacía. Después, tal y como hizo al entrar en el pub, la cogió de la mano y se dirigió hacia la barra para dejar allí las copas. En esta ocasión Alba notaba una mayor presión, no habría podido soltarse aunque lo hubiese intentado. Ese era un indicio de que Sergio también estaba nervioso, lo cual la reconfortó un poco.

Una vez salieron a la calle, Alba le comentó:

—Como podrás imaginar —hizo cierto hincapié en estas palabras— no creía que iba a tener visita a estas horas, así que no te esperes encontrar un apartamento listo para revista.

—No te creo. Seguro que está ordenado.

—Pues no sé... —Alba intentaba visualizar cómo había dejado su casa antes de salir de ella, pero curiosamente tenía lagunas, no lo recordaba bien —. Igual me he dejado en el baño la ropita interior después de ducharme.

«*Pero ¡cómo he podido decirle una burrada semejante! En qué estoy pensando, o mejor dicho, ¿qué pensará él de mi comentario? ¿Creerá que es una insinuación?*» —se maldecía a sí misma.

—No lo veo tan grave —ironizó Sergio —. Venga, no te apures, si quieres espero en el recibidor mientras tú le das un vistazo a todo —añadió viendo el compungido rostro de ella.

—No tengo recibidor —dijo secamente—. Bueno, algo sí, añadió.

—¿Algo sí? —exclamó divertido.

—Quiero decir que cuando abres la puerta se ve parte del salón comedor, pero no todo, porque tengo un mueble, una especie de estantería con espejo y tal, que divide un poco la zona de entrada —aclaró con un tono de voz algo severo.

—Venga mujer, no te apures ni te lo tomes a mal. Solo estoy bromeando un poco. —Sergio hizo una pequeña pausa para después añadir—: Lo único que

importa es si realmente te apetece o no que estemos allí juntos charlando y tomando algo.

Esperó su respuesta con serenidad, sin dejar de observar fijamente sus ojos, como si quisiera transmitirle ese sosiego que ahora mismo a ella le faltaba, pero a su vez, su mirada expresaba una absoluta firmeza, plena convicción en qué era lo que quería.

—Claro que me apetece. Venga, vámonos —respondió dando por zanjado el asunto.

Nuevamente el trayecto en coche le sirvió a Alba para poner un poco de orden en sus pensamientos y recuperar el aplomo, aunque no podía evitar sentirse algo angustiada por lo que pudiera ocurrir y cómo reaccionaría entonces. Para evitar más momentos de indecisión por su parte quería prevenir cualquier posible situación, visualizarla incluso, pero no era capaz de imaginarlas, por alguna extraña razón su mente se bloqueaba justo cuando llegaba ese instante. Se veía junto a él, en su sofá, los dos muy cerca, hablándose, mirándose a los ojos..., pero no podía concebir cómo sería el momento en el que Sergio se dispusiera a... ¿besarla? ¿acariciarla?

Solo de pensarlo la piel se le erizaba. ¿Cómo podía ocurrirle algo así? Ni que fuera una quinceañera ante su primer amor.

—¿Vas a dejarlo aquí? —le preguntó a Sergio al ver que se disponía a estacionar su coche en zona prohibida.

—Ahora es imposible encontrar aparcamiento cerca de tu casa, y será poco tiempo, no creo que tenga la mala suerte de que la grúa se lo lleve.

*«¿Poco tiempo? ¿Entonces...? ¿Será verdad que solo tiene intención de tomar una copa y marcharse? —Se preguntaba Alba visiblemente decepcionada—. Y yo mientras agobiándome imaginando situaciones que no van a darse —se replicó a sí misma».*

*«Lo veo muy tranquilo —se decía observándolo a hurtadillas mientras hacía la maniobra de aparcamiento—. ¿Cómo es posible? Yo estoy hecha un flan, naufragando en un mar de dudas y sensaciones, y él..., o tiene los nervios de acero, o una extraordinaria capacidad de disimulo, o no le importa lo más mínimo si hacemos o no el amor. Resulta desesperante esa*

*frialdad. En cambio, en el restaurante..., parecía puro fuego, sus ojos ardían... Este hombre me descoloca completamente».*

Cuando salieron del coche Sergio accionó el mando a distancia y el vehículo emitió el típico sonido y destello de luces indicando su cierre. A continuación se acercó a Alba y ambos comenzaron a caminar hacia el portal de su edificio. En esta ocasión no la cogió de la mano, simplemente andaba a su lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sergio viendo como Alba miraba detrás de ellos, como buscando algo o a alguien.

—No sé, tengo la sensación de que nos observan.

Él la imitó y se puso a mirar en varias direcciones intentando encontrar algún indicio de lo que ella sospechaba.

—Pues no veo a nadie.

—Yo tampoco. Serán imaginaciones mías.

Cuando Alba llegó frente a la puerta del patio, mientras buscaba las llaves dentro de su bolso alzó la vista y, disimuladamente, volvió a mirar hacia el otro lado de la calle. Seguía teniendo la misma sensación de antes. Segundos después, sin saber muy bien por qué, un escalofrío recorrió su cuerpo, pero seguía sin ver a nadie. Rápidamente abrió la puerta del patio y entró en él, seguida de Sergio. Él se dio cuenta de su inquietud, pero no hizo comentario alguno.

Tomaron el ascensor y Alba pulsó el botón de su piso. Durante un instante cruzó su mirada con la de Sergio y en esta ocasión sí pudo observar un atisbo de nerviosismo en su rostro.

—Bien, pues aquí es donde yo vivo —dijo mientras abría la puerta de su apartamento—. ¿Qué haces ahí parado? —preguntó viendo que él se quedaba en la puerta.

—Esperando a que hagas una revisión del piso antes de que yo entre —replicó con socarronería.

—¡Venga ya! Hoy estás muy guasón, no conocía esa faceta tuya.

—Aún te queda mucho por conocer de mí.

—Estoy segura de ello —expresó con plena convicción—. Venga pasa, no te quedes ahí.

Sergio cruzó la puerta y rápidamente observó el mueble al que había aludido Alba en el pub.

—Tienes razón, con este separador no se ve el salón, y queda muy chulo con el espejo, y este saliente con cajones, los estantes para libros y objetos decorativos..., y el contraste de colores. Me encanta, resulta muy original.

Cuando alquilé el apartamento no había nada aquí, estaba todo abierto, como un *loft*, pero yo quería darle algo de privacidad desde la puerta de entrada.

—¿Y dónde lo compraste?

—En realidad es un *mix*. Compré la librería por un lado, en una tienda cerca de aquí, y luego en Amazon encontré el espejo y la balda inferior volada con la cajonera.

—Pues te ha quedado genial.

—Me alegro de que te guste. Llevo viviendo aquí poco más de año y medio, pero apenas he podido hacer cambios, tan solo algunos detalles.

—¿Y esto? Es muy bonito —dijo señalando una caja de brillante madera de teka con incrustaciones de marquetería.

—Es una cajita de música —contestó Alba acercándose—. La compré en Viena hace algunos años, en una escapada de tres días que hicimos Bea y yo. Mírala por dentro.

Alba levantó la tapa superior y apareció una pareja de muñequitos vestidos él de esmoquin y ella con traje blanco largo con vuelo, al estilo de finales del siglo XIX, ambos cogidos en actitud de bailar. Accionó una pequeña palanca y la pareja de muñecos se movió ligeramente intentando girar, pero algo se lo impedía, mientras se escuchaba una música de vals.

—Es «*Voces de primavera*» de Johan Strauss hijo, pero no sé por qué no se mueven. Debe haberse atascado —dijo compungida.

—No te preocupes. Otro día con más tiempo la desmonto y veo qué le ocurre —exclamó Sergio al ver la desazón de Alba.

—Desde que era pequeña sentía una enorme ilusión por tener una caja de música. Tendría siete u ocho años cuando a una compañera de clase, que era vecina mía, le regalaron una. Me pasaba las horas muertas en su casa escuchando la melodía y viendo girar a la muñequita de ballet. Cuando vi ésta en una tienda en Viena me enamoré de ella y la compré, y eso que costaba un pastón, pero me di ese capricho. Espero que se pueda arreglar.

—Claro que sí, seguro que es un pequeño desajuste.

—Bueno, pasa, no te quedes ahí.

Sergio avanzó un poco más y desde allí prácticamente se veía todo. A la derecha, el salón-estar y el comedor, ambos en la misma pieza con dos amplios ventanales a la calle, a la izquierda la cocina, abierta completamente al comedor, y al fondo, un recodo hacía adivinar un pasillo que debía conducir al resto de dependencias de la vivienda.

—Me gusta, me gusta mucho —afirmó Sergio con sinceridad—. Así, todo abierto, gana en amplitud y luminosidad, y, además, por los colores y la decoración en general, resulta muy cálido y acogedor.

—En esto último sí que tengo algo que ver. Antes de mudarme lo pinté, y también añadí algunos detalles aquí y allá, lo veía todo muy impersonal —comentó orgullosa Alba.

—Las mujeres sois fantásticas para crear hogar. Ha sido una gran idea venir aquí porque mi apartamento no tiene comparación alguna con este. Seguro que te habrías deprimido al entrar en él.

—Pues resulta esencial conseguir un ambiente adecuado en el lugar donde se vive. Influye mucho en el estado de ánimo.

—Estoy seguro de que así es.

—Siéntate y ponte cómodo, ahora vuelvo —dijo Alba indicándole el sofá.

Sergio obedeció al instante y se sentó en uno de los dos sofás que, haciendo ángulo, formaban la zona de estar. Ambos tenían la misma dimensión, dos plazas. Escogió precisamente el que tenía una mejor panorámica de todo el apartamento. Desde allí, mientras esperaba, observaba con atención los detalles de decoración; resultaba bastante evidente los que debía haber

añadido Alba, por su contraste con el mobiliario general, destacaban por ser mucho más coloristas, alegres y modernos: las fundas de los sofás, los cojines, algunos cuadros, la lámpara de rincón, el centro sobre la mesa del comedor...

Pese a la voluntad de distraerse prestando atención a todo lo que le rodeaba, la espera ya le estaba resultando larga y no podía eludir que afloraran las dudas y los miedos. *«No solo debe haber ido al cuarto de baño, seguro que está pasando una minuciosa revista a todo. No creo que se esté cambiando de ropa, está guapísima y muy seductora con lo que lleva. ¿Qué va a pasar cuando regrese? Quiero dejarme llevar, no he llegado hasta aquí para ahora acobardarme y que no suceda nada. Me muero de ganas de abrazarla, de acariciarla, de besarla...»*

—Bueno, ya estoy aquí —dijo Alba para llamar la atención de Sergio al que vio muy abstraído en sus pensamientos.

—Ya estaba a punto de ir a buscarte —ironizó Sergio—. Pensé que te habían raptado, o peor aún, que habías huido por alguna ventana.

—¿Huir te parece peor que raptarme?

—¡Claro! Si te secuestran es en contra de tu voluntad, en cambio huir...

—¿Huir de qué? ¿Estoy en peligro? —Ahora fue Alba la que puso énfasis y picardía a su pregunta.

—Posiblemente —respondió él dispuesto a seguirle el juego—. Quién te dice que no soy un psicópata, o un violador.

—¿Quién te dice a ti que no lo soy yo?

—*Touché.*

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó Alba dando por finalizado este asalto dialéctico.

—No sé, cualquier cosa.

—La lista es muy corta, no suelo recibir muchas visitas, así que el bar está algo limitado...

—Me apunto a lo que tú tomes —la interrumpió Sergio.

Alba se quedó pensando unos segundos...

—No creas, yo tampoco sé muy bien lo que quiero... —«*Sí que lo sabes, le replicó de nuevo la omnipresente voz de Bea. ¿Acaso tengo que decírtelo? ¿Quieres también los detalles?*»—. Tengo en la nevera una botella de cava de las pasadas navidades. ¿Te apetece?

—¡Perfecto!, respondió él con sinceridad.

—Y también creo que me quedan algunos bombones...

—Umm..., que maridaje tan perfecto —apuntó Sergio casi con un susurro—. ¿También son de navidad?

—Lo que yo decía, hoy te estás divirtiendo mucho conmigo —dijo Alba intentando dibujar en su rostro un gesto de reproche—. Y yo que te imaginaba un hombre serio y cabal —añadió mientras se dirigía hacia la nevera.

—Eso es en el instituto. ¿Te ayudo? —replicó mientras se levantaba del sofá.

—De acuerdo, puedes ir descorchando el cava, creo que se os da mejor a los hombres.

—¿Ahora quién es la simpática?, por no decir “guasona”.

—Solo cuando estoy a solas en mi apartamento a las dos y media de la madrugada y con un hombre al que apenas conozco.

—Con un compañero de trabajo —matizó Sergio mientras cogía la botella que ella le tendía.

—Ah, bien, entonces nada que temer. Voy a por los bombones.

Ambos guardaron silencio durante unos momentos. Alba cogió una caja roja que tenía dentro de un mueble del comedor, y de ella cogió varios bombones y los depositó en un cuenco de cristal. Luego lo dejó sobre la mesa del estar. Sergio mientras seguía peleándose con la botella intentando descorcharla.

—Estaba tumbada, ¿verdad? —preguntó él desde la cocina.

—¿Qué estaba tumbada? ¿Quién? —No acertaba a comprender. Rápidamente se imaginó una mujer semidesnuda tendida en una cama. No quiso mirarle a la cara, tenía miedo a descubrirse a sí misma.

—La botella. En la nevera, ¿la tenías tumbada?

—Sí. ¿Por qué?

—Creo que el tapón se ha hinchado demasiado y no puedo sacarlo —explicó forcejeando con intensidad.

—Quieres decir que... ¿no vas a poder complacer a una dama? —recitó con toda la ironía de la que fue capaz—. ¿Vas a dejarme sin mi copa de champán?

—¿Champán? No me había fijado. Déjame ver —dijo más bien para sí mismo— ¡Caray! ¡Pero si es un *Moët&Chandon*! Haberlo dicho. Tenga la seguridad, mi querida dama, de que usted va a tener esa copa de champán —afirmó con rotundidad—. Esa y varias más —añadió mirándola con intensidad.

—Oh, ¿qué va a pensar usted de mí, señor? Seguro que con una copa es suficiente.

«*No estoy tan seguro. Ni con una botella podría hacerte cambiar de opinión*».

—*Et voilà* —pronunció con un correcto acento francés después del ruidoso sonido del descorche.

—Pensaba que eras profesor de inglés, y en cambio, si utilizas alguna expresión en lengua extranjera lo haces en francés, y con muy buen acento, además —comentó Alba.

—Es un idioma que me gusta mucho. Resulta muy sensual, ¿no te parece? —preguntó juguetón.

—Depende de quién lo pronuncie —replicó con un mohín.

—*Sur le pont d'Avignon, on y danse, on y danse, sur le pont d'Avignon, on y danse, tous en rond*. —recitó Sergio forzando la vocalización—. ¿Qué te ha parecido?

En esta ocasión fue Alba la que lo miró intensamente.

—Venga, vamos a sentarnos y a probar ese champán. Espero que no esté estropeado. Esa es una canción de tu niñez, ¿no?

—Sí. Con ella mi madre empezó a enseñarme francés, lo mismo que mi abuela hizo con ella. Y mi abuela lo aprendió durante su cautiverio en Argelia.

—Entiendo. Venga, vamos a brindar.

Los dos se sentaron juntos en el sofá y alzaron sus copas.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Alba mientras contemplaba el atractivo color amarillo pajizo, con destellos dorados y verdes, del espumoso líquido que contenía su copa.

—Por nosotros, y porque nuestros sueños se hagan realidad.

—Me apunto a eso.

—Mientras daban un largo sorbo ambos mantuvieron fija su mirada en el otro.

—¡Uaaau...! ¡Está riquísimo! —exclamó Sergio.

—¡Impresionante! No sé cómo he podido tenerla ahí desde entonces. La próxima vez que me regalen otra me la bebo yo solita —dijo sonriendo.

—No sonrías así, por favor.

—¿...?

Alba no sabía que responder, pero tampoco le dio tiempo a pensar más. Sergio, con la copa aún en la mano, acercó sus labios a los de ella mientras con la otra rodeaba su nuca y sus dedos se perdían entre sus cabellos.

Labios frescos al inicio, ardientes conforme acariciaban los suyos, impregnados de sabor a fruta blanca, a cítricos, a grosella, aún con la chispeante vivacidad de las finas burbujas, fueron envolviéndola poco a poco, trasladándola a un recóndito lugar donde mucho tiempo atrás soñaba, la piel erizada por el viento, por ese vuelo inesperado, mágico y sorprendente al que Sergio, sin previo aviso, la había invitado.

Durante varios segundos, quizá minutos —había perdido por completo la noción del tiempo—, se dejó besar lentamente saboreando con inmenso placer los labios de Sergio. Luego llegó ese abrazo que la rodeó por completo, esas caricias en su mejilla, en su cuello... alborotándole los cabellos, enervándole la piel. No era capaz de reaccionar, solo de disfrutar todo ese cúmulo de

maravillosas sensaciones que invadían su cuerpo sin su permiso, y también su mente.

De pronto se sintió volar, como si lo hiciera en una alfombra mágica, aquella de los cuentos de las mil y una noches en la que tantas veces viajó en su niñez, guiada por un gentil príncipe que la acompañaba a visitar todas las maravillas del mundo.

Los brazos de él la depositaron suavemente sobre el lecho. En ese momento sintió un escalofrío ante la repentina ausencia de su calor, pero apenas fue un instante. De nuevo la envolvió entre sus brazos, de nuevo la inundó de caricias y besos, ahora ya compartidos, provocándose placer mutuamente, sin prisa, descubriéndose el uno al otro, aprendiéndose cada centímetro de piel.

Poco a poco les fue invadiendo la prisa, la urgencia, que se transformó en desesperación para dar rienda suelta a sus impulsos, a la necesidad de satisfacer sus deseos más profundos, más inconfesables, de saciar ese apetito carnal que se había ausentado hacía ya mucho tiempo, y que ahora regresaba con una fuerza salvaje, arrolladora, incontenible.

Jadeos, susurros que se fueron convirtiendo en gritos, cuerpos agitándose al unísono, en perfecta sincronía, reproduciendo un baile ancestral grabado a fuego en sus genes, garantía de supervivencia, de vida, y de placer.

Sábanas arrugadas, cuerpos sudorosos arqueándose con frenesí; un último grito, pudoroso, ahogado en la garganta para dar paso a un cómplice silencio mientras tiernas caricias se multiplican aquí y allá, extendiéndose lentamente por cada rincón de sus cuerpos.

Poco a poco les fue invadiendo el sueño, un sueño del que no querían despertar.

\* \* \*

## CAPÍTULO XVIII

La imagen de Alba se va alejando como una hoja flotando en la superficie de un riachuelo. También sus besos y sus caricias, que hasta hace un momento me envolvían en mi sueño. Se hace la oscuridad y el silencio. Siento frío.

¡No! ¡Otra vez, no!

Escucho mis propios gritos reverberando entre las paredes de la pequeña caja de regalo. Vuelvo a estar allí, de nuevo, prisionero en su interior. Me veo desde lejos, como si las paredes fueran de cristal, pero solo puedo observarme, no hay nada que pueda hacer desde allí arriba, y a su vez, estoy dentro de la caja, atrapado en su interior.

Apenas puedo respirar, es muy pequeña, con los brazos extendidos puedo tocar las paredes, incluso alcanzo a la tapa que hace de techo. Intento, infructuosamente, empujarla hacia arriba, pero ni siquiera puedo moverla. Parece de cartón, pero mis manos son de gelatina, se hunden al hacer presión sobre ella, y no puedo moverla. Me falta la respiración, abro la boca como un pez fuera del agua, me asfixio, y mi otro yo me contempla desde arriba, impertérrito.

Cierro los ojos, no es la primera vez que me ocurre, sé lo que tengo que hacer. Me concentro, los párpados bien apretados, la mente atenta únicamente a ese espacio vacío que he creado en mi pensamiento, un agujero negro donde nada existe, solo se escucha el silencio. Ahora me siento infinito. Respiro hondo, los pulmones se me inundan de aire, y espero, espero la luz.

Lentamente comienza a aparecer. Apenas es una sombra borrosa, como un boceto a lápiz sobre un viejo papel de estraza. Poco a poco se va volviendo más nítido, y surgen los colores, primero el blanco y el negro, luego el rojo, el amarillo, y el azul.

Sus ojos me miran intensamente, aunque no parecen tener vida, no se mueven, ni pestañean sus párpados. Sobre cada uno de ellos hay pintado un rombo de color azul con las puntas alargadas en sentido vertical. Las de arriba sobrepasan unas finas líneas de color negro que sustituyen a lo que debieron ser sus cejas. En el extremo inferior de cada rombo hay dibujadas unas gotas

pintadas de azul, que caen sobre las mejillas como si fueran lágrimas.

Sobre su rostro de color blanco satinado, y rígido como la porcelana, destacan sus gruesos labios rojos dibujando esa enorme sonrisa que casi le llega desde una oreja hasta la otra. Un sombrero de bombín de color negro, que me recuerda a los que llevaban Oliver Hardy y Stan Laurel (el gordo y el flaco), apenas consigue ocultar una abultada y rizada cabellera de color naranja.

Ahora ya consigo ver perfectamente el resto de su cuerpo. Su camiseta de manga corta de rayas horizontales blancas y negras, sus tirantes rojos igual que su pajarita, las manos enfundadas en guantes blancos, y finalmente los pantalones de color negro al igual que sus enormes botines.

Es tan alto como yo, y en este momento no hay nada ni nadie junto a nosotros, solo la oscuridad que nos rodea. Empieza a dar saltos, a bailar, a hacer cabriolas, se tropieza y se cae; no puedo evitar reírme. Vuelve a saltar, corre de un lado para otro, y de nuevo tropieza y cae, creo que intencionadamente. Es un mimo, no habla, solo gesticula. Moviéndose me recuerda a Naomi Watts cuando, interpretando a Ann Darrow, baila frente a King Kong haciendo piruetas hasta que consigue hacerle reír.

Me acerco a él, toco su rostro, quiero quitarle la máscara y ver quién es, pero no puedo, no hay ninguna máscara, su cara es así de rígida. Esa enorme sonrisa de *joker* me irrita, creo que se burla de mí mientras sus ojos aparentan llorar.

Oigo la voz de un niño muy pequeño que reconozco al instante, y el mimo se empequeñece rápidamente hasta quedarse con poco más de un palmo de altura.

«¡Papi, papi, papi! ¡Déjame a Lucas, ahora me toca a mí jugar con él!»  
—grita mi pequeño.

Sin esperar mi respuesta Dani agarra al muñeco del sombrero y lo abraza, luego le coge de ambas manos y empieza a moverlo haciéndole saltar y bailar. El mimo se suelta de las manos del niño y se pone a bailar *hip hop*. Dani ríe y quiere cogerlo, pero Lucas se aleja mientras sigue bailando. Salta, da volteretas en el aire, gira sobre sí mismo con tan solo la cabeza y los hombros apoyados en el suelo.

Me mira, aunque apenas veo sus ojos, sé que el mimo me mira. Su enorme sonrisa de *joker* se mofa de mí. Sigue bailando y saltando, alejándose cada vez más, y Dani va tras él, como hipnotizado por la magia de sus colores, de sus movimientos...

Intento impedirlo, pero no puedo, sigo atrapado en esas paredes de cristal, en esa caja de regalo transparente que se ha convertido en mi palco de honor, y también en mi prisión.

«¡Daniii!» —grito con vehemencia—. «¡Daaaniiii, no vayas, quédate aquí!» —chillo con desesperación, pero no me escucha, solo ve al mimo, ese muñeco que le regalé hace apenas dos meses cuando cumplió tres años—. «¡Dani, por favor, ven conmigo!» —suplico lastimosamente, pero él sigue alejándose de mí, persiguiendo al mimo, imitando sus gestos, sus cabriolas, desapareciendo poco a poco entre las sombras.

—Cariño, ¿podrías ir tú a recoger a Dani? —le pregunto dulcemente a Ana.

—Cielo, quedamos que yo lo recogía esta tarde de la guardería y lo llevaría a esa fiesta de cumpleaños, y luego tú irías a por él —protesta imitando mi tono de voz.

—Lo sé, lo sé, tienes razón, pero es que aún me quedan muchos exámenes por corregir y tengo que llevarlos mañana sin falta al instituto. Si ahora me voy a por el niño, con el tráfico que hay en estos momentos en Madrid, tardaré casi hora y media en ir y volver. Tendré que quedarme hasta muy tarde esta noche para poder terminar de corregir.

—Sergio, me lo podías haber dicho cuando he llegado, no me habría cambiado de ropa. Ahora tengo que volver a vestirme —replica con un pequeño gesto de reproche.

—Lo siento cariño, no lo he pensado en ese momento, pero bueno, es igual, me acerco yo, ya lo terminaré por la noche.

—Entonces tendré que irme sola dormir. No sé, la cama está muy fría sin ti —dice mimosa.

—¿Sí? —respondo fingiendo incredulidad.

—Bien lo sabes tú. Bueno, venga, yo voy a por Dani, pero me debes una, ¿de acuerdo? —afirma más que pregunta dándome un suave beso en los labios.

—Eres un cielo, Ana. No sé qué haría yo sin ti —respondo devolviéndole a continuación el beso con intensidad.

—Morirte de pena, no lo dudes —se pone a reír con malicia—. Vamos a dejar los besitos que a este paso no iremos ni tú ni yo —sentencia mientras me acaricia el rostro con la mano. Luego da media vuelta y se marcha hacia nuestra habitación consciente de que yo, mientras, observo su graciosa forma de andar y su trasero respingón.

Veo a Ana conduciendo, mirando a Dani a través del doble espejo retrovisor mientras el niño ríe y juega con una marioneta que le han regalado en la fiesta. Le está contando atropelladamente todo lo que han hecho, los disfraces que se han puesto algunos... Él quiere disfrazarse también en la próxima fiesta, vestirse igual que Lucas, su muñeco mimo, con peluca de cabellos rizados de color naranja, camiseta de rayas blancas y negras, pajarita roja, sombrero de bombín...

Vuelvo a ver al mimo, ahora más pequeño aún, en la cabina de un enorme camión. Está colgado del espejo retrovisor, y se mueve constantemente. Veo al conductor, un hombre bastante joven, e intuyo que también debe tener un hijo pequeño como yo. El mimo se ríe, sé cuándo lo hace, aunque no cambie la expresión de su cara, con esa roja y enorme sonrisa de *joker*. Lo sé porque lo noto en sus ojos, que brillan con malicia.

Parece querer indicarme algo, gesticula con las manos hacia adelante. Deben ser imaginaciones mías, se mueve por el vaivén del camión, hacia adelante y hacia atrás. No, ahora lo veo. Él sabe que lo he visto, sus ojos brillan aún con más intensidad. Sí, es el coche de Ana, está delante, y desde la cabina del camión veo a Dani a través del parabrisas. Está jugando y riendo, como siempre.

—¡Mami, mami, mira! —dice Dani que ha visto desde su sillita orientada hacia atrás, el camión que les sigue—. Un Lucas pequeñito me está saludando —y señala con el dedo refiriéndose al muñeco que cuelga del espejo retrovisor del camión.

Ana mira su espejo sin entender lo que quiere decirle su hijo, pero no ve a

Dani, uno de los globos de la fiesta que se ha traído se ha ido deslizando por el techo del coche y ahora le tapa la visión del niño. Mueve la cabeza a un lado, luego hacia el otro...

—¡Anaaa! —grito con todas mis fuerzas—. ¡Frena, por dios!

En ese momento ella se da cuenta del frenazo del coche que va delante, y hace lo propio con el suyo, pero no hay tiempo, la distancia ahora es insuficiente. Veo como su cabeza se inclina bruscamente hacia el frente impactando en el airbag. Dani deja de reír, las fijaciones de la sillita han aguantado bien el choque, y los cinturones le han sujetado perfectamente impidiendo que salga despedido, pero su rostro refleja mucho miedo, empieza llorar, grita al ver como el camión se precipita hacia él, cierra los ojos...

El mimo se vuelve hacia mí y ríe grotescamente, mientras yo suplico compasión. Intento escapar de mi caja de cristal, pero de nuevo mis manos y mis brazos se vuelven de gelatina cuando intento levantar la tapa. Quiero lanzarme con toda la fuerza de mi ser contra una de las paredes para romperla y poder socorrer a mi mujer y a mi pequeño Dani, pero no puedo mover las piernas, los pies están adheridos al suelo y no puedo levantarlos. Unos brazos que no veo me rodean el torso impidiendo mis movimientos. Intento liberarme de ellos, pero no lo consigo.

De pronto la caja estalla, y veo a cámara lenta como miles de pequeños trozos de cristal salen despedidos. Quiero aprovechar y escapar ahora de allí, pero de nuevo, esos brazos invisibles me lo impiden. Oigo voces, gritos...

—¡Sergio! ¡Despierta, por favor!

\* \* \*

## CAPÍTULO XIX

Abro los ojos. No reconozco el lugar. Me zafo con violencia de unos brazos que me sujetan, estoy empapado en sudor.

—Tranquilízate, has tenido una pesadilla.

Vuelvo la mirada hacia esa voz y, desconcertado, veo a Alba.

—Voy a por una toalla; enseguida vuelvo.

Se levanta de la cama y se va hacia el armario de la habitación. La observo sin comprender muy bien qué pasa, sigo aturdido, hace un momento yo estaba..., tengo náuseas, me levanto y voy al baño, apenas me da tiempo a llegar a la taza del inodoro. Vomito escandalosamente a la vez que un torrente de lágrimas inunda mis ojos.

—¿Estás bien? —me pregunta Alba desde la habitación.

—Sí, sí, no es nada, ahora salgo —le respondo con presteza, no quiero que entre y me vea así.

Poco a poco voy recobrando el sentido de la realidad. Me incorporo y me acerco al espejo del lavabo. ¡Qué horror! Mi aspecto es deplorable y además estoy completamente desnudo. Abro el grifo y me lavo la cara con jabón, también la boca. Me peino con los dedos mojados mientras mi mente aún recuerda vagamente la pesadilla. Esta vez no ha aparecido el rostro de esa mujer, de Luna, o no lo recuerdo al menos, no sé por qué.

Finalmente decido salir del baño, ya llevo demasiado tiempo allí. Cojo la toalla del lavabo y me la enrolló a la cintura; no me tapa mucho, pero algo es algo. Veo a Alba sentada en la cama, con otra toalla en la mano, esperándome. Me mira con gesto de preocupación.

—¿Estás mejor? —me pregunta inquieta.

—Sí, solo ha sido un mal sueño, pero ya estoy bien. Me gustaría ducharme...

—Ven, sécate con esta toalla, son las cuatro de la madrugada. Puedes ducharte después.

He perdido la noción del tiempo. Miro mi reloj de pulsera, tiene razón, apenas pasan diez minutos de las cuatro. Me acerco a ella, cojo la toalla y me seco rápidamente el torso y la espalda, luego me siento a su lado, sobre la cama.

—Voy a prepararte una infusión, creo que te sentará bien —me dice levantándose a la vez.

Asiento. La miro mientras se aleja. Ahora veo que solo lleva puesta una camiseta de manga corta con un estampado londinense. Apenas le cubre el culo. Está muy atractiva.

La primera noche que paso con ella... ¿Qué pensará de mí? Tendré que darle alguna explicación, no puedo decirle que ha sido un mal sueño y ya está. Alba me gusta, y mucho, y además creo que hay reciprocidad. Tengo que ser honesto con ella, y para eso debo sincerarme. Lo más seguro es que decida alejarse de mí, apenas nos conocemos todavía...

Oigo el silbido de una tetera. Me levanto y voy hacia la cocina. Allí está Alba, colocándolo todo sobre una bandeja, también unos dulces.

—He pensado que igual tenías hambre —me dice al ver que los miraba.

—No sé, quizá coja alguno.

—No sé si te gustará.

—¿El dulce?

—No, la infusión. Es de melisa. ¿La has probado?

—No. La verdad es que no suelo tomarlas. Conozco el poleo, la manzanilla, algunos tés..., pero la melisa no me suena.

—Tiene propiedades relajantes y digestivas, por eso creo que te sentará bien.

—¿Sueles tomarla tú?

—De vez en cuando —me contesta mientras lleva la bandeja y la deposita en la mesa de centro del salón. Luego se sienta en el sofá.

Me acerco y me siento a su lado. La miro, y ella me devuelve la mirada sin pestañear. Nos observamos mutuamente sin decirnos nada, como esperando

que sea el otro el que comience la conversación, o más bien confesión, en mi caso.

Decido contárselo. Creo que hago mal, que quizá me arrepienta de ello, pero por otra parte siento que es lo que debo hacer. Mientras pienso por dónde empezar ella comenta:

—Durante tu pesadilla has gritado varias veces el nombre de Ana, y también el de Dani.

—Son... bueno, eran, mi mujer y mi hijo.

Alba guarda silencio, posiblemente espera a que continúe.

—Murieron en un accidente de tráfico hace dos años. Suelo tener pesadillas recordando todo aquello.

—También pronunciabas otro nombre.

—¿Sí? ¿Lucas? Es un muñeco que le regalé a mi hijo.

—No, era Luna.

—¿Luna...? Es posible, sí, aunque no la recuerdo en la pesadilla de esta noche. Creo que te debo una explicación.

—No tienes que contarme nada si no lo deseas. Son cosas muy personales.

—Lo son sin duda, pero hemos comenzado una relación, al menos eso es lo que siento yo, y creo que debes saber cuáles son mis circunstancias para actuar en consecuencia.

—No hace falta que te pongas tan serio —me responde Alba esbozando una sonrisa.

—Perdona, pero el tema lo requiere.

—Venga, prueba la melisa, a ver si te gusta. Puedes añadirle algo de azúcar, si quieres.

Obedezco, le doy un sorbo a la taza. No reconozco su sabor, pero conforme avanza hacia mi estómago me resulta reconfortante.

—No está mal —respondo—. Creo que puede tomarse —añado con un gesto cómplice.

—Claro que sí, y además te sentará bien —me dice mientras se dispone a tomar también un sorbo de su taza.

—La tuya parece diferente —comento mirando la diferencia de color entre las dos infusiones.

—La mía es de lavanda. También tiene propiedades relajantes.

—Ah... Veo que eres una experta en infusiones. Y yo que pensaba, viéndote en el instituto, que eras una adicta al café...

—Lo soy, no te quepa duda, pero a veces también necesito relajarme, sobre todo cuando estoy en casa. Todos esos nervios que cojo durante el día luego me cuesta mucho soltarlos por la noche.

—Entiendo.

Ambos nos quedamos en silencio, bebiendo lentamente de nuestras respectivas tazas. Me estaba quedando algo frío y el humeante líquido me está dando ese calor que necesito. De pronto reparo que solo llevo la toalla anudada en la cintura, que apenas me cubre un poco de los muslos. No puedo evitar sentir algo de pudor. Se me ocurre ir a la habitación y coger la camisa. Luego me imagino con la camisa puesta y la toalla debajo. «*Pues va a ser que no*», me digo a mí mismo. Pienso que tendré que ponerme también los pantalones para no estar tan ridículo.

—Voy a ponerme algo encima, siento un poco de frío —comento mientras me levanto del sofá.

No sé cómo ni de dónde, pero de pronto Alba tiene una manta de viaje en sus manos.

—Toma, ponte esto por encima. Es muy cálida.

Sorprendido la cojo, y, efectivamente, tiene razón. Resulta muy suave al tacto y sus colores son muy llamativos.

—¿Es auténtico tartán escocés? —pregunto.

—Sí, y comprado allí, además.

Me la pone por encima de los hombros y no puedo evitar aspirar su aroma. Huele a ella. Alba parece leerme el pensamiento y me dice:

—La uso casi a diario, por las noches, cuando estoy acurrucada en el sofá leyendo o viendo la televisión.

—¿Y con un osito de peluche?

—A veces también —me contesta divertida regalándome una seductora sonrisa. Todo mi cuerpo reacciona tensándose ante esa imprevista provocación.

—¿Y tú, no tienes frío? —le pregunto.

—No —responde con escasa convicción.

—Ven, acércate.

Cojo un extremo de la manta y la paso por encima de sus hombros, al igual que mi brazo. Mi mano se apoya suavemente en su hombro y la atraigo hacia mí. Ella sube las piernas al sofá y se sienta sobre ellas, apoyando la cabeza sobre mi desnudo torso. Creo que me resultará más fácil confesarme así, no teniendo que soportar la inquisitiva mirada de sus preciosos ojos color miel.

—Como te he dicho antes, mi mujer y mi hijo murieron hace dos años en un accidente de tráfico, cuando regresaban de una fiesta de cumpleaños de un amigo del niño. Estoy en tratamiento psicológico desde entonces.

—No es para menos, es un golpe durísimo y se necesita ayuda —comenta.

—Sí, efectivamente, pero se da también la circunstancia de que era yo el que tenía que haberlo recogido, y me quedé en casa corrigiendo exámenes, mientras Ana lo hacía en mi lugar.

—No debes sentirte culpable por ello. Todo en esta vida es un puro azar.

—Lo sé, me lo decía continuamente mi psicoterapeuta, pero me ha costado mucho arrancar de mí esa sensación de culpabilidad.

—El tiempo es el mejor aliado para estas cosas.

—Vuelves a tener razón, pero a mí me está resultando eterno, quizá por esas pesadillas que padezco tan a menudo.

—Eso también irá desapareciendo; dos años aún es muy poco tiempo todavía como para superar algo así —me dice Alba levantando su rostro y mirándome con cariño. No aprecio compasión en su rostro, menos mal, no

quiero producirle esa sensación.

Creo que ella piensa que no tengo nada más que contarle, pero queda lo más comprometido, lo que probablemente la hará dudar. Cojo la taza y bebo lo último que queda de la infusión; ya está casi fría.

—¿Quieres que te ponga más? —me pregunta al darse cuenta de que la he terminado.

—Ahora me apetecería algo más fuerte —confieso—, quizá una copa de coñac, o si no tienes, pues un whisky.

—Tengo, aunque quizá no sea muy bueno, lo uso para cocinar. No entiendo de marcas de coñac.

Se levanta, se acerca al mueble del salón, abre una puerta cristalera, coge una botella y me la enseña. Es un *Baco* reserva.

—Pues te saldrán unos platos riquísimos, es un buen coñac —comento sonriendo.

A continuación, y del mismo armario, saca un vaso con forma de copa de coñac, pero sin pie. Me gusta el diseño. Lo pone en la mesa y junto a él, la botella.

—Sírvete, yo voy a ponerme algo más de lavanda.

No puedo evitar mirarla cuando se va hacia la cocina, aunque intento que ella no se dé cuenta. Tiene un cuerpo precioso, que hace apenas unas horas he tenido la fortuna de acariciar, de poseer. Cierta parte de mi cuerpo reacciona al instante al recordarlo. Menos mal que sentado y con la toalla puesta, no creo que pueda notarse. Aun así bajo la cabeza y lo compruebo. Como siga creciendo... sí que se va a notar. ¡Qué inoportuno! Intento desviar mi atención hacia lo que tengo que decirle a Alba ahora cuando regrese.

Tomo un trago de la copa de coñac y siento como infunde vigor a todo mi cuerpo. La melisa me ha sentado bien, pero seguía estando algo destemplado. Esto es lo que necesito ahora. Vuelvo a dar un segundo trago mientras veo como Alba regresa de la cocina con su humeante taza en la mano. Aún resulta más excitante, si cabe, verla de frente. Desvío rápidamente la mirada hacia la botella de coñac que está sobre la mesa, como si fuera a decirme algo. Sin

darle cuenta miro también fugazmente a esa caprichosa parte de mi cuerpo, y parece saludarme. Vuelvo con presteza la vista a la botella de coñac para ignorarla por completo.

Alba se sienta a mi lado, toma un sorbo de su infusión y luego me mira, mientras abraza con ambas manos la taza y la acerca a su pecho. Inevitablemente me fijo en sus senos. Sé que no lo hace intencionadamente, pero me está poniendo a mil. Vuelvo a intentar concentrarme en lo que tengo que decirle.

—No estés tan serio —me dice mostrándome su preciosa sonrisa.

—No es fácil lo que tengo que decirte.

—Si te pones tan grave acabarás asustándome —me contesta sin perder la sonrisa. Sé que intenta darme confianza, y que no dramatice en exceso, probablemente piensa que sea lo que sea no es tan serio como lo percibo yo. No puedo demorarlo por más tiempo. Tomo un largo trago de coñac y empiezo:

—Como te he comentado antes, estoy en tratamiento psicológico. Acudo a la clínica del doctor Viñals, un médico psiquiatra que es quien me receta la medicación. Las sesiones de terapia las recibo, o mejor dicho, las recibía, de un psicólogo, Jaime Rubio, que ha sido muy eficaz y me ha ayudado mucho en mi recuperación.

—¿Y por qué has dicho que las recibías?

—Porque hace tres semanas el doctor Viñals me derivó a un psicoanalista. Según su criterio ahora necesito otro tipo de tratamiento.

Alba amaga con preguntar algo, pero finalmente guarda silencio. Yo continúo con mi exposición.

—La razón de ese cambio está precisamente en mis pesadillas, en los sueños que tengo. Antes se ceñían prácticamente a visualizar el accidente, y entraba dentro de lo normal es un proceso de estrés postraumático, pero lo anómalo, lo realmente significativo... es que hace unos pocos meses empezó a aparecer en ellos una mujer a la que yo no he visto nunca, o al menos eso creo.

—¿Ella es Luna? —pregunta intrigada. Las mujeres, tan intuitivas como

siempre, pienso.

—Sí —respondo secamente.

—Y si no la conoces... ¿cómo es que sabes su nombre?

—El nombre se lo puse yo —respondo avergonzado.

—¿Tú? —replica con un gesto de incredulidad.

La pregunta retórica queda en el aire, ya se la he contestado. Tomo un largo trago de coñac, apuro el vaso. Cojo la botella para echarme más, pero la mano de Alba se apoya en la mía y, suavemente, me lo impide.

—Sergio, no deberías...

—No es fácil para mí contarte todo esto —respondo apesadumbrado.

—Lo imagino, pero debes tener confianza en mí, no voy a salir corriendo, si es eso lo que temes.

La miro, parece que va un paso por delante de mí, intuye lo que pienso, o lo sabe sin más, y comprende entonces mi temor.

—No deberías, esta es tu casa. En todo caso tendría que ser yo el que saliera —respondo intentando, sin éxito, darle un toque gracioso a mis palabras.

—Eso no va a ocurrir —dice, y a continuación se acerca a mí y me regala un dulce beso en los labios, mientras me acaricia la mejilla con su mano. Toda la piel se me eriza al instante, lo mismo que mi fiel compañero de viaje. No puedo reprimir el impulso de rodearla con mis brazos y besarla apasionadamente.

Lo necesitaba, y ella parecía saberlo. Ese beso tan exacerbado que le he dado ha serenado mi estado de ánimo.

—Mucho mejor que la copa de coñac —apunto divertido. Ella me hace un gesto cómplice—. Pero creo que no ha sido suficiente, necesito más —añado.

—Tienes que ganártelo, así que continúa con lo que me estabas contando, se ponía interesante.

—Umm... Mujer tenías que ser.

—Lo soy, no te quepa duda.

Sin poder evitarlo cambio el gesto, tengo que seguir con la dolorosa misión de contárselo todo, tiene que saber a qué atenerse conmigo, pero al menos ella parece, de momento, estar a mi lado. Quizá todavía no imagina toda la transcendencia de lo que voy a decirle.

—Me preguntabas por el nombre..., no sé decirte cómo surgió. Yo la llamaba «la mujer de mis sueños», en el sentido de que era una mujer que aparecía en ellos, hasta que llegó a convertirse en algo tan frecuente que resultaba necesario que tuviera nombre, pero no fue algo que busqué y con el cual la bauticé, por decirlo de algún modo. Un día la llamé así en uno de mis sueños, y así se quedó.

—¿Y estás seguro de que no la conoces?

—De forma consciente..., seguro que no, la recordaría.

—¿Y por qué te preocupa tanto?

Guardo silencio durante unos segundos. Hemos llegado al punto que tanto temía. Vuelvo a necesitar esa copa de coñac, pero mi vaso está vacío. Ella se da cuenta de lo que observo, me mira, intuye que tengo que decirle algo que no va a gustarle. Coge la botella de *Baco* y rellena el vaso. Lo coge y se lo lleva a los labios dando un sorbo, luego me lo ofrece a mí.

—Aggg..., ¡no sé cómo te puede gustar esto! Quema la garganta, incluso la lengua.

No respondo, estoy bebiendo del vaso. Nos miramos..., y continúo.

—El problema es que tengo la imperiosa necesidad de saber quién es esa mujer, de encontrarla.

—¿Y eso por qué? —me pregunta intrigada.

—Porque corre un grave peligro, aunque ignoro cuál es, y siendo consciente de ello, necesito encontrarla para intentar evitarlo.

—¿¡Qué...!?

Ambos nos quedamos en silencio. Por fin lo he dicho, o lo he vomitado más bien, quizá podría haberlo expuesto mejor, pero estaba deseando terminar

con esto de una vez. No puedo evitar tener ahora una gran sensación de arrepentimiento. Observo a Alba, no parece haberse recuperado de mi confesión, aún está procesando la información. Su rostro expresa incredulidad, pero también escepticismo, incluso recelo. No me cree, ahora desconfía de mí, o sí que me cree y piensa que estoy loco de verdad, y quizá tiene razón, ni yo mismo lo sé. Lo único que tengo claro ahora mismo es que... ¡la he cagado!, sí, con todas las letras.

Tenía que haber buscado la manera de ser franco, para cumplir con los requisitos de honestidad que me impone mi conciencia, y a la vez..., decírselo de una manera que..., no sé, ¿había realmente otra manera de decirlo? Lo ignoro.

—¿Y qué te dice el psicólogo, o el psiquiatra?

Sumido en mis reflexiones he perdido la noción del tiempo. Probablemente el silencio se ha alargado en exceso y ella ha tenido que hacer esa pregunta para evitar que se prolongara más aún. Esta vez evita mirarme a los ojos. Tengo un mal presagio.

—Creen que todo es producto de mi subconsciente. Aunque estoy bastante recuperado del trauma emocional, sigo teniendo esas pesadillas en las que se recrea el accidente, como ha pasado esta noche. Piensan que aún sigo sintiéndome culpable, y que esa es la razón por la que mi subconsciente ha creado a esa mujer y la necesidad de salvarla de un inminente peligro que hipotéticamente la acecha.

—¿Creado? ¿Cómo puede crearla de la nada? La habrá visto en algún lado —afirma con seriedad.

—Me dicen que puede ser cualquier imagen que haya retenido mi cerebro de entre las miles que captamos cada día, sobre todo de los anuncios televisivos, revistas, vallas publicitarias...

Hago una pausa. Tomo un ligero sorbo del vaso de coñac. Suspiro profundamente y me quedo en silencio. No me apetece hablar más de este asunto.

—¿Y cómo es ella? —me pregunta intrigada.

—No sabría describirtela.

—¿Y eso?

—No la veo con nitidez, o al menos no recuerdo sus rasgos. Siempre parece estar de espaldas, como huyendo, no sé, una mujer corriente.

—¿Es joven o mayor? ¿Rubia, morena...? Algo recordarás —afirma sin poder evitar un tono de desconfianza.

—No es una anciana, desde luego, por su forma de andar, de moverse... Lleva un pañuelo en la cabeza, por eso no sé cómo es su pelo, ni su color... No puedo describirtela, Alba —respondo finalmente algo irritado.

Ahora es ella la que suspira. Creo que también está haciendo un esfuerzo por serenarse, y la entiendo perfectamente. Lo último que podía imaginarse al pasar esta noche conmigo es que acabaríamos aquí en el sofá y yo haciéndole estas confidencias.

—Una última pregunta, si no te importa.

—Dime, respondo secamente.

—Esta noche has tenido una pesadilla. ¿Ha aparecido ella en tu sueño?

—No, respondo con rotundidad. Todo ha sido una recreación imaginaria del accidente, aunque ahora lo recuerdo todo muy vagamente.

—Pues yo te he escuchado decir su nombre.

—Sí, ya me lo has dicho antes, pero yo no lo recuerdo.

Noto en su rostro un gesto de recelo, supongo que duda si creerme o no. Me pongo en su lugar y la entiendo. Toda mi confesión ha venido provocada por la pesadilla, y por las palabras que yo haya podido decir mientras la tenía. De no haberse producido, ella seguiría ignorándolo todo. Puede pensar que solo le he contado aquello que me interesa, y que le oculto todo lo demás. Puede pensar cualquier cosa.

Me siento triste, abatido, la noche no podía haber acabado peor. Quizá era pronto, demasiado pronto, como para sentirme libre y permitirme iniciar una nueva relación. Posiblemente, al igual que yo, ella también estuviera ilusionada, y ahora habrá sentido una gran decepción, y quizá hasta se sienta engañada.

Tengo que hacerla participe de todo, eso siempre será mejor a que piense que le oculto detalles importantes. Ahora ya no hay vuelta a atrás. Quiero, necesito, que confíe en mí.

—He tenido dos sesiones con el psicoanalista que me recomendó mi psiquiatra —digo provocando cierta sorpresa en Alba que parecía estar ausente en ese momento.

—¿Y? —me responde lacónicamente.

—Me ha caído muy bien. No tiene un diagnóstico claro todavía. Inicialmente piensa lo mismo que los otros, que todo es fruto de mi imaginación y de ese sentimiento de culpabilidad, pero tal y como ha evolucionado..., el tema para él reviste cierta gravedad y hay que tratarlo adecuadamente.

—¿Por qué lo ve tan grave? Muchas personas sufren pesadillas de forma reiterada durante bastante tiempo debido a un trauma emocional.

—Efectivamente, pero en mi caso, la aparición de esa mujer, Luna, no se está limitando solo a los sueños. Empieza a aparecer también estando yo consciente, lo mismo que la necesidad de buscarla. Él me dice que hay que encontrar la causa de ello y tratarla adecuadamente; de no hacerlo así puede degenerar en una paranoia o cualquier otro tipo de trastorno psicótico.

—¿Confías en él? —me pregunta Alba.

—Aunque solo he tenido dos sesiones..., la verdad es que sí —respondo tajante.

—Pues dale tiempo, seguro que encontrará la manera de ayudarte.

—Eso espero. Este próximo miércoles tengo una nueva cita con él. Me pidió autorización para someterme a una sesión de regresión hipnótica, piensa que puede ser de gran utilidad. Por supuesto que se la otorgué. Ya te contaré...

Noto en los ojos de Alba cómo ha captado perfectamente la intención de mi comentario, que no es otro que manifestarle mi deseo de seguir a su lado, mi confianza en ella, y que no quiero que esto suponga un obstáculo para que nos sigamos conociendo. Lo que ignoro es si ella comparte también este anhelo. La miro a los ojos intentando descubrirlo, pero su mirada sigue

estando algo ausente. Pese a ello, parece evidente su preocupación. Quizá está decidiendo si continuar conmigo o no, aunque claro, eso no me lo va a decir, simplemente no habrá una próxima cita, o bien esta se demorará en exceso en el tiempo.

Percibo como si quisiera decirme algo, pero no termina de decidirse. Leo en sus ojos esa continua deliberación, sus dudas, pero aparta la mirada y me impide seguir averiguando, o intuyendo al menos, qué está elucubrando.

Vuelve a mirarme, parece que se está armando de valor para decirme algo.

—Sergio...

—Dime.

—Yo también tengo algo que contarte.

\* \* \*

## CAPÍTULO XX

Ahora no puedo volverme atrás. Sergio ha sido sincero conmigo, y ha compartido unos hechos que cualquier otro hombre habría guardado para sí. Pero... ¿realmente me lo ha dicho todo? ¿Es posible que todavía me oculte algo? Ahora prefiero no pensar en ello, debo, o más bien quiero, confiar en él. Ahora soy yo la que tiene ser franca y contarle mis circunstancias.

—Pues bien, adelante, es noche de confidencias —me responde Sergio intrigado.

Miro su reloj de pulsera. Sergio me imita y lo mira a su vez. No acierta a comprender qué relación guarda con lo que tenga que decirle.

—Son casi las seis de la mañana, ¿no? —pregunto. Él asiente con la cabeza.

—¿Te apetece que haga café y desayunemos algo? —le propongo algo nerviosa.

—Pues sí, habrá que reponer fuerzas, las confesiones agotan mucho —me responde esbozando una ligera sonrisa.

—Yo estoy convencida de ello, me siento agotada.

—¿Tú? El reo confeso soy yo. El agotamiento es mío —afirma tajante, ahora ya con una amplia sonrisa.

—¿Quién se agota más, el futbolista que corre por el campo de juego, o el entrenador que está en la banda viendo el partido sin poder moverse?

—¿Tú te has sentido así?

—Más o menos. He ido de sobresalto en sobresalto. De pensar en un mal sueño que todos tenemos de vez en cuando, a estar aquí, sola, de madrugada, en compañía de un posible psicópata. —Ahora soy yo la que sonrío, no puedo evitarlo.

—Vaya, no pretendía asustarte.

—Estoy segura de ello. Bueno, voy a preparar el café.

Me levanto del sofá, y entonces Sergio me coge de la mano impidiéndome que me marche. Me vuelvo hacia él.

—Ahora el que estoy asustado soy yo. No sé lo que tienes que decirme...

—Tampoco va a ser una historia de terror, o quizá sí, ¿quién sabe? — respondo haciéndome la interesante.

—Entonces tendrás que prepararme. Últimamente tengo el corazón algo débil, demasiados sobresaltos...

—Por eso quiero que desayunemos, para que tengas el estómago lleno y cojas fuerzas.

Intento zafarme de su mano y marcharme, pero no me suelta, todo lo contrario, me da un fuerte tirón haciéndome que me abalance sobre él. Inevitablemente apoyo las rodillas en el sofá, una a cada lado de sus piernas, para evitar caer sobre él.

—Yo estaba pensando más bien en otra cosa... —me dice juguetón mirándome de forma lasciva, mientras apoya la mano que tiene libre en mi cintura haciéndome que me siente sobre sus desnudos muslos.

¿Pero cómo puede pensar algo así en estos momentos? Lo de los hombres es algo increíble. Ya me lo decía Bea, que estando casada desde hace varios años parece conocerlos muy bien. Según ella, nosotras somos capaces de hacer varias cosas a la vez, porque los dos hemisferios de nuestro cerebro funcionan de forma coordinada. En cambio, en el caso de ellos, un hemisferio lo destinan a lo racional, y el otro, en exclusiva, se ocupa de esa otra parte de su cuerpo que tienen entre las piernas, y además funciona de forma autónoma.

Pues debe tener razón porque... ¿cómo puede pensar en eso en estos momentos? Y lo malo es que me hace pensar a mí también viendo ese vello tan sensual que tiene sobre los pectorales, y sintiendo bajo mis piernas sus vigorosos muslos.

Me acerco a él, rodeo su nuca con mis brazos, quiero que sufra, lo que me ha contado no está bien, nada bien, yo quería un hombre sin problemas, que yo ya tengo los míos, y él va y me seduce, y luego me suelta la bomba de esta noche. Nada menos que un trío, y con una mujer a la que ni siquiera veo ni sé nada de ella, esa Luna... ¿Cómo voy a competir así? Lo que daría por estar

presente en esa sesión de regresión hipnótica a la que le va a someter el psicoanalista, y así poder enterarme de algo.

Me rodea la espalda con sus brazos, acerca sus labios a los míos y los besa dulcemente. ¡Qué canalla! Yo pensando en la mujer de sus sueños, y él... ¡a lo suyo, como si no pasara nada!

He de reconocer que la culpa ha sido mía. Yo me he acercado, me he insinuado..., pues toma, ahí tienes su respuesta, no podía ser otra. Y lo peor es que me siento volar; este hombre tiene una forma de besar..., parece que simplemente te acaricia los labios con los suyos, que no va a llegar más lejos, algo muy inocente..., pues nada de eso, ya me siento húmeda. Ahora soy yo la que le besa con fervor, la que le mete la lengua y busca la suya...

Me separo un poco para poder respirar, algo que hago entrecortadamente, lo mismo que él. Nos miramos, pero veo en sus ojos que está pausa apenas va a durar un segundo. Efectivamente, me coge de las caderas, me eleva un poco como si fuera una pluma y hace que me siente directamente sobre... Pero... ¿cuándo se ha quitado la toalla? Miro hacia abajo, aún la tiene, lo que ocurre es que... no sabía que era tan enorme; anoche..., todo sucedió tan deprisa...

No me deja pensar, me besa con vehemencia mientras siento entre mis muslos, justo en ese lugar que él pretendía, la dureza de su miembro. Ahora ya no estoy húmeda, sino completamente empapada. Intento zafarme de sus brazos, separarme de él, y lo consigo, porque él me suelta y deja caer sus manos sobre el sofá. Simplemente me mira fijamente, y yo no puedo sostener esa mirada, desvío los ojos. No sé qué es peor, si sus besos, sus caricias, o esa forma de mirarme que hace que mi cuerpo tiemble y mi libido salte por los aires.

Vale, de acuerdo, rendición incondicional, lo deseo, no puedo evitarlo, quiero que me haga el amor.

¿Qué coño amor?, lo que quiero es que me folle como lo hizo anoche, ¡y lo quiero ya!

Parece leerme el pensamiento. Con esa habilidad que solo ellos tienen me eleva un poco con una mano, mete la otra por debajo de mi culo y desliza, sin romperla, esa zona de la braguita que cubre mi parte más íntima. Luego siento como algo enorme se va abriendo camino en mi interior mientras él

suavemente me va dejando caer hacia abajo. No creo que le haya costado más de cinco segundos hacer todo esto, es increíble.

¡Qué placer! Ya no voy a pensar más, me olvido de todo, hasta de la dichosa Luna, a esa ya la cogeré por mi cuenta cuando llegue el momento, pero ahora quiero disfrutar como solo este hombre sabe conseguirlo. ¡Sigue Sergio, lo haces maravillosamente bien!

\* \* \*

No sé si lo habrá hecho de forma deliberada, o simplemente se ha guiado por el deseo y el instinto. Poco importa, pero se lo agradezco. Ahora me siento en la gloria. Tenía como un agujero en el estómago por todo lo que él me había contado, y un nudo en la garganta por lo que yo tenía que contarle a él. Ahora me siento bien, mucho más capaz de hacer frente a esta situación.

Le miro y me gusta lo que veo, y eso que tiene los ojos algo adormilados.

—¿Tienes sueño? ¿Quieres que nos vayamos a la cama y desayunamos luego más tarde? —le pregunto a este chico que me está empezando a volver loca.

—Tenías algo que contarme, creo recordar. ¿Te has arrepentido? —me dice dulcemente.

—No, claro que no, es algo que debo hacer.

—Pues yo creo que ahora es el mejor momento, aunque efectivamente tienes razón, me hubiera quedado dormido así, sentado en el sofá y contigo encima. Resultaba tan placentero...

No respondo, simplemente le miro, intensamente, en silencio, evitando decir una sola palabra, como si me hubiera cosido los labios, son tantas las cosas que le diría...

Me levanto despacio. Poco a poco va saliendo de mi interior. Parece increíble, aún está muy grande... Él solo me observa, creo que complacido, no le miro directamente. Ahora ya salió todo, no puedo evitar tener un pudor que él, al parecer, no siente. Aun así lo cubro con la toalla, supongo que esa parte de su cuerpo también querrá tener su intimidad, o quizá no, ¿quién sabe?

La braguita vuelve ella sola a su sitio. Mejor así, no me apetecía ahora,

delante de él, hacerlo yo. Me incorporo definitivamente y me voy a la cocina. Él también se levanta y me sigue.

—Si te parece voy preparando las tostadas, o ¿te apetece mejor beicon, salchichas, huevo frito o revuelto...?

—Nooo —respondo con rotundidad. No me van esa clase de desayunos—. Pero si quieres tú...

Ahora me doy cuenta de que no tengo ninguna de las cosas que ha dicho; bueno, huevos creo que sí, algo es algo.

—Lo he propuesto porque no sé tus gustos, yo prefiero tostadas con mantequilla y mermelada. También suelo tomarlas con tomate rayado y aceite, pero eso quizá más tarde.

—Pues coincidimos, ahí tienes la tostadora, yo voy poniendo el café.

—Voy primero a visitar el baño, ahora vuelvo.

Se va directo a mi habitación, ya conoce el baño privado que tengo dentro de ella. Ahora me doy cuenta de que yo también necesito ir, y empieza a ser urgente. Me voy al aseo de visitas que tengo en el pasillo. Este piso solo tiene dos habitaciones, pero dispone de un baño y de un aseo. Eso está genial cuando hay más de una persona en el piso.

Regreso a la cocina y él todavía no ha llegado. Que yo sepa ellos lo tienen más fácil que nosotras, y tampoco se entretienen en el espejo. Yo he empleado bastante tiempo en él porque me veía horrible, y encima no tenía mis útiles de arreglo en el aseo, así que me he peinado como he podido, me he lavado la cara..., me he pellizcado con fuerza las mejillas a ver si conseguía que se fuera esta enorme palidez que veía en mi rostro... ¿Qué estará haciendo él?

Por fin aparece, y guapísimo, además. Se ha puesto los pantalones, la camisa, se ha mojado y peinado el pelo..., ahora me explico su tardanza. Intento que no se note la mirada de complacencia que debo poner al verlo, pero no creo que haya podido evitarlo. Al menos él parece no darse cuenta, y se pone a preparar las tostadas como si nada.

Parece desenvolverse bien, por lo general cuando ellos entran en la cocina se comportan como patos mareados, o peor aún, el tópico del elefante en una

cacharrería, lo ponen todo perdido, pero Sergio es muy cuidadoso en lo que hace, y aparenta tener soltura en estas lides.

Mientras espero a que salga el café, busco en un mueble del salón —y encuentro, cosa rara— un mantelito floreado monísimo que compré en mi viaje a Escocia. Lo pongo sobre la mesa del comedor, estaremos más cómodos ahí sentados que en los sofás. Él me mira y levanta el pulgar en señal de aprobación. Me gusta que esté pendiente de mí.

Bien, creo que está todo puesto en la mesa: tazas, café, leche, zumo de naranja, azúcar, tostadas, mantequilla, mermelada, miel, unas galletas campurrianas que tenía por ahí... Él espera pacientemente de pie a que yo termine con mi revisión. ¿Seguirá siendo tan educado después de unos años, o para entonces ya estará sentado rascándose la barriga —por no decir otra cosa—, y metiéndome prisa porque se le enfría el café?

—¿Okey? —me pregunta con una sonrisa irónica. Seguro que piensa que soy exigente y detallista. Y es posible que tenga razón, a veces le doy demasiada importancia a cualquier cosa.

—Venga, vamos a sentarnos —respondo simplemente.

He puesto las tazas en un ángulo de la mesa, no quiero que estemos enfrentados cuando tenga que contarle...

Se nota que teníamos hambre. Hay que ver el apetito que da hacer... eso. Apenas hablamos, solo untamos las tostadas y comemos, con voracidad. En un santiamén hemos terminado. Hago ademán de empezar a recoger, pero él niega con la cabeza. Me parece bien, en algo tendré que hacerle caso, digo yo, y ahora no le apetece que recojamos. Seguro, aunque lo ha disimulado muy bien hasta ahora, que la curiosidad le puede; estará deseando que de una vez por todas le exponga lo que tengo que decirle. Paciencia no le falta, eso ya lo sabía. En fin, es la hora.

—Bien Sergio, apenas sabes nada de mí, y hay algunas cosas que deberías conocer. —No dice nada, solo asiente con los ojos.

»Sí que te conté que he tenido pareja, y que nuestra relación fracasó. De eso hace casi dos años.

—Lo recuerdo.

—Él era..., bueno, es, policía nacional. Yo nunca tuve claro iniciar una convivencia con él, pero después de tres años, y ante su insistencia, parecía inevitable. O consentía, o dejaba la relación, no había más opciones. De todas formas, hay cosas que no se pueden saber hasta que no se intentan.

Él vuelve a asentir con un leve gesto de su rostro. Parece no querer distraerme lo más mínimo, y está absolutamente concentrado en lo que estoy diciendo, y muy serio además, como si intuyera que va a escuchar algo que no le va a gustar. Continúo con mi exposición después de una leve pausa.

—La experiencia fue un desastre. Yo sabía que él no era un hombre tierno y dulce, y pensaba que eso se debía a su profesión. Es difícil no endurecerse cuando se tiene un trabajo como el suyo, pero lo que no imaginé es que se iba a convertir en un hombre dominante y machista. Las discusiones eran muy frecuentes, la mayoría por mi participación en ese grupo de teatro que te comenté. Cada vez que teníamos un ensayo nocturno ponía el grito en el cielo, pero por otra parte se negaba a acompañarme. Pretendía dirigirme y dominarme, en definitiva, que dejara de tener mi propio yo...

—Entiendo —comenta Sergio con aire comprensivo como dándose cuenta de lo difícil que me va resultando contarle todo esto. Voy a abreviar, quiero acabar cuanto antes con este suplicio.

—En resumen, apenas dos años después de iniciar la convivencia tomo la decisión de dejarlo. Reúno el valor suficiente y se lo digo una noche. —Suspiro, me cuesta respirar, me ocurre cada vez que lo recuerdo—. Discusiones, gritos..., ya te puedes imaginar. Él se niega a aceptarlo, y me amenaza. Trae su pistola y me apunta con ella. Dice que si me voy me disparará... —Sergio me mira sorprendido, pero no dice nada, solo espera a que continúe, no quiere interrumpirme, pero yo tengo la boca completamente seca.

Me relleno la copa con zumo de naranja; bebo un largo trago y luego suspiro. Ya queda poco que contarle, quiero terminar de una vez con esto.

—No había previsto que él pudiera tener esa reacción. Estaba muerta de miedo, pero enseguida imaginé lo que sería mi vida junto a él si cedía a su pretensión. Encarcelada y sometida para siempre, y eso me parecía una opción mucho peor. Las piernas apenas me sostenían, y pese al terror que sentía, di

media vuelta para marcharme con el escaso equipaje que llevaba. Me agarró con violencia por el brazo e hizo que me volviera. Se puso el cañón de su pistola en la sien y me dijo: «*Quizá no sea capaz de dispararte ahora, pero voy a matarme delante de ti. Esta imagen te perseguirá toda la vida*».

Me rompo, no puedo más. Las lágrimas brotan de mis ojos. No quería que ocurriera esto. Ahora mismo estoy temblando. Sergio se levanta, me coge de los brazos y me lleva al sofá. Nos sentamos en él. Del bolsillo de su pantalón saca un pañuelo y me va secando las lágrimas de mi rostro mientras me rodea con su otro brazo. Poco a poco me voy sintiendo mejor.

—Perdona Sergio, no quería que esto se alargara tanto... —me disculpo por mi falta de entereza.

—Es traumático pasar por algo así —responde. En ese momento recuerdo su historia. ¡Eso sí que es traumático!, pienso, nada comparable con lo que le estoy contando yo. Me siento débil y egoísta.

—Pero no hacía falta que me contaras ahora algo así —me dice. Observo que, efectivamente, no acaba de entender por qué resulta necesario que él lo sepa.

—No he terminado.

—Ya lo sé, te has quedado en lo mejor. Perdona..., no quería decir eso.

—Ya, no te preocupes. —Respiro hondo y continuo—. En ese mismo instante llamaron con insistencia a la puerta: era la policía.

—Imagino que la avisarían los vecinos; si oyeron gritos...

—Eso pensé yo, pero no. Fue una coincidencia. La unidad de asuntos internos le estaba investigando desde hacía tiempo, y en ese momento estaban ejecutando su orden de detención. Fue juzgado y condenado a tres años de prisión. Fui a verlo a la cárcel una única vez, para comunicarle mi decisión de abandonarlo, y darle la llave del lugar donde había depositado todas sus cosas, ya que rescindí el contrato de alquiler del piso donde vivíamos. Empaqueté todo lo suyo e hice que lo trasladaran a un guardamuebles.

—Entonces luego te viniste a vivir aquí —afirma más que pregunta.

—Sí. No podía seguir en aquel apartamento. Me recordaría constantemente

todo lo ocurrido.

—Sabia decisión.

—El caso es que... De aquello hace ya casi dos años. Él se negó a aceptarlo, de hecho me tiró la llave del trastero del guardamuebles a la cara, no la cogió. Me dijo que me buscaría cuando saliera para que le devolviera sus cosas... En fin, no creo que tarde mucho en que eso suceda. ¿Comprendes ahora por qué te afecta?

—Ahora sí que lo entiendo —me dice tajante. Y se queda pensativo.

Le observo, no dice nada, es normal que esté así, no es para menos. Seguro que no imaginaba algo semejante. Ahora soy yo la que no puede evitar sentir curiosidad, pero es mejor que no le pregunte, debo darle tiempo a que procese todo esto.

—¿En qué piensas? —¡mierda!, no he podido evitarlo.

—Lógicamente... en todo lo que me has contado. Estaba evaluando diferentes posibilidades.

—Posibilidades... ¿de qué?

—Alternativas, mejor dicho, para hacer frente juntos a esta situación.

¿Ha dicho juntos? Me encanta, en lugar de salir corriendo está pensando en involucrarse de alguna forma.

—Tú no tienes porqué cargar con esto, es algo que debo resolver yo sola —le digo con aspereza—. Vamos a ver Sergio, si te lo he contado es porque pienso que primero debo solucionar este asunto hasta que quede absolutamente zanjado, y luego ya plantearme qué clase de relación quiero tener contigo. Esa es la razón de que tuviera serias dudas en aceptar tu propuesta de cita. —Le digo en un tono que no se merece en absoluto. Respira hondo, es evidente que no le ha gustado lo que le estoy diciendo, y menos aún las formas. Parece que quiere revestirse de paciencia para decirme algo.

—Me da la sensación —responde finalmente— de que, según tú, quizá deberíamos esperar a que tu ex saliera de la cárcel y tú le convencieras de que se olvidara de ti, antes de continuar con nuestra relación. ¿Es eso lo que quieres decirme? ¿Y lo haces ahora, después de que hayamos hecho el amor?

Qué mal suena todo esto. Me doy cuenta de su punto de vista. Me siento enfadada conmigo misma, más que eso, enrabiada. Conozco a un chico maravilloso..., y la cago.

—Quizá sea mejor que no volvamos a salir hasta que resuelva «mi problema» —exclamo con vehemencia.

Vuelve a respirar hondo. Estoy segura de que siente la enorme tentación de darme una bofetada. De un hombre, por muy educado que parezca, siempre te puedes esperar algo así.

—Mira Alba..., no sé lo que ha sido para ti la vez anterior que salimos juntos, y sobre todo, esta noche. Pero sí sé lo que ha significado para mí. — Nunca le había visto tan serio—. No voy a dejarte sola en esta situación, ¿entiendes? No me puedes pedir algo así. Precisamente estaba pensando en que te vinieras a vivir temporalmente, he dicho temporalmente. Repito, temporalmente, —este chico parece conocerme más de lo que pienso— a mi apartamento, aunque el tuyo es más acogedor. Lo importante, sea en tu casa o en la mía, es que no estés sola, ¿entiendes?

Entiendo, claro que entiendo, y no sabe lo tentador que me resulta. Se me antoja maravilloso dormir con él, y sentarnos juntos en este sofá..., bueno, yo sentada encima de él, me ha encantado la experiencia. Este sofá ya nunca volverá a ser el mismo después de hoy...

—Pero... ¿no comprendes que eso puede ser contraproducente? ¿Que aún le puede irritar mucho más? Y lo que es peor, que puede tener represalias contigo. Si estuvo a punto de matarme a mí, ¿qué no será capaz de hacerte a ti? Sería como una provocación —le digo bramando, porque en este momento pienso en que Héctor le pudiera hacer daño, o algo peor aún.

—En primer lugar —ahora es él quien eleva el tono de voz, creo que también tiene su genio y lo está sacando en este instante—, tú misma no cediste a su chantaje y decidiste abandonarlo aquella noche, pese a que te amenazaba con una pistola. Yo tengo exactamente el mismo derecho que tú a hacer lo mismo. —Respira hondo, se toma su tiempo, y me dice a continuación —: No acepto que el miedo a lo que ese hombre pueda hacerme, me separe de ti.

¡Toma ya, con un par de...! Y además me lo ha razonado para que no pueda

replicarle.

—Y en segundo lugar... si aún te ve sola pensará que tiene más posibilidades de regresar contigo. Si por el contrario observa que ya tienes una relación consolidada, como significa convivir, quizá lo desaliente y no llegue a molestarte.

—Él no se rendiría por ese motivo. Tú no le conoces, yo sí —le digo ahora en un tono más conciliador.

—De acuerdo, yo tampoco creo que se rindiese, pero algo sí sabría de antemano, y es que yo no consentiría que te molestase, sabe que tendría que enfrentarse a mí también. No es lo mismo, Alba.

Tiene razón, no es lo mismo, lo sé, lo entiendo, pero no puedo involucrarlo de esa forma.

—No creo que sea necesario que resolvamos esto ahora. Lo importante es que fueras conocedor de mis circunstancias, eso era todo lo que pretendía. Todo lo demás podemos hablarlo con tiempo, y ahora no me apetece seguir hablando de este asunto.

—Apoyo la moción, —me dice sonriendo—. Cuánto necesitaba volver a verle sonreír.

Sigo abrazada a él, sentados en el sofá. Me coge la barbilla y me la levanta para mirarme a los ojos. Yo veo en los suyos..., no sé, pero me gusta mucho la sensación que me transmiten. Me besa en la frente, dulcemente, mientras me acaricia la mejilla. Me acurruco en su regazo, me invade una gran serenidad, y sueño, ahora tengo mucho sueño, creo que voy a dormirme así.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXI

—¿¡Pero tú estás loca!?! ¿Cómo vas a negarte a eso? A mí me parece una excelente idea.

—Que no Bea, que no puedo permitirlo. ¿Te imaginas si le pasa algo por mi culpa? Héctor está loco, lo sé, podría hacerle cualquier barbaridad.

Bea respira hondo, hace una pequeña pausa mientras observa a su amiga. Su rostro evidencia que no está en absoluto de acuerdo con su decisión.

—Lo he pensado, Bea, lo he meditado y mucho. Lo tengo muy claro.

—¿Y ya se lo has dicho a él?

—Sí. Ayer.

—Ayer fue martes, apenas han pasado tres días desde el sábado, tampoco es que te lo hayas pensado mucho, digo yo.

—Es que hay muy poco que pensar. Su propuesta resultaba muy tentadora, no lo niego, pero lo pondría en el punto de mira de la ira de Héctor. Estoy segura de que sería capaz de hacerle cualquier cosa. Eso por un lado...

—¿¡Y tú no entiendes que él quiere protegerte y que esa es la mejor forma de hacerlo!?! —gritó Bea, que al contrario que Alba, veía que no tomaba la decisión correcta—. ¿Y qué has querido decir con lo de un lado...?

—Pues que ese es uno de los motivos, el principal, por supuesto, pero también hay otro.

—¿Cuál? —preguntó Bea intrigada.

—¿Cuál va a ser, Bea? Hemos tenido solo dos citas, en la segunda me lo llevo a mi casa y hacemos el amor, y ahora... Cómo voy a meterlo ya a vivir en mi apartamento si apenas nos conocemos. Parecería que lo hago solo por interés, porque me conviene en mi actual situación. ¿Y luego, qué?

—Él te ofreció el suyo...

—Prefiero continuar viviendo en el mío. Además, él mismo me dijo que el suyo no estaba tan bien, que el mío es mucho más acogedor.

—Seguro que sí, pero del suyo te podrás ir siempre que quieras. En cambio, si te lo traes a tu casa y luego la cosa no funciona, tendrías que echarlo. Por eso sería mejor el suyo.

—Lo mejor es que cada uno se quede en su casita hasta que mi tema con Héctor se solucione, y luego..., pues ya veremos si lo nuestro avanza como es debido o no.

—¿No pensarás en suspender la relación hasta entonces?

—Me lo estoy planteando, aunque él se niega en redondo.

—No es para menos. ¿Cómo actuarías tú si estuvieras en su lugar?

—Pues...

No, en ningún momento Alba se había puesto en el lugar de Sergio. No se había imaginado cómo actuaría ella si intercambiasen los papeles. Se detuvo un segundo a pensarlo, y, rápidamente, desechó la idea. Se sentiría engañada, incluso podría llegar a sentirse manipulada, como si hasta el hecho de hacer el amor hubiese sido algo premeditado para luego...

—Pues precisamente por eso, porque me puedo poner en su situación, me reafirmo mucho más en mi decisión —afirmó Alba rotundamente.

—¿Qué? No entiendo nada.

—Ay Bea, pues está muy claro. ¿Qué puede llegar a pensar de mí? Que lo he seducido, que he hecho el amor con él para tenerlo mucho más pillado y así, luego, utilizarlo como escudo contra Héctor. ¿Es que no te das cuenta?

Bea guardó silencio. Por primera vez estaba de acuerdo con el argumento de Alba. Visto así, es posible que un hombre llegara a sentirse manipulado, tal y como había evolucionado la relación.

—Sería muy contraproducente para nuestro futuro. Le generaría dudas respecto a mí, y no quiero eso. Lo que ha surgido entre nosotros ha sido totalmente inesperado y fortuito, y muy bonito además —a Alba se le quebró la voz en ese instante y los ojos se le humedecieron. Toda la tensión que llevaba tres días soportando estaba a punto de estallar. Por primera vez Bea se dio cuenta del enorme dilema al que se había estado enfrentando su amiga, y ella en cambio, no había sabido ayudarla como lo necesitaba.

—Tienes razón Alba —dijo conciliadora—, siento mi tono cuando te increpaba. Lo entiendo, ahora lo entiendo, perdóname —añadió mientras la abrazaba. Alba rompió a llorar en ese instante.

\* \* \*

Faltaban tan solo cinco minutos para las siete de la tarde cuando Sergio pulsaba el timbre de la puerta de la consulta del doctor Baumann. Un sonido que le recordó a un moscardón anunció que la puerta se había abierto. La empujó y pasó al interior del hall. Allí, a su derecha, como en la anterior ocasión, vio a la inexpresiva secretaria con gafas. Sin dejar de mirarla, le dijo:

—Soy Sergio Fonseca. Tengo cita con el doctor Baumann.

—Sí. Aguarde en la sala de espera, por favor. El doctor le atenderá enseguida.

En esta ocasión no le indicó donde dirigirse, probablemente ella le recordaba de la semana pasada y daba por supuesto que ya conocía la ubicación de dicha sala.

Sergio abrió la puerta de cristal mateado y penetró en su interior. No había nadie, como en la ocasión anterior. O bien el doctor tenía muy pocos pacientes, o bien seguía escrupulosamente el tiempo que tenía asignado para cada uno con el fin de que no existieran retrasos. Más bien debía de ser esto último, pensó.

Se sentó en el mismo sillón verde carruaje de la semana pasada, y allí, en la mesita de rincón, también encontró la misma revista de *National Geographic* que estuvo ojeando entonces. Recordaba lo nervioso que estaba en aquella ocasión, y en cambio, lo esperanzado que se sentía ahora.

Poco después escuchó los pasos de la secretaria acercándose a la habitación.

—Ya puede pasar señor Fonseca, el doctor le está esperando —dijo al abrir la puerta.

—Gracias —respondió Sergio levantándose presto. La siguió hasta llegar a la puerta del despacho del doctor Eloy Baumann, que ella abrió dejándole

pasar, cerrándola tras él.

—¡Hola Sergio! ¿Cómo te encuentras? —Le saludó efusivamente Eloy.

—La verdad es que muy bien —respondió mientras le estrechaba la mano.

—¿Es que no has tenido pesadillas?

—Sí, las sigo teniendo...

—¿Entonces?

—Como ya te comenté... he comenzado a salir con una compañera del instituto..., y bueno, de momento, va todo muy bien.

—Me alegro mucho Sergio, eso es algo muy positivo para tu recuperación.

A Sergio le molestaba que el doctor lo viera tan solo desde el punto de vista terapéutico, pero era algo que entendía.

—Como ya te anticipé, hoy vamos a hacer una sesión de regresión hipnótica, pero antes de empezar cuéntame todas las novedades de interés que hayas tenido desde la semana pasada.

Sergio le fue contando todos los pormenores de su cita con Alba, sin entrar en excesivos detalles, pero sí le dijo que hicieron el amor, que se quedó a dormir con ella, la pesadilla que sufrió de madrugada, y, finalmente, la confesión de “su problema” a Alba.

—¿Le hablaste de la mujer de tus sueños? ¿La mencionaste incluso por el nombre que le has dado? —le preguntó Eloy que había escuchado en silencio toda su alocución hasta llegar a este punto.

—Sí, lo veía no solo necesario, sino imprescindible.

—¿Por qué?

—Porque va a condicionar nuestra relación. Ella tiene derecho a conocer mis circunstancias cuando estas le pueden afectar de una forma tan directa —explicó con plena convicción.

—Alabo tu honestidad, Sergio, pero no deberías haberle comentado aún lo de Luna. No te digo que se lo ocultes, solo que debías haber retrasado esa información hasta que hayamos averiguado algo más.

—No entiendo que hay de mal en lo que he hecho.

—Es una pena que no me lo hubieses consultado antes de decírselo — replicó Eloy haciendo caso omiso al comentario de Sergio.

—No sabía que iba a hacerlo. Todo se precipitó. Si no hubiese tenido la pesadilla, si no hubiese pronunciado su nombre durante ella...

—¿Lo pronunciaste? ¿Pero no me has dicho que esta vez el sueño se limitó solo al accidente?

—Eso es lo que yo recordaba, pero al parecer lo dije en voz alta. Ella me comentó que llamaba a una tal Luna durante la pesadilla. Creyó que se trataba de mi mujer. Por eso al final tuve que contárselo todo, porque me preguntó quién era Luna. No podía ocultárselo.

—Entiendo —respondió Eloy acompañando su afirmación con un gesto de su rostro.

—¿Y por qué es contraproducente que se lo haya mencionado?

—No puedo explicártelo con detalle, te resultaría demasiado técnico, incomprensible. Por analogía sería algo así como contaminar una prueba policial, o el lugar donde ha ocurrido un hecho a investigar. Ahora, esa mujer ha adquirido carta de naturaleza en tu vida cotidiana, en tu relación con alguien ajeno a ti, y eso va a superponerse a su propia naturaleza onírica. Tengo que darme prisa en averiguar todo lo que pueda sobre el origen de ese sueño. Vamos a comenzar ya, Sergio. Échate en el diván y ponte cómodo.

Sergio obedeció y se tumbó. El doctor se ocupaba, mientras le hablaba, de preparar un ambiente absolutamente relajante para la sesión: Apenas dejó la tenue luz de una lamparita junto al sillón donde solía sentarse al lado del diván, una suave melodía consistente en sonidos del bosque como el chapoteo del agua de un riachuelo, el piar de los pájaros, las ramas moviéndose al compás del viento..., formaba la música de fondo. Le dijo que cerrara los ojos y que se concentrara en ciertas partes de su cuerpo. De esta forma llegó a percibir el enorme peso que podían tener miembros como los brazos y las manos, simplemente sintiendo la presión inversa que el sofá ejercía sobre ellos. Poco después se quedó dormido.

Al despertar no conseguía recordar nada de lo sucedido, solo esta última

fase, la de relajación total. Había perdido por completo la noción del tiempo y no sabía si llevaba allí varias horas o tan solo unos minutos. Se sentía muy cansado. De nuevo le invadía esa sensación de tener los músculos como si fueran de gelatina; le costó muchísimo incorporarse del sofá y poder quedarse sentado en él. Incluso estaba sudoroso.

—Tranquilo Sergio, es normal que te sientas ahora muy cansado y aturdido. Has estado en trance y has revivido una de tus pesadillas —le comentó Eloy con esa voz tan dulce y a la vez profunda que poseía—. Aquí tienes un vaso de agua.

Sergio bebió con avidez. Parecía haberle adivinado el pensamiento, sentía una sed enorme.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido? No recuerdo nada de lo sucedido.

—¿En estado hipnótico?, unos veinte minutos.

—¿Y bien? —preguntó Sergio al que le consumía la impaciencia por saber qué información había podido obtener el doctor mediante este tratamiento.

—Un segundo, Sergio. —Eloy siguió haciendo anotaciones en su libreta. Poco después la cerró y le miró fijamente. Parecía estar meditando lo que tenía que decirle. Sergio esperaba expectante. Pocos segundos después, el doctor inició su discurso:

—Creo tener ya un diagnóstico, aunque tengo que decirte que en estas cosas nunca hay una certeza absoluta. Lo que me ha revelado esta sesión de regresión hipnótica ha sido absolutamente sorprendente, pero siempre hay un amplio margen de error en la interpretación de los resultados. —Hizo una pequeña pausa que Sergio no se atrevió a interrumpir, y prosiguió—. Quiero que esto lo tengas claro, ahora mismo es la opción en la que más confío, la que tiene mayores posibilidades de verosimilitud, por sorprendente que te pueda parecer a ti, e incluso a mí, y habría que seguir verificándola para obtener una mayor certeza.

—Lo he entendido —se apresuró a decir Sergio, que ya no aguantaba más tiempo sin saber a qué se refería el doctor Baumann.

—Pues bien, esas pesadillas, esa mujer que aparece en ellas... Se trata de sueños premonitorios.

—¿Qué?!

Sergio no era consciente del tono y del volumen de voz que había empleado en su monosílabo, pero con toda seguridad que la inexpresiva secretaria con gafas que estaría fuera atrincherada tras su mesa de trabajo, le había escuchado. Era tal su sorpresa..., pero ahora empezaba a atar cabos.

—Ahora me explico muchas cosas... —balbuceó—. ¿Pero cómo has podido llegar a esta conclusión? ¿Estás seguro de ello?

—Ya te he dicho que, y menos a estas alturas, no hay seguridad plena, solo indicios que deben confirmarse con análisis posteriores —respondió Eloy—. En cuanto a tu primera pregunta, en la hipnosis lo que hacemos es inducir al paciente a un estado tal de relajación que inhibimos casi por completo su parte consciente, para poder tratar así la parte inconsciente de su mente, que es donde tienen lugar los sueños. Te llevo a recordar los sucesos que tienen lugar en él, a evocarlos e indagar sobre ellos, y así he podido observar respecto a esa mujer que aparece en tu sueño, que no cumple las pautas de un recuerdo instaurado en el subconsciente, por lo que, lo más probable, es que se trate de una visión de futuro, en definitiva, una premonición.

—Eso explicaría que yo perciba esa sensación de peligro que la rodea, y que por ello mismo quiera, necesite más bien, encontrarla para poder salvarla.

—Lo explica, desde luego —responde Eloy—, pero ahí entra también tu trauma emocional. Es muy posible que ambos supuestos sean ciertos, es decir, tienes la visión de una mujer, una visión distorsionada porque no he podido obtener ningún dato identificativo sobre su físico, pero por otra parte..., sigue presente también tu sensación de culpabilidad por no haber podido evitar el accidente de tu mujer y tu hijo. De alguna manera podías estar usando, de forma inconsciente, esa visión como posibilidad de redención. Quiero decir que es muy posible que realmente a esa mujer no le aceche ningún peligro.

Sergio se quedó meditando sobre las palabras del doctor. De alguna forma se congratulaba del resultado de la sesión, ya que ponía de manifiesto que no estaba loco, que esa mujer no era solo una invención de su mente enferma, sino una realidad, pero, por otra parte, le invadía una gran desazón, pues no acertaba a vaticinar cómo averiguar quién podía ser esa mujer, quien era realmente Luna.

—Entonces... ¿no he desvelado ningún dato sobre su físico?

—No. Tan solo he podido saber que existe un pañuelo, pero sin más detalles. No sé el color, ni dónde lo lleva puesto, quizá sea un fular anudado al cuello, y no un pañuelo realmente, no he podido saberlo.

—¿Y cómo puedo encontrarla así? ¿No has podido averiguar nada más? ¿Y si me sometiera a más sesiones?

—Sergio, en una visión uno ve lo que ve, y ya está, no se trata de bucear en tus recuerdos y rescatar imágenes perdidas en ellos o archivadas en lugares lejanos de tu memoria. Ese es el sentido de la «regresión», pero no es el caso. Tu imagen, la de esa mujer, es reciente, y lo que percibes de ella es lo que esa capacidad extrasensorial te permite. No creo que con más sesiones pudiera averiguar algo más, salvo que tú tengas nuevas premoniciones diferentes a las anteriores.

—Has hablado de capacidad extrasensorial. A mí nunca me había pasado algo así. ¿Cómo es que ahora la tengo?

—Todos los seres humanos disponemos de una serie de capacidades que no llegamos a utilizar. Conforme vayamos avanzando en el conocimiento de nosotros mismos, es muy posible que descubramos cómo hacer uso de ellas. Hoy por hoy, percepciones extrasensoriales como la clarividencia, la precognición, la telepatía, o la retrocognición, no son avaladas por la comunidad científica, pero tampoco existen pruebas que puedan negarlas, simplemente se desconocen los mecanismos para ponerlas de manifiesto.

»Como ya te he dicho, no hay estudios científicos que lo puedan demostrar, pero respondiendo a tu pregunta te diré que, a veces, un fuerte trauma emocional, como ha sido tu caso, puede motivar la aparición o más bien el aumento, de las percepciones extrasensoriales que de alguna manera todos tenemos. Los presentimientos, por ejemplo, es algo bastante habitual. En tu caso, es un presentimiento acompañado de una imagen difusa que se repite constantemente.

—¿Y qué hago ahora?

—¿Te has planteado que podrías dejar el tema como está?

—No creo que pueda.

—Quizá no haya ningún motivo para buscarla. Es muy posible que no exista ese peligro como tal, al menos como tú lo consideras, que por asociación de ideas estimas que se trata probablemente de un accidente mortal. No hay ninguna certeza de eso, Sergio, más bien lo contrario.

—Lo que tengo claro es que para alcanzar la paz interior necesito resolver esto, no puedo dejarlo de lado. Tú mismo dices que se trata de una premonición...

—Probablemente —le interrumpió Eloy.

—Probablemente —repitió Sergio—, pero sí que estás casi seguro de que no es un recuerdo pasado.

—Así es.

—Imagínate que tengo más premoniciones de esa mujer, y suponte que veo, o tengo una imagen, de su muerte, una muerte que quizá yo podía haber evitado. Eso me atormentaría toda la vida, ¿no lo comprendes? No puedo dejarlo sin más. Necesito hacer todo lo posible por encontrarla...

—Entiendo tu postura —dijo Eloy con sinceridad.

—Pero no tengo ni idea de cómo hacerlo, por dónde empezar a buscar. Tienes que ayudarme en esto Eloy, debe haber alguna forma, algo que pueda hacer...

Eloy guardó silencio, solo miraba a Sergio, pero su mente estaba en otro lugar.

—Sabes la manera. ¡Sé que tienes alguna idea! —dímela, por favor —pidió con desesperación.

—Voy a pensar que tus percepciones extrasensoriales van aumentando progresivamente, en este caso, la telepatía.

—Estás pensando en alguna posibilidad. ¿A qué sí? —preguntó haciendo caso omiso del comentario.

—Efectivamente, no te equivocas, hay técnicas experimentales fuera de los circuitos tradicionales de los ensayos clínicos, con resultados que todavía no están probados, y por supuesto, sometidas a un riguroso secretismo.

—¿Y crees que alguna de ellas podría aplicarse en mi caso?

—Es posible, pero no existe ninguna garantía de éxito, y, además, ignoro si podrían aceptarte o no en ese programa experimental.

—Pero lo podemos intentar, ¿no?

—Podemos intentarlo.

—¿Y en qué consisten esas técnicas?

—Ya te lo comentaré si te aceptan. ¿Estás dispuesto a viajar al extranjero?

—A donde haga falta —afirmo Sergio con rotundidad.

—Sería en un lugar de Europa.

—Eso está ahí al lado, pensaba más bien en Estados Unidos o algo así. No hay inconveniente por mi parte. ¿Sería mucho tiempo?

—Unos días, quizá una semana, es imposible saberlo, depende de tu respuesta al tratamiento.

—No hay problema, pediré unos días de asuntos propios, y si no es suficiente..., imagino que podrás firmarme una baja, ¿no? —Sergio hablaba atropelladamente, como si le hubieran metido un chute de adrenalina. Se le habría una puerta a la esperanza, y estaba dispuesto a todo para traspasarla.

—Sí, claro, no hay ningún problema en eso.

—¿Y en qué consiste ese tratamiento?

—De momento no puedo decirte nada, Sergio, hasta saber si te incluyen en el programa o no. Déjame primero que haga la consulta.

—Antes dime cuánto me puede costar. Ya sabes, soy profesor en un instituto de secundaria, no me sobra el dinero.

—Es gratuito en lo que se refiere a la estancia y el coste del tratamiento. Permanecerías todo el tiempo en las instalaciones, no podrías salir del recinto. Solo tendrías que costear el desplazamiento hasta allí.

Sergio hizo un gesto de total incredulidad, pero luego enseguida pensó que nunca dan algo gratis por nada. ¿Qué podría esconderse detrás de una actitud tan generosa?, porque desde luego no confiaba en que se tratara de una ONG.

—¿Cuándo podrás decirme algo? —preguntó sin poder disimular su inquietud.

—Depende de lo que tarde en localizar y hablar con un colega que tengo allí. Él, a su vez, tendrá que exponer tu caso en una comisión, y ahí tomarán la decisión de aceptar su estudio o no. Creo que en unos pocos días tendré la respuesta. En cuanto sepa algo, te llamo.

—Bien, entonces solo queda esperar.

—Así es. De todas formas, hoy hemos hecho un avance muy importante. Piensa en ello estos días.

—Por supuesto. Esperaré impaciente tu llamada, y pensaré en todo esto.

Sergio se despidió dando un fuerte apretón de manos a Eloy, el doctor que había conseguido iluminar con la luz de la esperanza, su mente atormentada.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXII

—Es sorprendente, ¿no crees?

—Y muy inquietante también. Quién se podía imaginar, viéndolo en la sala de profesores, que ocultaba algo así. Si te soy sincera, Alba, yo no sabría qué hacer si estuviera en tu lugar.

—Bea... ha depositado toda su confianza en mí, y ha tenido el valor de contármelo. No es fácil decirle a una persona con la que has iniciado una relación sentimental, que tienes premoniciones relativas a otra mujer, y él lo ha hecho.

—No tiene a quien recurrir, y se agarra a ti como a un clavo ardiendo.

—No me ha necesitado hasta ahora, ¿no? Lo estaba resolviendo él solito, pero piensa que yo debo ser conocedora de lo que le está sucediendo, y ser partícipe de su solución. A mí esa postura me reconforta mucho, me da confianza y me pone en valor.

—En fin, lo cierto es que nadie parece lo que realmente es.

—¡Caray, Bea!, ni que fuera un maniaco o algo así. No sé qué te pasa ahora con él, antes te caía muy bien.

—No, si el chico parece muy majo, y ahora está realmente simpático..., pero es que estas cosas me dan mucho “yuyu”, lo siento.

—Simplemente tiene una percepción extrasensorial, eso es todo. Por lo demás, está muy cuerdo, y funciona... a la perfección.

—Vaya, vaya, antes no te gustaba hacer bromas con esas cosas.

—Igual me estoy volviendo una descarada... como tú —exclamó Alba riéndose.

—Todo lo malo se pega —rió Bea a su vez—, aunque espero que eso de la «percepción extrasensorial» no te lo pegue Sergio a ti, salvo si es para adivinar el número premiado de la bono loto, entonces sí.

Las dos se echaron a reír. Luis, el marido de Bea, que en ese momento

entraba en el salón, se acercó a ellas:

—Venga, contármelo, que a mí también me apetece reírme.

—Es un secreto de mujeres —contestó Bea.

—Un secreto muy divertido, por lo que veo. Seguro que estáis pelando a alguien —añadió mientras desaparecía por la puerta de la cocina.

—Luego me freirá a preguntas, ya verás —apuntó Bea.

—No le cuentes nada de Sergio, por favor. Ni siquiera yo te lo debía haber dicho a ti.

—Eso ya lo sé, pero es que yo tengo un arte para sacártelo todo...

—Desde luego; serías fantástica como policía de interrogatorios.

—Seguro que sí —afirmó Bea convencida—. Entonces... te llamará en cuanto salga de la consulta, ¿no?

—Eso me ha dicho esta mañana. Le ha citado a las nueve —Alba consultó la hora en el teléfono móvil—, y ya son y media, no creo que tarde. Me alegro de estar ahora charlando contigo, me estoy empezando a poner algo nerviosa.

—¿Entonces no quieres quedarte a cenar con nosotros?

—Gracias Bea, pero ya te lo he dicho; en cuanto salga de la consulta me llamará y vendrá aquí a recogerme. Iremos a tomar algo por ahí mientras me lo cuenta todo.

\* \* \*

Era martes veinticuatro de mayo, apenas habían pasado seis días desde la última visita y, al salir de una de sus clases, Sergio escuchó un mensaje de voz del doctor Baumann citándole a las nueve de esa misma tarde. Por la hora indicada estaba claro que él había conocido la respuesta a su petición en ese mismo instante, y no esperó a encontrar un hueco en su agenda, sino que le proponía verlo cuando terminara todas las citas de esa misma tarde. En el último descanso de la mañana se lo contó a Alba, se encontraba muy nervioso, Eloy no le había anticipado nada por teléfono.

A la hora convenida Sergio llamó a la puerta de la consulta del doctor Bauman. Le sorprendió verle al abrirse la puerta, esperaba a su secretaria.

—Pasa Sergio. Perdona si te he citado tan tarde, pero suponía que estarías ansioso por conocer el resultado de mis gestiones.

—Desde luego —afirmó, mientras le invadía la esperanza viendo el talante y el tono que estaba empleando Eloy. Eso suponía un buen augurio.

Le condujo a su despacho y el doctor esperó a que ambos estuvieran sentados para decirle:

—Puedo anticiparte que han aceptado la petición.

—¡Bien! —exclamó Sergio sin poder ocultar su alegría.

—No te ilusiones en exceso, Sergio, por favor, no hay garantías de que...

—Lo sé —le interrumpió—, solo alguna posibilidad, pero si hubieran dicho que no, entonces no habría ninguna. ¿Cuándo puedo empezar? ¿Dónde es?

—Tranquilo, serénate, voy a contestar una a una a todas tus preguntas. En primer lugar, puedes empezar cuando quieras, en cuanto antes mejor. Sería ideal que el viernes a primera hora ya pudieras estar allí. ¿Crees que podrías arreglarlo en el instituto?

—Por supuesto.

—Muy bien. Respecto a tu segunda pregunta, el lugar es Alemania.

No le sorprendió este dato a Sergio. Quizá por el apellido de Eloy ya suponía que tendría vinculaciones con ese país. Aunque había nacido en España y su título lo había obtenido aquí, muchos de los másteres y cursos de postgrado cuyos diplomas colgaban en las paredes de su despacho, habían sido expedidos por diversas universidades y centros de investigación alemanes.

—Se trata del «*Polytechnisches Institut für Kognitive Neurowissenschaftliche Forschung*» —añadió—. Sí, lo sé, es casi impronunciable. En castellano quiere decir Instituto Politécnico para la Investigación de la Neurociencia Cognitiva.

—Eso ya es más comprensible —bromeó Sergio.

—Está situado en el término municipal de St. Peter, una pequeña población

cerca de Friburgo, en pleno corazón de la Selva Negra.

—En cuanto llegue a casa me pongo a localizar el lugar y ver cómo puedo llegar hasta allí.

—Yo he estado varias veces —afirmó Eloy—. La mejor combinación es coger un vuelo directo a Basilea, son dos horas y cuarto desde Madrid. Hay uno diario que sale a las 16,30 h. Si pudieras cogerlo este mismo jueves, sería ideal. Así pasarías la noche allí y el viernes desde primera hora de la mañana ya podrías pasar los reconocimientos médicos, todo el papeleo de la burocracia, y empezar el tratamiento.

—¿Y ese centro está muy lejos de Basilea?

—No, a poco más de setenta kilómetros.

—Imagino que habrá algún tipo de transporte público, y si no, puedo alquilar un coche en el aeropuerto.

—No te preocupes, irán a recogerte.

—¿Sí? —preguntó sorprendido de tanta amabilidad.

—Sí, y cuando tengas que regresar, te llevarán también.

—¿Cuánto tiempo crees que debo permanecer allí?

—Poco tiempo, al menos en una primera fase quizá sea suficiente hasta el martes. Cuando evalúen los resultados ya se verá si es recomendable realizar más sesiones. Tu caso es muy especial, no hay precedentes de ello, así que no saben si el tratamiento puede dar algún tipo de resultado, por mínimo que sea.

—¿Por qué es tan especial? —preguntó Sergio intrigado.

—Es la primera vez que se enfrentan a una premonición.

—¡Vaya! —exclamó—. Entonces... ¿qué es lo que suelen tratar?

—Se investigan los procesos cognitivos en general, como el aprendizaje, el lenguaje, la conciencia, la atención, la memoria, la emoción, o el ciclo sueño-vigilia, entre otros. Tienen un área de estudio específica para el análisis de los déficits cognitivos, presentes en personas con lesiones y alteraciones cerebrales, ya que encontrar la relación entre el daño neurológico y los trastornos cognitivos y conductuales consiguientes permite inferir las

funciones que dependen de las regiones afectadas.

—¿Y dónde encajo yo en todo eso?

—Cuando estés allí te darán muchas más explicaciones de todos los procedimientos y procesos a los que vas a someterte. Debes tener en cuenta que por tu parte se trata de una colaboración absolutamente voluntaria en un programa neurocientífico experimental. Deberás firmar un montón de autorizaciones, así como cláusulas de confidencialidad.

—No sé, no acabo de entenderlo. ¿Confidencialidad? ¿Por qué?

—Sergio, tú quieres agotar cualquier posibilidad, por remota que sea, para poder encontrar a esa mujer. ¿No es así? —dijo el doctor Eloy Baumann con gesto serio.

—Sí, por supuesto —afirmó tajante.

—Pues vas a formar parte de un programa experimental, y secreto. A veces la burocracia y los protocolos exigidos para determinados análisis clínicos obstaculizan, y, sobre todo, ralentizan, la evolución de las investigaciones. Por otra parte, este es un centro privado, financiado exclusivamente por fundaciones y empresas, que esperan tener resultados a medio plazo para poder rescatar su inversión. Estamos hablando de patentes.

—Entiendo —dijo escuetamente. A Sergio le daba la sensación de que iba a participar como cobaya en algún tipo de experimento no convencional.

—¿Y los riesgos?

—Mínimos, aunque nunca se pueden descartar del todo.

Eloy observó el gesto de escepticismo en el rostro de Sergio, y se dispuso a ampliarle la información:

—Lo primero que te harán será un completo chequeo médico para ver tu estado de salud. Además de las analíticas y radiografías convencionales, ya dentro del proceso de investigación específico tendrás que someterte a varias electroencefalografías, a tomografía axial computerizada, lo que se conoce por TAC, también al TEP, o tomografía por emisión de positrones, y a la fMRI o resonancia magnética funcional. Aparte de todo esto, también hay otros aparatos de los que nunca habrás oído hablar, y sobre los que no te darán

detalles, así como la utilización de nanotecnología, y diversos fármacos para la estimulación de los neurotransmisores.

Sergio estaba absolutamente abrumado por las explicaciones de Eloy, y algo desconcertado también. Ahora, más aún si cabe, tenía la sensación de que iba a convertirse durante unos días en un conejillo de indias para la experimentación de unas técnicas que desconocía.

—Esto es muy complejo Sergio, y hay detalles que aún no pueden ser revelados, y que conocerás cuando estés en el centro. Allí, con toda la información que te den, podrás decidir si someterte a esos procesos o no.

—De acuerdo. Me inquieta un poco todo esto, pero quiero llegar hasta el final, así que no habrá ningún inconveniente por mi parte.

—Es normal que estés así, a todos nos preocupa afrontar algo que nos resulta desconocido, pero si yo advirtiera cualquier peligro para tu integridad física o mental, no te lo habría propuesto.

—Ya lo imagino.

Eloy abrió uno de los cajones de su escritorio y de él extrajo una tarjeta de visita.

—Toma Sergio, esta será tu persona de contacto allí. Él te explicará y te guiará por todo el proceso. Es el doctor Bernhard Schwarz, director del área de neuropsicología, un buen colega mío, y también amigo.

Sergio observó la tarjeta en la que figuraba el nombre y cargo del doctor que ya le había anticipado Eloy, y también la denominación y logotipo del centro, así como su dirección y datos de contacto. Se la guardó en uno de sus bolsillos.

—Entonces... ¿esto es todo? —preguntó.

—Sí. En cuanto hayas adquirido el billete de tu vuelo me llamas para que les confirme el día y hora de tu llegada y así puedan recogerte. No creo que tengas problemas en encontrar plaza para este jueves por la tarde.

—Eso espero. Esta misma noche, en cuanto llegue a casa, me ocupo de ello.

—Muy bien Sergio, pues espero tu llamada. De todas formas... cualquier

incidencia que tengas allí, cualquier duda..., puedes llamarme cuando quieras. ¿De acuerdo?

—Muchas gracias, Eloy. Espero que no tenga necesidad de algo así.

—Seguro que no, pero quiero que estés tranquilo en ese aspecto, y que sepas que siempre tienes esa posibilidad, y que podrás consultarme cualquier cosa que te preocupe.

—Muy bien —contestó, mientras en su interior pensaba: «*Y un minuto después seguro que el tal Bernhard Schwarz estaría al corriente de mi llamada*».

Eloy le acompañó a la puerta y se despidieron con un fuerte apretón de manos.

Nada más llegar a la calle Sergio cogió su móvil y telefoneó a Alba. Eran las diez menos veinte de la noche.

—¡Hola Sergio! Ya empezaba a dudar de que te acordaras de mí —dijo Alba irónicamente.

—Eso sería del todo imposible.

—Vaya, te noto de buen humor, eso quiere decir que todo ha ido muy bien.

—En realidad estoy acojonado, pero bueno..., te lo iré contando todo mientras cenamos. Salgo ya mismo a por ti.

—Bea y Luis no paran de insistir, dada la hora que es, en que nos quedemos a cenar en su casa.

—No puede ser Alba, no podría contarte nada delante de ellos...

—Lo sé —le interrumpió—, les he dado las gracias, pero les he dicho que queríamos estar “solitos”.

—Muy bien, y además, es totalmente cierto —rio—. Primero la información y luego la devoción.

Alba no acababa de entender lo que quería decir Sergio con ese comentario, pero haciendo uso de su intuición... respondió:

—Dada la hora que es, hasta que llegues aquí, ir a algún lugar y además la

cena con información incluida..., mañana tenemos que trabajar, no sé si te acuerdas, Sergio.

—Y tanto; yo además aún tendré que hacer algo en casa antes de acostarme...

*«Entonces no pensaba pasar la noche conmigo —pensó».*

—¿Y qué es eso tan urgente que tienes que hacer?, si puede saberse, claro —dijo Alba con retintín.

—Comprar un billete de avión. Este jueves por la tarde viajo a Alemania.

—¿Qué?! Mira, mejor vienes hacia aquí y me lo vas contando todo. A este paso se nos van a hacer las tantas hablando por teléfono —exclamó algo nerviosa.

—Tienes razón, ya voy para allá, cuelgo.

Alba volvió la mirada hacia su amiga Bea que en ese momento volvía de la cocina y le preguntaba:

—¿Os quedáis a cenar o no?

—Va a ser que no. Tiene que contarme cosas y no podemos hacerlo delante de vosotros.

—Claro, claro. Pues nada, os lo perdéis. ¿Pero te ha dicho algo?

—Sí.

—¿Y qué es? Caray, tengo que sacarte las cosas con sacacorchos —protestó Bea.

—Perdona, estaba pensando. Se va a Alemania pasado mañana.

—¡Hala! Así, sin más, como si le fuera a pillar el toro...

—En fin, creo que tiene mucho que contarme. Voy a esperarle abajo Bea, en la acera, para que no tenga que buscar un hueco donde meter el coche. Se está haciendo muy tarde.

—Muy bien, lo entiendo. Pues nada, mañana ya me contarás...

—Lo que pueda, Bea, lo que pueda, no me atosigues, ¿vale?

—Vaaale, ni te preguntaré siquiera, *ea*. Esperaré a que tú me cuentes lo que quieras.

—Eso sería ideal. A ver si es verdad.

Alba le dio un par de besos en las mejillas, y se fue directamente hacia la puerta mientras Bea le decía:

—Ya te gustaría irte con él, ¿no?

—¡Pero... ¿me vas a dejar que me vaya o no?! —respondió Alba con tono de enfado.

—¿Yo? Ni que te atara aquí.

—¿Y las puyitas... qué?

—Tú que las oyes y no puedes resistirlas —respondió riendo provocadoramente

—Eres imposible —zanjó Alba marchándose y cerrando la puerta tras de sí.

\* \* \*

*«Está muy excitado. No es para menos, yo también lo estaría de tener que enfrentarme a algo así. Es una pena que no pueda acompañarlo. Sí podría, pero solo durante el viaje, allí tiene que estar solo, en régimen de internado, aunque puede comunicarse con el exterior por teléfono. Espero que me llame cada día y así saber de él. Me preocupa, pero no he querido decírselo, bastante nervioso lo he encontrado para encima alimentar más sus dudas.*

*Lo cierto es que no sé a santo de qué viene tanto secretismo. Puedo entender lo de las patentes, es como si estuvieran investigando un nuevo medicamento, eso ocurre mucho con las farmacéuticas, pero que no exista algún tipo de control externo sobre los procesos, que esos protocolos de actuación no sean supervisados o auditados de alguna forma por una entidad pública..., me da muy mala espina. ¿Qué estarán investigando realmente allí? ¿Qué clases de experimentos están llevando a cabo con esas personas que se prestan voluntariamente a ellos, con la esperanza de que se puedan resolver sus problemas, como ocurre con Sergio? ¿Cuál es el fin*

*último que persiguen esas investigaciones?*

*Son las dos de la madrugada y aún no he conseguido conciliar el sueño. Estoy muy alterada, Sergio me ha contagiado todos sus nervios. Voy a prepararme una infusión de melisa».*

*\* \* \**

## CAPÍTULO XXIII

Alba dio un brinco al escuchar el sonido de llamada entrante de su móvil. Se apresuró a cogerlo y la decepción se adueñó de su rostro al leer ese nombre en el *display*.

—Hola Mario, qué sorpresa... ¿cómo estás?

—Bien, bien... ¿y tú? Hace algún tiempo que no nos vemos.

—No tanto, desde la cena de cumpleaños de Bea. ¿Y Vanesa, cómo está?  
—le preguntó Alba para recordarle a su mujer.

—Muy bien, se pasa el tiempo en el gimnasio, ya sabes cómo es.

—Así tiene ese tipazo —bromeó.

—Sí, claro. El caso es que quería haber pasado a verte un día de estos...

Alba se puso tensa. Recordaba lo pesado que se puso Mario al principio, en cuanto detuvieron a Héctor y lo metieron en prisión preventiva, y ella entonces se quedó sola. Se comportaba como el buen compañero de trabajo de su pareja, y el excelente amigo de los dos, pero a ella no le cabía ninguna duda de sus intenciones; sabía que siempre, desde el primer día que se lo presentaron, Mario se había sentido atraído por ella, incluso sospechaba que Vanesa, su mujer, se había dado cuenta. No podía reprocharle nada, sus insinuaciones siempre eran muy sutiles, pero había algo en él que no le gustaba, que no le generaba confianza, y por ello intentó alejarse de él todo lo posible.

Cuando cambió de apartamento consiguió distanciarse un poco, al menos no venía a su casa sin avisar con la pretensión de tomar un café y saber cómo se encontraba, ahora vivía mucho más lejos y por eso la llamaba previamente para quedar con ella. Alba no sabía si esta llamada obedecía a esa intención.

—No te preocupes Mario, me encuentro bien —comentó intentando anticiparse a sus pretensiones.

—El caso es que..., bueno, tengo que decírtelo de algún modo... A Héctor le han concedido el tercer grado, aunque supongo que ya te lo esperabas.

—¿Ya? ¿Tan pronto?

—Mujer, ha cumplido casi los dos tercios de la condena, y ha tenido buen comportamiento en el centro penitenciario. Lo cierto es que a otro preso en esas condiciones le hubiese correspondido mucho antes, pero a él, siendo policía nacional...

—¿Y ahora qué? Estará libre durante el día y por las noches tendrá que ir a dormir a la cárcel, ¿no es así?

—Lo es, pero ha solicitado la tobillera telemática, y así no tiene que pasar esas ocho horas en el centro penitenciario. Estará completamente libre.

Un sudor frío se deslizó por la frente de Alba. Desde que empezó a salir con Sergio había conseguido olvidarse en algunos momentos de esta posibilidad, y ahora, precisamente cuando él estaba en Alemania...

—Si hay algo que pueda hacer por ti..., ya sabes, me tienes para lo que quieras —se ofreció Mario.

—No sé... ¿sabes exactamente cuándo estará libre?

—Con certeza no, ha sido una información que ha llegado a la comisaría, no la he obtenido yo directamente. Estamos a jueves..., imagino que este sábado o el domingo ya estará libre.

—¿Es que no has hablado con él? ¿No te ha llamado para decírtelo?

—No —respondió dubitativo.

*«Mientes, claro que te ha llamado, eres su mejor amigo»*

—Tarde o temprano se iba a producir esta situación, Alba —añadió.

—Ya lo sé, Mario, pero nunca estás lo suficientemente preparada para afrontarla. Tú ya sabes lo que pasó.

Mario conocía todos los detalles de la separación, Héctor se lo había contado, y también sabía, por Alba, la amenaza de muerte que le profirió, pistola en mano, cuando ella pretendió abandonarle.

—Quizá, en estos casi dos años que ha pasado en prisión, haya cambiado de idea.

—¿Tú crees?

*«¿Cómo me puedes decir algo así? ¿Crees que soy tonta? Seguro que estás al corriente de todo, y sabes perfectamente qué intenciones tiene Héctor, y lo primero que hará cuando salga de la cárcel. Fui una estúpida. Simplemente lo dejé y ya está, cuando lo que debía haber hecho es denunciarlo y pedir una orden de alejamiento. Así estaría ahora algo más protegida. Pero al ver que lo detenían y lo encerraban..., y él gritando que era inocente..., no quise echar más leña al fuego, ni perjudicarlo en el juicio».*

—Alba...

—Dime Mario.

—Lo dicho, tienes mi teléfono, llámame en cualquier momento, a cualquier hora... Si aparece por ahí..., creo que deberías llamarme.

—¿Y qué harías, Mario? —le preguntó sabiendo que era su mejor amigo, y había sido su compañero en la UDEF.

—Lo que pudiera.

*«Sabe algo, seguro. Héctor le habrá contado cuáles son sus intenciones en cuanto le dejen libre, las mismas que ya me anticipó cuando fui a verle a la cárcel por última vez, cuando me despedí y él me tiró las llaves del guardamuebles a la cara. Ahora vendrá a por sus cosas, y a por algo más...»*

—Bien, te llamaré si aparece por aquí. Gracias por avisarme, Mario.

Alba colgó sin esperar respuesta. En ese momento sentía como si le quemara el móvil en su propia mano. Lo soltó sin más y cayó sobre el sofá en el que estaba sentada.

*«¿Cuántas veces he recreado en mi imaginación este momento, cuántas veces he pensado en él para prepararme y hacerle frente?, y ahora..., me siento acobardada, muy asustada. Creía que mi nueva relación con Sergio me daría más valor, y me está sucediendo justo lo contrario. ¿Será porque ahora tengo mucho más que perder?»*

Alargó la mano compulsivamente y recogió su móvil. Buscó en últimas llamadas y pulsó el número de Bea.

—Hola nena, ¿ya me echas de menos?

—No estoy para bromas, Bea.

—Vaya. ¿Qué habré hecho yo para merecer esto? ¿Y yo? ¿Cómo estoy yo? ¿Crees que realmente estoy para bromas? ¿Te cuento la que tengo liada aquí ahora mismo?

—Perdona Bea, es que estoy muy nerviosa.

—Ya, y yo también, así que vamos a calmarnos...

—Me ha llamado Mario —dijo Alba sin más dilación—, me ha dicho que le han concedido a Héctor el tercer grado, probablemente este fin de semana ya estará fuera de la cárcel.

Bea guardó silencio, no se esperaba esto, ni siquiera lo intuyó. Pensó que sería una rabieta de Alba por cualquier tontería, como que ya echaba de menos a Sergio cuando hacía tan solo unas horas que se había marchado a Alemania. El tema era infinitamente más serio.

—Perdona Alba, me has pillado en un mal momento. Estoy a punto de colgar a los niños...

—Perdóname tú, Bea. Siempre actúo de forma egoísta, como si yo fuera la única que tiene problemas. Lo siento de verdad.

—Ya estamos perdonadas. Ahora vamos a por el toro. ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer? Ni siquiera Sergio está aquí, si no me echarías la bronca por no tenerlo en casa viviendo conmigo...

—Desde luego que lo haría por no haberme hecho caso, pero incluso así, ahora estarías sola. También ha sido casualidad, ¡coño!

—Si es que lo ha sido...

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigada.

—Pues eso, que me parece mucha casualidad. Además..., no te había dicho nada porque me parecían imaginaciones mías, pero llevo ya un tiempo que tengo la sensación de que alguien me espía.

—¡Joder! Y no me lo dices ni a mí, ni a Sergio...

—¿Para qué? No podía probar nada. Seguro que pensabais que estaba volviéndome paranoica.

—¿Tú no has oído en las películas de acción eso de... contra vigilancia?

—Algo, sí.

—Seguro que Luis se habría prestado a ello, le gustan estas cosas. Lo digo por si no querías involucrar a Sergio.

—No sabemos si era algo peligroso o no. En fin..., déjalo, eso ya no importa.

—Volvemos a la casilla de salida. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé, Bea.

—Pues yo sí lo sé.

Conociendo a su amiga, Alba se esperaba hasta lo más disparatado.

—A ver, dime.

—Haz una maletita y te vienes aquí, a mi casa, hasta que Sergio regrese. Eso sí, tendrás que dormir en el sofá, ya sabes que no tenemos ninguna habitación para invitados.

—No puedo hacer eso Bea.

—¿¿Cómo que no puedes?!

—Allí, con los niños, con Luis..., no tienes bastante como para que encima me sume yo a la fiesta...

—Mujer, si quisieras quedarte una temporada..., pero estamos hablando tan solo de unos días.

Mientras Alba esgrimía una excusa tras otra, que rápidamente eran rebatidas por Bea, seguía pensando en qué hacer. Aceptar la propuesta de su amiga significaba simplemente huir, y eso iba en contra de su forma de ser. Ella no eludía los problemas, ni se rendía ante la adversidad, ni escapaba corriendo por cobardía; ella se enfrentaba a sus temores, a sus miedos...

Pero en esta ocasión..., el peligro era muy real, y se estaba jugando bastante más que su propio orgullo, nada menos que su integridad física y

moral. Por encima de todo debía sobrevivir, por ella, y también por Sergio.

—Mira, vente a tomar un café y seguimos hablando, yo no puedo estar colgada del teléfono, tengo mucho que hacer por aquí —propuso Bea pensando que cara a cara quizá pudiera persuadirla. Además, en cuanto llegase Luis se lo contaría para que él también la ayudase a convencerla.

—Muchísimas gracias Bea, pero déjame que lo piense, ¿vale?

—No creo haber conocido a alguien más cabezota que tú. Menuda perla se va a llevar Sergio si al final te consigues —exclamó Bea que ya empezaba a dudar de que Alba aceptase su propuesta.

—Luego seguimos hablando. Voy a tomarme una infusión relajante y a meditar.

—Como me gustaría ir a tu casa y arrastrarte de la mano.

—Sería peor Bea, ya lo sabes.

—A Sergio tendré que darle un curso básico para que pueda entenderte; luego uno avanzado para poder seguirte, y finalmente, el experto, para que sepa manejarte.

—Pues no le has dado ninguno de ellos y yo creo que lo está haciendo muy bien.

—¿Sí? No sé cómo.

—Será intuición masculina.

—Ya sé dónde tiene él la intuición...

—Serás burra...

—Tú más, porque eres una mal pensada.

—Sí, ya...

Las dos se echaron unas risas que ayudó a relajar la tensión. Alba colgó y se levantó para prepararse la infusión.

\* \* \*

Alto, de complejión fuerte, pelo muy corto de color castaño claro, y

vestido con traje azul oscuro, buscaba con gesto serio, cartel en mano, a su encargo, esa persona a la que le habían ordenado que tenía que recoger en el aeropuerto.

*Hr. Sergio Fonseca*, se leía en la cuartilla que alzaba con una mano mientras los pasajeros pasaban junto a él. Antes de que Sergio dijera algo, el hombre ya intuyó que era él la persona indicada.

—Buenas tardes, señor Fonseca, mi nombre es Hans, vengo a recogerle por indicación del PIKNF, el Instituto Politécnico... —dijo en un correcto inglés.

—Sí, sí, me avisaron de que estaría esperándome.

—Permítame que coja su maleta —solicitó.

—No es necesario, muchas gracias.

—Como desee. Sígame, por favor.

Su maleta era pequeña, de las que se pueden llevar dentro del avión. No iba a necesitar mucha ropa, según le indicaron estaría en régimen de internado durante los días que permaneciera en el centro, y le proveerían del vestuario adecuado para su estancia.

Rápidamente salieron del edificio de vidrio y acero que constituye el *EuroAirport* de Basilea-Mulhouse-Friburgo, el aeropuerto transfronterizo que sirve a Francia, Suiza y Alemania, y se dirigieron al aparcamiento contiguo. Con el mando a distancia Hans desbloqueó las puertas de un Audi de color gris y abrió el maletero. Sergio le ofreció su maleta para que aquél la introdujera en su interior. Después, Hans abrió una de las puertas traseras y le invitó a entrar en el coche. Habría preferido ir delante, junto al conductor, contemplando mejor el paisaje, pero entendía que debía someterse a las normas y protocolos que tuviera el encargado de trasladarle al centro.

En algo menos de una hora llegaron al Instituto. Los últimos veinticinco kilómetros habían transcurrido por una carretera comarcal recorriendo bellos paisajes del interior de la Selva Negra alemana. En un frondoso valle surcado por un río, se erigía el complejo. Pese a que estaba anocheciendo, pudo apreciar que estaba formado por diversos módulos de pequeña altura y formas redondeadas, interconectados entre sí. Solamente un edificio situado en uno de

los extremos, como contrapunto al resto del complejo, sobresalía en altura respecto a los demás; tenía una forma prismática y numerosos huecos en su fachada, por lo que Sergio intuyó que sería la residencia, el lugar donde se alojarían los pacientes. Arquitectura vanguardista plenamente integrada en el paisaje, con una estructura orgánica en lugar de la rígida morfología de otros complejos similares. Suponía que el respeto al entorno paisajístico habría sido clave para su estética y configuración.

Hans detuvo el vehículo en una pérgola totalmente cubierta que daba paso al acceso principal. Bajó del coche, abrió la puerta de Sergio y, sin esperar a que este saliera, se dirigió al maletero y cogió su maleta. Cuando Sergio salió del vehículo le hizo un ademán para que le siguiera. Quedaba claro que el portador de la maleta ya no era un tema a discutir, él debía llevarla y punto.

Atravesaron la doble puerta de cristal con hojas correderas y entraron en el vestíbulo principal. Amplio, silencioso y muy sobrio. En el centro, una señorita impecablemente vestida y maquillada, les esperaba detrás de un mostrador circular. Intuyó, más que comprendió, las palabras en alemán que Hans le dijo a la atractiva recepcionista, pero sí que pudo entender claramente su nombre, y el del doctor Schwarz. A continuación, Hans se despidió cortésmente dejándole la maleta en el suelo, a su lado.

—Por favor, ¿me deja su pasaporte o el carné de identidad? —preguntó ahora en perfecto inglés.

—Por supuesto —respondió Sergio. Sacó su cartera y se lo entregó. La señorita dio un rápido vistazo a la foto que figuraba en el pasaporte, y a continuación lo guardó cogido con un clip en una carpeta que a su vez metió en un cajón. Sergio tuvo la sensación de que no se lo devolverían hasta que finalizara su estancia en el centro.

—Aguarde en aquella sala, por favor —le dijo a la vez que la señalaba con la mano.

Miró en la dirección que le indicaba y vio, tras una pared completamente de cristal, una pequeña sala de espera con unos anatómicos sofás de color verde pistacho. Se agachó, cogió su maleta y se dirigió hacia allí. Una vez en su interior se sentó y cogió uno de los folletos que había en un expositor junto a él. Lo empezó a mirar distraídamente mientras observaba el hall y a la

repcionista. Apenas transitaba nadie por allí. Algunos llevaban puesta una bata blanca, otros un traje por lo general de color oscuro. No le daba la sensación de ser un hotel, tampoco un hospital, ni siquiera un edificio administrativo. Nunca había estado en un centro de investigación científica, así que no tenía ningún precedente, pero en este caso, por los aparatos que le nombró el doctor Baumann, los tratamientos a los que le iban a someter..., siempre visualizó en su mente la imagen de una clínica más o menos grande.

Una persona de las que llevaban bata blanca, y que previamente había hablado con la recepcionista, se acercaba mirándole a través de la pared de vidrio. De unos cincuenta y tantos años, alto, de complexión atlética, sin arrugas apreciables en su rostro, pelo abundante totalmente blanco..., le acompañaba un hombre mucho más joven que llevaba puesto una especie de uniforme de color azul celeste.

Nada más entrar en la estancia se presentó:

—Buenas noches señor Fonseca. Soy el doctor Bernhard Schwarz, imagino que mi buen colega Eloy Baumann le habrá hablado de mí.

—Sí, por supuesto.

*«No me lo imaginaba tan mayor. Eloy se refirió a él como colega y “amigo”, por eso creía que sería de su misma generación. Probablemente su relación proceda de que el doctor Schwarz fue su profesor en algún curso de posgrado que hiciera en Alemania».*

—Soy el director del área de neuropsicología, que es el departamento que se va a encargar de su caso. Él es Dieter Krumm, —dijo refiriéndose al joven del uniforme azul—, le asistirá en todo lo que necesite. Me gustaría haberle enseñado primero todo esto, pero ya es tarde, si no se da prisa perderá el turno de la cena. Mañana nos veremos y hablaremos del tratamiento que va a seguir mientras esté aquí. Ahora Dieter le acompañará a su habitación.

Se despidió sin más preámbulos, se notaba que era un hombre muy ocupado. Dieter, también en inglés, le pidió que le siguiera, y así lo hizo Sergio, no sin esfuerzo porque caminaba muy rápido.

*«Creo que el idioma oficial aquí es el inglés, todos parecen dominarlo a la perfección. Será porque acogen a clientes de toda Europa, y quizá del*

*mundo. ¿Clientes? ¿Qué soy yo realmente para ellos: un cliente, un paciente, una cobaya...? El trato es tan cordial y amable que tienes la sensación de ser un cliente, pero no pagas nada por todos los servicios que te van a prestar, incluidos la manutención y el alojamiento, aunque con toda seguridad, estos sean los menos costosos. Entonces... ¿qué beneficios obtienen ellos? Obviamente tiene que ser los resultados de las investigaciones, así que me inclino más por el conejillo de indias, tratado como un rey, eso sí, pero cobaya a fin de cuentas».*

—Este es el restaurante, es tipo *buffet*. Una vez se haya instalado en la habitación venga aquí a cenar, estará abierto hasta las ocho y media —le informó Dieter interrumpiendo sus reflexiones.

—Gracias —respondió Sergio mientras lo observaba a través de los cerramientos de vidrio. Impecablemente limpio, con mobiliario muy funcional en el que predominaba el acero inoxidable en mesas y sillas, pudo observar que había bastante gente en su interior. Lo que más llamó su atención fue el vestuario, y que casi todos, con excepción del personal de servicio del *buffet*, y unos pocos que llevaban ropa de calle, llevaran el mismo atuendo, un conjunto formado por pantalón ajustado y aparentemente elástico, y encima una camisola de manga larga con cierre frontal de cremallera y cuello Mao, todo ello en color blanco. El uniforme era el mismo tanto para hombres como para mujeres, y le recordaba muchísimo al que llevaban los residentes en “*La Isla*”, aquella película del año 2005 protagonizada por Ewan McGregor y Scarlett Johansson.

Aún hubo algo que llamó mucho más su atención, pero apenas le dio tiempo a verlo. Dieter seguía caminando deprisa y rápidamente pasaron de largo. Se trataba de un casco que llevaban algunos de los que allí estaban cenando. Se parecía al de un motorista con la excepción de que no tenían visera ni tampoco les cubría las orejas. Era de color marfil y seguía la forma del cráneo menos en la zona bajo la nuca en la que parecía haber una protuberancia. Sergio estuvo tentado de preguntarle a Dieter qué significaba aquello y para qué servía, pero se abstuvo de hacerlo, seguro que al día siguiente se lo dirían, y quién sabe, igual le pondrían también uno a él.

Entraron en un largo corredor con puertas en uno de los lados y ventanales en el opuesto, aunque apenas se veía nada a través de ellos, era noche cerrada

y unos pocos báculos iluminaban escasamente el entorno. Se detuvieron frente a una de las puertas, era la ciento diecinueve. Dieter la abrió utilizando una tarjeta, aunque no tuvo que introducirla ni pasarla por ninguna ranura, solo la aproximó a la zona de la cerradura. Ya en su interior le dijo:

—Aquí en este armario tiene toda la ropa que va a necesitar, no tendrá que emplear la suya. Este es el uniforme que ya habrá visto en el restaurante, tiene dos juegos, y este es el pijama. Ahí, en la mesilla de noche, junto al teléfono, tiene un folleto con indicaciones que le resultarán útiles; léalo, puede preguntarme cualquier duda que tenga.

Sergio simplemente asentía con la cabeza, ya que Dieter hablaba tan deprisa que no ofrecía esa mínima pausa para poder replicar algo.

—Aquí tiene mi tarjeta, se la dejo sobre la mesilla. En ella figura mi teléfono. Puede llamarme siempre que me necesite. Mañana, a las siete y media, pasará a recogerle. A las siete sonará una alarma en el teléfono de sobremesa para despertarlo; no hace falta que conteste, dura tan solo cinco segundos. Le acompañaré al laboratorio para que le tomen una muestra de sangre y entregar la de orina. El recipiente lo tiene ahí en el baño. Mañana no tome nada, ni siquiera agua. Después del laboratorio y de la resonancia magnética ya podrá desayunar y a partir de ahí continuaremos con las demás pruebas del chequeo médico.

*«¿Tendrá prisa porque no ha cenado aún o es que este hombre es siempre así? Mañana lo comprobaré. Me agota escucharlo».*

—De momento, eso es todo. Aquí tiene la tarjeta para salir y entrar de su habitación. ¿Quiere preguntarme algo? —le dijo Dieter.

*«Pero qué voy a preguntar si no me has dado tiempo ni siquiera para pensar en todo lo que me vas diciendo».*

—Gracias Dieter, no tengo ninguna duda.

—Hasta mañana entonces, señor Fonseca.

*«Qué escrupulosamente protocolarios son estos alemanes. Luego hablan de los ingleses. Este hombre tiene mi edad, o quizá hasta sea más joven..., y no hay manera de que me hable de tú. En fin, son sus normas, quizá mañana sea más flexible».*

Una vez su “asistente” cerró la puerta, Sergio contempló con detenimiento la estancia. La pared opuesta a la de acceso era un ventanal en toda su longitud, aunque de momento solo lo intuía ya que una cortina lo cubría por completo. La única cama existente estaba adosada a una de las paredes laterales, y en la opuesta estaba el armario, la puerta del aseo, y un pequeño escritorio con una silla. No había pantalla de televisión.

La habitación era pequeña pero muy funcional, y el mobiliario resultaba aséptico. El suelo era de gres porcelánico de color arena, y las paredes estaban pintadas en un tono verde manzana. La cortina del ventanal era de color blanco, lo mismo que el nórdico que cubría la cama y la pintura del techo. Todo resultaba algo impersonal por la ausencia de decoración, aunque relajante de algún modo.

Sergio consultó su reloj. Eran las ocho y cuarto. Tenía tiempo, antes de que cerraran *el buffet*, de llamar a Alba, estaba deseando hablar con ella. Salió de la habitación y pulsó la llamada en su móvil mientras se dirigía al restaurante.

—¡Hola...! ¿Estás bien? —contestó sorprendida.

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé..., no esperaba la llamada.

—Creo que te he sorprendido porque ya te habías olvidado de mi existencia, y como soy consciente de ello, por eso te he llamado, para recordártela.

«*Casi aciertas, claro que me has sorprendido, y también que en este momento no me acordaba de ti, solo pensaba en Héctor*».

—No seas tonto. Debe de haberte ido bien, porque te apetece bromear.

—Lo que me apetece..., pero bueno, me tengo que olvidar de ello durante unos días. La verdad es que acabo de llegar aquí y ya te echo muchísimo de menos.

—Pero si tan solo hace... —Alba separó el móvil de su oreja y lo miró— apenas ocho horas que te despediste de mí en el instituto.

—Una eternidad.

—Ya veo —sonrió al escucharlo—. Desde luego no me podía imaginar

que fueras así.

—¿Así cómo?

—No sé. Parecías un hombre muy serio.

—Estar a tu lado cambia a cualquiera, y no te digo ya si estoy...

—¡Para!

—Paro, no tengo más remedio. Son las ocho y veinticinco, y estoy en la puerta del restaurante. O entro ya o me quedo sin cenar; a las ocho y media cierran, y ya sabes cómo son por aquí.

—Venga, seguro que tienes hambre.

—La verdad es que sí. En el avión me han dado como merienda un zumo y un dulce de plástico, y desde entonces..., ni agua.

—Pobre...

—Bueno, mañana te llamo y te cuento cómo me ha ido, ¿vale?

—Vale, Sergio.

—¿Estás bien?

—Claro que sí —mintió.

—No sé, es que te noto...

—Venga, que te quedas sin cenar. Un beso. Hasta mañana.

—¿Uno solo? Qué rata. Yo te doy mil. Hasta mañana, Alba.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXIV

Esa mañana del viernes veintisiete de mayo, Sergio se encontraba expectante, algo nervioso, pero también ilusionado. Con puntualidad germánica, a las siete y media Dieter golpeó con sus nudillos la puerta de la habitación de Sergio. Segundos después esta abrió la puerta.

—Buenos días, Dieter. Ya estoy listo.

—En ese caso acompáñeme, por favor. Vamos al laboratorio. Veo que hemos acertado con la talla —añadió refiriéndose al uniforme blanco que llevaba puesto.

—Creo que sí, me está perfecto, y además resulta muy cómodo.

Sergio comprobó que esa forma tan rápida de andar que su asistente tenía ayer debía ser fruto de alguna circunstancia especial, probablemente el estricto horario del restaurante. Ahora Dieter caminaba a un ritmo normal, incluso le preguntó si había pasado buena noche y si la habitación le resultaba cómoda. También le reiteró su disposición para todo aquello que pudiera necesitar.

Ahora todo parecía mucho más animado. Durante el trayecto se cruzaron con numerosas personas, algunas con traje y corbata, otras con bata blanca, otras con el uniforme azul celeste que llevaba Dieter, y bastantes más ataviados igual que él, con ese futurista conjunto de color blanco.

—Ya hemos llegado señor Fonseca. Ahora le tomarán una muestra de sangre y luego le harán una resonancia magnética craneal. Cuando terminen váyase directamente a desayunar. Es en el mismo lugar donde cenó anoche. ¿Cree que sabrá llegar hasta allí?

—Sí, y si me pierdo puedo preguntar —respondió un poco en broma, comprobando que los alemanes, o al menos este en particular, no compartía su sentido del humor.

—Luego regrese aquí para continuar el chequeo médico. Cuando finalice me avisarán para que pase a recogerle y le lleve ante el doctor Bernhard Schwarz.

—Comprendido —respondió Sergio, que ya estaba deseando empezar cuanto antes para poder tomar un refrigerio.

Durante más de dos horas, desde que regresó del desayuno, le estuvieron practicando diversas pruebas, incluido un electrocardiograma, que era la primera vez que se lo hacían, y también radiografías de tórax y craneal, pero lo peor fue la cantidad de cuestionarios que tuvo que rellenar, y de impresos que tuvo que leer y firmar, estos últimos referidos a las autorizaciones pertinentes que tenía que otorgar al centro para que le realizaran diversas pruebas experimentales. En cada una de estas autorizaciones, como ya le había advertido su psicoanalista Eloy Baumann, figuraba de forma expresa la cláusula de confidencialidad, con sanciones muy graves en caso de incumplimiento.

Cuando terminó de rellenar y firmar el último impreso lo llevaron a una sala en la que aguardaba Dieter. «*Este hombre no me da un minuto de respiro*», pensó mirando a la vez su reloj; se sorprendió al ver que ya eran las once de la mañana.

Tal y como le había comentado anteriormente, Dieter condujo a Sergio a través de unos pasillos hasta un módulo donde no había estado aún, y se detuvo frente a una puerta en la que figuraba, en un pequeño rótulo de metacrilato, el nombre y cargo del doctor. Dieter golpeó suavemente la puerta y detrás de ella escuchó una voz que, en alemán, parecía darle permiso para entrar. La abrió y allí se encontraba el doctor Schwarz detrás de una bonita mesa de vidrio, madera y acero inoxidable. El despacho no era muy grande para el alto cargo que supuestamente tenía el doctor, pero debía de resultar más que suficiente dado el perfecto orden en el que se encontraba todo. Detrás de él, un amplio ventanal ofrecía unas bellas vistas del paisaje que rodeaba el valle.

—Muchas gracias Dieter, puede seguir con sus obligaciones. Siéntese, por favor, señor Fonseca.

Sergio se despidió de Dieter y se sentó en una de las dos originales sillas de cuero que había frente a la mesa del doctor.

—¿Ha pasado una buena noche? ¿Ha podido conciliar bien el sueño? —le preguntó nada más tomó asiento.

—La verdad es que sí. Aunque lógicamente extrañaba el lugar, me dormí rápidamente.

—¿Ha tenido alguna pesadilla?

—No, al menos que yo recuerde.

—Bien. Voy a informarle sobre este lugar y las investigaciones que llevamos a cabo, y también sobre los tratamientos que vamos a administrarle durante su estancia aquí. Lógicamente esto debería haber sido previo a su ingreso en el centro, pero dada la hora en la que llegó hemos tenido que invertir un poco el proceso.

—Sí, claro, lo entiendo.

—Lo mismo ocurre con el chequeo médico, en el fondo no deja de ser una formalidad, porque como podrá entender, los resultados de las pruebas analíticas tardarán algunos días en conocerse. Pero por su edad, por su estado físico que se ha podido determinar con el resto de las pruebas diagnósticas, y la información facilitada por el doctor Baumann, tenemos más que suficiente. Ninguno de los tratamientos a los que se someterá en este centro requiere de un especial estado de salud, ni tampoco tienen efectos secundarios que puedan considerarse un factor de riesgo importante.

Sergio asentía con la cabeza a las explicaciones que le estaba ofreciendo el médico.

—El Instituto Politécnico para la Investigación de la Neurociencia Cognitiva, es un centro de financiación privada asociado a la Escuela Internacional de Investigación Max Planck, con sede en La Universidad de Bonn, dedicada al estudio del cerebro y el comportamiento humano. Parte de este complejo está destinado a la enseñanza, impartiendo numerosos cursos de posgrado y másteres reconocidos por las universidades públicas. Esa zona docente está en un módulo independiente que usted todavía no ha visitado.

—Imagino que fue ahí donde usted conoció al doctor Baumann —apuntó Sergio.

—Pues sí, en efecto —respondió sorprendido por su sagacidad—. Yo impartía un máster sobre neuropsicología y Eloy fue uno de mis alumnos. Hubo empatía por ambas partes y desde entonces hemos conservado la

amistad y la colaboración profesional.

—Comprendo. —Sergio hizo una pausa, como si deseara preguntar algo más. Finalmente, solo añadió—: Perdone la interrupción, continúe, por favor.

—No se preocupe, puede interrumpirme cuantas veces lo desee, y preguntar todo aquello que no entienda. Intentaré aclarar todas sus dudas.

—Pues podíamos empezar por eso de la neurociencia...

—Tiene razón, aquí damos por conocidos términos que no son de uso común, y quizá es por donde debería haber comenzado. Mire, la neurociencia cognitiva tiene como objetivo generalista la comprensión de la mente humana; ahora bien, a nivel particular, esta disciplina pretende identificar la relación entre los fenómenos cognitivos y las estructuras cerebrales en las que se asientan, o, dicho de otro modo, esta ciencia intenta encontrar las bases biológicas de la cognición. ¿Lo entiende? Mi inglés creo que no es tan bueno como el suyo.

—Se expresa a la perfección, doctor Schwarz. Continúe, por favor.

—Es un término que se acuñó a finales de los años setenta. Hasta entonces la psicología de orientación cognitivista y las neurociencias se habían desarrollado de forma independiente. Se trata, por tanto, de una ciencia que precisa un enfoque interdisciplinar que combina el análisis de imágenes del cerebro, la neurofisiología, la genética conductual, la psiquiatría, la psicometría, la psicología experimental, con la física, las matemáticas, la ingeniería informática y de telecomunicaciones, las ciencias computacionales...

—No debe resultar fácil formar equipos de trabajo tan heterogéneos —comentó Sergio.

—A primera vista parece lleno de dificultades, pero luego en la práctica no es así. A todos los que participan en él les apasiona la investigación y la experimentación, y se necesitan unos a otros. En realidad, la colaboración es muy estrecha y eficaz, además de ser la única forma posible de obtener resultados.

—Me alegro de que sea así. Perdome, he vuelto a interrumpirle.

—Tiene una curiosidad innata por el conocimiento. Sería usted un buen investigador. —Por primera vez el doctor Schwarz sonrió—. Bien, solo quería añadir que un aspecto especialmente importante para esta ciencia es el análisis de los déficits cognitivos presentes en personas con alteraciones cerebrales, puesto que la relación entre el daño neurológico y los trastornos cognitivos y conductuales consiguientes permite determinar las funciones que dependen de las regiones alteradas. Por esa razón disponemos de un área, debidamente aislada por razones obvias, de pacientes con lesiones cerebrales sometidos a estudio y experimentación, y sobre los que hemos obtenido grandes avances en su recuperación.

—Francamente interesante. La verdad es que la mayoría de los mortales desconocemos los grandes avances de la ciencia en muchos campos, y solo somos informados de aquellos que tienen una mayor incidencia en nuestra vida cotidiana.

—Como podría ser un nuevo modelo de teléfono móvil de carcasa blanda, como de goma, que se pudiera doblar y plegar, o extender hasta convertirlo en una *tablet*, y capaz de interactuar inalámbricamente con todos los demás aparatos domésticos de su pertenencia, incluido el automóvil.

—No estaría mal —concluyó Sergio riéndose.

—Algo así saldría en todos los telediarios y sería objeto de difusión en numerosos programas televisivos. Y eso que se trata solo de tecnología, algo que rápidamente se queda obsoleto, pero este es el mundo en el que vivimos, en el que prima el consumo por encima de cualquier otra circunstancia.

—Efectivamente doctor Schwarz, coincido plenamente con usted. Y volviendo a lo que me estaba explicando sobre este instituto..., no sé dónde encajo yo en todas sus investigaciones.

—Usted es de gran valor para nosotros, señor Fonseca —afirmó con absoluta convicción.

«¿Será esa la razón por la que me tratan tan sumamente bien?», pensó Sergio.

—Dentro del área de la neuropsicología, que es la que yo dirijo, tenemos un ámbito de investigación experimental al que denominamos TvT, es decir,

*Transmutation von Traumbildern*, que en inglés se podría traducir como transmutación de imágenes oníricas.

—Clarísimo como el agua —bromeó Sergio.

—Ya imagino, pero permítame que se lo explique. Usted sabe que habitualmente soñamos todos los días, y que rara vez recordamos esos sueños. Existe un mundo totalmente desconocido para nosotros que es el inconsciente y que se manifiesta a través de los sueños que genera. Desde Sigmund Freud, toda la teoría del psicoanálisis ha estado enfocada al conocimiento de los sueños y su relación con el universo consciente de nuestra mente.

—Eso es lo que tengo entendido —afirmó Sergio.

—Pues imagine que, a través de unos aparatos especiales y de unos procesos, somos capaces de captar y visualizar esos sueños tal y como se recrean en nuestra mente.

El doctor Schwarz guardó silencio mientras esperaba la reacción de Sergio. Este se había quedado muy sorprendido por la hipótesis, y solo después de varios segundos fue capaz de preguntar:

—Pero... ¿eso es posible?

—Aún no, al menos no del todo, pero esa es nuestra línea de investigación, y estamos obteniendo grandes avances.

—Suenan a ciencia ficción.

—Al igual que la tecnología, lo que hoy nos parece ciencia ficción, dentro de unos años constituye un logro.

—Muy cierto. Ahí está Julio Verne.

—Ese hombre más que un genio era un visionario, pero sigamos con el tema. En realidad, se trata solo de descifrar un código, aunque más bien son muchos, como luego le explicaré, para acceder a la información que está guardada en nuestro cerebro. Cuando la imagen se produce en tiempo real, solo necesitamos el *transmutador*, o si lo prefiere, el conversor, y así obtenemos la imagen en una pantalla.

—Creo que ya me he perdido, doctor —se sinceró Sergio.

—Voy a intentar explicárselo. ¿Usted sabe cómo se transmiten las imágenes que ve en la televisión?

—La verdad es que no.

—A grandes rasgos el proceso es el siguiente: La imagen es captada por una cámara y esta imagen se descompone en un gran número de puntos que son transmitidos, uno tras otro a gran velocidad; estos impulsos eléctricos son enviados a la antena de la estación de televisión y transformados allí en ondas electromagnéticas; éstas a su vez son propagadas en el espacio mediante repetidores o satélites de comunicaciones, recogidas por las antenas domésticas y finalmente llevadas a los televisores.

»Allí es donde esas ondas son nuevamente transformadas en impulsos eléctricos de intensidad variable, y estos a su vez en puntitos luminosos que reproducen la imagen en el mismo orden en el que fueron recogidos por la cámara.

—Ahora ya lo tengo más claro.

—Muy bien, pues nosotros intentamos hacer más o menos lo mismo, con la diferencia de que nuestro cerebro, por lo que hemos podido observar, ya transforma esos impulsos eléctricos generados por las imágenes en ondas electromagnéticas, así que nuestro trabajo a través de la transmutación consiste en reproducir la segunda parte del proceso que le he explicado antes.

—La teoría suena fantásticamente bien, pero... ¿hasta dónde han llegado?

—Las imágenes todavía no tienen suficiente nitidez en muchos de los casos, creemos que se debe a la escasa intensidad de la fuente de origen, probablemente debemos amplificar la señal de alguna forma, pero ¿se imagina cómo vibrábamos de emoción cuando vimos una imagen reconocible por primera vez?

—¿Cómo cuando vimos al hombre pisar la luna?

—Quizá se trate de un descubrimiento aún más importante que ese. Se nos abre un mundo completamente nuevo y lleno de posibilidades y aplicaciones.

—¿Y cómo pudieron silenciarlo? Yo creo que ya estarían en condiciones de aspirar a un premio nobel.

—Es muy pronto aún para eso, y además, están las estrictas condiciones que nos impone el Consejo de Administración, en el que están representadas las más importantes empresas y entidades que financian la actividad de este instituto. Nada podrá revelarse hasta que se puedan patentar y comercializar los aparatos tecnológicos y los procesos inherentes a los mismos.

—Comprendo. Y con tanta gente trabajando en el proyecto... ¿cómo pueden evitar las filtraciones, incluso la venta de información reservada?

—Aunque es francamente difícil tener la certeza absoluta, puedo decirle que la seguridad pasiva de la que disponemos es impresionante. Y, por otra parte, procuramos que, salvo unas pocas personas, nadie tenga acceso a la totalidad de la información. Cada especialista conoce su trabajo y el de su grupo, pero no el de todo el equipo. En cualquier caso, todas las empresas de innovación tecnológica están sometidas a estos riesgos, no es algo nuevo, y existen protocolos para minimizarlos.

—Supongo que será así —dijo Sergio pensando en un nuevo y revolucionario medicamento de un laboratorio farmacéutico.

Muy bien, antes de que vayamos a visitar el área de neuropsicología, y le deje en manos de mis compañeros, ¿tiene alguna pregunta sobre lo que le he comentado?

—Varias, pero quizá le estoy retrasando en su trabajo.

—Lo que le decía antes, tiene madera de investigador, y en cuanto a lo segundo..., no se preocupe, informarle debidamente también es parte de mi trabajo. Pues bien, pregunte lo que desee.

—He entendido lo del *transmutador*, o conversor, como también lo ha llamado, pero... en mi caso, yo lo que deseo es información sobre un sueño en concreto. Antes ha comentado que soñamos todas las noches, y supongo que serán sueños muy diferentes unos de otros. Todos los demás no tienen interés, al menos para mí, solo uno en especial. ¿Qué ocurre si no se produce mientras estoy conectado a ese conversor? —Sergio ya se imaginaba pasando la noche conectado a una máquina.

—Hay dos formas de usar esta tecnología. Una es en tiempo real, que es la que usted ha entendido, y la otra... ¿se acuerda que le he hablado de descifrar

unos códigos?

—Sí, lo recuerdo.

—Nuestra memoria también almacena todo aquello que produce nuestro inconsciente, como son los sueños, pero están en un lugar diferente, y no somos capaces de poder acceder despiertos a ese lugar. Imagínese una biblioteca. ¿Cómo se organizan los libros? ¿Cómo pueden localizarse? A través de unos códigos que nos indican la temática, y, sobre todo, la ubicación, es decir, sala, pasillo, estante... ¿Entiende?

—Sí, claro.

—En eso estamos trabajando, en entender y descodificar esos códigos.

—¿Y han avanzado mucho? —preguntó intrigado.

—Desde nuestro punto de vista sí, aunque aún estamos muy lejos de llegar a los resultados que buscamos.

Sergio hizo un gesto como queriendo decir... «*Me he quedado igual*». El doctor Schwarz lo captó y amplió la información.

—Hemos averiguado que nuestra memoria tiene una curiosa forma de organizar los recuerdos. No entiende de temáticas ni de géneros, tampoco de fechas, que era lo que pensábamos en un principio, los clasifica por intensidades. Quiero decir que los ubica en un lugar, en un estante por decirlo así, en función de su importancia, de la impronta que ese hecho ha dejado en nosotros. Es decir, si quisiéramos localizar un recuerdo que usted, o su inconsciente, haya olvidado por completo, tendríamos que bucear en lugares muy profundos, muy poco accesibles, en cambio, los que tienen una especial relevancia para usted, se encuentran en el nivel superior, en el de mejor acceso.

El doctor hizo una pausa para que Sergio asimilara la información, y preguntase, pero este no lo hizo, más bien esperaba a que le ampliase aún más la información, por lo que el doctor continuó con su disertación.

—En definitiva, hay dos formas de intentar localizar y visualizar lo que usted pretende, señor Fonseca. Una es en tiempo real, es decir, que ese sueño se produzca estando conectado a la máquina y por lo tanto quede registrado y

almacenado en nuestra computadora para revisarse posteriormente. Si eso no ocurre en los días que esté aquí..., lo buscaremos por el procedimiento que le he indicado.

—Pero... a través de ese “*procedimiento*” —hizo especial énfasis en esta palabra—, de esa técnica, ustedes accederían a cualquier lugar de nuestra memoria. No podríamos ocultar nada, estaríamos expuestos a que pudieran saber cualquier cosa de nosotros, qué sé yo, un crimen que hayamos cometido, por ejemplo.

Ahora Sergio llegó a comprender en toda su magnitud el alcance real de los experimentos de esta área del instituto.

—¡Es increíble! No creo que esto pueda permitirse —añadió.

—Solo si la persona se presta a ello de forma voluntaria, y consciente de su alcance. Usted aún tiene que firmar las autorizaciones relativas a este proceso. No se las han ofrecido aún porque primero yo debía explicárselo. Por supuesto que puede negarse, y lo entendería perfectamente; en ese caso solo trabajaríamos con la posibilidad del tiempo real.

—No me imaginaba algo así. Esto significa la mayor vulneración de intimidad que alguien puede llegar a concebir.

—Desde luego, estoy de acuerdo con usted, aunque debe tener en cuenta que a nosotros solo nos interesa la memoria onírica, la de los sueños, la que produce el inconsciente, y como le he dicho, está almacenada en otro lugar, pero claro, en muchos de esos sueños se recrean en todo o en parte situaciones reales de la vida cotidiana.

—Claro, así es.

Sergio pensaba en todas las posibles aplicaciones que podría tener esta tecnología, y el escenario le resultaba absolutamente aterrador. No obstante, había algo que el doctor había comentado al principio de su explicación que le había llamado la atención, y sobre lo que quería preguntarle, pero ahora no se acordaba qué era.

¡Ah, sí!, ya lo recordaba.

—Doctor Schwarz..., ha habido un momento en el que ha dicho..., que yo

era muy importante para ustedes. ¿Por qué? ¿Qué tengo yo de diferente a los demás?

—Es el primer caso de esta índole que vamos a tener la posibilidad de estudiar. En todos los demás el estudio se ha basado en intentar reproducir los sueños que tienen los pacientes, pero según me informó el doctor Baumann, en su caso, se trata de sueños premonitorios. ¿Se imagina la diferencia?

—Creo que ahora mismo tengo saturada mi capacidad de imaginación.

—Le repetiré literalmente una frase de Sigmund Freud: *«Lo inconsciente está, por definición, fuera del alcance del conocimiento. Por lo tanto, el psicoanálisis se encuentra en la desafortunada posición de estudiar lo que no puede conocerse»*.

»Para Freud, los sueños eran el cumplimiento disfrazado de un deseo reprimido, pero el relato que el paciente nos puede ofrecer sobre esos sueños siempre es una información sesgada e insuficiente ya que se limita a lo que el propio paciente puede recordar sobre ellos. La visualización de todo o parte de estos sueños mediante el “*transmutador*” supone una herramienta de enorme valor para llevar a cabo una eficaz terapia psicoanalítica. Podemos incluso buscar y ver imágenes de sueños que el paciente no recuerda pero que aun así son de especial relevancia para su tratamiento.

—Desde luego es innegable que supone un avance de enorme magnitud —apuntó Sergio.

—Los sueños están ahí —continuó Bernhard—, almacenados en la memoria del inconsciente. Sabemos su ubicación en el cerebro, incluso algunos códigos para su localización; en definitiva, se trata de rescatar recuerdos. Pero en su caso..., no existe un sueño generado por el inconsciente, se trata de una premonición que tiene lugar durante el sueño, y que últimamente también se ha llegado a producir durante el día, estando consciente. Se trata de una visión de futuro, algo totalmente nuevo para nosotros y para las investigaciones que estamos llevando a cabo.

—Efectivamente, es algo muy diferente.

—Y según me informó el doctor Baumann..., usted precisa poder encontrar a esa mujer, lo considera un requisito imprescindible para su

recuperación emocional.

—Eloy también piensa que puede ser de gran ayuda. De no encontrarla, dados los síntomas, podría llegar a desarrollar una paranoia, o algo incluso peor. Usted no conoce mi caso...

—Tengo suficiente información sobre él —le interrumpió el doctor Schwarz—. En definitiva, creo que el tratamiento es de gran interés para las dos partes, y ambos podemos obtener un beneficio de los resultados.

—¿Cree realmente que el aparato puede llegar a mostrar unas imágenes que yo no soy capaz de ver? No consigo recordar el rostro de esa mujer.

—Usted mismo lo ha dicho. No consigue recordarlo. Pero es posible que sí lo haya visto, y su inconsciente, por razones que desconocemos, se lo oculte. Por eso mismo pienso que no podemos limitarnos a observar en tiempo real, a tentar la suerte de que tenga esa visión durante su estancia aquí, sería desaprovechar la gran oportunidad que para su caso nos brindan nuestras investigaciones.

—Tiene razón, y, además, no tengo nada que ocultar. Estoy dispuesto a someterme a esos procesos y colaborar todo lo posible con el tratamiento que quieran administrarme. Estoy aquí con un claro objetivo y no quiero, por mi parte, poner ningún obstáculo que me impida alcanzarlo.

—Excelente —exclamó el doctor Schwarz, visiblemente contento. A continuación, abrió una carpeta y extrajo de ella un grueso documento—. Aquí están los impresos que tiene que firmar autorizándonos a utilizar en usted la tecnología que le he explicado, y, también, las cláusulas de confidencialidad pertinentes.

—No creo que fuera capaz de explicar, ni tan siquiera repetir, todo lo que me ha estado comentando —apuntó Sergio.

—Lo sé, tan solo es una formalidad.

Mientras Sergio leía por encima los documentos redactados en inglés y los firmaba por duplicado, el doctor le observaba en silencio. Cuando terminó le dijo:

—Tome, esta es su copia de todo lo que ha firmado. Ahora acompáñeme,

voy a mostrarle el módulo de neuropsicología. Allí le dejaré en manos de mis colegas y comenzaremos el tratamiento.

—Muy bien —afirmó Sergio expectante, deseando comenzar cuanto antes.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXV

—¿Qué has decidido? —le preguntó Bea impaciente.

—Ya me conoces, no soy de las que huyen —replicó Alba.

—No se trata de huir, sino de sobrevivir. ¿Es que no sabes que ese tío está loco? ¡Puede matarte!

—Claro que sí, Bea, en cualquier momento y lugar, y el que me vaya a vivir a tu casa no lo evitará.

—Quizá no del todo, pero se lo pondremos mucho más difícil. Tenemos el mismo horario, podemos ir y regresar juntas del instituto...

—Eso es lo que quiero evitar.

—¿Cómo?

—No quiero involucrarte, ni a ti ni a Luis; no quiero que corráis ningún riesgo por mi culpa.

—¿Pero tú estás tonta? ¿Para qué están los amigos si no es para ayudarse? Además, solo sería hasta que regresase Sergio —exclamó Bea con evidentes signos de indignación en su rostro.

—No, eso tampoco lo quiero. No vamos a empezar a convivir por este motivo, no sería un buen comienzo, quiero que sea porque los dos tengamos la ilusión de compartir nuestra vida, y no por mi necesidad y miedo.

—Lo tuyo es grave, Alba, pero que muy grave. No conozco una mujer más cabezota que tú. ¿Mujer? No, para nada, te comportas como una chiquilla, tanto que presumes de sentido común...

—¡Para ya, Bea! Por ahí tampoco vas a conseguir que cambie de opinión —la interrumpió.

—¡Muy bien! —exclamó Bea enfadada—. Cuando acuda a tu entierro lo primero que haré será abofetearte, y luego... —no pudo terminar la frase, se volvió para ocultar las lágrimas que brotaban de sus párpados y comenzó a andar hacia la puerta del patio del instituto—. Se me hace tarde, ya son las tres

y cuarto —añadió sin volverse.

Alba corrió detrás de ella. En cuanto la alcanzó, la abrazó fuertemente mientras le susurraba «*perdóname*» intentando ahogar un sollozo.

—Claro que te perdono, Alba, pero no parece darte cuenta del peligro que corres..., y de lo que me estás haciendo sufrir, también.

—Soy perfectamente consciente de ello, Bea, pero nadie conoce a Héctor mejor que yo. Lo que me propones le pondría aún más furioso, y sería peor. Él, a su manera, me quiere, demasiado quizá, ese es el problema.

—Ese no es el problema, sino la excusa, la justificación de tanto maltrato y muerte. No te engañes Alba, por favor, es puro egoísmo. Esa clase de hombres son incapaces de aceptar que, por mucho que quieran, nadie les pertenece. El amor es un sentimiento que solo puede darse en libertad, y ellos no parecen entenderlo.

—Sí que lo entienden, pero no son capaces de asumirlo. En cualquier caso, Bea, tú lo has dicho, es muy tarde como para mantener ahora una reflexión sobre todo esto. Te repito que no soy una insensata, sencillamente creo que él reaccionará mucho mejor así, viéndome sola. Ahora incluso me alegro de que Sergio no esté, todo se habría complicado innecesariamente.

—De acuerdo, como quieras. Los viernes por la tarde lo tengo muy mal, pero si quieres que esta noche salgamos un rato..., creo que Luis no tiene ningún compromiso y podría quedarse con los niños, o mañana sábado...

—No te preocupes Bea, de verdad, si te necesito te llamaré. Siempre lo hago, ¿no?

—Sí, es cierto, eres una pesada —replicó sonriendo.

—Pues ya lo tenemos claro. Me voy que el estómago me da rugidos —dijo Alba mientras besaba a su amiga—. Ya nos vemos.

Bea la vio alejarse con paso decidido y cierta prisa. «*No quiero ni imaginar si este instante fuera el último recuerdo que tuviera de ella. Pese a todo lo que discutimos, la comprendo, y aunque me haga enfadar, la adoro. Es una mujer única*».

\* \* \*

—¡Hola Sergio! Perdona, me has pillado con la boca llena de pizza —se excusó Alba al contestar la llamada de su teléfono móvil.

—No sabía a qué hora llamarte. Aquí se cena tan pronto que he preferido hacerlo al terminar yo. Cuelgo y te vuelvo a llamar dentro de un rato.

—Nooo, aggg..., me voy a atragantar por tu culpa. Dame un segundo.

Alba soltó el móvil, agarró con ambas manos la bandeja y deshizo la posición de yoga en la que tenía cruzadas las piernas encima del sofá. Luego depositó la bandeja en la mesita baja del salón y dejó en el plato el pequeño trozo de pizza que aún le quedaba. A continuación, se terminó de un sorbo la copa de vino blanco que se estaba tomando y se la rellenó por tercera vez. La cogió con una mano, con la otra el móvil, y subió las piernas al sofá doblándolas de lado con los talones en sus nalgas.

—Ya estoy lista —afirmó intentando calcular el tiempo que habría tenido a Sergio esperando.

—¿Ya te has desnudado?

—¿Qué?

—No sé, como has tenido que prepararte tanto..., ya puestos, he imaginado que te ponías cómoda.

—Pues sí, efectivamente, me he puesto cómoda, pero sigo llevando la ropa puesta.

—¿Y qué ropa es esa?, si se puede saber.

—Una muy..., pero que muy...

—¿Sexi?

—Cómoda

Alba sabía que a Sergio le apetecía jugar, y a ella también, era una excelente forma de contrarrestar, al menos durante un rato, todo su desasosiego, pero aún le parecía prematuro iniciar estos juegos eróticos por teléfono. Ya habían hecho el amor, sí, y él la había visto desnuda, y con detalle, sin quitarle ojo de encima, pero aun así, sentía timidez, y más por teléfono, un medio por el que Sergio le parecía aún más alejado y extraño.

—Define cómoda —preguntó Sergio.

—¿No sabes lo que significa?

—Sí, pero en este caso...

—En este caso es un... —seguía dudando si iniciar el juego erótico o no —, pantalón desgastado de chándal y una camiseta también muy usada.

—Tienes razón, no hay nada más cómodo que la ropa muy usada — contestó Sergio sin poder evitar la decepción en su tono de voz.

—Y a ti, ¿qué tal te ha ido el día? Imagino que tienes mucho que contarme —dijo Alba con toda la intención de cambiar el tema de conversación.

—Sí, pero esa es la parte aburrida. ¿De verdad quieres que te lo cuente? Te aseguro que es un auténtico coñazo. ¿No te interesa más saber qué llevo puesto?

—Jajaja..., eres persistente.

—Todo se pega, Alba.

—Ya veo... Venga va, ¿qué llevas puesto?

*«Si el juego lo hace él... es distinto, quizá lo siga»*

—Un gorro, o, mejor dicho, un casco, pero blandito, como de silicona.

Alba no se podía imaginar esa respuesta. Le hubiera apetecido imaginarse el torso desnudo de Sergio, con ese vello que le cubría parte de los pectorales... Se la había devuelto, no cabía duda, la había dejado con las mismas ganas con las que se había quedado él.

*«Así que eres rencoroso, y si te las dan, las devuelves. Tendré que tenerlo en cuenta».*

—¿Y para qué llevas ese casco? —preguntó intrigada.

—Llevo la cabeza llena de electrodos y cables. Me la han tenido que depilar un poquito, apenas nada, son como micro ventosas adhesivas, pero llevo por lo menos una docena, creo. Los cables se recogen y bajan por ambos lados de la cabeza por detrás de las orejas, y finalmente llegan a un aparato que llevo adosado al pecho, a la altura del esternón. Ahora mismo estoy

tumbado en la cama, y pretenden que duerma así. Me acaban de dar varias pastillas, confío en que alguna de ellas sea para conciliar el sueño. Por eso te he llamado ahora, no sea que luego... no esté en condiciones.

—No te veo muy sexi así, la verdad.

—Qué graciosa eres, me encanta tu sentido del humor. Pues no sé qué decirte, es la nueva moda de sexi galáctico. También llevo una especie de top en el torso con más sensores.

—¿Y el casco? ¿Qué se supone que controla? ¿Para qué es?

—Es una especie de electroencefalograma continuo. Lo voy a llevar de forma ininterrumpida durante dos o tres días, y todos los registros quedarán almacenados en ese aparato que llevo en el pecho; cada doce horas lo vuelcan a un ordenador y analizan los resultados.

—Eso me recuerda al *holter* que le pusieron en una ocasión a mi padre para hacerle un electrocardiograma continuo durante veinticuatro horas, aunque los sensores estaban en el pecho, claro.

—Eso es lo que creo que llevo en el tórax, el top al que me he referido antes. Me ha parecido entender que me decían eso al colocármelo.

—Vayamos por orden. ¿Qué cosas te han hecho hoy?

—Muchas y variadas. A ver..., una tomografía axial computerizada, lo que conocemos por TAC; luego un TEP, que es lo mismo, pero en el que me introducen un líquido radioactivo, y observan qué zonas se iluminan más, y, por tanto, están más activas. Luego también me han hecho una fMRI, es decir, una resonancia magnética funcional. Ayer, durante el reconocimiento médico, me hicieron la habitual, pero en esta te piden que realices diversas acciones, como mover unos dedos, ver unas fotos y tomar decisiones sobre ellas...

—Pero ¿todas esas pruebas te las hacían seguidas?

—El TAC y el TEP sí, en el mismo aparato. Luego me han dejado descansar un rato y tomar un zumo.

—¿Y qué más?

—Pues ensayos o pruebas diagnósticas que, yo al menos, no conocía. En una de ellas estaban averiguando el código dendrítico, que no tengo ni idea de

lo que es, pero en la pantalla se veían unas luces muy bonitas, una especie de árbol con muchas ramificaciones de colores diferentes. Creo que reflejaban determinadas zonas neuronales, pero no te lo puedo asegurar.

—El estudio del cerebro debe ser algo apasionante —reflexionó Alba en voz alta.

—Si eres el investigador, seguro que sí, pero si eres el conejillo...

—Ya, perdona, entiéndeme...

—Solo bromeo. La verdad es que yo veía esas imágenes y me resultaban fascinantes. Una que también me ha llamado mucho la atención era la ITD, la imagen por tensor de difusión, una variante de la tomografía por resonancia magnética. Son como haces de fibras nerviosas de diversos colores que conectan zonas del cerebro. Eso me lo han hecho esta tarde, al igual que la cartografía del encéfalo, una representación tridimensional de mi cerebro en el que se veían miles de puntos luminosos de colores y de conexiones entre ellos. Es algo impresionante.

—Ya veo que te han tenido muy entretenido.

—La verdad es que sí, el día ha transcurrido en un suspiro, pero ahora me siento agotado, y cada vez más. Tengo la sensación de que me voy a quedar dormido en cualquier momento.

—Probablemente es lo que debes hacer, relajarte e intentar dormir. Venga, descansa, mañana seguimos hablando, Sergio.

—Pero no me has dicho nada de ti, de cómo te ha ido el día...

—Un viernes como otro cualquiera. Se suelen hacer largos, ya sabes...

—Sí, pero..., tengo la misma sensación que anoche. Algo te ocurre, creo que no estás bien. ¿Qué te preocupa?

—Si lo que estás buscando es que te diga que te echo de menos..., lo cierto es que a la hora del café sí, te he echado en falta, estoy tan acostumbrada a que lo tomes conmigo...

—Tienes mucho arte para desviar la atención, pero te va a resultar difícil conseguirlo. No me refiero a eso, y lo sabes.

—Lo que sé es que eres un pesado, y un testarudo, además.

*«No es conveniente en este momento preocupar a Sergio con mis problemas. Probablemente sería contraproducente para los tratamientos que le están haciendo».*

—No más que tú, Alba. Mira, no hay que ser un lince para saber de qué se trata.

—¿Qué? ¿A qué te refieres?

*«Tiene que ser un farol. ¿Cómo va a saberlo? Ellos no tienen intuición para estas cosas».*

—Me refiero a tu ex, a Héctor. ¿Qué ocurre con él?

*«¡Joder! ¿Cómo puede saberlo? No tendrán intuición, pero a veces su lógica resulta aplastante. ¿Lo habrá averiguado de esta forma? Negarlo sería mentirle, y eso no puedo ni quiero hacerlo».*

—De acuerdo, hay algo de eso, pero no es nada, tonterías mías.

—Déjame que eso lo valore yo.

—Mira Sergio, no quiero preocuparte con bobadas, no creo que resulte conveniente en tu situación, y menos por teléfono. Ya te lo cuento cuando regreses.

—Ni hablar. Tienes que decirme ahora mismo de qué se trata. Estoy seguro que el casco y el top van a empezar a echar humo de un momento a otro. ¿No lo entiendes? No puedo quedarme así ahora.

*«Tiene razón, yo tampoco podría. El muy cabrón me ha pillado, lo ha conseguido, creo que lo estoy minusvalorando. Ya pensaré en eso, pero ahora no tengo otra salida que decírselo».*

—De acuerdo. Supongo que si no te lo cuento aún parecerá algo peor.

—Segurísimo —insistió Sergio.

—Bien. Ayer jueves a mediodía me llamó Mario, su antiguo compañero. ¿Te acuerdas de él?

—Por supuesto. El que me provocaba en la fiesta de cumpleaños de Bea.

—Exacto, ese es.

*«Y además tiene buena memoria. Parece que las cosas no vayan con él..., este es de los que no olvidan. Estuvo genial ese día, demostró tener mucha templanza, justo toda la que le faltaba a Héctor, pero tomó buena nota de Mario, lo ha recordado al instante».*

—¿Y bien?

—Lo hizo para contarme que a Héctor le habían concedido el tercer grado. ¿Sabes lo que eso significa?

—Creo que sí; que ya puede salir de la cárcel. Un régimen de semilibertad en el que solo vuelven para dormir, excepto los fines de semana.

—Si solicitas la pulsera o tobillera de seguimiento, ni siquiera tienes que regresar por la noche.

—¿Tienes orden de alejamiento?

—No.

—¿No? ¿Con lo que pasó, no lo denunciaste?

—Él estaba en la cárcel en prisión preventiva. No quería perjudicarlo más, le acusaban de algo muy grave.

—Bueno, ahora ya no se puede hacer nada respecto a eso. —Sergio suspiró, y, después de una pequeña pausa, añadió—: Supongo que piensas que pretenderá volver a verte.

—Es lógico, querrá recoger sus cosas...

—No creo que eso sea lo que más le motive... ¿Y has pensado que vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Pues nada, esperar. Supongo que tarde o temprano lo veré a la salida del instituto, o incluso se presentará aquí, no sé.

—¿Puedo hacerte una sugerencia?

*«Me conoce, apenas hemos salido un par de veces y parece conocerme muy bien. Yo esperaba que me dijera algo así como... “Te voy a decir lo que tienes que hacer...” , o quizá más suave, pero algo por el estilo. El caballero*

*fuerte protegiendo a la débil dama... Pues no parece que va por ahí la cosa. Una sugerencia...»*

—Claro que puedes.

Durante unos segundos Sergio se mantuvo en silencio, como sopesando lo que iba a decir.

*«Duda, no lo tiene claro, piensa que igual mete la pata. ¿Será lo que me imagino?»*

—Quizá no deberías estar sola...

—¿Tú también? Eso ya me lo ha dicho Bea...

—Ya, lo suponía, como también imagino que te habrás negado.

—Sí, has acertado.

—Lo entiendo.

*«¿Lo entiende? Este hombre es un genio, o bien yo debo ser una mujer muy transparente, al menos para él. Pues vaya putada si es así. Siempre irá un paso por delante de mí»*

—Me alegro de ello, porque Bea no lo entendía. Me ha costado una discusión con ella hacérselo ver.

—No me extraña, Bea te quiere mucho, eso se nota, y querrá protegerte.

*«¿Y tú no? Pensaba que tú también querrías protegerme... Qué jodida soy, no me extraña que a veces, o, mejor dicho, casi siempre, los hombres no nos entiendan»*

—En ese caso... mi sugerencia es que no te quedes a solas con él. Si tiene que entrar a tu casa a recoger algo...

—En mi casa no hay nada suyo —le interrumpió.

—Mucho mejor entonces. No tiene excusa para entrar. Lo que tengáis que hablar procura hacerlo en un sitio público, ese es mi consejo.

—Me parece una buena idea, Sergio.

—Me alegro de ello. También me gustaría pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Que me tengas al corriente de este tema. Si te llama, o le ves... Notar que no estás bien, que algo te preocupa, y desconocer la causa..., desde anoche he estado bastante inquieto. Yo siempre prefiero saber la verdad de las cosas a tener que hacer elucubraciones.

—De acuerdo. Te mantendré al corriente de este asunto.

—Te lo agradezco, Alba.

—Pues ya es hora de que te pongas a dormir. Tienes que hacer tus deberes.

—¿Dormir? Ahora mismo no tengo nada de sueño. La parte positiva es que seguro que tendré pesadillas, y eso es lo que pretenden.

—Oye...

—Dime.

—Por lo que me has contado... ¿ellos podrán ver tus sueños?

—Eso pretenden, al menos.

—¿Y tú querías...? ¿No te das cuenta de que entonces podrías tener un sueño erótico conmigo, y ellos visualizarlo después?

—Al contrario. Como no has querido jugar..., pues me he quedado con esa necesidad. ¿Sabes qué decía Sigmund Freud?

—No.

—Que los sueños eran el cumplimiento disfrazado de un deseo reprimido.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Pues que como no has querido jugar..., ahora mi inconsciente recreará una fantasía seguro que más lasciva aún, y como además mi consciente guarda imágenes reales de..., las utilizará en el sueño, con lo que...

—¡Calla! Esto suena a peli porno.

—Pues espero que luego me pasen la película, y no la vean solo ellos.

—Menos mal que todo esto parece ciencia ficción, porque si fuera cierto...

—Mejor no pensar en ello.

—Mejor, sí. Venga Sergio, es hora de que duermas, o de que disfrutes, no sé.

—Espero que ambas cosas —dijo riendo.

—Al menos me despido de ti con una sonrisa.

—Aún sería más grande si me hubieses dejado...

—No estaba para eso.

—Claro, ahora lo entiendo. Queda pendiente entonces, ¿vale?

—Ya veremos.

—Pues vale que ya lo veremos. Un montón de besos, guapísima.

—Bueno, va, alguno de vuelta para ti, sexi galáctico. Hasta mañana.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXVI

Alba se sobresaltó al escuchar el timbre del interfono. Estaba distraída planchando con los auriculares puestos, y, al parecer, no lo había oído la primera vez que sonó dada la insistencia con la que se reproducía ahora. Consultó la hora, eran cerca de las seis de la tarde.

Sin saber por qué caminaba hacia la puerta de entrada con el estómago encogido. Cabía la posibilidad de que fuera Héctor, pero ella pensaba que probablemente él hubiese preferido abordarla directamente a la salida del instituto, o incluso al llegar a su casa. Por otra parte, era sábado, quizá un poco pronto para que hubiera averiguado donde vivía.

Llegó hasta el hall de entrada y descolgó el auricular. Solo se escuchaba el ruido propio de la circulación de coches.

—¿Quién es? —preguntó intentando aparentar serenidad en su tono de voz.

No respondía nadie, pero aun así, entre el ruido del tráfico, le parecía escuchar el sonido de una respiración.

*«Deben ser imaginaciones mías, no tiene sentido. Que pretendería con eso. Será alguien que se habrá equivocado de puerta y no quiere contestar ahora, o que ya ha entrado al patio...».*

—No sabes cuánto he echado de menos esa voz.

Alba sintió como si la hubiesen disparado, un impacto en el pecho que la hizo tambalearse. Después una repentina flojedad en las piernas la impedía mantenerse de pie. Se agarró fuertemente al pomo de la puerta de entrada para no caer. Respiró hondo, y haciendo acopio de todas sus fuerzas, respondió:

—¿Qué quieres?

—Qué voy a querer, cariño. Hablar contigo.

Alba apenas reconocía esa voz que siempre le pareció enérgica, un aspecto de ella que le gustaba, pero que ahora, además, se le antojaba falsa, incluso hipócrita. No pudo evitar sentir un escalofrío y que la piel se le erizara.

—No tenemos nada de qué hablar.

—¿Después de casi dos años sin vernos...? Yo creo que sí, tenemos mucho que decirnos.

Después de unos segundos añadió con voz imperativa:

—¡Abre!

—No —respondió Alba al instante—. Te lo repito, no tenemos nada de qué hablar. Ponte en contacto con tu abogado si quieres...

No pudo terminar la frase, Héctor la interrumpió.

—¿Acaso piensas quedarte eternamente ahí, en tu nuevo piso? —exclamó con sarcasmo—. Eso no impedirá que suba. Puedo abrir esta maldita puerta de una patada, o esperar a que alguien entre o salga del patio. Te he dicho que quiero volver a hablar contigo, y lo voy a hacer —dijo amenazante.

*«Esto no me lleva a ninguna parte. ¿Qué hago? ¿Llamo a la policía? ¿Y qué les voy a decir? ¿Que mi antigua pareja quiere hablar conmigo? ¿Y si llamo a Mario?».*

Meditó durante un momento esta última opción. Quizá él le pudiera aconsejar alguna solución; al fin y al cabo, se ofreció para ello, incluso insistió en que le llamara si Héctor aparecía.

*«No me apetece involucrarlo en esto, ni tampoco deberle un favor. Este es de los que luego se lo quieren cobrar con creces. Como echo de menos que Sergio no esté aquí. Ufff..., no, sería muchísimo peor, tendría que enfrentarse a él, y eso es lo que Héctor querría, quizá hasta sepa que estoy saliendo con alguien...».*

—¡Abre de una puta vez, coño! —gritó Héctor.

Como impulsada por un resorte, Alba contestó:

—En la acera de enfrente, unos cuarenta o cincuenta metros más arriba, hay una cafetería que se llama *Coffee with milk*. Espérame allí, tardaré unos diez minutos.

Alba se sentó sobre el suelo de parqué con la espalda apoyada en la puerta. Las piernas ya no la sostenían. Había imaginado muchas veces el

momento de volver a enfrentarse a él, y en ninguna de ellas había podido imaginar que llegara a sentir tanto miedo, y eso antes de que pasara nada. Estaba aterrada. Ni siquiera había meditado la propuesta que terminaba de hacerle, pero la veía bien, era su mejor salida, al menos ahora lo veía así.

No entendía por qué Héctor no contestaba. «*¿Habrá podido entrar finalmente? ¿Estará ya subiendo en el ascensor?*».

Instintivamente corrió el cerrojo que colocó en la puerta cuando ocupó este nuevo piso. Ahora se alegraba de la cuantiosa factura que tuvo que pagar al cerrajero para instalárselo. Solo por el desplazamiento...

—¡De acuerdo! —chilló interrumpiendo sus pensamientos—. No tardes. Ahí te espero. Ah, y será mejor que no me la juegues —sentenció.

—Diez minutos —respondió Alba secamente.

Soltó el auricular, y este quedó balanceándose en la pared colgado del cable que lo unía al soporte. Respiró hondo. Lo había conseguido. Ahora tenía que recuperar la entereza para que cuando bajara y le viera, pudiera aparentar serenidad.

Dudaba de que pudiera conseguirlo. El miedo aún seguía recorriendo sus entrañas. ¿Por qué? ¿Por qué sentía ahora ese pánico cuando la última vez pudo enfrentarse a él pese a que la amenazaba con una pistola? ¿Qué había cambiado?

No lo sabía, no lo entendía, no podía explicárselo a sí misma.

«*¿Qué hago, me preparo una infusión relajante? No creo que le dé tiempo a hacerme efecto, y no debo hacerle esperar, tengo que ser puntual. ¿Llamo a Mario? Y qué va a hacer él, ¿venir aquí? ¿hablar con él?*».

Ahora no encontraba respuesta a sus dudas, pero tenía que ponerse ya en movimiento. Intentó incorporarse, y lo consiguió a duras penas, era como si el cuerpo hubiera duplicado su peso. Una vez completamente erguida parecía como si las paredes quisieran danzar a su alrededor. Cerró los ojos y respiró profundamente varias veces. Notaba el pulso muy agitado rebotando en sus sienes. Empezaba a tener una jaqueca horrible.

«*No puedes venirte abajo. Alba, tu nunca te rindes, recuérdalo* —se

decía a sí misma—. *Tengo que sobreponerme a esta situación. Todo lo que siento es miedo, y él a su vez es el causante de mi flojedad, de mis nervios, de la jaqueca que empieza a invadirme... En la cafetería estaré segura, ahí no podrá hacerme nada, y tengo que aparentar firmeza. No, no tengo que aparentar, la tengo, estoy firmemente decidida, sé lo que tengo que hacer, como lo sabía el día que me puso el cañón de la pistola junto a mi cara. Y ese día no temblé, y hoy tampoco lo pienso hacer».*

Se dirigió con presteza hacia su habitación. Abrió el armario y descolgó unos vaqueros y una camiseta. De un cajón sacó unas cómodas sandalias. Se quitó la ropa y se vistió en un santiamén. Ahora todas las funciones de su cuerpo respondían a la perfección. Daba gracias al universo porque se hubieran aliado con ella y la respaldaran en estos momentos.

Se fue al lavabo y se miró en el espejo. Estaba horrible, como suponía. No le importaba en absoluto. Se pasó el cepillo por el pelo y un lápiz de cacao de color fresa por los labios. Eso fue todo. Les faltaba mucho color a las mejillas, pero no quería maquillarse, quizá un poco de polvo le viniera bien, tampoco interesaba que la viera pálida, él podía interpretarlo como un síntoma de miedo, y eso no iba a evidenciarlo por nada del mundo. Abrió un neceser y con una pequeña brocha se puso un poco de polvo de color canela suave en las mejillas. Ya estaba lista.

Cogió el móvil y miró la hora. No tenía ni idea del tiempo que había transcurrido, pero seguro que era tarde. Se colgó el bolso tipo bandolera, y, con las llaves en la mano, se fue rápidamente hacia la puerta. La suerte estaba echada. Ahora solo quedaba jugar las cartas.

\* \* \*

Apenas se acordaba de los sueños, pero estaba convencido de que los había tenido, y muy fuertes, además. No los llamaba pesadillas precisamente porque no los recordaba con nitidez, tan solo algunas imágenes aisladas, momentos de la noche en los que se despertó sobresaltado, aunque luego volvió a dormirse. Desde luego no cabía duda de que había pasado una noche muy agitada. ¿Sería efecto de los fármacos que le habían dado antes de acostarse? Probablemente.

Insistió. Quería ver al doctor Schwarz, y lo consiguió, y además le

convenció para que hicieran ya un volcado de datos del aparato de registro que llevaba en el pecho al ordenador, con el fin de filtrarlos y pasarlos luego al conversor y así poder visualizar las imágenes. Estaba seguro de que había soñado con esa mujer, con Luna, o al menos lo estaba de que ella había aparecido en algún momento en sus sueños. También tenía la sospecha de que había soñado con Alba. ¿Aparecería ella en las imágenes? ¿Podría reconocerla? ¿Serían momentos vividos anteriormente, como cuando hicieron el amor en su apartamento?

En principio le habían dicho que sobre las cinco de la tarde tendrían los resultados, pero se estaban demorando, ya eran más de las seis. Él, mientras tanto, permanecía en su habitación con el casco lleno de cables en la cabeza, esperando que de un momento a otro Dieter llamara a su puerta para acompañarlo a una sala donde, según le había contado el doctor, visualizaban las imágenes de los sueños de los pacientes. Se imaginaba una especie de mini cine o algo así. Estaba expectante por saber cómo era.

Unos suaves golpes anunciaron que la puerta de su habitación iba a abrirse. Era Dieter. Le saludó amablemente y le pidió que lo acompañara.

No era lo que se esperaba, o lo que su imaginación había fantaseado mientras aguardaba en la habitación. Esa pequeña sala de cine con amplios sillones que había visto en alguna película, en la que los directivos de la productora junto con el director, técnicos principales de realización y actores protagonistas, asistían al primer visionado de la cinta. En absoluto se parecía a aquello. Esto era un pequeño aulario, escalonado, con bancos y asientos corridos de forma curva formando un graderío. Enfrente, una pantalla de proyección, eso sí, de considerable tamaño. La sala tendría capacidad para unas cincuenta o sesenta personas, pero ahora solo estaban alrededor de una docena, con carpetas y blocs sobre el banco corrido. Parecía que estaban tomando apuntes.

—Pase señor Fonseca —le dijo amablemente el doctor Schwarz invitándole a que tomara asiento a su lado—. Ya hemos presenciado varias veces las imágenes. Ahora las volveremos a proyectar para que usted nos ayude a entender su significado.

—¿Se puede reconocer algo?

—Mucho más de lo que podíamos imaginar; ahora estamos seguros de que la calidad de la imagen tiene mucho que ver con la intensidad en la recreación del sueño, y esta noche debe haber tenido usted verdaderas pesadillas.

—Quizá esos fármacos que me dieron...

—Sí, efectivamente, le administramos una medicación que estimula la actividad neuronal, pero no podemos abusar de ello porque entonces tendría alucinaciones y desvirtuaría por completo los resultados.

—Entiendo.

—Bien, antes de empezar tengo que explicarle un poco el proceso. El ordenador, en el análisis de todos los registros, ya desecha aquellos que no tienen una resolución suficiente, y nos muestra tan solo aquellas secuencias o fotogramas que entiende pueden ser de utilidad, es decir, susceptibles de constituir una imagen reconocible. Como consecuencia, estas imágenes no tienen continuidad, pueden estar separadas por muchos minutos de ensoñación entre unas y otras.

—¿Y en ese análisis están todos los registros que se han producido desde que me pusieron el casco?

—No. Dada su insistencia hemos procedido a volcar solo los que se han producido esta noche, para así acotar mucho mejor los resultados. De todas formas, tiene que entender algo. Aunque nuestra tecnología fuera perfecta y pudiéramos visualizar al completo todo su periodo de ensoñación, eso tampoco quiere decir que este tuviera continuidad, ni espacial ni temporal. Ya sabe que los sueños, o las pesadillas en particular, son recreaciones fantaseadas de nuestro inconsciente, y a menudo, su composición es bastante surrealista, o incluso abstracta.

—Entiendo lo que quiere decir. Pues bien, vamos a ver ya esas imágenes.

Sergio sentía una gran ansiedad y no podía esperar más. Por fin iba a tener ante sus ojos la posibilidad de saber quién era esa mujer y por qué aparecía en sus sueños. Necesariamente debería existir una razón, y ahora estaba a punto de ser desvelada.

\* \* \*

Alba cruzó la puerta de la cafetería *Coffee with milk*. El local se encontraba prácticamente vacío a esa hora del sábado por la tarde. Se detuvo un instante y miró a su alrededor. Al fondo, en la mesa más alejada de la barra, la esperaba Héctor. Con paso firme y decidido se dirigió hacia allí manteniendo en todo momento la cabeza erguida y la vista en los ojos de Héctor.

Él se levantó cuando ella llegó a la mesa y acercó el rostro a su mejilla con la aparente intención de darle un beso. Alba hizo caso omiso sentándose rápidamente en la silla que quedaba enfrentada a él. Héctor no pudo disimular un gesto de disgusto.

Durante un instante ambos se observaron sin decir nada.

—¿Qué desean tomar? —preguntó una camarera que ante la ausencia de clientes se había acercado con presteza para tomar nota del pedido.

—Un café solo con *baileys* —respondió él.

—Para mí un té verde.

—Muy bien. Ahora enseguida lo traigo.

Alba y Héctor continuaron observándose en cuanto la camarera se alejó.

*«Está bastante más delgado y tiene una expresión envilecida que no me gusta nada. No le ha sentado nada bien la cárcel».*

—Bien, ¿qué es lo que quieres? —preguntó Alba que se sentía muy incómoda ante la inquisitiva mirada de Héctor.

—Ya te lo he dicho antes; verte y hablar contigo.

—Ya me estás viendo.

—No parece que te haya sentado muy bien mi ausencia. Estás algo pálida, aunque eso sí, has engordado un poco.

Alba quiso responder a su comentario, pero guardó silencio, no le apetecía seguirle el juego.

Héctor respetó el mutismo de Alba durante unos segundos, pasados los cuales, añadió:

—¿Qué tal te va con tu nuevo... “amigo”?

Un escalofrío recorrió su cuerpo.

*«¿Qué? ¿Cómo puede saberlo? Si le habrán soltado hoy, o ayer por la tarde a lo sumo, y Sergio se fue el jueves desde el instituto. Alguien me ha estado observando por orden suya, ¿Qué más sabrá de mí?».*

—Eso no es de tu incumbencia.

—Todo lo que tenga que ver contigo, es y será siempre, asunto mío.

—Te equivocas, y lo sabes. No pienso discutir sobre esa cuestión. Lo nuestro terminó y punto —replicó Alba de forma contundente.

—¿Piensas que puedes decidir cuándo cogerme y cuándo dejarme? ¿Quién te has creído que eres? —dijo de forma airada.

—Una relación es cosa de dos, Héctor, algo que tú no acabas de entender, y si una persona quiere estar con otra ha de ser de forma libre y voluntaria, nunca impuesta —replicó Alba con serenidad, incluso forzando un poco la dulzura de su voz. Por todos los medios quería relajar la tensión de Héctor, le conocía bien, y tenía que cortar su creciente irritación antes de que fuera demasiado tarde.

De nuevo los dos se quedaron en silencio, como valorándose mutuamente.

—Aquí tienen. Un café con *baileys* para usted..., y un té verde.

La camarera depositó las consumiciones en la mesa. En cuanto se alejó, fue Héctor el que se decidió a hablar:

—¿Por qué? —preguntó mirándola fijamente a los ojos.

—¿Qué hice yo para perderte? —repitió con voz suplicante.

Había sinceridad en su mirada. Alba observó que realmente él no sabía, no entendía, cómo ni de qué forma, ella dejó de estar enamorada.

—Siempre te he querido, Alba, más que a nada en el mundo. Eres lo único que me importa en esta vida. Te daría lo imposible con tal de hacerte feliz. ¿Es que no lo ves?

Alba sintió como las lágrimas pretendían brotar de sus ojos. Parpadeó

varias veces, tenía que evitarlo a toda costa. No podía evidenciar su emoción ante las palabras de él. En realidad, era pena, sentía verdadera lástima por ese hombre fuerte y vigoroso que la enamoró hace años y al que ahora veía hundido y destrozado como un muñeco de trapo.

Hubiera dado cualquier cosa por seguir sintiendo amor por él, lamentaba profundamente el dolor que exteriorizaba, pero no cabía vuelta atrás. La intensa relación que un día tuvieron ya no tenía recorrido alguno.

—Este tiempo en prisión me ha servido para reflexionar. He cambiado, Alba. Por favor, dame una oportunidad —suplicó con los ojos humedecidos.

Alba no podía permitir que Héctor se rebajara hasta ese punto. Su posterior reacción ante la negativa de ella sería mucho más virulenta aún por este motivo. Tenía que evitar que se sintiera humillado, pero a la vez, no podía crearle expectativas. Debía dejarle claro que no existía ninguna posibilidad.

Sentía la sensación de un cuchillo clavado en su estómago y que alguien estaba haciendo girar y mover de un lado a otro. El dolor era muy intenso. Respiró hondo, tenía que sobreponerse y responder de una vez, no podía demorarlo por más tiempo. El sufrimiento de él era más que evidente.

—Héctor —dijo con el tono de voz más dulce que pudo pronunciar—, no eres tú, no es algo que tú puedas hacer o no. El amor es así de inexplicable. A veces surge sin que nos demos cuenta, sin pretenderlo, ajeno por completo a nuestros designios, usurpando nuestra voluntad. Y de la misma forma que aflora sin más, puede desaparecer igualmente...

—Podemos recuperarlo —la interrumpió—. Solo te pido que me dejes intentarlo.

—Si creyera que existe alguna posibilidad..., pero no es así, Héctor, lo siento mucho, de verdad.

—Se trata de ese profesor, ¿no? Seguro que estás colada por él. ¿Qué te puede ofrecer? —preguntó en tono desafiante.

—No insistas, Héctor, por favor, te lo suplico...

Él la miró intensamente a los ojos, y Alba le sostuvo la mirada. En los ojos de ella comprobó la sinceridad de sus palabras, y también su convicción,

incluso llegó a atisbar, o eso creyó ver, una pizca de ternura. Los ojos de Héctor se inundaron de lágrimas. Alba jamás le había visto llorar. Se le encogió el corazón y tuvo, esta vez, sí, que bajar su mirada a la mesa; no podía ver como resbalaban lentamente por sus mejillas en el más absoluto silencio. Ese hombretón tan fuerte, tan rudo en ocasiones, y tan vigoroso, lloraba ahora como un niño desconsolado. Vio como una de las lágrimas se estrellaba contra la superficie de la mesa, muy cerca de su taza de café...

En ese momento sintió como las dos manos de él abrazaron sus mejillas, y, con fuerza, atrajeron su rostro hacia el suyo.

La besó en los labios, con la pasión de la primera vez, intensamente, con vehemencia, como si jamás pudiera volver a repetirse. Alba perdió la noción del tiempo, no era capaz de saber durante cuántos segundos se prolongó ese beso tan lleno de pasión como de furia.

Lentamente él separó sus labios y ella abrió los ojos, aturdida aún por esa arrebatadora, imprevista y fugaz demostración de... ¿amor? ¿deseo?

Apenas llegó a verlo. Héctor se levantó y se marchó sin decir ni una sola palabra de despedida, o de reproche. Despareció de su vista en el más absoluto silencio, mientras Alba aún sentía en sus labios el salado sabor de las lágrimas de él.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXVII

Se escuchaba el silencio. Nadie hacía el menor ruido, como si todos los asistentes estuviesen completamente quietos y conteniendo la respiración. Ya le había advertido el doctor que, de momento, no conseguían reproducir los sonidos del sueño. ¿Y las imágenes? ¿Serían en color? No se había acordado de preguntárselo, y ahora no valía la pena hacerlo, estaba a punto de verlo por sí mismo. Si fueran en blanco y negro se le antojaba que iba a ver una de esas películas mudas de la época de Charles Chaplin.

—Primero haremos un pase visualizando de forma ininterrumpida las imágenes que el conversor ha conseguido reproducir en tiempo real. Por su duración calculamos que se corresponde aproximadamente a un diez por ciento de la ensoñación. Como ya es bastante tarde, mañana, a lo largo del día, las analizaremos. Podremos parar el visionado, ampliar detalles..., ya lo verá —le aclaró el doctor.

Sergio asintió y se removió en su asiento. Le costaba mantener la serenidad. ¿Qué era lo que iba a presenciar? Ellos ya lo habían visto y el neuropsicólogo no le había anticipado nada. ¿Habría escenas íntimas con Alba? Todo era posible.

Se redujo la luminosidad de la sala y al instante la pantalla mostraba unas imágenes en movimiento que, de momento, no conseguía reconocer. Podría decirse que eran en color, pero este fluctuaba continuamente de intensidad, predominando más los grises, o un tono sepia más bien. Todo parecía suceder muy deprisa, a gran velocidad, pero no entendía nada, ni le encontraba sentido a lo que veía. Se trataba de una rápida sucesión de micro secuencias, a veces solo fotogramas que se alternaban con espacios en negro durante un tiempo variable.

Su ilusión inicial se tornaba ahora en decepción. De nada le servía lo que estaba viendo. Quizá fuera un gran logro a nivel científico; de hecho, la expresión de satisfacción y de concentración del doctor y sus acompañantes era más que evidente, pero a él no le solucionaba nada. No era la respuesta que necesitaba.

—Tenga paciencia señor Fonseca —le dijo el doctor que parecía leerle el pensamiento.

*«¿Sabrán lo que estoy pensando? Aún llevo el casco con todos esos sensores y cables. No me extrañaría nada. Seguro que me han contado tan solo una mínima parte de todos los avances que han conseguido».*

—¡Es ella, es Luna! —No pudo evitarlo, y aunque no había gritado en absoluto, dado el silencio reinante, su voz resonó por toda la sala—. Perdón —añadió.

En realidad, apenas había visto nada, una imagen en movimiento que había aparecido fugazmente, pero la reconoció al instante. Era una de esas pequeñas secuencias que recordaba por la reiteración en sus sueños, y gracias a ello la tenía grabada en su mente. Curiosamente se había mostrado con bastante colorido y nitidez, aunque apenas se había visto de espaldas el cuerpo de una mujer vestida con unos pantalones bombachos y una camiseta, y con un pañuelo en la cabeza. Así era como la recordaba en su mente, y de esa forma, no podría reconocerla si la viera delante de él, ni, por supuesto, saber dónde podría encontrarla.

Efectivamente, sus sospechas se hacían realidad. Allí estaba Alba, ahora sí, con una nitidez asombrosa, como si la hubiese filmado con los mismos ojos con los que la vio en su momento. Escenas que reconocía perfectamente, como las de su primera cita en el mercado de San Miguel; un primer plano de sus labios cuando él le introducía la ostra en su boca..., pero esas imágenes se mezclaban con otras carentes de sentido, y que, además, no reconocía.

Realmente se trataba de algo asombroso. Su mirada convertida en un dispositivo de filmación, en una cámara que observaba y grababa todo aquello que le suscitaba interés. Sergio se quedó perplejo, y avergonzado también, al ver como ese ojo indiscreto recorría el precioso vestido primaveral con el que Alba le deleitó en su primera cita; el sugerente escote en uve que le conducía directamente hasta sus senos, el balanceo de sus caderas cuando pasó junto a él, su erguido trasero...

Veinte minutos más tarde la iluminación de la sala recobró su intensidad inicial. Se había terminado el visionado, al menos de momento. Sergio estaba convencido de que habían cortado aquellas secuencias íntimas cuya

reproducción podrían haberle resultado incómodas, ya que en ningún momento se vio a Alba desnuda, y, desde luego, esas imágenes las tenía grabadas a fuego en su memoria. Siempre cabía la posibilidad de que no hubiesen aparecido en los sueños que tuvo anoche, pero lo dudaba. En cuanto a Luna..., le había parecido verla unas veces más pero no estaba seguro. Todo ocurría tan rápido...

—¿Qué le ha parecido? —le preguntó el doctor Schwarz.

—Impresionante. Usted me lo anticipó, pero no imaginaba que se pudiera llegar tan lejos.

—Aún nos queda mucho camino por recorrer.

—Supongo que sí, pero lo conseguido hasta ahora es enorme.

—Bien. Como ya le he dicho antes, mañana nos dedicaremos a ver con detalle las imágenes, y usted estará presente. No olvido que su propósito, y la razón de que haya aceptado someterse a estas pruebas, es encontrar pistas sobre la identidad de esa mujer, de Luna, como usted la llama. Mañana pondremos todos nuestros recursos al servicio de esta idea, y veremos hasta donde se puede llegar en su identificación, de ella y del entorno en el que se mueve. Ahora váyase a cenar y luego descanse. Dieter pasará por su habitación para dejarle la medicación de esta noche.

—¿Tengo que seguir con el gorro puesto?

—Es lo mejor. En cualquier momento puede registrar algo interesante. ¿No ha tenido ninguna premonición estando despierto?

—De momento, no.

—Es lógico. Este no es el ambiente más propicio para ello, pero aun así hay que estar alerta y aprovechar el tiempo que usted esté aquí. Nunca se sabe cuándo puede ocurrir.

—De acuerdo. Hasta mañana entonces —se despidió Sergio.

Mientras se alejaba en dirección al comedor, consultó su reloj. Eran casi las siete y media de la tarde, bastante pronto aún. Cenaría y luego, cuando estuviera tranquilamente en su habitación, llamaría a Alba para contarse mutuamente cómo les había ido el sábado.

\* \* \*

Seguía aturdida. La reacción de Héctor la había desconcertado por completo. ¿Qué significaba aquél beso? ¿Se había despedido realmente? ¿Renunciaba a poseerla?

Distraídamente giró su cabeza hasta poder tener una visión completa del local. Efectivamente, Héctor se había marchado. De pronto cruzó su mirada con la camarera que parecía atenta a sus reacciones. Rápidamente volvió su vista hacia la mesa y se concentró en su taza de té. Él ni siquiera había probado un sorbo de su café. Aún seguía allí, humeante, desprendiendo el seductor aroma proporcionado por el *baileys*, como también seguía allí, sobre la superficie de la mesa, la húmeda mancha que había dejado aquella lágrima de dolor al estrellarse contra ella.

No podía quitarse de la cabeza la imagen de Héctor llorando desconsoladamente en silencio, con la expresión de no entender nada, de resignarse ante lo inevitable... Pero ¿se había resignado realmente? ¿Aceptaba sin más su derrota? Quizá la estaba esperando fuera, o incluso dentro de su apartamento, él sabía cómo forzar una cerradura. Quizá allí perpetrara su venganza. O con él, o con nadie.

Un escalofrío volvió a recorrer su cuerpo durante un instante. Inconscientemente se abrazó, como queriendo darse calor o reconfortarse de algún modo. En este momento se acordó de Bea. Ahora la necesitaba, y mucho, además. Consultó la hora en su teléfono móvil; eran casi las siete de la tarde. Podría ser un buen momento para llamarla, luego tendría que bañar a los niños, darles de cenar, acostarlos...

Cogió la cuenta que la camarera había dejado en la mesa junto a las consumiciones y se levantó dirigiéndose a la barra. Allí la pagó, y mientras lo hacía sentía como aquella la observaba a hurtadillas mientras recogía su mesa. Salió del local sin mirarla siquiera.

Entró en casa cerciorándose de que todo estaba como lo había dejado, incluida la cerradura con dos vueltas de llave. Cuando hubo terminado de revisar el apartamento se sentó en el sofá y llamó a Bea, quería contarle cuanto antes su encuentro con Héctor, y que ella le diera su opinión sobre todo lo sucedido.

—¡Hola Alba! Ahora mismo estaba pensando en ti. No sabía si irme para tu casa y darte una sorpresa. Luis ya estaba dispuesto a hacerse cargo de los niños...

—Pues no me vendría nada mal, la verdad —afirmó lastimosa.

—Ufff..., ese tono de voz lo conozco. Así es como consigues todo lo que quieres de los chicos, ¿verdad? No pueden resistirse a él —dijo Bea con ironía.

—Deja tranquilos a los chicos. No estoy para eso.

—¿Ni siquiera para Sergio? Me parece que no te ha llamado aún y eso te tiene así.

—Es cierto, no me ha llamado, pero no estoy así por eso. He estado con Héctor.

—¡Qué! ¿Y me lo dices ahora?

—¡Te lo digo en cuanto me has dejado!

—Yo solo quería bromear un poco para quitarte esa cara de funeral que seguro que tienes... Perdona, es que no imaginaba que...

—Tranquila Bea, lo entiendo, no pasa nada.

—Bien. Cuéntame con todo detalle y por orden todo lo que ha pasado y lo que habéis hablado. No pienso interrumpirte.

—Lo dudo —inquirió Alba.

—Lo intentaré—prometió Bea.

Durante diez minutos Alba le relató punto por punto todo lo sucedido. Cuando terminó, extrañamente, Bea seguía en silencio.

—¿Estás?

—Estoy, alucinada, pero estoy.

—Como no decías nada...

—Ya ves cómo soy capaz de cumplir mi palabra y no interrumpirte. La verdad es que resultaba tan interesante..., seguro que de pequeña contabas

películas.

—Pues sí, pero ¿qué opinas tú? ¿Cómo interpretas ese beso?

—No lo sé, sinceramente, estoy tan desconcertada como tú. Lo primero que me ha extrañado es que no insistiera más, debe haberte visto plenamente convencida de lo que le decías. Y lo segundo..., ese beso robado..., con tanta pasión como rabia contenida..., lo siento, pero no me sugiere nada bueno. Me cuesta creer que renuncie a ti después de estos casi dos años en la cárcel esperando volver contigo.

—Yo no le di ninguna esperanza, todo lo contrario.

—Ya lo sé, Alba, pero para saber qué es lo que va a hacer ese hombre hay que pensar como él, ponerse en su lugar y razonar como él lo haría.

—Sí, claro.

—De todas formas, esto nos puede llevar tiempo. Mira, no seas cabezota y vente a mi casa. Cenamos juntas, bueno, con Luis también, claro, y te traes un pijama que no sea nada sexi y te quedas a dormir aquí, en el sofá, no tengo otro sitio.

—Eso es un lío, Bea.

—¡No es ningún lío, Alba! Pero ¿tú crees que esta noche vas a poder dormir imaginando que en cualquier momento puede presentarse Héctor en tu apartamento? Esta noche te quedas aquí, y mañana ya veremos lo que hacemos.

Alba lo meditó durante unos segundos. Bea tenía razón. En cuanto terminara de hablar con ella y se quedara sola en el apartamento..., la invadiría un miedo atroz. No podría conciliar el sueño en toda la noche.

—Alba... ¿sigues ahí?

—¿Y si me voy a un hotel?

—¿Y si te doy un mamporro? ¿Tú estás tonta? Ahora bien, si lo que pretendes es humillarme despreciando mi sofá, y mi casa en general porque no puede acoger a una princesa como tú...

—Pero ¿por qué tenemos que discutir siempre? Es que enseguida te subes a la parra, Bea.

—Porque tú no te das cuenta de las tonterías que dices.

—Pues no me parece tan mala idea. Así no me quedo sola aquí, y no te molesto a ti.

—¿Lo ves?

—¿Qué tengo que ver?

—Lo de molestarme a mí; ¿a estas alturas me vienes con esas? Y luego, mi compañía... ¿qué? esa no vale nada, ¿no?

—Bueno, solo pretendía..., pero claro que estaré mucho más a gusto contigo, aunque sea en ese sofá...

—Pues no se hable más. Voy a dejarte que tengo cosas que hacer.

—Una última cosa.

—Dime.

—¿Crees que debo llamar a Mario y contárselo?

—Él insistió en que lo hicieras, y aunque quieras mantener cierta distancia..., no deja de ser un amigo. Además, estando Sergio no necesitas mantener tanto la raya, él sabe de sobra que ya no tiene nada que hacer. Y quién sabe, puedes necesitarlo en cualquier momento.

—De acuerdo. Voy a llamarlo ahora. En cuanto termine cojo unas cosas y me voy para tu casa. Compraré algún tentempié por el camino. ¿Te apetece algo en especial?

—Pues precisamente el otro día me comentaba Luis que hacía tiempo que no comíamos nada chino. Los rollitos de primavera le encantan.

—Hecho. Yo me encargo de la cena.

—Estupendo. Vamos a montar aquí una *fiestuki*. Te voy a hacer reír quieras o no.

—Estoy segura de ello. Venga, hasta ahora, Bea.

Si había alguna persona capaz de levantarle el ánimo en las peores circunstancias, y arrancarle una sonrisa, esa era Bea. Discutían casi por cualquier cosa, pero no se imaginaba la vida sin ella. No solo hacía de amiga,

sino de hermana, de madre..., de lo que hiciera falta, Bea siempre estaba ahí para lo que pudiese necesitar. Esa manida frase de “quien tiene un amigo tiene un tesoro”, se cumplía con creces en el caso de Bea.

Buscó el teléfono de Mario entre los contactos de su móvil y lo llamó. Le contó muy por encima la conversación que tuvo con Héctor en la cafetería, y también la extraña forma con la que se despidió de ella.

—No sé qué decirte, Alba. Ese beso puede significar muchas cosas.

—¿Entonces tú no sabes nada de él? ¿No te ha llamado cuando le han soltado?

—Pues no. Pensaba que lo haría, pero no ha sido así. No se ha puesto en contacto conmigo.

*«Qué poco convincente me suena todo esto, Mario. No me puedo creer que, a ti, su mejor amigo, no te haya llamado cuando ha salido de la cárcel. Es más, lo suyo es que te hubiese avisado antes para que fueras a recogerlo. ¿A quién sino? No te creo en absoluto».*

—Resulta extraño, ¿no?

—Sí, mucho, no sé qué pensar. Supongo que tarde o temprano me llamará. Si quieres le telefono yo, imagino que seguirá utilizando el mismo número de móvil.

—No sé si es buena idea. En todo caso, si lo haces, creo que es mejor que no le digas que te he contado la visita que me ha hecho.

—Por supuesto. Solo se trata de saber cómo está y de indagar qué intenciones puede tener respecto a ti. Intentaré disuadirlo de cualquier cosa que pretenda hacer. Si consigo hablar con él, te informaré. ¿De acuerdo?

—Muchas gracias, Mario.

—De nada, Alba. Ya te cuento si averiguo algo. Hasta pronto.

Eran cerca de las ocho de la tarde cuando Alba terminaba de guardar en una mochila su pijama, una muda y unos útiles de aseo y maquillaje.

*«Solo por esta noche —se decía a sí misma—. No voy a quedarme más tiempo en casa de Bea, no es la solución. Si Héctor quiere encontrarme*

*puede hacerlo cuando quiera».*

Tres cuartos de hora más tarde llegaba a casa de Bea. Luis le abrió la puerta.

—¡Uaaau! Qué bien huele eso que traes. Parece que me hayas adivinado el pensamiento. Pasa, pasa.

—Tu mujer, que solo piensa en ti, me lo ha chivado —respondió Alba.

—Si es que no me la merezco..., jajaja. ¿Así que hoy tenéis reunión de chicas?

—Tú estás invitado especialmente. Tu opinión puede aportarnos mucha luz. ¿Bea te ha contado algo?

—Solo que venías aquí para pasar la noche, pero ya imagino que habrá un motivo para eso.

—Lo hay, desde luego, pero solo por esta noche.

—Por mi puedes quedarte todo el tiempo que quieras, ya lo sabes. Y si además puedes suplirme como niñera..., te damos de comer gratis, jajaja. Estos niños acaban conmigo.

—Son traviosos, eh.

—No sabes cuánto, y además, no se cansan nunca. Ahora está Bea acostando al pequeño.

—Perdona, me están llamando al móvil.

—Sí, claro.

Alba se fue hacia el salón y se sentó en el sofá mientras Luis se marchaba a la cocina.

—¡Hola Sergio! ¿Cómo estás?

—Flipando en colores.

—¿Y eso?

—Lo que esta gente tiene aquí es increíble. La ciencia ficción hecha realidad.

—Cuenta, cuenta.

—Te he visto como si estuviera en el cine.

—¿Qué?

—Sí, en una pantalla de proyección, con ese vestido tan bonito que llevabas en nuestra primera cita...

—¿Tú solo?

—No claro, estaba con el doctor Schwarz y mucha más gente del instituto.

—¿Y qué más habéis visto?

—Si te refieres a escenas XXX..., esas no han salido.

—Ya, si tú lo dices... —respondió poniendo en duda la afirmación de Sergio.

—Yo al menos no las he visto, aunque es cierto que el doctor y su equipo han visionado las imágenes antes que yo. Es posible que las hayan cortado.

—Posible no, seguro. Esto no puede ser legal.

—De todas formas, solo se muestra lo que yo he soñado, una recreación onírica de mi inconsciente, y de ahí, tan solo una pequeña parte, ya que el resto no tiene suficiente nitidez para poder verse.

—Quieres decirme con eso que tu inconsciente ha obviado soñar con..., no me lo imagino tan puritano, Sergio.

—No lo sé Alba, quizá tenga un inconsciente muy romántico..., de todas formas, ha sido maravilloso poder verte de nuevo así, tal y como lo hice aquel día. Resultaba alucinante, es como si mis ojos fueran una cámara y te hubiesen estado grabando desde esa posición. Cada detalle en el que reparé se muestra tal y como lo vi en aquel momento. Por cierto, me siguen gustando mucho los botines que llevabas ese día, bueno, y el vestido..., y..., en fin, todo.

—Te lo has pasado pipa, por lo que me cuentas.

—Sinceramente, es asombroso, ahora estoy empezando a digerirlo, pero cuando lo he visto por primera vez... uff..., impresionante. Ah, y en cuanto a lo legal..., por supuesto que no debe serlo. Aunque yo he concedido todas las

autorizaciones y permisos pertinentes, esto afecta a terceros que no se han podido pronunciar, como es tu caso, así que no, nunca podría ser legal algo así.

—¿Y no has visto a esa mujer? La llamas Luna, ¿no?

—Sí, ha aparecido en algunas pequeñas secuencias, pero ha sido todo muy rápido. Mañana, según me ha dicho el doctor, nos dedicaremos a analizarlas con detalle, parando las imágenes, ampliándolas...

—Solo lo relativo a esa mujer, imagino.

—Sí, claro. Por eso estoy aquí, para encontrar respuestas a mis premoniciones. Ya te lo conté...

—Sí, sí, lo sé.

—Y a ti, ¿qué tal te ha ido el día? —preguntó Sergio deseando cambiar de conversación ya que notaba que la magia de los primeros momentos se había disipado, y que ahora incluso notaba cierta incomodidad entre ambos.

Alba le contó a grandes rasgos lo sucedido con Héctor, mientras Sergio la escuchaba atentamente. Solo cuando hubo terminado, se pronunció sobre lo narrado por ella.

—Has actuado muy bien, Alba. Genial lo de verlo en una cafetería y no en tu casa, y también me parece muy acertado que esta noche la pases en casa de Bea. Y en cuanto al beso..., mi impresión es que se ha despedido de ti, no puedo entenderlo de otra forma.

—¿Cómo que se ha despedido? ¿Quieres decir que no piensa volverme a ver?

—Esa es la impresión que tengo.

—Yo en cambio creo que ha aplazado lo inevitable. Querrá verme en un sitio más apropiado. Ahí no podía montar una escena, hubiesen llamado a la policía enseguida y volvería a la cárcel. No sé qué estará maquinando...

—Desde luego tú lo conoces mucho mejor que yo..., pero ese beso, tal y como me lo has relatado..., no es un “*hasta luego*”, más bien un “*hasta siempre*”. Eso es lo que me parece a mí.

—Le apetecía besarme y ya está. Un beso robado, cargado de furia, y quizá de resentimiento, eso es todo. No me creo que vaya a dejarme en paz, así, sin más. No es propio de él. Es muy cabezota, no le conoces.

—Ya te lo he dicho, no puedo ponerme en su piel.

—Bueno pues..., ya veremos como acaba todo esto. Es tarde ya, Sergio, mañana seguimos hablando, ¿vale?

—Sí, claro.

—Un beso. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Alba.

Sergio se había quedado con un sabor muy amargo sin saber por qué. La despedida de Alba había sido muy fría, como si algo la hubiese molestado. Varias veces repasó mentalmente toda la conversación, pero no encontraba el más mínimo indicio que le pudiera llevar a alguna conclusión lógica. La discrepancia a la hora de interpretar el último gesto de Héctor no era en absoluto razón para que ella se molestara, más bien al contrario, esa opinión que Sergio tenía debía de haberla serenado un poco, pero no había sido así.

En cuanto a lo de Luna..., la había tenido al corriente en todo momento desde su confesión aquella madrugada en su casa después de hacer el amor. No podía sorprenderse de que intentara llegar hasta el final con ese tema. Tenía que librarse de esas pesadillas, o sueños premonitorios como le habían diagnosticado, y esa mujer corría un peligro eminente que él no acertaba a comprender, solo a sospechar, y quizá era el único que podía impedir su fatal desenlace. Fuera lo que fuera, tenía que averiguarlo, y evitarlo, si era posible.

Finalmente, si era por las escenas que habían visionado..., en ese momento no apreció malestar en ella, aunque es posible que el efecto fuera retardado. En todo caso, mañana se iban a centrar exclusivamente en las de Luna, así que no tenía por qué preocuparse.

En resumen, no conseguía averiguar qué había pasado, pero no podía evitar un gran desasosiego interior. Toda la alegría que tenía mientras cenaba e imaginaba todas las novedades que tenía que contarle, ahora se había convertido en tristeza y desazón.

*«Por lo que sé hasta el momento, Alba es muy introvertida respecto a sus sentimientos y emociones. No consiente exteriorizarlos sin su permiso. Resulta evidente que debe estar muy preocupada, no es para menos, y quizá lo ha estado disimulando hasta que ya no ha podido más y ha salido a la luz su malestar. Es posible que haya entendido mi opinión de que Héctor, con ese beso, se ha despedido definitivamente de ella, como una falta de comprensión hacia su situación, como si yo no tuviera en cuenta la gravedad de la misma. Sí, es muy posible que sea esto lo que le ha molestado. Tendré que estar más atento a mis palabras y tener un mayor tacto con su situación».*

*\* \* \**

## CAPÍTULO XXVIII

*«Intento abrir lentamente los ojos, pero los párpados parecen cortinas de plomo. Vuelvo a cerrarlos, como para coger fuerzas, mientras pongo en orden mis pensamientos. Recuerdo algo de anoche, estaba riendo, charlando y bebiendo, con Bea y Luis, y volviendo a reír y a beber... Ufff..., esta jaqueca me dice que consumí más de la cuenta. Todavía debo estar bajo los efectos de los fantásticos mojitos que preparó Luis, porque al intentar abrir los ojos me ha dado la sensación de que un duendecillo de enormes ojos verdes me estaba observando.*

*»Pretendo volver a abrirlos, pero no puedo, al menos no los dos a la vez, así que pruebo con un solo ojo. Apenas consigo entreabrirlo, pero ha sido suficiente para volver a ver a ese misterioso ser. Ahora es más grande aún, y está muy cerca de mí, apenas a un par de palmos de mi nariz. Alarmada, intento levantarme, a la par que abro ambos ojos impulsivamente».*

—¡Hola!, jajaja —ríe el pequeño monstruito.

*«Antes de que pueda reaccionar, el duendecillo, o más bien, duendecilla en este caso, se ha ido corriendo. Es Mafalda, la niña de Bea y Luis, de tres años y medio.*

*»Con lo preciosa que es, con esos ojazos verdes y ese pelo tan largo, liso y rubio..., y le ponen ese nombre. Hay que tener valor. En cambio, al nene le pusieron Ignacio, aunque le llaman Nacho, pero es un nombre corriente y normal. Está claro que con la primera se les fue la pinza» —pensaba Alba mientras intentaba incorporarse.*

Reconoció el sofá, y luego el salón. Ya sabía dónde estaba. Y... ¿qué hacía allí?

—¡Hola cielo! Te ha despertado la nena por lo que veo. Ufff..., vaya *carusa* que tienes —apuntó Bea que acaba de entrar en el salón comedor—. Anoche es que te pasaste un poquito, estabas descosida, jajaja, nunca te he visto reír tanto.

—No tendrás por ahí un paracetamol...

—Ahora preparo el desayuno y te traigo un ibuprofeno.

—De momento, solo café, *porfa*. Ahora mismo no tengo el estómago para comer nada.

—Deberías meterte en la ducha, seguro que luego te encuentras mejor.

—Pues sí, voy a hacerte caso, porque tengo una flojera... Anoche no diría ninguna tontería, ¿verdad?

—¿Ninguna? Todas hija, las dijiste todas. ¿Por qué crees que nos reíamos tanto?

—¡No me digas! ¿Y qué dije?

—Ummm..., será mejor que no te las repita, podrías ruborizarte, jajaja.

—¿Y Luis? ¿Estaba delante? ¿Las escuchó?

—¿Luis? No perdía detalle, jajaja.

—Creo que me voy a la ducha ahora mismo.

—Será lo mejor, anda. Yo mientras doy el desayuno a los niños. Así cuando termines lo haremos nosotros. Ahora te acerco una toalla, y te sacaré también una bata mía, que tú, como estás ahora, eres capaz de salirme desnuda del cuarto de baño.

Efectivamente la ducha le sentó bien. Regresó con nuevas energías, con menos dolor de cabeza y hasta con apetito.

—Buenos días —le dijo Luis en cuanto apareció por el comedor.

—Hola Luis —le contestó Alba sin querer levantar la vista, no fuera que la mirada de él evidenciara aún más todo lo que pasó la noche anterior, y que ella recordaba vagamente.

—Teruel también existe —exclamó Bea.

—A ti ya te he saludado antes —replicó Alba, que ya la veía venir.

—¿A eso le has llamado saludar? ¿Un bostezo, un bufido y poco más? Venga, ven y siéntate, vamos a desayunar, ya está todo preparado. Ahora Luis te recordará la estupenda velada que tuvimos anoche.

—¡Ni se os ocurra!

No cumplieron su amenaza. Alba incluso quiso sonsacarles un poco, no se imaginaba qué cosas podía haber dicho, esas “tonterías” a las que Bea hacía referencia, y, que, al parecer, tanta gracia les hizo a los dos. No consiguió averiguar nada. Quizá fuera mejor así. Tampoco volvieron a hablar de Héctor, es como si Bea y Luis tuvieran el tácito acuerdo de no sacar el tema a colación salvo que lo provocara Alba, y a ella no le apetecía hacerlo. Ahora mismo se encontraba relajada, y recuperar la serenidad era algo que le venía muy bien en estos momentos.

—¿Entonces hoy analizarán todas esas imágenes donde aparece esa misteriosa mujer? —preguntó Bea.

Alba se dio cuenta de que anoche debía haber hablado más de la cuenta. Quizá esas “tonterías” a las que se refería su amiga tuviera que ver con lo que Sergio, el doctor y los demás presentes en aquel aulario, visualizaron, y especialmente, a las secuencias en las que ella salía, y a las que supuestamente cortaron para que Sergio no las viera.

—Bea, de todo esto... ni una palabra, eh. Ya te comenté lo de las cláusulas de confidencialidad tan estrictas que Sergio tuvo que firmar.

—Por supuesto. Yo de este tema no sé nada. Nunca hemos hablado de ello —respondió Bea sin poder disimular una maliciosa sonrisa.

—Y tú, Luis, lo mismo.

—Soy una tumba, ya me conoces. Mira, voy a recoger el desayuno y así habláis tranquilamente.

*«Ya, y luego Bea te lo contará todo...»*

—Pues eso me dijo anoche —respondió Alba a la pregunta de Bea—. Estoy impaciente por saber qué es lo que pueden averiguar.

—Algo más que impaciente, creo yo.

—¿A qué te refieres?

—Venga Alba, que nos conocemos de sobra. El tema de esa mujer te tiene en ascuas.

—No exageres.

—No exagero, solo veo tu cara de preocupación por esa... Luna; es como él la llama, ¿no? Un nombre bonito. ¿Y cómo es?

—No lo sé, no ha podido describírmela, dice que no la recuerda con nitidez, y que suele verla de espaldas o de perfil. Nunca le ha visto el rostro.

—Ya, pero por ejemplo sabrá si es gorda, ¿no?, si es joven, si tiene buen tipo, cómo es su pelo...

—Lleva un pañuelo en la cabeza...

—¿Y lo demás?

—No sé, Bea, ya le pregunté, apenas me dio detalles, me decía que todo lo recordaba de forma muy difusa...

—Y tú, ¿qué piensas?

—Yo creo que es sincero, pero...

—Pero qué.

—Pues que quizá él mismo no es consciente de hasta dónde puede conducir todo este asunto.

—Me parece que te entiendo. Podría ser una especie de obsesión de la que no pudiera librarse, ¿es eso?

—Pues algo así, Bea. Él está en tratamiento por el fallecimiento de su mujer y su hijo; eso es normal, cualquiera hubiera necesitado ayuda psicológica para superar un trauma semejante, pero esto...

—Esto es algo totalmente diferente —afirmó Bea.

—Efectivamente. Él también se da cuenta de lo grave que puede llegar a ser, de ahí toda su insistencia en intentar averiguar quién es esa mujer y por qué aparece en su mente. Su actitud me parece muy loable. Ha sido totalmente sincero conmigo, estoy al corriente de todo...

—¿Estás segura de que no te oculta nada respecto a esa mujer? ¿Qué te dice tu intuición?

—Mi intuición..., tiene serias dudas, pero yo creo que debo confiar en él,

o eso intento al menos... Lo cierto es que este tema está frenando mis sentimientos, no me puedo ilusionar así, en esta situación, ¿comprendes?

—Totalmente —respondió Bea asintiendo a su vez con la cabeza—. A mí me pasaría igual.

En ese momento sonó el móvil de Alba.

—Es Mario —dijo extrañada al mirar el display de su teléfono. Después de un instante de duda, contestó.

—Hola Mario. ¿Qué tal?... Sí, es algo temprano para ser domingo, pero no te preocupes..., cuéntame... ¡¿Qué?! ¡No me digas!... ¡Dios mío...!

A partir de ese momento Alba escuchó en silencio todo lo que Mario le estaba contando. Su cara era un poema. Bea la miraba sin entender nada, ansiosa por saber qué ocurría.

—Gracias por llamarme y por informarme de todo... Sí, de acuerdo, si averiguas algo más...

Alba soltó el móvil sobre la mesa y se llevó ambas manos al rostro. Se la veía terriblemente afectada. Bea se apresuró a acercarse a ella, y la abrazó, pero se mantuvo en silencio. Luis, que en ese momento entraba en el comedor, le hizo un gesto a su mujer como preguntándole qué le ocurría, y Bea se encogió de hombros.

La escuchó sollozar. El cuerpo de Alba se agitaba compulsivamente sin que ella pudiera evitarlo.

—Suéltalas nena, no las retengas, deja que esas lágrimas salgan de ti. Lloro y desahógate.

Alba hizo caso a su amiga, y, en silencio, lloró como no recordaba haberlo hecho desde la adolescencia. Bea le acercaba un pañuelo de papel tras otro, esperando pacientemente.

—Ha muerto... le han matado... —balbuceó.

—Tranquila Alba, no hay prisa, serénate y luego ya me lo cuentas todo.

La hizo caso. Unos minutos más tarde, Alba comenzó a hablar:

—El cuerpo de Héctor ha aparecido muerto en una obra en construcción en

el polígono industrial de Arroyomolinos. Lo ha descubierto el vigilante de la mañana en el cambio de turno.

—Lo siento mucho, Alba —dijo compungida Bea.

—Mario tiene un contacto en la brigada de homicidios que conoce la relación de compañerismo y amistad que han tenido. Él es quien le ha informado. Lo peor es que..., por lo visto mostraba signos de que lo habían torturado.

—¿Qué?! ¡Joder! —exclamó Bea sin poder contenerse—. Solo de pensarlo se me pone la piel de gallina.

Alba volvió a sollozar. A ella le ocurría lo mismo, además de que no entendía el por qué. Mario no le había dado ningún detalle al respecto. Dijo que con la autopsia sabrían más, pero claro, él era policía de la UDEF, y no tenía acceso a toda la información, solo aquella que le contara su contacto en homicidios.

—Debe tratarse de un ajuste de cuentas. ¿En qué estaría metido para que hayan llegado a hacerle algo así? —elucubró Bea.

—¿Y tú crees..., que él lo presentía? Entonces..., lo de ayer..., ese beso...

—No sé qué decirte, Alba. ¿Cómo vamos a saberlo?

—De todas formas..., no creo que él se mereciera algo así. Le condenaron por corrupción, por colaboración en evasión fiscal y blanqueo de capitales..., por hacer la vista gorda, más o menos, porque... que yo sepa, él apenas se debió llevar dinero de ahí, yo lo habría notado, no pudo disimularlo tan bien, estábamos viviendo juntos...

—Lo sé Alba, lo sé. No hubo caprichos, ni regalos excesivos..., para mí también fue una sorpresa —afirmó Bea.

—Lo que quiero decir es que..., no mató a nadie. ¿Cómo han podido hacerle algo así?

—¿Pero que le han hecho realmente?

—Mario me ha dicho que prefería no contarme los detalles. Solo eso, que el cadáver tenía evidentes signos de haber sido torturado antes de morir.

—¡Qué fuerte, por Dios!

—No se lo merecía Bea —volvió a decir sin poder evitar las lágrimas—. No era un mal hombre, yo le conocía. Tenía sus defectos, como todo el mundo, y conmigo..., no era como a mí me hubiese gustado que fuese, tenía un fuerte carácter..., pero...

No pudo continuar. De nuevo todas esas emociones contenidas escaparon a su control, y Bea volvió a abrazarla acunándola en su regazo.

—Ahora mismo te vas a tomar un *diazepam* que yo tengo ahí, y te vas a echar en mi cama, a ver si consigues descansar un rato. Todo esto supera a cualquiera. Venga vamos.

Alba obedeció sin oponer resistencia alguna. Efectivamente, eran demasiadas emociones en muy poco tiempo y sentía que su cuerpo y su mente ya no daban más de sí. Necesitaba descansar. Todo había resultado maravilloso hasta la noche en que Sergio se quedó en su apartamento e hicieron el amor. Luego vino la pesadilla que él tuvo de madrugada, la confesión de “su problema”, y ella hizo lo propio con el suyo, y a partir de ahí...

Necesitaba tiempo. Tiempo para asumir esta nueva situación. De pronto se sentía como liberada de esa espada de Damocles a la que tantas veces había hecho referencia hablando con Bea. Héctor había dejado de existir, y con él había desaparecido esa latente amenaza que se había cernido sobre ella desde que ingresó en prisión. Ya no volvería a sentir miedo pensando en su regreso, ya no tendría que mirar a su espalda por si él aparecía en cualquier momento, ya no tendría un sobresalto al sonar su móvil... Por fin era libre; libre incluso para amar. Inevitablemente pensó en Sergio, pero rápidamente apartó su imagen de su mente.

Ahora mismo se sentía mal, mal consigo misma. Resultaba inevitable alegrarse de que un problema que la había estado amargando durante casi dos años, desapareciera en un suspiro. Era como si hubiese deseado su muerte, y no era eso, nunca lo pensó siquiera. Curiosamente, ahora no podía dejar de recrear los buenos momentos vividos con él, que los hubo, y muchos. No tenía ninguna duda de que él la quería, la había querido desde el primer momento, lo sabía, pero él era prisionero de su carácter, quizás también de una

educación machista en el seno familiar. La madre de Héctor falleció de cáncer siendo él un adolescente, y con su padre no se llevaba bien, no llegó a presentárselo nunca.

Sea como fuere, la relación con Héctor se fue enturbiando cada vez más, y él, en lugar de entender cuáles eran los problemas, lo agravaba aún más con su actitud.

*«Nunca te habría engañado, Héctor, yo no soy así, pero necesitaba sentirme libre. Libre para amar, para desear, incluso para estar a tu lado. Es posible que esa temprana muerte de tu madre te hiciera sentirte muy necesitado de amor, y que el miedo a perderlo, en este caso, el mío, provocara en ti esas furibundas reacciones, ese exacerbado instinto de posesión, todo lo contrario a lo que yo necesitaba. También es posible que la mala relación con tu padre endureciera tu carácter antes de tiempo.*

*»Yo necesitaba un hombre fuerte respecto al mundo, pero dulce y tierno conmigo. Un hombre que confiara plenamente en mí, y en mi amor, y a la vez, seguro de sí mismo. Es muy posible que Héctor, en el fondo, fuera un hombre muy inseguro, y esa actitud prepotente, esa necesidad de sentirse superior, de dominar en todo momento la situación, incluyéndome a mí, solo fuera el disfraz con el que ocultar sus propias carencias.*

*»Durante los primeros meses de nuestra relación fue un hombre amable, seductor, divertido..., me hacía sentir como una princesa. Era encantador. Luego empezaron a aflorar esos celos injustificados por el grupo de teatro en el que yo colaboraba, o por cualquier hombre que pudiera tener una asidua relación conmigo. Es posible que todos esos celos fueran fruto de su propia inseguridad, o quizá fui yo la que no supe conseguir que se sintiera seguro de mi amor. Es posible que me guardara muchas cosas, que pocas veces le dijera “te quiero”..., que ocultara demasiado mis sentimientos y emociones para que él no me considerara “suya” y así tener que estar conquistándome cada día... Es posible que yo también cometiera errores.*

*No supo hacerme feliz, al contrario, llegó a convertir nuestra convivencia en un infierno, pero nunca dejó de quererme, eso lo sé, como también sé que me hubiera defendido y protegido ante cualquier peligro, y que en esas circunstancias habría dado su vida por mí sin pestañear».*

En la lejanía escuchó una voz que identificó como la de Bea, y que le decía: «*Nos vamos a dar una vuelta con las fieras. Volveremos a la hora de comer*». Poco después, Alba se quedó profundamente dormida.

\* \* \*

El alboroto producido por unos críos la despertó. Eran los niños de Bea que debían estar haciendo de las suyas. Miró su móvil, eran casi las dos de la tarde. Había dormido más de tres horas, pero se encontraba bien, muy relajada, esa pastilla que le había dado Bea consiguió su objetivo. Bueno, quizá demasiado; al intentar incorporarse sus músculos parecían de goma, pero tenía que hacerlo, levantarse y ayudar a preparar la comida, o a lo que hiciera falta.

—¿Cómo estás? ¿Has podido dormir? —le preguntó Bea cuando la vio aparecer por la cocina—. Con el jaleo que organizan estos, seguro que te han despertado —dijo refiriéndose a los dos peques que en ese momento salían corriendo.

—Sí, sí, más de tres horas, y profundamente además. Me ha venido muy bien.

—Es que entre la resaca de anoche y..., lo necesitabas. Me alegro de que lo hayas conseguido. Ahora vamos a ver si comemos.

—Venga, dime en qué puedo ayudarte —replicó Alba.

En ningún momento durante la comida, y ni siquiera en la sobremesa, el tema de Héctor salió a colación. Es como si tácitamente los tres hubiesen acordado silenciarlo. Tampoco se habló de Sergio, de las imágenes de Luna que habría estado viendo y analizando durante toda la mañana de ese domingo. Alba y Bea recordaron sus primeros años de amistad en el instituto, lo difícil que les resultó congeniar al principio, y lo unidas que estaban ahora.

A media tarde Alba decidió que ya era hora de regresar a su casa. No había ahora ningún motivo para no hacerlo, y, además, suponía que Sergio no tardaría mucho en llamarla para contarle su día. Esas veinticuatro horas en casa de Bea habían sido su tabla de salvación, pero ahora necesitaba también estar sola y poner en orden todos sus pensamientos.

Apenas acababa de entrar en su apartamento cuando su móvil le anunció una llamada. Se sorprendió al ver en el display un número muy largo, de esos de centralita. Pulsó descolgar y contestó:

—¿Dígame?

—¿Es usted la señorita Alba Garrido?

—Sí, así es.

—Buenas tardes. Le llamo de la policía, de la brigada de homicidios. Según nuestros datos usted mantuvo una relación sentimental con Héctor Soriano. ¿Es así?

—Sí.

—¿Podría decirnos cuándo le vio por última vez?

—Ayer. A media tarde.

—¿Ayer?

—Sí, eso he dicho.

Resultaba evidente que la respuesta de Alba había sorprendido a su interlocutor. Después de unos segundos de pausa, le preguntó:

—¿Podría pasar usted mañana por la mañana por nuestra comisaría para prestar declaración?

—Por la mañana trabajo. ¿No podría ser por la tarde?

—Necesitamos que lo haga cuanto antes, es importante.

—De acuerdo. ¿A las ocho les va bien?

—Sí, perfecto.

—¿Dónde es?

—Avenida doctor Federico Rubio y Gali, número cincuenta y cinco. Pregunte por el inspector Rubén Crespo, de la UDEV.

—Muy bien. Mañana estaré allí.

—Muchas gracias. Hasta mañana.

*«Esto no ha terminado aún. Tendrán que investigar el crimen, y les resultará extraño que me viera a mí por la tarde y luego... Seguro que me hacen un montón de preguntas».*

Había conseguido no pensar en todo esto desde el almuerzo con Bea y Luis, pero ahora esta inoportuna llamada había reactivado nuevamente todas sus emociones.

Se sentó en el sofá y encendió la televisión. Necesitaba distraer su mente con cualquier cosa, lo que fuera. Empezó a pasar un canal tras otro, pero nada llamaba lo suficiente su atención. Consultó la hora. Eran las siete de la tarde, muy temprano aún para que la llamara Sergio. De pronto comenzaba a sentir una fuerte claustrofobia dentro de su propio apartamento, algo que jamás le había ocurrido. Para ella siempre representaba un remanso de paz y sosiego.

Pensó en llamar a Bea, con la excusa de pedirle que mañana, nada más llegar al instituto, informase al jefe de estudios de su obligada ausencia al menos durante dos horas. Pero no, era algo que ella misma podía hacer por teléfono, y este fin de semana ya había usado y abusado de su amiga todo lo necesario. Ella también necesitaba respirar un poco.

Un reconocible sonido le hizo pegar un brinco. De nuevo la llamaban por el teléfono móvil. Se acercó a él con la mano temblorosa hasta que vio la procedencia de la llamada, y una sonrisa se le dibujó en el rostro. Aunque sentía una gran inquietud por todo lo que Sergio pudiera contarle sobre las imágenes que había visto, ahora mismo lo que más necesitaba era escuchar su

dulce y reconfortante voz.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXIX

—¡Hola Sergio! Qué temprano, no te esperaba aún.

—Ya he terminado con todas las pruebas, y, además, tenía muchas ganas de hablar contigo.

—Te perderás la cena...

—Tranquila, lo tengo controlado. ¿Cómo estás?

Alba suspiró. No estaba segura de si contarle ahora lo que le había sucedido a Héctor, no le apetecía revivirlo, y por otra parte, estaba ansiosa por conocer los avances sobre la identidad de la misteriosa mujer.

—Bien, bien..., cuéntame, qué tal te ha ido viendo esas imágenes.

—Eso puede esperar. Yo no te noto bien, ya sabes que tengo poderes extrasensoriales —bromeó—, así que no puedes engañarme. ¿Qué habéis hecho hoy? ¿Ya estás en tu casa?

No quería mentirle, solo pretendía omitirlo de momento, aplazarlo hasta su regreso, pero ahora era imposible, no podía negar lo evidente. Desde luego, es muy posible que tuviera esos poderes sobre los que bromeaba porque ella había intentado disimular su estado de ánimo, y aun así, él se había dado cuenta en apenas dos frases.

Le contó todo, punto por punto. Primero la llamada de Mario con la noticia de la muerte de Héctor y sus circunstancias, luego cómo pasó la mañana y la tarde con Bea, y, finalmente, la llamada de la policía estando ya en su casa, hacía tan solo unos pocos minutos.

Sergio se quedó anonadado ante la noticia del asesinato de Héctor. No esperaba algo así. Por un lado este hecho ponía fin a todos los miedos de Alba ante su regreso, pero por otro, era consciente de que ellos dos habían tenido cinco años de relación, y eso, inevitablemente deja huella. Y más cuando esa ruptura sentimental quedó prácticamente suspendida por coincidir con el imprevisto ingreso en prisión de él.

—No es que yo tenga poderes, Alba, es que algo así es imposible poder

disimularlo. Debe haber sido terrible para ti, y supongo que aún estarás en estado de shock.

—Más o menos, pero mañana estaré mejor. Venga, cuéntame lo tuyo.

—Todo necesita su tiempo, no puedes forzarlo. Es normal que tengas sensaciones encontradas, incluso sentimientos y emociones que no sospechabas, pero es absolutamente lógico y normal, y no puedes culparte por ello. El tiempo se encarga de poner cada cosa en su sitio y de restablecer tu equilibrio asumiendo los hechos, pero te repito, ni puedes ni debes forzarlo.

*«Este hombre dice no tener poderes pero parece que me ha leído la mente»*

—¿Ahora vas a ser mi psicólogo? —preguntó Alba con algo de ironía.

—Después de tantos meses acudiendo a uno, algo se aprende.

—Supongo que sí. ¿Me estás dando largas?

—La verdad es que había pensado contártelo todo mañana, a mi regreso.

*«De eso nada. No me pienso quedar con esa incertidumbre hasta mañana. Y ahora menos aún. ¿Por qué querrá contármelo en persona? No pienso esperar, bastante tengo ya como para quedarme así».*

—¿Vuelves mañana?

—Sí. Ya tengo pasaje en el vuelo de las 13,30 h. Llego a Madrid un poco antes de las cuatro de la tarde.

—¿Y cómo es que no te quedas más tiempo?

—A parecer ya me han escaneado todo el cerebro. Tengo la sensación de que me han hecho un volcado de mi disco duro. El caso es que si no tengo nuevas premoniciones no hay nada más que puedan hacer, y claro, no podemos saber cuándo voy a tener otra, y además, es muy posible, como me ha sucedido otras veces, que simplemente se repita la anterior sin añadir nada nuevo.

—Entiendo. Pues muy bien, tendrás ganas de volver, ¿no?

—Lo que tengo es muchas ganas de verte, y más sabiendo cómo estás. Y también estoy deseando quitarme este casco lleno de cables.

—Lo que no sé es cómo podías dormir con eso puesto.

—Supongo que será por los fármacos que me han dado.

—Seguro que sí.

*«Este no suelta prenda. Voy a tener que pedírselo directamente».*

—Entonces... ¿no piensas anticiparme nada?

—No es importante, y tú ahora no estás para...

*«¡¿Cómo que no es importante?! Para mí lo es y mucho».*

—Yo estoy ahora para que me distraigan con algo diferente.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Bien. Te ahorraré los detalles de cómo han averiguado ciertas cosas e iré directamente a las conclusiones.

—Muy bien, te escucho.

Una vez más a Alba se le encogió el estómago. No sabía ya cuántas veces le había ocurrido en las últimas cuarenta y ocho horas. Tenía un mal presagio. El hecho de que Sergio hubiera querido retrasar la información le había provocado una gran inquietud.

—Creemos que es una mujer árabe, pero eso solo es una hipótesis sin apenas fundamento. Lo que de verdad han podido constatar es que el escenario donde se ve a esa mujer se corresponde con Egipto, probablemente El Cairo.

—¿Egipto? Qué casualidad.

—¿Casualidad? ¿Por qué? —preguntó intrigado Sergio.

—¿No lo sabes? Has estado delante en más de una ocasión cuando lo hemos comentado en la sala de profesores tomando café.

—Pues no sé a qué te refieres.

—A nuestro viaje a Egipto, en la última semana de junio, cuando acabamos en el instituto. Voy con Luis y Bea, y también vienen Arturo, que has hablado varias veces con él, y su mujer Paula. Ambos estuvieron en la fiesta

de cumpleaños de Bea.

—Sí, sí, claro, me acuerdo de ellos perfectamente. Ahora que lo dices..., la verdad es que no presté mucha atención, creo que lo comentasteis antes de que tú y yo empezáramos a salir.

—Sí, eso sí que es posible. Pues es un viaje organizado de siete días, cuatro noches de crucero por el Nilo, y tres más en El Cairo. Podrías venirte. Sería fantástico —propuso Alba sin poder evitar el tono de ilusión en sus palabras.

—Sí que lo sería, desde luego, pero supongo que debe costar un pastón, y yo ahora, con tanto gasto...

—No creas, está baratísimo viajar ahora a Egipto. A nosotros, incluyendo vuelos y todas las excursiones que las hemos contratado desde aquí, poco más de mil euros en régimen de pensión completa.

—Sí que es barato, sí.

—Y quién sabe, quizás te encuentres a Luna —dijo Alba con mordacidad.

Sergio guardó silencio durante unos segundos. Cuando supo el escenario donde tenía lugar la premonición rechazó la posibilidad de viajar a Egipto para intentar encontrarla. No tenía suficientes recursos económicos ni datos suficientes para tener éxito. Se resignó a esperar a que nuevas premoniciones, y con la ayuda del doctor Schwarz y la tecnología de Instituto PIKNF, desvelaran la información suficiente, si es que llegaba a producirse.

Pero ahora se le abría una nueva posibilidad. Como decía Alba, quién sabe si en un golpe de fortuna... Quizá el destino, en el que no creía, o simplemente el azar, le estaban facilitando las cosas con esta imprevista casualidad. Era muy posible que el hecho de viajar allí le provocara uno o varios nuevos sueños premonitorios con los que poder dar con el paradero de Luna, y así desvelar este misterio que le atormentaba.

En el peor de los casos, aunque no sirviera absolutamente para nada en este sentido, resultaba muy atractivo ese viaje. Primero por el lugar en sí, siempre había sido uno de sus destinos preferidos pero, por circunstancias económicas, no se lo había podido permitir en su momento. Y ahora, el hecho de poder realizarlo con Alba, aunque se tratara de un viaje en grupo, le

confería una nueva dimensión. En cuanto más lo pensaba, más le apetecía, pero no quería que Alba se llevara la impresión de que su repentino interés en acompañarla fuera motivado por la posibilidad de encontrar a la mujer de sus sueños.

—Lo de encontrar a esa mujer me parece imposible con los pocos datos que tengo, pero este es un viaje que siempre he deseado hacer, y ahora, poder realizarlo junto a ti, resulta terriblemente tentador.

Alba sonrió al escuchar el comentario de Sergio. Toda la relación con él había transcurrido tan deprisa, que ni siquiera se había planteado el tema de este viaje. Hizo memoria: el cumpleaños de Bea fue el sábado treinta de abril; allí se puede decir que se conocieron, y su primera cita fue el sábado siguiente, el siete de mayo. «*Si tan solo llevamos tres semanas saliendo...*» —pensó.

—¿Por qué dices que no tienes datos suficientes? ¿Qué se veía en las imágenes? ¿Cómo sabes que ella está en El Cairo? —Alba formuló de una vez todas las preguntas que surgían en su mente.

—Ya veo que no estás dispuesta a esperar. Yo que quería crear algo de expectación...

*«Esa expectación te la puedes guardar en... Lo que necesito son respuestas».*

—Ya me conoces, soy algo impaciente —dijo con voz mimosa.

—¿Algo? Tú no conoces la espera. Cuando quieres algo lo quieres ya. Yo que quería contártelo todo, punto por punto, como en una película de ciencia ficción..., y ahora...

—Una cosa no quita la otra. Cuando estés aquí ya me cuentas los detalles —le interrumpió.

—Pero ya no hay sorpresa. Mañana habrá perdido todo el interés.

*«Pero ¿este hombre es que me quiere poner de los nervios? ¿Lo hará adrede? ¿Está perdiendo el tiempo para luego decirme que le cierran el comedor y que se tiene que ir? Pues se quedará sin cenar, pero no me va a dejar así».*

—Sigo esperando...

—Y eso te pone nerviosa, lo sé.

—No sabes cuánto.

—Ahora mismo me darías un cachete, seguro.

—¿Un cachete? No sería tan benevolente...

—Yo, en cambio, te daría un montón de besos.

—Ahora no hay beso que valga. Me estás haciendo enfadar, y eso se paga...

—A eso se le llama coacción, amenaza, chantaje...

—Pero ¿quieres dejar de jugar?

—Vaaale. Solo quería hacerte sonreír un poco. Has tenido un día muy duro.

—Lo que necesito es relajarme y tú me estás alterando.

—Bien, pues vamos allá. No recuerdo bien el orden de tus preguntas, pero supongo que da igual. A ver, el ambiente, por las ropas de la gente, tiene lugar probablemente en verano, en una ciudad árabe con muchos visitantes, ya que también se ve gente vestida a la manera occidental. Que se trata de El Cairo lo han averiguado ampliando algunos fotogramas en los que, con bastante nitidez, se veían automóviles, hasta llegar a identificar una matrícula. Curiosamente, una empresa alemana es la que se encarga de producir las y numerarlas. En la parte superior tienen rotulada la palabra Egipto en inglés y en árabe. Y en la inferior, tienen tres códigos numéricos, uno para El Cairo, otro para Guiza, y un tercero para el resto de las poblaciones del país. La que logramos leer pertenecía a El Cairo.

—Qué interesante —apuntó Alba—. Ni que hubieras estado en el CNI.

—En tecnología de imagen deben tener lo más avanzado que existe en el mercado.

—Seguro que sí. ¿Y qué más?

—Se han visto lugares llenos de gente, los típicos bazares árabes, ya

sabes. También tengo fotos de algunos edificios...

—¿Fotos?

—Sí, me han imprimido aquellas imágenes que han obtenido con mayor nitidez. Y aunque ahora no podemos identificar los lugares, quizá alguien de allí sí que pudiera reconocerlos.

—¿Y de ella? ¿También tienes fotos?

—También. Pocas, eso sí. Curiosamente a ella se la ve con menos nitidez, siempre parece estar desenfocada. Es como cuando fotografías a alguien y se mueve en el momento de disparar, o bien se te mueve la cámara en ese instante.

—Sí, sí, entiendo lo que dices.

—Lo que ocurre es que ellos, con esa tecnología que tienen, han mejorado mucho esas imágenes. El problema, como te he comentado en otras ocasiones, es que nunca se la ve de frente, sino de espaldas, o de lado... Va vestida con un pantalón estampado en tonos verdes, azules, naranjas..., de esos bombachos... “*harem*” creo que se llaman...

—También “*sarouel*” —apuntó Alba.

—¿“*Sarouel*”? Nunca lo había oído. Bueno, ya sabes cómo son. Y luego, por arriba, una blusa blanca y un pañuelo de colores azules y malvas que le tapa la cabeza y los hombros. Por eso pensamos que es una mujer árabe.

—¿Me enseñarás esas fotos cuando vengas?

—Por supuesto. Claro que sí.

—Igual puede ayudarte con algún detalle. ¿Se le ve el calzado?

—Creo que sí, pero no me he fijado en él. Espera un segundo, estoy en la habitación, tengo las fotos aquí.

Alba esperó pacientemente unos segundos al teléfono, hasta que finalmente él dijo:

—Lleva unas sandalias.

—¿Planas?

—No, tienen algo de tacón, todo corrido, de cuña, ya sabes...

—Sí, sí, te entiendo. Pues no sé, dudo que sea una indígena del lugar. ¿Y el color de la piel?

—Es que apenas se la ve.

—¿No se le ve algo de los brazos, las manos o los tobillos?

—Sí, algo. Parece piel clara.

—Tengo la impresión de que se trata de una mujer occidental.

—¿Intuición femenina?

—En esta ocasión, ayudada por la lógica. ¿Cuándo has visto tú una mujer egipcia? Esa imagen no puedes crearla de la nada.

—Por eso se llaman sueños premonitorios. Revelan algo que va a suceder y es posible que sea incluso sobre personas o cosas que nunca has visto. Una visión de futuro, o videncia, si quieres llamarlo así.

—Ya. Bueno, ya me enseñarás las fotos, tengo mucha curiosidad. Por cierto, hoy no cenas, son ya más de las ocho.

—Me voy corriendo. Un montón de besos y...

—¿Y qué?

—Estoy súper ilusionado. Voy a rebuscar hasta la calderilla que tenga en los bolsillos. Me encantaría ir contigo en ese viaje.

—A mí también, Sergio —musitó esperanzada—. Lo que no sé...

—¿Qué es lo que no sabes? —preguntó intrigado.

—Tanto en el barco como en el hotel tengo habitación individual, a mí me costó más caro por esa razón. Lo ideal sería que pudiéramos compartir habitación...

—Por supuesto, esa era mi idea cuando he empezado a soñar con esta posibilidad.

—Hay que cambiar mi reserva y ver si quedan plazas para que te puedas incorporar a nuestro grupo...

—Claro, habría que enterarse de eso.

—Yo me encargo mañana lunes de llamar a la agencia de viajes y preguntarlo.

—Estupendo. Umm...

—Umm... ¿Qué? —Alba quería saber a qué se refería.

—Me estoy imaginando..., algo idílico.

«*Sí, ya supongo lo que estás imaginando. Nuestros cuerpos desnudos...*»  
—pensaba Alba.

—En la cubierta del barco —continuó Sergio—, navegando de noche plácidamente por el Nilo, bajo una inmensa luna de color rojizo que ilumina y recorta en el horizonte las siluetas de las pirámides, las palmeras..., y nosotros besándonos bajo un manto de estrellas.

«*Así que era eso. Ahora resulta que es un romántico. ¡Qué bien! Pero espero que no se le olvide desnudarme...*»

—Será precioso. Ojalá puedas venir.

—Seguro que sí. Bueno Alba, ahora sí que tengo que colgar. Mañana cuando llegue a mi casa ya te llamo y quedamos para vernos un rato por la tarde. ¿Quieres?

—Por supuesto que sí. Venga vete, pesado.

—No sin mi beso.

—Muuuacks.

—Lo que suponía. Uno solo. Espero que en Egipto seas más generosa...

—No sabes la que te espera en Egipto...

—¿Eso suena amenazante o prometedor? No sé cómo interpretarlo.

—Pues como que eres muy pesado, que hoy no cenas y que debes colgar ya.

—Cuelgo, cuelgo. Hasta mañana, Alba, un beso enorme.

—Otro para ti, Sergio.

A Alba le hubiese apetecido decirle a Sergio muchas más cosas, palabras cariñosas, darle montones de besos telefónicos, jugar con insinuaciones eróticas..., pero por alguna razón mantenía el freno echado, algo se lo impedía, al menos de momento, y no sabía por qué. Él se mostraba, en cambio, cada vez más efusivo. Esas precauciones iniciales, esa prudencia..., iban desapareciendo paulatinamente, dejando ver a un Sergio mucho más divertido y aniñado de lo que se había podido imaginar.

Lo cierto es que aún tenía la sonrisa en los labios. Ahora se daba cuenta. *«Si me miro en el espejo seguro que tengo cara de boba»*. No se lo pensó dos veces. Se levantó del sofá y se fue al recibidor para mirarse en el espejo. Era cierto, la tenía, incluso había recuperado algo de brillo en los ojos, nada que ver con el rostro tan demacrado que observó cuando llegó a su casa.

*«Me ha encantado hablar con él, ha sido todo un bálsamo en estos momentos. Sabe escuchar, y también cuándo hacerme reír. A veces parece un niño, cada vez más estoy descubriendo esa faceta en él, pero en otras..., un hombre con las ideas claras y con mucha personalidad»*.

*«Lo estás consiguiendo Sergio, espero que sin saberlo, pero cada día..., me siento más enamorada de ti, y eso pese a las circunstancias tan poco propicias que estoy atravesando. O quién sabe, quizá por ello te estoy descubriendo mucho mejor»*.

*«Sigue así, cariño, ahora sí puedo decirlo, aunque solo sea para mí. Estoy deseando poder expresártelo con abrazos, con caricias, y con miles de besos. Llegará ese momento, estoy segura, solo tienes que tener un poco de paciencia. Ahora que he dejado de oír tu voz tengo frío, vuelvo a sentir mi cuerpo encogido. Me da miedo necesitarte tanto, me da miedo quererte, me da miedo amarte. No recuerdo haber tenido nunca esta sensación. Mañana volveré a verte, y cuando lo haga quiero que me abrases con intensidad, como si quisieras impedir que algo o alguien pudiera separarnos. Necesito sentir tu calor, tengo mucho frío»*.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXX

Cinco minutos antes de las ocho, Alba se encontraba frente a la comisaría de la avenida Federico Rubio y Galí. Se acercó al policía que custodiaba la entrada y le dijo:

—Tengo cita con el inspector Rubén Crespo, de la UDEV.

—Suba por la escalera del fondo, primer piso. Pregunte allí —respondió el agente con amabilidad.

—Muy bien, gracias.

Tal y como le había indicado, entró y comenzó a subir la escalera. Nadie parecía reparar en su presencia, y eso que había poca gente. Cuando alcanzó el piso superior se dirigió hacia el agente que estaba detrás de una mesa frente a la escalera, y le preguntó por el inspector. Una vez se hubo identificado con su nombre, el policía le indicó que aguardara en la sala de espera que estaba en el pasillo.

Diez minutos más tarde apareció en la sala un hombre de mediana edad, vestido de paisano, con el pelo algo canoso y aspecto afable aunque de mirada impenetrable.

—¿La señorita Alba Garrido?

—Sí, yo soy —respondió levantándose del asiento.

—Soy el inspector Crespo. Disculpe la espera, la reunión se ha alargado más de lo previsto. ¿Me acompaña, por favor?

—Sí, claro.

El inspector le cedió el paso para salir de la estancia y luego se puso a su lado; ambos caminaron por el pasillo hasta llegar al ascensor. Bajaron en el mismo hasta el sótano, salieron a otro pasillo mucho más estrecho y menos concurrido, hasta que finalmente llegaron frente a una puerta a cuyo lado había un rótulo que indicaba: «*Sala de interrogatorios*».

—La he traído aquí porque esta habitación está equipada con videocámaras y micrófonos. Me gustaría grabar la conversación, si usted no

tiene inconveniente.

—No, no me importa —contestó Alba un poco extrañada.

—Si lo cree necesario también puede llamar a un abogado.

—¿Cree que lo necesito?

—Por supuesto que no, solo voy a formularle unas preguntas rutinarias relacionadas con la investigación que estamos llevando a cabo. De todas formas debía informarle de esa posibilidad, así como de los demás derechos que le asisten, entre ellos el de negarse a declarar.

—No sabía que iba a prestar declaración. Pensaba que se trataba de una conversación informal.

—Así es. Por ello nadie va a tomar nota ni tendrá usted que firmar nada. Esa es la razón por la que quiero grabar la entrevista, así podré recordar todos los detalles.

*«Y observar luego con detenimiento mis gestos, mis reacciones ante las preguntas...»*, pensó Alba.

—Puede sentarse aquí —le dijo el inspector Crespo indicándole una de las sillas junto a la mesa que había en el centro de la estancia.

Alba obedeció sin decir nada. El lugar le producía cierta inquietud. Resultaba muy poco acogedor, en gran parte por la iluminación, muy blanca y focalizada hacia el centro de la sala donde estaba la mesa con cuatro sillas, dos a cada lado de la misma. Se fijó que en el suelo, muy cerca de las patas de la mesa, había una argolla en cada esquina. Sin pretenderlo, su imaginación recreó una escena en la que un presunto delincuente era presionado en el interrogatorio para conseguir su confesión. No era el caso, por supuesto, pero no podía evitar sentirse nerviosa. Le parecía increíble que pudieran pensar que ella había matado a Héctor, pero sí entraba dentro de lo posible, que estuviera relacionada de algún modo, o incluso que fuera cómplice del asesinato. Suponía que en estos momentos, la policía no descartaba ninguna hipótesis.

El inspector se sentó frente a ella, abrió una carpeta que llevaba consigo y leyó todos sus datos personales, incluida su profesión y el lugar donde

trabajaba. Alba asentía a cada dato que le exponía, hasta que finalmente le formuló una pregunta que la sorprendió:

—¿Cuál es su estado civil?

—Soltera —afirmó con rotundidad.

—¿Héctor Soriano y usted no eran pareja?

—Lo fuimos durante casi dos años de convivencia, pero nos separamos justo cuando él entró en prisión.

—Inevitablemente...

—Fue una coincidencia, solo eso. Yo le estaba comunicando la ruptura de nuestra relación cuando fue detenido.

—No tenemos constancia de ello.

Alba se encogió de hombros. Luego añadió:

—No se me ocurrió

publicarlo en mis redes sociales.

Nada más pronunciar la frase se arrepintió de ella, no quería dar la sensación de que se ponía “borde”. Debía responder con naturalidad.

—¿Cuántas veces fue usted a verlo mientras estuvo en prisión?

—Solo una, tres meses después de su detención.

—¿Y con qué objeto?

—Comunicarle que yo dejaba el piso donde habíamos convivido y me mudaba a otro lugar, y que sus efectos personales se quedaban en un guardamuebles. Le entregué la llave del trastero y la documentación pertinente, pero la rechazó.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me puse en contacto con su abogado y se lo entregué a él.

—¿Tenía usted conocimiento de los hechos que se le imputaron al señor Soriano?

—En absoluto. Ya lo declaré en el juicio, en el que me citaron como

testigo.

Alba remarcó la palabra “testigo”; quería dar a entender que en ningún momento se llegó a pensar que fuera cómplice o estuviera involucrada de algún modo con el caso de corrupción de su pareja. Por otra parte, entendía que el inspector era de la brigada de homicidios y aún era pronto para que tuviera todos esos datos relativos al encarcelamiento de Héctor.

—Según manifestó usted ayer por teléfono..., el sábado por la tarde vio a su “expareja”. —Ahora fue el inspector el que hizo especial énfasis en esta palabra.

—Efectivamente. Me llamó por teléfono. Quería verme a toda costa. Al final, después de mucho insistir, incluso de amenazarme con subir a mi casa y forzar la puerta, accedí a encontrarme con él en una cafetería cerca de mi casa.

—¿Y cómo se llama esa cafetería?

— *Coffee with milk*. Está en la misma calle.

—¿De qué hablaron?

—Apenas fueron diez minutos. Insistió en continuar con nuestra antigua relación.

—¿No le comentó si estaba amenazado? ¿Le trasladó alguna información sobre sus actividades? ¿Le dio algún objeto?

Una por una Alba fue negando cada una de las preguntas que le formulaba el inspector, pero llegó un momento en el que no pudo reprimirse más y fue ella la que preguntó:

—¿Tienen algún indicio sobre los motivos por los cuales ha sido asesinado?

—¿Cómo sabe usted esa información?

Alba no sabía qué decir. No quería comprometer a Mario, así que al final escapó por donde pudo:

—Hasta los periodistas de sucesos lo saben. —Se marcó un farol. No había leído ninguna información publicada pero no resultaría extraño que en algún periódico se desvelara ese detalle, y el inspector no podía haberlos

leído todos.

—Precisamente estamos intentando averiguar los motivos. Es esencial para encontrar a los culpables. Lo más probable es que sea un ajuste de cuentas, y que tenga que ver con el caso por el cual fue a prisión —le informó el inspector.

—¿Usted cree que yo puedo estar en peligro?

—Si como ha dicho, no tenía usted nada que ver con sus actividades delictivas, no tiene nada que temer —respondió intentando resultar convincente—. Una última pregunta: ¿Dónde estuvo usted el sábado, después de despedirse de su expareja, hasta el domingo por la mañana?

—Con mi amiga Bea. Pasé la noche en su casa.

—¿Puede darme los datos de contacto de su amiga para que podamos comprobarlo?

—Sí, por supuesto.

Al salir de la comisaría y respirar el aire fresco de la calle, Alba se dio cuenta de hasta qué punto se había sentido agobiada en aquella inhóspita sala. Miró su reloj y comprobó que ya eran las nueve de la mañana. El tiempo se le había pasado en un suspiro. Se dirigió hacia la parada del autobús sin dejar de pensar en las circunstancias de la muerte de Héctor. Como decía el inspector, debía tratarse de un ajuste de cuentas, algo que salió mal de la operación en la que él estuvo involucrado y por la que fue condenado. Hubiera deseado preguntarle en qué había consistido la tortura a la que hizo referencia Mario, pero no podía desvelar que conocía esa información, y, además, en realidad no deseaba saber esos detalles.

Cuando estuvo con ella en la cafetería... ¿Conocía Héctor lo que le deparaba su destino? ¿Lo sospechaba siquiera? ¿Quiso protegerla de algún modo? ¿Qué significó en realidad aquél intenso beso?

Preguntas y más preguntas para las que no encontraba respuesta. Se hizo el firme propósito de dejar de pensar en ello, se sentía mental y físicamente agotada, y necesitaba rehacerse de algún modo. Tomó el autobús y se dirigió hacia el instituto, ahora mismo era la mejor terapia que podía tener.

\* \* \*

No sabía cuándo la llamaría Sergio. Dijo que a media tarde. Alba imaginaba que primero querría pasar por su casa para dejar el equipaje, probablemente cambiarse de ropa o incluso ducharse. Es muy posible que no la telefonara hasta las seis o las siete, y ella no podía esperar tanto. Estaba ansiosa por contarle que no había problema, que podrían compartir habitación tanto en el barco durante el crucero como en el hotel. El precio le salía a él algo más caro al no tener el descuento de reserva anticipada. Ella podría compensarle en parte al no tener que pagar el suplemento de habitación individual, pero todo eso ya se lo diría cuando lo hablasen tranquilamente en su casa.

Suponía que se alargaría el encuentro, tenían mucho de qué hablar, así que pensó en preparar algo para cenar, pero eso sería luego. Consultó la hora; eran cerca de las cuatro y media de la tarde, y él llegaba al aeropuerto poco antes de las cuatro, según le había dicho ayer, así que le parecía un buen momento para llamarle.

—¡Hola guapísima! —contestó Sergio en un tono muy alegre—. No podía imaginar que fueras tú. Te dije que yo te llamaría por la tarde...

—Solo quería saber si habías llegado bien, sin contratiempos —preguntó Alba.

—Todo perfecto, sin demoras ni atascos. Ahora ya estoy en el tren camino de Atocha; como no facturé, no he tenido que esperar al equipaje.

—Estupendo. Pues nada, ya me llamas tú y quedamos...

—No hace falta, podemos quedar ahora. ¿Qué te parece sobre las siete?

—Muy bien.

—Pues a esa hora paso por tu casa. Otra cosa... ¿has llamado a la agencia de viajes?

—Sí. No hay problema. Quedan plazas por cubrir en nuestro grupo y también en los mismos vuelos.

—¡Fantástico! —Sergio no ocultó su enorme alegría—. Pues en cuanto llegue me vas a contar el programa del viaje, todo lo que vamos a ver... Me

apetece mucho disfrutarlo contigo.

—A mí también, Sergio, ha sido una magnífica sorpresa que puedas acompañarme. Estaba muy ilusionada con este viaje, pero ahora..., muchísimo más. Lo vamos a pasar genial.

—Seguro que sí. La verdad es que es de esos destinos que siempre me han atraído, y ahora ese deseo puede hacerse realidad.

—A mí me ocurre lo mismo. Además, creo que a los dos nos va a venir muy bien desconectar de nuestra realidad cotidiana.

—Sobre todo tú, que has pasado por una situación terrible, y llevas unos días sin tregua. Realmente necesitas algo así. ¿Qué tal tu declaración en la comisaría?

—Lo que me esperaba, más o menos.

—¿Te han dado alguna información sobre las circunstancias de su muerte? Aquí, por casos de corrupción, no se mata a nadie. Es algo extraño.

—No, no me han dicho nada, están empezando a investigar. De todas formas no me apetece hablar de eso.

—Lo entiendo. Perdona, tenía que preguntarte.

—Claro. Por cierto, a ti también te vendrá muy bien ese cambio de aires después de tanto “casco” —dijo divertida.

—Desde luego, ahora me siento extraño sin él, jajaja. De todas formas tendré también que aprovechar ese viaje para intentar localizar los escenarios de las fotografías.

—Sí, claro.

—Es una gran oportunidad para buscar respuestas.

«*Y para intentar encontrar a esa mujer...*», pensó Alba.

—Por supuesto, yo te ayudaré en lo que pueda.

—No, ni hablar, no voy a permitir que pierdas un solo instante de ocio por este motivo. Quizá tenga que ausentarme en algún momento mientras haces una visita programada, eso sería todo —dijo Sergio con firmeza.

—No te pongas tan serio. Ya lo veremos sobre la marcha. Quizá el guía que tengamos en El Cairo reconozca algunas de esas imágenes, aunque estamos hablando de una ciudad de dieciséis millones de habitantes...

—No será fácil, pero seguro que el guía puede ser de gran ayuda y orientarme sobre su localización.

—Si es algo que quieres hacer tu solo..., no pasa nada, igual estoy resultando una entrometida.

—En absoluto Alba, me encantaría que me ayudaras con esto, pero no quiero ser egoísta y hacerte perder horas de ese tiempo tan valioso del que disponemos para disfrutar de un viaje así.

—Bueno, ya lo veremos cuando estemos allí. De todas formas me has dicho que se supone que esas imágenes son de El Cairo, porque en alguna aparecían vehículos y habéis podido identificar una matrícula.

—Sí, eso es.

—Bien, pues tenemos cuatro días de crucero por el Nilo que podremos dedicar íntegramente a disfrutar, y, además, son los primeros.

—¿Sí?, eso es fantástico. Bueno, ya me contarás todo el programa cuando llegue. Estoy entrando en Atocha.

—Vale Sergio, te espero sobre las siete. Un beso.

—Sí, sí, ya sé que solo es uno. El día que me gane un segundo beso daré saltos de alegría.

—Tú no pierdas la fe.

—Eso nunca. Nos vemos en un par de horas. Hasta luego, Alba.

*«Qué distintos somos, o mejor dicho, qué forma de actuar tan diferente tenemos. Nos hemos acostado juntos y ha sido una experiencia magnífica, creo que para los dos. A partir de ahí, tú has bajado la guardia, bromeas, no tienes miedo a mostrar lo que sientes...; yo, en cambio, controlo, dosifico hasta mis besos, pese a que el estómago se me llena de mariposas en cuanto hablo contigo. ¿Será algo genético? ¿Todas las mujeres actuamos así, y ellos como Sergio? Tendré que preguntar a mi “wikipedia” particular».*

—Han pasado casi dos horas desde que nos hemos despedido en el instituto; tiempo más que suficiente para que me echés de menos. Dime cielo, ¿qué se te ha pasado ahora por la mente? —respondió Bea bromeando al ver el nombre de su amiga en el visor de su teléfono móvil.

—Dirás que soy una pesada, lo sé.

—Lo digo, lo digo. También digo que te noto contenta, y me encanta que me llames cuando estás así, que para ponerme mal cuerpo ya están los telediarios. ¿Sabes lo que pensaba ayer?

—No, dime.

—Que cuando haya pasado todo esto de Sergio y estéis comiendo perdices, ya no me llamarás, y entonces seré yo la que te echará de menos...

—Entonces me llamas tú, y ya está.

—Ya está, no. Hay que tener tema, y la verdad es que tú das mucho juego. Yo no sabría qué cosas contarte para llamar tu atención. Bueno quizá sí, a veces pienso en desertar, coger el macuto y abandonar a las fieras. Me iría a un campamento hippie, sí es que queda alguno...

—Ya verás lo bien que te va a sentar este viaje, sin niños, solitos tú y Luis..., bueno, con el grupo...

—Va a ser fantástico. Nuestro primer viaje al extranjero después de cinco años... y apenas quedan tres semanas... ¡Uaaauu!

—Yo también estoy súper ilusionada.

—No es para menos. ¿Se lo has dicho ya? ¿Sabe que puede venir con nosotros?

—Sí, sí, se lo acabo de comentar por teléfono, y se ha puesto muy contento. Se nota que a él también le ilusiona mucho.

—¡Genial! Me imagino cómo estás.

—Pues de eso quería hablarte. Él está muy bien, exterioriza todas sus emociones, no se guarda nada, al menos esa es la impresión que me da, y yo, en cambio..., no puedo seguirle, quiero ir más despacio...

—¿No crees sentir lo mismo que él?

—Por supuesto que sí, no tengo ninguna duda en eso. En cuanto más lo conozco..., más me gusta. Pero no me sale lanzarme, y no sé si hago bien. Si fuera al revés, si yo le viera a él retraído mientras que yo le estoy mostrando mis sentimientos..., dudaría de los suyos, y no quiero provocar esa sensación en él.

—Te entiendo. Vamos a ver Alba, es normal que tengas esas reticencias. Después de Héctor no te has vuelto a enamorar, y aquello salió mal, así que ahora es lógico que seas mucho más prudente. De todas formas también te digo que entre Sergio y Héctor hay un abismo. Yo, sinceramente, no pensaba que Sergio fuera el tipo de chico que podría engancharte como lo está haciendo.

—Pues fuiste tú la que me empujaste hacia él.

—Sí, claro, porque lo veía un hombre que podría irte bien en estos momentos, pero al ser tan diferente..., no pensaba que podría llegar a enamorarte, y creo que lo está consiguiendo, ¿no?

—Pues sí, para qué negarlo.

—Lo único que tienes es miedo. Miedo a volver a sentir, miedo a ilusionarte, a dejarte llevar y disfrutar del amor en caída libre, a ese vértigo que nos hace enloquecer...

—Es muy posible que sea como tú dices, pero es que apenas nos conocemos, todo va muy rápido y eso es lo que me produce inquietud.

—Y tienes razón en eso, apenas ha pasado tiempo desde la primera cita. Yo tampoco pensaba que Sergio fuera un hombre tan apasionado como me lo estás contando tú.

—Pues lo es, y mucho. Es romántico, es apasionado, es divertido, un poco infantil a veces...

—Vale, vale, ya me hago una idea de lo tonta que te tiene —concluyó Bea con sorna.

—Lo que yo quiero saber es si debo soltarme yo también como él, y dejar que todo fluya espontáneamente.

—Mi consejo es que no. Creo que debes seguir como hasta ahora, poniendo un poco de orden en todo esto, no sea que los dos os pongáis a

correr y os estrelléis.

—¿Tú crees que puede pasar eso? —preguntó Alba sintiéndose decepcionada.

—Yo creo que él lleva mucho tiempo sumido en el ostracismo, amargado por un sentimiento de culpabilidad que le corroía las entrañas. Ahora, de pronto, va y te conoce y surge la atracción y el deseo. Una mujer que le gusta, y que le hace sentir de nuevo el amor gracias a esa reciprocidad que ha surgido entre los dos. Y luego, además, esta esa Luna, que ya veremos qué pasa con ella...

—Sí, el tema de esa mujer también me preocupa a mí.

—No es para menos. Voy concluyendo. Lo que creo es que él se encuentra ahora mismo en estado de euforia, tanto por ti como por ese viaje a Alemania, que según me has contado hoy, le ha resultado bastante útil para su pretensión de encontrar a esa mujer. Y la euforia..., se disipa como la gaseosa, y luego viene el bajón. Por eso creo que debes ser prudente y no lanzarte en exceso. Poco a poco, niña.

—No sé qué haría yo sin ti...

—Pero si luego siempre haces lo que quieres...

—Qué va, te hago mucho caso.

—Me lo tomaré como un cumplido. Yo lo único que quiero es que no te hagan daño, que luego me pones la casa perdida con tus lloros. Me he quedado sin pañuelos de papel...

—Te compraré una caja...

—He visto unas monísimas en Amazon, forradas de tela, con cenefas de ganchillo...

—Vale, vale, tomo nota. Bueno, cuelgo ya que si no la consulta me va a salir por un pastón.

—Qué va, un caprichito de nada, jajaja. Bueno, pese a todo lo que te he dicho, no te olvides de disfrutar. Controla un poco, solo eso.

—Un beso muy grande querida amiga. Voy a preparar algo para cenar,

imagino que se quedará.

—Si crees que se va a quedar a cenar..., ve poniendo sábanas limpias en tu cama. Aunque igual os basta con el sofá...

—Ya empiezas a ponerte borde...

—Solo tengo envidia. Es que los niños limitan mucho, no sabes hasta qué punto.

—Me parece que se os va a ver muy poco el pelo en este viaje.

—No creas, hay tiempo para todo, no me pienso perder nada, jajaja. Venga, hasta mañana, Alba.

—Hasta mañana, Bea.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXXI

Cuando Alba abrió la puerta de su apartamento, se quedó inmóvil durante unos segundos. No recordaba que Sergio fuera tan guapo. Aún llevaba los cabellos algo húmedos, no se habría entretenido en secárselos después de la ducha, y esa camisa azul cielo... le sentaba maravillosamente bien.

—¿No piensas decirme nada? No me esperaba algo muy efusivo, como echarte a mis brazos o algo así, pero un simple “hola” por lo menos...

*«Serás..., seguro que te has dado cuenta de que me he quedado boba mirándote. ¡Mierda! ¿Y eso es controlar? Tiene razón Bea en que no la hago caso, pero no es por falta de ganas».*

—Venga, pasa. Muacks y muacks. Dos besos, uno en cada mejilla, no te quejes...

Alba no pudo terminar la frase. Sergio cogió su rostro con ambas manos y lo atrajo hasta su boca. La besó con ardor. Solo cuando notó que ella le correspondía soltó sus manos, la rodeó con sus brazos y la apretó intensamente contra su cuerpo mientras la seguía besando con vehemencia.

Alba perdió la noción del tiempo. Cuando él aflojó la presión sobre su cuerpo, y, lentamente, separó sus labios de los de ella, una cierta sensación de mareo la invadió. Apoyó la cabeza en su pecho mientras con las manos se agarraba de sus brazos. Necesitaba tiempo, tiempo para recomponerse y que él no lo notara.

Respiró hondo, y un aroma embriagador la sedujo aún más. Todo su cuerpo se electrizó. Respondía al recuerdo, a ese estímulo que de forma indeleble queda guardado en algún lugar de nuestra memoria, para activarse al menor indicio. Conocía ese olor, la trasladaba poco más de dos semanas atrás, a su segunda cita con él, y a la noche de apasionado amor con la que concluyó. Durante varios días ese olor estuvo presente en su dormitorio, la envolvía cada noche hasta que, finalmente, lavó las sábanas, y también la toalla con la que él se cubrió mientras le confesaba, ya muy avanzada la madrugada, la razón de sus pesadillas.

Lo deseaba, y mucho además. Todo su cuerpo parecía pedirle a gritos que

Sergio le hiciera el amor, pero ella no quería evidenciarlo, no podía, no debía. ¿Qué iba a pensar él? Un simple beso —no tan simple, desde luego—, y ella caía rendida a sus pies. No podía permitírselo, todavía no. Como bien decía su amiga, tenía que esperar a que él bajara de la nube y ver entonces qué había detrás de todas esas manifestaciones de amor.

¿Podría conseguirlo? Él continuaba poniéndoselo difícil. Con una mano le acariciaba la espalda, la cintura..., de momento no bajaba más; con la otra los hombros, la nuca..., mientras seguía besándola dulcemente en la frente, en los cabellos...

*«No puedo continuar así, abrazada a él mientras me acaricia. Lo estoy notando, y mucho. Cada vez más grande, más duro... Mareada o no tengo que escapar, huir ya de este delicioso momento, o será tarde, muy tarde, para los dos».*

—Venga pasa, ya nos hemos saludado —dijo Alba irónicamente mientras se separaba lentamente de él.

—Tú lo has dicho, esto solo es un saludo.

Alba le miró levemente, apenas un parpadeo, lo suficiente para saber que sus ojos expresaban un ardiente deseo de continuar.

—Te veo muy cargado —mencionó Alba para desviar su atención, observando el maletín que Sergio había dejado en el suelo al abrazarla.

—Antes me has dicho que querías ver las fotos, así que las he traído.

—Claro que sí —dijo entusiasmada al tener una excusa convincente para escapar—. Siéntate en el sofá mientras preparo algo de beber. ¿Qué te apetece?

—Una cerveza estaría bien —respondió mientras accionaba la manivela de la cajita de música que estaba en un estante del mueble del recibidor—. Tengo que arreglar esto, Alba. Si quieres luego le echo un vistazo.

—No hay prisa, ya lo harás otro día. Luego quiero enseñarte el programa del viaje —exclamó yéndose hacia la cocina.

—Sí, sí, eso es muchísimo más interesante —dijo mientras se encaminaba detrás de ella—. Estoy deseando que me lo cuentes —añadió casi con un

susurro cuando llegó hasta su lado.

Aunque no hubiese hablado, incluso aunque no le hubiese visto de reojo entrar en la cocina, Alba percibiría su presencia con los ojos cerrados. Había un magnetismo especial, una atracción intangible que le erizaba la piel y reblandecía sus músculos dejándola como un flan.

Intentó concentrarse en lo que quería hacer. Rápidamente sacó dos botellines de cerveza de la nevera, dos copas de un armario, un bote de aceitunas y una bolsa de patatas fritas de otro contiguo al anterior...

—No hay prisa —le dijo Sergio al observar el vertiginoso ritmo con el que estaba preparándolo todo—. Dime en qué puedo ayudarte.

—Yéndote al sofá, estarás cansado del viaje y yo acabo enseguida.

—Bueno, como quieras —respondió, para después darle un cálido y fugaz beso en el seductor y esbelto cuello que dejaba al descubierto su corte de pelo “pixie”.

Se marchó sin decir nada más, pero Alba aún no había podido recuperarse de la sacudida eléctrica que había recorrido toda su espina dorsal.

*«No sé qué me pasa hoy. Estoy terriblemente sensible. Menos mal que se ha ido, estaba a punto de que algo se me cayera de las manos. Me ponía muy nerviosa tenerlo detrás, observándome en cada detalle. Pensaba que en cualquier momento iba a saltar sobre mí. Bueno, casi lo ha hecho, aunque se haya limitado a ese electrizante beso en el cuello».*

Alba apareció en el salón un par de minutos más tarde llevando una bandeja con las bebidas y un pequeño refrigerio. La depositó en la mesa de centro y se sentó a su lado en el sofá. Sergio ya tenía las fotos en su mano viéndolas una vez más.

—¿Me las dejas ver?

—Claro, para eso las he traído. Míralas.

Una a una se las fue mostrando, y Alba no pudo ocultar su rostro de decepción.

—No sé, me imaginaba algo más tangible... —dijo desencantada

—Esto significa un logro enorme si tienes en cuenta cómo las han obtenido  
—replicó Sergio.

Sí, por supuesto, no lo niego, pero...

—Las hay mejores, pero vamos, no te imagines que vas a ver una fotografía como las que hacemos hoy en día con una cámara.

Resultaba muy difícil reconocer un escenario, y más aún a la mujer. Sergio se la señalaba entre un montón de gente. Estaba claro que él había revisado las fotos docenas de veces, y, además, había contado con la ayuda de los aparatos de ampliación del instituto.

Cuando Alba tenía dieciséis años encontró una caja donde su madre guardaba recuerdos de su infancia y de sus padres, un sobre que contenía algunas fotografías y varias tiras de negativos. Comprobó que en estos había muchos más fotogramas que fotografías reveladas en el sobre, así que le pidió permiso a su madre para cogerlos y llevarlos a un laboratorio con la intención de que procedieran a su revelado. Lo hicieron, y el resultado fue decepcionante. Apenas se veía nada, manchas oscuras alternándose con otras más claras, siluetas difusas de personajes, en algún caso existía un pequeño detalle reconocible, una isla dentro de aquél caos. El técnico le explicó que aquello se debía a la degradación del negativo: *«Son muy sensibles a la luz y la humedad. Tienen cerca de cuarenta años y se deterioran con el paso del tiempo salvo que estén muy bien conservados, guardándolos en recipientes al vacío, o muy estancos por lo menos»*.

Esa era la sensación que le proporcionaba las fotografías que le mostraba Sergio, aunque no estaban tan mal como aquellas que reveló del tiempo de sus abuelos. Ahora le mostraba una ampliada con retoque de imagen. Había mejorado mucho, desde luego, pero era imposible poder identificar así a la mujer. Era una de las pocas instantáneas en las que se la veía de cuerpo entero, pero estaba de espaldas. Podía deducirse que era bastante joven, esbelta, llevaba esos pantalones “*harem*” que Sergio le nombró por teléfono, aunque sólo se podían interpretar manchas de colores y no el dibujo del estampado.

Efectivamente, como también le había comentado él al revelar sus pesadillas, llevaba un pañuelo en la cabeza que le cubría hasta los hombros y parte de los brazos. Apenas se le veía una pequeña parte de un antebrazo;

parecía de piel blanca, pero no podría asegurarlo con certeza, podía ser también una mujer egipcia, las había con un tono de piel muy claro. Observando el calzado solo pudo concluir la misma información que le había dado él; unas sandalias con suela en forma de cuña y poco más.

Seguía viendo fotos. Sergio ahora solo le mostraba las de la mujer, aquellas en las que se la veía mejor. Después de verlas todas con detenimiento, le comentó:

—Lo que me sorprende de todas estas fotos es que siempre se la ve de espaldas o a lo sumo de lado. Eso no lo entiendo.

—Yo tampoco, pero es así, como si la estuviera siguiendo, esa es la sensación que me da. Ahora has visto las fotos de forma desordenada, quiero decir que te he mostrado solo aquellas que han ampliado porque se la ve mejor. Mira ahora estas hojas, en cada una han impreso veinte fotos, cuatro columnas por cinco filas. Míralas de izquierda a derecha y de arriba abajo, como cuando leemos. Ese es el orden, la secuencia tal y como se mostraron en el sueño.

Alba obedeció. Ya no se fijaba en los detalles, sino en el aspecto global de las imágenes. Era como ver una película mediante fotogramas cuya separación temporal fuera de varios segundos, o incluso minutos, el uno del otro. Aun así se podía reconstruir perfectamente la secuencia, y con ello se daba cuenta de que Sergio tenía razón, en todo momento es como si la cámara, o más bien sus ojos en este caso, estuviesen siguiendo a la mujer.

Se la veía mezclada entre el gentío, como si estuviera en un mercadillo, también en el interior de una tienda hablando con una persona que estaba a su lado, incluso dentro de lo que parecía ser una mezquita.

Dime una cosa: ¿No te parece extraño que si tu sueño consiste en una premonición sobre ella, haya un montón de imágenes en las que no esté? ¿Cómo explicas eso?

—Ya te he dicho varias veces que la angustia que me provocan esos sueños es por la sensación de peligro inminente que me trasladan, como si a esa mujer le fuera a ocurrir algo grave. Yo interpretaba esas imágenes precisamente en ese sentido, como alguien que está al acecho, que la sigue, quizá. Eso es lo que he estado buscando en ellas, personas con una actitud

sospechosa, pero no he visto nada.

—Pero Sergio, si fuera como tú dices, con esa cantidad de gente que se ve en la imagen, la tendrían que seguir muy de cerca para no perderla de vista. Lo que quiero decir es que posiblemente se la vea tanto a ella, como a sus seguidores, si es que existen. Ya tengo claro que tu percepción, la de tu visión quiero decir, es como si la siguieras a ella.

—Eso es.

—Ahora que lo pienso... se me ocurre la idea de que en realidad, lo que tú estás viendo en tu sueño, sea precisamente lo que está viendo la persona que la sigue a ella. Es decir, esa cámara que proporciona estas imágenes, en realidad son los ojos de su perseguidor. Fíjate, siempre están tomadas a la altura de una persona, más cerca cuando más gente hay, y más lejos cuando se la puede observar en la distancia, como aquí en la mezquita.

—¡Tienes razón! ¡Es cierto! Entonces..., lo que yo veo en sueños..., es lo que ve aquél que pretende hacerle daño. ¿Querrá secuestrarla? ¿Cuáles serán sus intenciones, y por qué? —se preguntaba alterado Sergio.

—Eso sí que me parece imposible de averiguar. Como no tengas una visión posterior a estos momentos, más avanzada en el tiempo, no sabremos nada, solo tendremos sospechas sin fundamento.

—¿Te parece poco fundamento mi presentimiento? El hecho de que esas premoniciones se repitan una y otra vez y me provoquen una enorme sensación de angustia y de miedo, ¿no te parecen un indicio suficiente?

—Perdona Sergio, no quería decirlo así, solo que no tenemos ninguna prueba fehaciente..., pero sí, tienes razón, yo también estoy empezando a creer en tu presentimiento. Todo esto —dijo señalando los montones de hojas con fotografías—, no sucede por nada, debe tener un motivo.

—Por supuesto, estoy convencido de ello. Ahora lo tengo mucho más claro. Mi mente ha percibido en sueños lo que esa persona ha estado viendo. El problema es la parte de fantasía que mi inconsciente haya podido añadir adulterando la realidad.

—Tengo la sensación de que hay muy poca fantasía en todo esto. Para mí que es una especie de transmisión telepática, por decirlo de alguna manera.

—Sea como fuere, me has ayudado muchísimo con este nuevo enfoque. Allí, en el instituto, tantos que éramos..., y no se nos ocurrió esta idea. Estábamos demasiado obsesionados con mejorar la imagen, con ver los más pequeños detalles..., todo encaminado a que yo pudiera identificarla, o reconocerla si llegaba a verla algún día.

—Y no es un trabajo baldío, sino muy necesario llegado el caso.

—Sí, es posible. Bueno, si te parece dejamos ya el tema de las fotos, me has resultado de gran ayuda, pero ahora me apetece mucho más que me cuentes lo del viaje.

—Muy bien, voy a por los folletos, ahora vuelvo.

Un par de minutos más tarde Alba regresaba llevando un sobre entre las manos. Sus ojos brillaban, no podía ocultar su emoción. Se sentó de nuevo a su lado y le dijo:

—Acércate, así lo podrás ver tú también.

Sergio obedeció al instante. De nuevo pudo aspirar el fresco aroma que desprendía Alba. Por un segundo olvidó la razón por la que había pegado su cuerpo al de ella. Las palabras de Alba se lo recordaron al momento.

—Salimos el sábado veinticinco de junio, a las cuatro menos cuarto, y llegamos a El Cairo a las ocho y veinticinco.

—Eso es..., algo más de cuatro horas y media de vuelo. Nunca he viajado tanto tiempo en un avión —aseguró Sergio.

—Pues ahí no termina. Dos horas y media después tomamos un avión con destino a Luxor. Luego allí nos recogen y nos trasladan al puerto fluvial para embarcar en el crucero.

—¿Cuánto dura ese vuelo?

—Es corto, una hora, remontando el Nilo, la pena es que ya será de noche y no podremos ver los paisajes. Sería espectacular verlo todo desde el avión.

—La verdad es que sí. Lo que creo es que llegaremos muy tarde al barco.

—Sí, y además, al otro día se madruga. En la agencia nos dijeron que es un viaje maravilloso pero que se duerme muy poco.

—Y menos que vamos a dormir —apostilló sonriente Sergio.

Alba hizo como si no hubiese entendido el comentario de él, y prosiguió.

—Lo que te voy a relatar solo es un breve resumen. El programa es muy completo, ya que hemos contratado todas las excursiones desde aquí. El domingo, a primera hora, visita a Luxor: Veremos los templos de Karnak y de Luxor, el Valle de los Reyes, el Templo de Hatshepsut y los Colosos de Memnón. Luego regresamos al barco a la hora del almuerzo y navegamos toda la tarde hasta llegar a Edfu.

—¿Y por la mañana tenemos tiempo para hacer todas esas visitas?

—Ya te digo que se madruga mucho. De todas formas, mejor así, porque a mediodía vamos a pasar de los cuarenta y cinco grados.

—No lo dudo. Habrá que llevarse un buen sombrero o gorra, ropa ligera, calzado cómodo, protector solar..., y beber mucha agua.

—Eso es. Bueno, continúo leyendo. El martes, en Edfu, nos llevarán en las típicas calesas tiradas por caballos a visitar el templo dedicado a Horus, el dios halcón. Luego embarcamos de nuevo y navegamos hacia Kom Ombo. Allí visitaremos el único templo dedicado a dos dioses, Sobek y Horoeris. Regresamos al barco y seguimos Nilo arriba hasta Aswan.

—¿Y qué vamos a hacer mientras navegamos? —susurró maliciosamente Sergio mientras acercaba su rostro a la oreja de Alba.

—He visto fotos de los barcos y en la cubierta tienen piscina, jacuzzi, tumbonas, además de una amplia zona de estar protegida del sol para tomar refrigerios mientras disfrutamos del paisaje —contestó Alba haciendo caso omiso a la insinuación de Sergio.

—Imagino que también podremos estar en el camarote, y que tendrá un amplio ventanal y quizá hasta una terracita privada... —musitó mientras rozaba ligeramente con sus labios el cuello de Alba—, y supongo también que tendrá aire acondicionado... —no terminó la frase. Sus labios recorrieron su cuello ascendiendo hasta su nuca.

De nuevo esa sacudida eléctrica que recorría en un instante su columna vertebral, la dejó paralizada. Intentaba moverse, inclinarse hacia delante para

zafarse del contacto de Sergio, de las caricias de su boca, pero no podía. Su cuerpo permanecía inmóvil, ajeno a sus órdenes, mientras se le erizaba la piel. Él la rodeó por detrás con sus brazos, rozando suavemente sus senos, mientras mordisqueaba lentamente su cuello, su nuca, acercándose después a una de sus orejas. Sus manos no dejaban de moverse, de acariciarle los brazos, las manos, el vientre...

Alba tuvo la sensación de que todo se diluía. El espacio y el tiempo. Con los ojos cerrados había seguido siendo consciente de su entorno hasta ese instante, pero ya no. Estaba teniendo una visión surrealista. Los muebles, las paredes de su apartamento..., todo parecía como si estuviera compuesto de arena, como esas enormes esculturas que vio hace tiempo en la playa de Levante de Benidorm en un viaje de fin de semana. Una fina lluvia invisible a sus ojos lo estaba deshaciendo todo, fundiéndose en una amalgama de colores y formas sin sentido, para poco después, recomponerse nuevamente.

Ahora se veía rodeada de un nuevo paisaje. Interminables y sinuosas dunas de abrían a su paso, tostadas por un sol tan intenso que su luz cegaba sus ojos. En el horizonte, envueltas por una nebulosa que imitaba las cortinas de gasa, veía enormes pirámides y gigantescos colosos de piedra. De pronto, un caudaloso río se abrió bajo sus pies, flanqueado por verdes riberas con palmeras. Pequeñas embarcaciones de una sola vela surcaban sus aguas, y ella se sentía transportada en una de ellas, balanceándose rítmicamente, siguiendo el compás de “Voces de primavera”, el vals de su cajita de música, la que compró en Viena, mientras caprichosos rayos de sol recorrían su desnudo cuerpo abrasándolo a su paso.

Impotente, se abrazó a él, dispuesta a inmolarse en el incandescente fuego del placer. Su cuerpo se estremecía, se agitaba lascivamente a cada embestida. Mordía todo aquello que su boca alcanzaba, agarraba con sus manos ese cuerpo que la hacía vibrar de emoción y clavaba sus uñas en él. Incontenibles gemidos brotaban de su garganta, hasta que, finalmente, gritó con implacable vehemencia, y su eco se repitió una y otra vez en sus oídos, alejándose poco a poco hasta desaparecer.

Ahora solo quedaban las sensaciones; la de plenitud, la de agradecimiento a la vida, la de simbiosis con otro cuerpo del que jamás querría separarse, la del sudor que los bañaba a ambos, y ese inconfundible olor que lo envolvía

todo impregnándolo de pasión y de magia.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXXII

Habían transcurrido tres semanas desde que Sergio regresó de Alemania. Durante todo ese tiempo no había vuelto a tener ninguna pesadilla más, y los fines de semana los pasaba con Alba en su apartamento. Hacían el amor en cualquier momento, espontáneamente, sin previo aviso. Sergio tenía la enorme habilidad de encender la excitación de Alba en apenas unos segundos, y ella no podía hacer nada por evitarlo. Muy al contrario, cada vez sentía un mayor deseo, hasta el punto de no esperar su iniciativa y provocarle sutilmente.

—¡Bea, solo quedan cuatro días! ¡Uaaalaa! —gritó Alba cuando su amiga entró en la sala de profesores del instituto.

—Ufff..., lo sé, lo sé, no sabes la locura de finde que he tenido. Lavadoras, plancha, más lavadoras..., preparando las maletitas de los niños para el viernes cuando los dejemos con mis padres, y toda la ropa nuestra que nos vamos a llevar al viaje. Durante la semana es que no tengo tiempo para nada.

—¿Pero no estás ilusionada?

—Estoy..., que no me lo creo aún. ¿Tú sabes lo que son cinco años? Sí, hemos hecho algún viaje por España, pero con las fieras auestas, y claro, no es lo mismo. Desde que tuve al primero, Luis y yo no hemos viajado solos hasta ahora.

—Va a ser fantástico, ya verás.

—Estoy segura de ello. ¿Y tú, que tal el fin de semana?

—Genial. El sábado pasamos el día en Segovia. A Sergio le encanta salir y visitar lugares, aunque ya los conozca, como era este caso, y yo también, pero todo parece diferente cuando lo recorres con otra persona.

—Claro, te entiendo. ¿Y lo demás?

—Lo demás..., genial también.

—Tengo la sensación de que controlas poco.

—No controlo nada; ya quisiera, pero no puedo.

—Recuerda lo que te dije, Alba.

—Lo sé, no se me olvida, el problema es que a mí también me ha subido a su nube, y me hace volar sin descanso.

—¿Y sus pesadillas?

—No ha vuelto a tener ninguna.

—Qué raro, ¿no?

—Sí, pero toca madera, ojalá no vuelva a tenerlas. Él está esperanzado, piensa que quizá el doctor Baumann, su psicoanalista, estuviese equivocado y esos sueños no fueran premonitorios, sino un mecanismo de liberación de su inconsciente relacionado con el sentimiento de culpa que aún arrastraba.

—¿Ha dejado el tratamiento?

—En todo este tiempo solo ha ido dos veces a la consulta. La primera, ya te lo conté, a los pocos días de regresar de Alemania, para referirle todos los detalles de su estancia allí. Entonces programaron una nueva cita de revisión para este jueves pasado, y como no se han vuelto a repetir las pesadillas, le ha dado el alta. Aún sigue con una pequeña dosis de medicación, tiene que reducirla poco a poco, pero en dos semanas ya no tomará nada.

—No sabes cuánto me alegro, Alba, y también por él, vaya cambio, no podía imaginar que fuera un hombre así. La depresión es que hace estragos en cualquier persona. Por cierto, hablando de él...

—¡Hola guapísima! —le susurró Sergio cerca de su oído cuando llegó a su altura—. El lunes te sienta genial.

—Y además, adulator —dijo Bea que había escuchado los comentarios de Sergio—. No sé cómo lo soportas.

—Yo tampoco —respondió Alba haciendo un mohín—. No sabes la paciencia que tengo con él.

—Voy a hacerme un café antes de que me condenéis a la hoguera. ¿Os habéis enterado del atentado de ayer en Egipto?

—No —respondieron las dos al unísono—. ¿Qué ha pasado? —preguntó Alba.

—Una bomba en una mezquita. Mira, léelo —respondió Sergio enseñándole el periódico que llevaba en la mano, abierto por la sección de internacional—. Yo lo escuché anoche en la televisión.

Mientras él se preparaba el café, Alba leyó en voz alta la información: «*Varios muertos en un atentado terrorista en la mezquita de Al Rauda, situada en Bear al Abed, cuarenta kilómetros al oeste de Al Arish. Un artefacto explosivo de fabricación casera estalló a la salida de los fieles...*».

—¡No sigas! —la interrumpió Bea—. No quiero oírlo, con la ilusión que tengo...

—De todas formas —apuntó Sergio— este atentado ha ocurrido al norte de la península del Sinaí, una zona militarizada en estado de excepción. Ni siquiera a los periodistas les dejan entrar allí. Eso no tiene nada que ver con los lugares que vamos a visitar nosotros.

—Y además —añadió Bea—, ¿dónde se está seguro hoy en día? Ni siquiera Europa, incluida España, está libre de la posibilidad de un ataque terrorista, así que..., dejemos de pensar en ello. No vamos a perder nuestra ilusión por este motivo.

—Tenéis razón —contestó Alba. De pronto se detuvo ante el titular de una noticia en la página de sucesos. Conforme avanzaba en la lectura de la reseña, su rostro mostraba una mayor preocupación.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sergio.

—Esta noticia..., no sé, me ha llamado la atención.

—¿Por qué? —inquirió, acercándose al diario.

—Aquí dice que el sábado por la noche un vigilante jurado fue apaleado al sorprender a unos ladrones que estaban robando en un almacén de Mudanzas Prieto.

—¿Y?

—Pues que al final del artículo dice que la empresa ignora lo que pudieron llevarse, pero que dejaron totalmente destrozado uno de los trasteros, mientras que los demás quedaron intactos. Sería mucha casualidad...

—¿El qué? Suéltalo ya. ¿Qué estás pensando?

—Esa empresa fue a la que yo encargué la mudanza de mi anterior piso, el que compartía con Héctor. Mis cosas las llevaron a mi nuevo apartamento, y las de él, dado que ellos tenían servicio de guardamuebles, les dije que se las quedaran hasta que su dueño quisiera recuperarlas. Yo he estado pagando el alquiler de ese guardamuebles mientras Héctor estuvo en la cárcel.

—Entiendo. Así que piensas que han robado en el local donde estaban sus cosas, buscando aquello por lo que le torturaron y mataron. Es eso, ¿no?

—Exactamente. Eso es lo que estoy pensando.

—Lo más seguro es que no tenga nada que ver. ¿Has sabido algo más sobre este tema? ¿Te ha vuelto a llamar la policía?

—No. Presté declaración como ya sabes y no han vuelto a ponerse en contacto conmigo. Te lo habría comentado si lo hubiesen hecho.

—¿Y Mario? ¿Tampoco te ha llamado?

—No sé nada de él.

—Entonces dejemos de preocuparnos. Ni los terroristas ni los delincuentes nos van a impedir disfrutar de este maravilloso viaje —concluyó Sergio.

—Apoyo la moción —añadió Bea.

El resto de la mañana transcurrió en un suspiro. Alba llegó a su casa desfallecida, pero cuando sacó las llaves para abrir la puerta de su apartamento, tuvo un pálpito, una extraña sensación de que algo no estaba bien, aunque no sabía exactamente qué podía ser. Introdujo la llave en la cerradura y la giró despacio hasta que por fin desbloqueó el pestillo y empujó la puerta. No estaba preparada para lo que vieron sus ojos.

Desde el marco de la entrada, sin llegar a cruzarlo aún, contempló una escena que le resultó increíble, como si no se correspondiera con su apartamento. Debía tratarse de otro lugar. Poco a poco fue entendiendo y asumiendo la cruda realidad, y la desolación invadió su rostro.

¿Qué había ocurrido allí? Ni siquiera parecía un robo. ¿Por qué tanto ensañamiento? Avanzó unos metros. Allí donde mirase..., no quedaba nada en pie. El sofá, las sillas del comedor... todo estaba roto, las tapicerías

reventadas, los cajones del aparador vaciados y en el suelo...

Giró su vista hacia la cocina y era el mismo panorama. Hasta los botes de alimentos que contenían pasta, sal, harina..., estaban derramados sobre la encimera o tirados en el suelo. El espectáculo era absolutamente dantesco. Se apoyó en la pared y comenzó a llorar desconsoladamente. Quería entrar a su dormitorio, pero no se sentía con fuerzas para verlo. Finalmente, cogió el móvil y llamó a Sergio:

—¡Hola cielo! ¿Qué se te ha olvidado? —contestó jocosamente. Alba tardó unos segundos en replicarle, no le salía la voz. Sergio sospechó ya en ese instante que algo no iba bien.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás bien? —añadió.

—Han robado..., más que eso, lo han destrozado todo, todo...

—¿El apartamento?

—Sí —contestó con un hilo de voz.

—Ahora mismo voy para allá. Llama a la policía mientras llego.

—De acuerdo.

—¿Lo has visto todo?

—Aún no, estoy todavía en la zona del recibidor...

—No sigas, sal fuera, al corredor del edificio y espérame ahí. Llama también a la puerta de algún vecino para que te acompañe.

—Vale —Alba respondía como si fuera una autómatas. En este momento se sentía incapaz de pensar por sí misma.

—Y otra cosa —añadió Sergio—, llama al inspector de homicidios que habló contigo. Aún tienes la tarjeta, ¿no?

—Sí, en el monedero.

—Pues llámalo y le informas. Creo que este robo está relacionado con el del guardamuebles que ocurrió ayer, y todo eso tendrá que ver con Héctor y la forma en la que murió.

—Es que no sé si me han robado. Está la televisión, el portátil...

—Imagino que no. Si dices que lo han destrozado todo... el que sea está buscando algo desesperadamente, y no sabemos qué es. Llama al inspector, hazme caso. Una cosa más, llama también a tu casero. Supongo que dispondrá de un seguro de hogar, y tendrá cobertura para siniestros semejantes. Tiene que dar parte para que vengan a peritarlo. Ya estoy en el coche, ahora mismo salgo para allá. Enseguida nos vemos.

Cuando lo vio aparecer suspiró aliviada. Él la abrazó sin decir nada, y durante varios segundos la tuvo en su regazo. Cuánto necesitaba ese abrazo, ese calor...

—¿Cómo estás, cielo?

—Ahora mucho mejor —respondió Alba con sinceridad.

—Le hemos dado una tila —terció la vecina que estaba al lado y a la que Sergio ni tan siquiera había visto a su llegada.

—Muchas gracias, seguro que le ha sentado bien. Una impresión así... —dijo oteando el interior del apartamento desde la puerta de entrada—. ¿Has llamado a la policía?

—Sí, me han dicho que venían enseguida. Y al inspector también, pero no estaba, tenía el móvil desviado a la centralita de su unidad. Le he dejado el recado de que me llame cuando llegue.

—Muy bien. ¿Has entrado?

—Me has dicho que no lo hiciera, y yo soy muy obediente.

Sergio sonrió. Estaba claro que Alba se encontraba mucho mejor, incluso empezaba a recuperar el sentido del humor, y eso era un síntoma evidente. Cada vez le gustaba más su forma de ser. Era una mujer que no escondía sus debilidades, las afrontaba y asumía, y ahí se encontraba su fortaleza, en conocerlas y superarlas. Emplearía el tiempo que fuese necesario, pero las vencería. Contemplar su casa en ese estado debía haberle causado una fuerte impresión. Viéndole el rostro estaba convencido de que había llorado a lágrima tendida, pero ya no. Ahí estaba, dispuesta a sobreponerse y hacer frente a la situación.

—Voy a dar un vistazo —dijo Sergio.

—Ah, ¿y tú sí que puedes entrar?

—Ya ha pasado mucho tiempo. No creo que haya nadie dentro.

—Eso no puedes asegurarlo.

—Vale, como quieras, esperemos a la policía entonces.

En ese momento sonó el interfono. Eran ellos.

Subieron dos agentes y se presentaron cortésmente. Inspeccionaron la cerradura, el marco de la puerta y luego entraron en el apartamento y comenzaron a revisar su interior. Alba y Sergio los seguían. No parecían sorprenderse de lo que estaban viendo. Cuando entraron en el dormitorio, Alba no pudo disimular un gesto de enorme disgusto. Toda su ropa yacía por el suelo, y los cajones del armario, también. Vestidos, blusas, pantalones, incluso las prendas íntimas..., todo revuelto por el pavimento. El colchón estaba desnudo, sin el protector ni el forro, pero no parecía que lo hubiesen rajado. También habían vaciado los cajones del coqueto taquillón que tenía en un lateral, incluso habían descolgado el espejo.

Tomaron fotos, le hicieron las preguntas de rigor y le aconsejaron que pasase por la comisaría de distrito para poner una denuncia. En poco más de media hora los agentes habían tomado todos los datos necesarios para realizar el atestado y se marcharon.

—Ya son las cuatro de la tarde y estamos sin probar bocado. Si te parece bajamos a la cafetería de la esquina y tomamos algo. Tú necesitas reponer fuerzas, y yo también —propuso Sergio.

—¿Y qué vamos a hacer con todo este desastre? —preguntó Alba.

—De momento, nada. Después de comer subiremos, cogerás una maleta y pondrás ropa para unos días. Te vienes a mi casa. Cuando haya pasado el del seguro comenzaremos a recoger y poner orden en este caos.

—¿Cómo quieres que deje toda mi ropa por el suelo? No puedo hacer eso.

—De acuerdo, tienes razón. Ahora cuando subamos la recogeremos y la pondremos en el armario y en los cajones.

—¡Quiero lavarla toda!

—Muy bien, pues iremos poniendo lavadoras. Ahora vamos a comer algo, se piensa mejor con el estómago lleno —propuso finalmente Sergio.

El móvil de Alba emitió el sonido de llamada entrante. Consultó el visor, no era un número que tuviera almacenado. Contestó.

—¿Dígame?

—Buenas tardes, señorita Garrido, soy el inspector Rubén Crespo. Tengo entendido que quería usted hablar conmigo.

—Hola inspector, así es. Verá, es que han entrado en mi apartamento..., y lo han destrozado todo. Aún no sé si me han robado algo o no, pero la casa está patas arriba, han roto hasta las tapicerías.

—¿Ha llamado usted al 091?

—Sí, han enviado a dos agentes y acaban de marcharse. Me han sugerido que pase después por comisaría y ponga una denuncia.

—Es conveniente que lo haga. ¿Y por qué me ha llamado a mí? ¿Cree que esto tiene algo que ver con su expareja?

—Está claro que andaban buscando algo, y yo no tengo nada que esconder. Por otra parte..., según he leído en el periódico, el sábado se produjo un robo con violencia en un almacén de Mudanzas Prieto. Yo contraté con ellos el servicio de guardamuebles de los enseres personales de Héctor. Convendría preguntarles si fue precisamente su trastero el que robaron. Él no tuvo prácticamente tiempo para mudar lo que tenía allí.

—Es muy interesante lo que me acaba de contar. Investigaré lo de la empresa de mudanzas, y en cuanto a su casa..., me haré con el atestado cuando esté terminado. Cualquier otra información que considere relevante..., por favor, llámeme.

—Así lo haré.

—Muchas gracias por su colaboración. Buenas tardes.

—Perdone, inspector. Una cosa más. ¿Cree usted que estoy en peligro?

A Alba se le encogió el estómago conforme pasaban los segundos sin que su interlocutor respondiera.

—Es difícil saberlo, señorita Garrido. No podemos asegurar que lo que ha ocurrido en su casa esté relacionado con la muerte de su expareja, y aunque fuera así..., el hecho de que se hayan “molestado” en revisar todo su apartamento en lugar de intentar obtener esa información directamente de usted..., induce a pensar que la consideran ajena a este asunto, es decir, que no sabe nada de lo que puedan estar buscando.

—Entiendo. Muchas gracias, inspector.

Algo más aliviada, Alba colgó la llamada. Lo que decía el inspector le parecía razonable. Quienes fueran no se habrían entretenido en revolverlo todo, y con escaso éxito además dado que no había un solo rincón donde no hubieran buscado, si pensasen que ella les podía facilitar el paradero de aquello que deseaban encontrar.

Sergio tenía razón. Después de tomarse un succulento bocadillo de calamares con mayonesa y lechuga, su estado de ánimo mejoró y se sentía capaz de afrontar todo lo que tenía por delante. Subieron de nuevo al apartamento y Alba puso una primera lavadora con toda la ropa interior que recogió del suelo. Sergio, mientras, iba recogiendo el resto de la ropa y amontonándola dentro del armario sin colgarla siquiera. Previamente habían realizado unas fotos de cómo estaba todo inicialmente.

Minutos después se presentó el perito del seguro. Apenas estuvo diez minutos en el piso. Se limitó a tomar fotos del estado en el que se encontraba y se marchó.

—Sergio...

—Dime Alba.

—Yo no puedo irme y dejar todo esto así. Ya ha venido la policía, el del seguro...

—Sí, te entiendo. Pues venga, vamos a ponerlo todo en su sitio.

Tres horas más tarde todo estaba recogido, incluso habían barrido y fregado el suelo. No quedaban signos que evidenciaran lo ocurrido con excepción de los tapizados de las sillas del comedor y del sofá. Alba no echó de menos ningún objeto, ni siquiera se entretuvieron en llevarse su ordenador portátil. Estaba claro que no se trataba de unos vulgares rateros.

—Estoy reventada —dijo Alba.

—Es que estabas como poseída recogiendo y limpiando. No hacía falta hacerlo todo tan deprisa —contestó sonriente Sergio.

—No podía verlo así. Necesitaba devolver la normalidad a mi apartamento cuanto antes, y aun así... —dijo compungida mirando el sofá.

—Supongo que el propietario se hará cargo de comprarte un sofá nuevo, y de volver a tapizar las sillas.

—Me gustaba mucho ese sofá.

—A mí también. Resultaba muy cómodo —comentó Sergio con picardía—. Quizás puedas elegir el nuevo.

—Es posible. Lo intentaré. Me pareció un hombre razonable cuando alquilé el apartamento y hasta ahora nunca he tenido ningún problema con él.

—Bueno, ya se verá. Ve haciendo la maleta, son las ocho de la tarde y me gustaría darme una ducha antes de cenar.

—En realidad ya no hay ningún motivo para que me traslade a tu casa...

—¿Estar conmigo no te parece suficiente motivo? —preguntó Sergio con el tono más sugerente que pudo encontrar, mientras la rodeaba con sus brazos.

—No es eso, Sergio. Todas mis cosas las tengo aquí. Tengo que seguir haciendo lavadoras, plancha, preparar la ropa del viaje...

—Mira, solo son tres noches. El sábado ya salimos para Egipto. Por las tardes nos venimos aquí y te ayudo con todo. Aunque mi apartamento no sea tan bonito, al menos tengo un sofá donde sentarnos. Además, por las mañanas podremos ir y venir juntos al instituto, tenemos el mismo horario, te ahorras el autobús... Todo son ventajas.

—Sí, ya veo. Eres muy cabezota, ¿lo sabías?

Sergio no contestó. La apretó contra su pecho y la besó intensamente en los labios. Contra eso no había argumento posible. ¿Lo sabría él?

Y Bea le decía que controlara. ¿Cómo iba a hacerlo si todo se ponía en su contra? Si ya le resultaba difícil resistirse a la placentera tentación de vivir con Sergio, por una u otra razón las circunstancias la empujaban a ello. Todo iba demasiado deprisa, y eso le producía vértigo. Él, en cambio, no parecía tener esa sensación, ni duda alguna al respecto. Quería estar con ella cada minuto, hacerle el amor a la menor ocasión...

Alba lo deseaba tanto como él, pero necesitaba tiempo, tiempo para sentirse segura. Sergio parecía haberse olvidado de los fantasmas que hasta hace nada le atormentaban, pero Alba los tenía muy presentes, y siendo así...

no podía entregarse totalmente.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXXIII

—Te lo advertí, amigo. Mis jefes no se andan con chiquitas, y no soportan perder el tiempo, y el tuyo, se acaba —dijo el colombiano.

—Tiene que tenerlo ella. Él tuvo que dárselo cuando fue a verla aquél sábado por la tarde; y si no, al menos, le diría donde estaba.

—No me des “*papaya*”. Eso nos has hecho creer, pero es muy posible que lo tengas tú. ¿Quién si no?

—Si no os lo hubierais cargado, habría confesado.

—Tu amigo era un “*berraco*”, no soltaba prenda y se nos fue la mano, pero vosotros dos teníais que estar compinchados. Al fin y al cabo era tu compañero.

—Lo sería, pero me la jugó. Yo no sé nada de eso, te lo he dicho mil veces.

—Hemos aguantado más de un año a que saliera de la cárcel, pero mis jefes no están dispuestos a esperar ni un minuto más. Mañana vamos a por ti. Si lo tienes, confesarás, y si no, morirás.

Un sudor frío recorrió el rostro de Mario.

—¡Espera! —gritó por el móvil—. Necesito tiempo. Dame unos días y se lo sacaré a esa zorra.

—¿Más tiempo aún?

—Tú mismo lo has dicho. Habéis esperado mucho, poco importa ya una semana más.

No respondía, tan solo escuchaba, a través del teléfono, el ronco sonido de su respiración. Mario sentía en las sienes el golpeteo de los latidos de su corazón. Finalmente, el colombiano, contestó:

—De acuerdo, tienes una semana. Aprovechala.

\* \* \*

*Llevaba varios minutos observándolo detenidamente. Algo en mi*

*conciencia me decía que no estaba bien, que era una situación de completa indefensión para él, que yacía profundamente dormido ajeno por completo al exhaustivo examen al que le estaba sometiendo. Me había convertido en una “voyeur”, y disfrutaba con ello. Contemplantarlo así, sobre la cama, con el torso desnudo... Podía recorrer con la mirada cada centímetro de su piel, lentamente, acariciándola con el paso de mis ojos. Tres horas antes lo había hecho con las manos, con todo mi cuerpo, pero agitadamente, con arrebatos.*

*Pese a toda la belleza que emanaba de su cuerpo, lo que más me seducía de Sergio en este momento era la expresión de su rostro. Esa calma, esa placidez, me serenaba más aún si cabe que el lento transcurrir de nuestro barco mientras surcaba suavemente las aguas del Nilo.*

*Allí estaba yo sentada en un confortable sillón frente al enorme ventanal de nuestro camarote, bebiendo un zumo de piña y coco mientras me deleitaba observando el paso de pequeñas embarcaciones de vela, y la frondosa y verde ribera del río, o bien, si miraba al otro lado, contemplando dormido a Sergio. Después de todo lo acontecido en los últimos días necesitaba algo así, una excelente terapia de relajación.*

*Terapia que parecía a punto de interrumpirse. Sergio se estaba despertando. Esperaba que no hubiese “escuchado” mis pensamientos, algunos habían sido vergonzosamente obscenos. Rápidamente volví mi rostro hacia la tablet y me hice la distraída escribiendo.*

—Umm..., qué sueño tan reparador he tenido. Hacía muchísimo tiempo que no conseguía dormir así de bien —comentó, aún soñoliento, Sergio.

—Yo también. Será el cansancio, el sonido del motor del barco, el chapoteo del agua... —respondió Alba.

—Y más cosas también —dijo con picardía.

—Todo influye —sonrió Alba.

—¿Qué hora es?

—Cerca de las siete.

—¡¿Qué?! ¿Pero cuánto tiempo llevo durmiendo?

—Algo más de tres horas.

—No me digas. Eso sí que es una siesta. ¿Y tú, no has dormido? — preguntó mientras se incorporaba de la cama.

—Claro que sí, y profundamente además, pero me he despertado hace algo más de una hora y me apetecía sentarme aquí y contemplar el río.

Sergio se levantó de la cama, se enfundó el pantalón y se puso la camisa por encima.

«*Para ser hombre es muy pudoroso, y eso que puede presumir del cuerpo que tiene y lucirlo con orgullo. Quizá lo haya hecho porque yo también me había vestido*».

Se acercó a ella y le dio un suave beso en los labios. Luego abrió el mini bar, cogió un zumo y se sentó en el otro sillón al lado de Alba frente al ventanal.

—Tenemos que comprar más botellas de agua y llevarlas en la mochila. Aquí te deshidratas sin darte cuenta. Por cierto, ¿qué escribes? —preguntó refiriéndose a lo que Alba tecleaba en la *tablet*.

—Podría decirse que es un diario del viaje. Es muy especial para mí y quiero recordarlo todo cuando pase el tiempo.

—¿Sí? Eso está genial. ¿Y puedo verlo?

—En realidad solo son notas, detalles, sensaciones..., son apuntes. Mi idea es elaborarlo cuando regrese. Entonces tendré una visión más objetiva para realizarlo.

—Yo creo que tienes razón, hay que dar un tiempo para que nuestra percepción de las cosas, incluso las emociones que sentimos, sedimenten adecuadamente.

—Eso es.

—Pero entonces, ¿puedo verlo o no?

—Cotilla.

—Solo curioso.

—Es lo mismo.

—Pues sí —rio—. Venga, no te hagas tanto de rogar, déjame.

*«Creo que no he puesto nada relativo a él. Sería terrible que pudiera leer lo que siento cuando le miro, o peor aún, cuando hacemos el amor. Esas cosas no hace falta que las anote, las recordaré perfectamente a mi vuelta».*

—Te vas a llevar una decepción. Ya te digo que solo son notas, pero si insistes..., toma, aquí lo tienes.

—Umm... ¿algún secreto inconfesable?

—No te lo habría dejado si lo hubiera.

—Tienes razón. Me temo que no voy a encontrar lo que buscaba.

—¿Y qué era?

—Pues..., saber cómo te sientes. Qué sensación te produjo estos tres días que pasamos en mi apartamento, y el hecho de estar aquí, los dos juntos, disfrutando de este viaje.

—En tu casa me sentí algo extraña al principio, pero es normal, Sergio, si es que apenas nos conocemos, y además, no era mi apartamento. También he de decirte que ayer, cuando salimos de tu piso para emprender este viaje, ya me sentía mucho más cómoda, quizá también influya el verte a ti muy bien, relajado, alegre...

—Es que lo estoy. Me siento francamente bien a tu lado.

Sergio se quedó en silencio mirando a Alba. Se consideraba inmensamente afortunado. Su vida había cambiado radicalmente en poco más de un mes, algo que en ningún momento habría podido llegar a imaginar. Echaba la vista atrás y recordaba las sesiones con Jaime, su psicólogo, las menos frecuentes con el doctor Viñals, su psiquiatra, y, finalmente, la impronta que supuso el cambio de terapia con su psicoanalista Eloy Baumann y su viaje a Alemania.

Alba tenía razón, todo había sucedido muy deprisa, sin apenas tiempo para verificar todo ese cúmulo de sensaciones que le invadían atropelladamente y que le hacían sentirse tan feliz. Pero aun así no tenía dudas, Alba representaba todo lo que a él le gustaba de una mujer. La otra cara de la moneda era el miedo a perderla. Conforme más llenaba su vida y más la necesitaba, más crecía ese miedo a su repentina ausencia. ¿Cuándo se libraría de él? Sabía

perfectamente que era un lastre del pasado pero tenía que aprender a vivir con ello, y a ser feliz aunque ese riesgo siempre estuviera presente.

—¿Qué te parece si subimos a la cubierta y nos damos un chapuzón en la piscina?

—Genial, pero antes voy a dar un vistazo a tus “notas” sobre nuestro viaje.

—Como quieras, voy a ver dónde puse el bañador.

*Ayer sábado veinticinco de junio fue un día de tránsito. A la una del mediodía ya estábamos en la terminal T1 del aeropuerto de Barajas, siempre hay alguien que se retrasa, como Bea, o algún imprevisto de última hora y preferimos llegar sobrados de tiempo. A las cuatro menos cuarto tomamos el avión sin ningún contratiempo, y a las ocho y media llegamos a El Cairo, cansados de tantas horas de vuelo.*

*Nos dimos el primer susto. Hicimos una cola larguísima para obtener el preceptivo visado, pero no avanzaba, y nadie nos daba ninguna explicación. El vuelo a Luxor salía a las once menos cuarto, y veinte minutos antes la cola seguía sin moverse. De pronto comenzó a avanzar muy deprisa, atropelladamente, y finalmente conseguimos tomar el avión.*

*Una hora más tarde llegamos a nuestro destino. No hubo contratiempos con las maletas, todos encontramos la nuestra. A la salida del aeropuerto, junto al representante de la agencia local que portaba un cartelito con el nombre de Saraya Tours, nos congregamos un grupo de doce personas. Después de dar nuestros nombres y comprobar que no faltaba nadie, subimos a un microbús que nos conduciría hasta el barco.*

*Expectantes, mirábamos por las ventanillas, y comentábamos nuestras primeras impresiones en voz baja. Apenas se veía nada, avanzábamos por calles que prácticamente no tenían iluminación. Quizá el puerto fluvial esté alejado de Luxor, decía Bea. Aquí la luz debe ser muy cara, comentaba Arturo. En apenas veinte minutos llegamos a nuestro destino, o al menos eso suponíamos ya que se detuvo el microbús en lo que parecía ninguna parte y nos indicaron que bajáramos.*

*Yo esperaba un puerto fluvial, y aunque no conozco ninguno suponía que tendría una terminal de pasajeros donde esperar a cubierto, con cafetería,*

*aseos..., los cruceros por el Nilo son famosos, un destino turístico de primer orden, y la mayoría empezaban aquí, en Luxor.*

*Pues nada de eso. Nos apeamos del coche y el enviado de la agencia nos indicó que nos acercáramos a un puesto de guardia con dos agentes ataviados con un curioso uniforme de color blanco, y sendas ametralladoras en el brazo. Custodiaban un arco de seguridad que tuvimos que atravesar con nuestras maletas. A partir de ahí el Nilo apareció ante nuestros ojos, aunque más bien se adivinaba dada la escasa iluminación del lugar.*

*Bajamos como pudimos por unas escaleras de cemento y llegamos al embarcadero. Allí otro policía custodiaba el acceso a la pasarela. El representante de la agencia se despidió de nosotros indicándonos que mañana nos despertarían mediante una alarma en el teléfono a las cinco de la mañana, y que a las seis debíamos estar todos en el hall del barco donde conoceríamos a nuestro guía y comenzaríamos las excursiones del día.*

*Consulté mi reloj, eran las doce y media de la noche y estábamos sin cenar. Tenía razón la de la agencia, íbamos a dormir poco, al menos esta primera noche.*

*Cruzamos la pasarela y entramos en el hall del barco. Allí nos esperaba un recepcionista. Este al menos no iba armado. Nos dijo que le siguiéramos y eso hicimos. Nuestra sorpresa fue mayúscula cuando vimos que abandonábamos el hall por el lado opuesto y subíamos a una pasarela que nos conducía a otro barco. Repetimos esta operación dos veces más, con lo que, si sé contar, nos encontrábamos en el cuarto barco atracado en paralelo frente el embarcadero. Su nombre era M/S Concerto.*

*Otra persona más junto al mostrador de la recepción, nos fue pidiendo nuestros pasaportes, y conforme los entregábamos nos daban la tarjeta para acceder a la habitación. Vi con alivio que tanto la de Sergio como la mía tenían el mismo número.*

*Sentíamos cierta expectación por conocer nuestro camarote en el que íbamos a pasar nada menos que cuatro noches seguidas. Estaba en el tercer nivel, justo bajo la cubierta. Sergio, tan amable como siempre, me cedió el honor de abrir la puerta y ser la primera en verlo. Tengo que decir que mi impresión fue mucho más favorable de lo que esperaba. Amplio, limpio,*

*confortable, decoración en madera oscura algo anticuada pero de calidad... Me sorprendió el baño, yo esperaba una especie de cabina, y para nada; muy espacioso, con sanitarios suspendidos, suelo de tablillas de madera, mampara de vidrio en la ducha, una gran encimera de cristal sobre la que apoyaba el lavabo, secador, espejo de aumento..., y además, impecablemente limpio.*

*A continuación de las camas había una pequeña mesa redonda flanqueada por dos cómodos sillones tapizados en color arena. Encima de ella una bandeja en la que había, envueltos en plástico, unos bocadillos y fruta fresca. Esa iba a ser nuestra cena. Y frente a ella, de suelo a techo, y de pared a pared, un enorme ventanal cubierto por dos cortinas, la blanca y traslúcida que estaba echada, y la opaca, de color chocolate, recogida a ambos lados.*

*Los dos nos abalanzamos a descorrer la cortina, y allí estaba el famoso río. Poco se veía de él, tan solo lo que iluminaba la luna, y algunas casas que se adivinaban a lo lejos, en la ribera opuesta. Todo estaba tranquilo y silencioso. Ninguna embarcación se veía navegando por el cauce a esas horas.*

*Nos sentamos en los sillones y cenamos, yo solo la fruta, pero Sergio se zampó también uno de los bocadillos. Convinimos en ponernos la alarma a las cuatro y media (¡apenas íbamos a dormir poco más de tres horas!). Ducharnos, vestirse..., y sobre todo desayunar, que no sabríamos cuánto nos podría demorar, así que era mejor no ir con el tiempo justo. Según nos habían dicho, a las seis teníamos que estar ya en el hall y no esperarían a ningún rezagado.*

—Esto es manipulación informativa —exclamó Sergio.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir con eso? —contestó extrañada Alba.

—Pues que omite datos relevantes, y que considero de interés para un lector, en este caso, yo.

—Ya te he dicho que es una pequeña crónica para acordarme de ciertas cosas, no un diario en toda regla. De todas formas, no sé a qué te refieres.

—Pues que según tu diario, hemos acabado de cenar, ponemos el

despertador a las cuatro y media..., y hala, ya estamos en el día siguiente. Yo creo recordar que hubo algo más...

—No hace falta que lo escriba, me acuerdo perfectamente —replicó Alba.

—¿Seguro? ¿Y si con el tiempo se te olvida? Creo que voy a rellenar esa parte —afirmó Sergio disponiéndose a teclear.

—¡Ni se te ocurra! Anda, dame la *tablet* —contestó airada.

—Aún no he leído el diario de hoy.

—Pues te aguantas. Eso te pasa por incordiarme.

—Bueno, vale, cálmate, acepto la censura, no me queda otra, pero creo que yo también escribiré otro diario, uno paralelo, para complementar el tuyo. Así el que lea los dos... tendrá una visión más completa de lo que fue este viaje. Cuando lo termine a lo mejor te lo dejo leer.

—Ya he encontrado mi bañador. O te das aire o me voy a la piscina sin esperarte —dijo con voz autoritaria.

—Vale, gruñona. Póntelo y luego sigo leyendo.

—Juas, que te lo has creído. Me voy al baño a ponérmelo. Te has perdido el espectáculo, por impertinente.

—El eterno castigo femenino... En fin, voy a leer tu particular y seguramente sesgada visión de lo que ha sido lo que llevamos de día.

*Hoy, domingo veintiséis de junio, es cuando comienza realmente nuestro viaje. La primera y grata sorpresa fue el desayuno. Un espectacular bufet donde no faltaba de nada. Toda la fruta que pudiera imaginar, ensaladas, platos fríos y calientes, dulces... Sinceramente, todo entraba por los ojos. Pues a disfrutar, ya me pondré a dieta cuando regrese a Madrid.*

*Nos asignan una mesa redonda para diez comensales, nosotros seis y un matrimonio de mediana edad con dos hijos adolescentes, a los que ya conocimos en el microbús de traslado desde el aeropuerto. Al parecer siempre sería la misma mesa cada día.*

*El comedor me resulta muy acogedor. En consonancia con hall y el resto de zonas comunes que he recorrido hasta ese momento, la decoración es de*

*estilo antiguo, pero elegante, predominando las maderas oscuras, alfombras, cortinajes, cuadros, lámparas talladas..., todo muy cuidado y limpio.*

*Nos sentamos, ya con nuestros platos a rebosar de viandas, en las cómodas sillas tapizadas que rodean la mesa con mantel y servilletas de tela, y un joven y atento camarero nos pide la comanda. Café, té, infusiones, chocolate..., nos lo ofrece en un castellano más que comprensible.*

*Mientras el camarero vuelve con nuestro pedido, caigo en la cuenta de un detalle, y se lo comento a Sergio. Él también me confirma mi observación. Hasta ese momento no hemos visto ni una sola mujer como personal de servicio en el barco. Todo son hombres: los recepcionistas, los que están en el bufet, los camareros, y lo más sorprendente para un occidental, el personal de limpieza. Una curiosidad de este Egipto que empezamos a conocer.*

*Diez minutos antes de las seis, algo más despejados gracias al succulento desayuno, llegamos al hall del barco. Allí, varios guías están cada uno formando a su grupo con el cartelito del turoperador. En el nuestro cuento un total de dieciocho turistas, y nuestro guía se presenta con el nombre de Mohamed Solimán. Me parece el menos egipcio de todos los que veía. De unos cuarenta años, piel bronceada por el sol pero no oscura, altura media, algo rechoncho, y lo más sorprendente, hablando un correctísimo castellano. Me gusta, me cae bien. No se hace el gracioso ni intenta ser falsamente amable. Me da la impresión de ser un hombre serio, escrupuloso en su trabajo, muy educado y culto. Dice que viajará con nosotros en el barco, y que también estará con nosotros en El Cairo. Fantástico, no lo esperaba. En todo viaje organizado el guía supone un aspecto muy importante del mismo, y más en países tan diferentes del nuestro como este. Creo que hemos tenido suerte.*

*Conforme pasa lista él mismo se encarga de devolvernos los pasaportes que habíamos entregado la noche anterior. Nos indica que le sigamos. Formamos una fila india para salir del barco y cruzar la pasarela, cuya única protección es una simple cuerda. Sergio me coge de la mano, debe pensar que soy algo torpe y me puedo caer al agua. Al otro lado de la pasarela, patrullando la zona de embarque, dos policías de uniforme blanco*

*y gorra de visera con ametralladoras colgadas del hombro. Por su porte desgarrado, más que policías profesionales me da la sensación de que son milicianos.*

*El sol ya luce en el cielo, y podemos observar todo lo que la falta de iluminación nos impidió anoche. En un país europeo sería impensable que tuvieran el embarcadero en este estado de suciedad y abandono. Me temo que nos tendremos que acostumbrar a ciertas cosas y cambiar nuestro chip de turista occidental.*

*Subimos la escalera de peldaños de cemento, y arriba, tras cruzar una verja, nos espera otra pareja de policías armados. Pienso que en cualquier momento alguien puede hacer un ruido indebido, y el agente empezar a disparar la metralleta a diestro y siniestro. Supongo que también tendré que acostumbrarme a esto.*

*Subimos a un autobús bastante nuevo y comenzamos la excursión. Mohamed empieza a hablarnos de Luxor, o Tebas, como era conocida por los griegos, “la ciudad de las cien puertas” según la denominaba Homero... Mientras le escucho miro con avidez a través de la ventana. Los coches son occidentales, con preferencia marcas francesas, pero modelos muy anticuados y en un estado que no pasarían la ITV española.*

*Me sorprende el ruido, allí todo el mundo toca el claxon, no sé si para advertir de algo o para saludarse, pero es todo un concierto de bocinas de los más variados tonos, tanto como los vehículos de los que proceden: coches, camiones, furgonetas de carga, otras que parecen funcionar como improvisados autobuses urbanos, motocicletas con tres personas encima, motocarros que solo había visto en alguna película española en blanco y negro, incluso carretas tiradas por caballos. No veo semáforos, ni pasos de peatones, ni señales de tráfico..., ahora sí, he visto uno, y se lo han pasado en rojo. La circulación aparenta ser un caos, pero creo que todo el mundo se entiende.*

*Los hombres llevan ropa desgastada, camisas remangadas y pantalones de color incierto. Los hay de piel bastante blanca, como nuestro guía, y algunos de tez muy oscura. La mayoría son café con leche. Unos llevan chilaba, otros no. En cambio, la mayoría de mujeres la llevan, al igual que*

*el velo. También hay algunas chicas jóvenes vestidas al modo occidental, con vaqueros y camiseta, pero con pañuelo en la cabeza.*

*Primera parada del día. Los Colosos de Memnón, dos gigantescas esculturas de dieciocho metros de altura que representan al faraón Amenhotep III. Ambas figuras son gemelas y están sentadas sobre un enorme bloque de piedra tallada. En su tiempo constituían la entrada al templo funerario dedicado a este faraón del cual, hoy en día, apenas quedan restos.*

*La segunda parada, cerca de este lugar, ha sido el templo funerario de Hatshepsut. Impresionante por su magnitud, y sorprendente por su estética. No parece de aquella época, al contrario, a mí me ha dado la sensación de ser una obra actual. Sobre varias plataformas excavadas en la roca a las que se van accediendo consecutivamente mediante enormes rampas, se levantan unas larguísimas fachadas porticadas formadas por columnas prismáticas rectas con una escultura de la misma altura delante de cada una, y dinteles igualmente rectos. Todo ello forma un conjunto muy singular.*

*Eran las nueve de la mañana cuando llegamos a nuestra siguiente parada, el Valle de los Reyes, una zona desértica entre montañas donde están enterrados más de sesenta faraones. El calor comienza a ser insoportable y seguro que vamos a agradecer entrar en algunas de las tumbas.*

*Parece que Sergio se despierta. Por fin. Lleva más de tres horas durmiendo. No es para menos, el día ha sido maravilloso pero agotador, y la noche anterior nos debía muchas horas de sueño. Después del Valle de los Reyes visitamos el bello templo de Luxor, dedicado a Ramsés II y después el complejo de Amón-Rá en Karnak, impresionante, el templo de los templos según nos cuentan, con su grandiosa sala hipóstila con más de cien altísimas columnas, cada una de doce metros de circunferencia. Te sientes absolutamente pequeño al lado de ellas. Pilonos, obeliscos y templos menores dan acceso al gran Lago Sagrado. Según nos cuenta el guía, ambos templos, el de Karnak y el de Luxor, estaban unidos en la antigüedad por la avenida de las esfinges, de las que quedan algunos restos. Ahora es cuando empiezo a comprender el verdadero significado de “obra faraónica”. Sinceramente, no creo que las pirámides lleguen a impresionarme tanto como lo que estoy viendo hasta ahora.*

*Aún queda mucho por contar, pero eso lo escribiré en otro momento.  
Sergio se está levantando y ahora me apetece irme a la cubierta con él.*

*\* \* \**

## CAPÍTULO XXXIV

—¿Te pasa algo? Te encuentro serio —le preguntó Alba a Sergio mientras esperaban con sus maletas en la cola para el mostrador de facturación del aeropuerto.

—No, en absoluto. Quizá sea el hecho de abandonar el crucero. Lo hemos pasado tan bien hasta ahora... No creo que jamás pueda olvidar todo lo que he visto y disfrutado. Y si algo no lo recuerdo bien, siempre puedo acudir a tu diario.

—Ufff..., lo tengo abandonado.

—¡No me digas! Pues me parecía una gran idea.

—Pero si no hemos parado. Mira, ahora en el avión intentaré escribir algo. Es casi una hora y media lo que tardamos de Aswan a El Cairo, ¿no?

—Sí, eso pone en los billetes.

—Pues a ver si puedo ponerme al día durante el vuelo.

—¿Dónde te quedaste?

—Creo que llegué a terminar el lunes. Describí la llegada a Edfu con la visita al templo dedicado a Horus, el dios halcón, montados en las típicas calesas tiradas por caballos. Luego navegación hasta Kom Ombo con visita al único templo dedicado a dos dioses, Sobek, el dios cocodrilo y el otro... no me acuerdo, pero lo buscaré en internet. Me quedé ahí. Me falta la llegada a Aswan y la cena con fiesta y baile que nos prepararon en el barco.

—Qué diferente era Aswan a las demás ciudades que habíamos visto hacia ahora —comenta Sergio con la mirada perdida en el recuerdo.

—Desde luego, no tiene nada que ver. Moderna, cosmopolita, limpia, con bellos edificios, jardines...

—Entonces te queda además todo el día de ayer, nada más y nada menos —concluyó Sergio—. Fue maratoniano. Harás bien en anotar lo porque ahora mismo no sé si soy capaz de recordarlo todo.

—A ver, ya tenemos las tarjetas de embarque y aún no sabemos la puerta. Vamos a dar un paseo por la terminal y mientras repasamos —dijo Alba—. A las tres de la madrugada salimos en autobús para Abu Simbel...

—Eso no se me olvida —la interrumpió—. Con lo de la fiesta y el baile nos fuimos al camarote pasadas las once. Ni siquiera hemos llegado a dormir dos horas.

—Y luego cuatro horas de viaje por el desierto hasta llegar allí. Yo dormí bastante en el trayecto.

—Yo también, aunque al principio, el hecho de ir con escolta policial me mantuvo un poco tenso. Luego solo me despertaba en los diversos controles de carretera que tuvimos que atravesar.

—Sí, las barreras con obstáculos en zigzag, y esas ametralladoras de gran calibre apostadas tras unos sacos de arena apuntando hacia el autobús... La verdad es que impresionaba, porque además estos ya no eran policías sino soldados —apuntó Alba.

—Lo impresionante fueron los templos de Abu Simbel, especialmente el más grande, el de Ramsés II. No sé cómo pudieron construir algo así, tan enorme, excavándolo y tallándolo dentro de una montaña rocosa.

—Es fantástico, desde luego, pero a mí me gustó más el menor, el construido en honor a su esposa, la reina Nefertari. El interior, con esos preciosos relieves y pinturas, y la escala, mucho más humana, hacen que el templo me resulte más coqueto, más femenino, por decirlo así.

—Yo lo que no puedo entender es que una edificación subterránea como esta haya sido trasladada desde su emplazamiento original y reconstruida en este nuevo lugar. Estoy deseando llegar a casa y ver el vídeo que le compré al guía. Mohamed decía que la presa de Aswan era una de las mayores obras de ingeniería del mundo por sus dimensiones, pero que el traslado de los templos de Abu Simbel es de una complejidad y magnitud sin precedentes, y que valía la pena ver cómo lo hicieron.

—Lo veremos juntos —afirmó Alba—, yo también siento esa curiosidad. Gracias al patrocinio de la Unesco se salvaron varios templos al trasladarlos a otro emplazamiento, pero también dijo Mohamed que son muchos los que

permanecen sumergidos por la elevación de las aguas del lago Nasser al construirse la presa de Aswan. Una verdadera pena.

—Según he leído, España contribuyó entonces con medio millón de dólares, y Egipto, en agradecimiento, le regaló el templo de Debod, uno de los que iban a quedar bajo las aguas, y lo instalaron en Madrid, en la montaña de Príncipe Pío. Pero bueno, sigamos repasando. Luego regresamos a Aswan y fuimos en barco a ver otro templo que estaba en una isla, ¿no?

—Sí, ese también me gustó mucho. El templo de Philae, dedicado a la diosa Isis. En la antigüedad era conocido como “la Joya del Nilo”.

—Tienes razón, eso fue lo siguiente. Me acuerdo que Mohamed comentó que este también es un templo trasladado, que originalmente estaba en la isla del Lago, hoy desaparecida, y que esta isla en la que está ahora se modificó expresamente para que se pareciera lo más posible a la original.

—¿Ves?, yo no me acuerdo de eso. Igual estaba haciendo alguna foto, no sé, pero está muy bien que confrontemos lo que recuerda cada uno.

—Y que lo anotes en tu diario. Cuando llegemos a Madrid tendremos una empanada mental impresionante, y lo confundiremos todo.

—Pues vamos a tomar un café y seguimos haciendo memoria. ¿Luego qué hicimos?

—Nos montaron en una faluca, esas pequeñas embarcaciones del Nilo que tienen una única vela de forma triangular.

—Ese paseo náutico fue precioso. Me encantó navegar por el Nilo en esa pequeña barca. Durante el recorrido vimos en las riberas el mausoleo del Aga Khan III, el hotel..., otro nombre que no recuerdo, ese donde Ágatha Christie escribió su famosa novela “Muerte en el Nilo”; y también la Isla Elefantina, los bellos jardines de Lord Kitchener...

—Y después..., lo más emocionante de la tarde.

—Sí, emocionante lo fue, desde luego, pero a mí aún me tiemblan las piernas. No sé cómo te hice caso y accedí.

—Pero mujer, ¿cómo puedes visitar Egipto y no subirte a un camello? Es de esas cosas que hay que hacer, sí o sí.

—Una cosa es subirse, y otra muy distinta cabalgar sobre él durante tres o cuatro kilómetros y con precipicios al lado.

—¿Cabalgar? —replicó Sergio—. Pero si íbamos al paso. Los chavalines que nos cruzábamos por la senda sí que iban al galope. ¡Qué bien los conducían!

—Sí, haciendo carreras entre ellos, y yo súper asustada pensando que se podía encabritar mi camello y salir también al galope. Qué mal lo pasé. Además, son tan altos..., llegué a sentir vértigo cuando se levantó y me vi allá arriba. Y luego se mueve muchísimo al caminar, menudo bamboleo..., y no tienes a qué sujetarte, no había estribos donde meter los pies, solo esa cuerda cogida al bocado, y el cuerno de la silla. Lo agarré con tanta fuerza durante todo el trayecto que hasta me sudaban las manos. Los chiquitos al menos llevaban una fusta.

—¿Y qué ibas tú a hacer con ella? ¿Pegarle al camello si iba demasiado deprisa? —dijo Sergio riéndose.

—Pues no sé. Pegarte a ti, en todo caso, por haberme convencido para que subiera. Mira los otros, se fueron con la faluca hasta el poblado Nubio, incluso llegaron antes que nosotros.

—Pero Bea, Luis, Arturo y Paula también subieron a los camellos.

—Anda que Bea no gritaba..., y Paula..., ella no tenía ni fuerzas para gritar, del miedo que llevaba encima.

—Exagerada. Fue muy divertido. ¿Y qué me dices del poblado Nubio? Interesante, ¿no?

—Y triste también. Verse convertido en una atracción turística porque tus casas, tus tierras y todo tu legado, ha quedado sumergido en el lago Nasser por la presa de Aswan...

—Es lamentable, desde luego. Y tienes razón, salvo los niños que siempre estaban corriendo, riendo y jugando, los mayores tenían un aspecto serio y triste, además de muy humilde. Me sorprendió lo diferentes que son de los demás egipcios. Estas gentes procedían del Sudan, y son muy altos, delgados y con la piel muy oscura.

—¿Y te fijaste en las casas? —preguntó Alba.

—Sí, eran como de muros de adobe.

—Sí, pero me refería a los colores, casi todas eran azules, y en el interior pintaban frescos en las paredes. Y las alfombras, y los tapizados de los almohadones y cojines..., todo de colores muy vivos. En cambio, tanto ellos como ellas iban vestidos muy sobrios, con esas chilabas hasta los pies y de manga larga...

—En la escuela también lo pasamos bien, aunque los pupitres eran muy pequeños, casi no nos podíamos sentar.

—Claro, como que eran para niños. Por cierto, qué mal se te da escribir en árabe, Sergio.

—A ti en cambio..., genial. El maestro escribía tu nombre en la pizarra y había que imitarlo debajo. Tú fuiste de las que mejor lo hizo de todo el grupo.

—Es una caligrafía bonita. Me gustan esos signos.

—Yo lo que no sé es si era real o no. Cada uno decía su nombre y el maestro lo escribía en árabe en la pizarra. Yo no me creo que supiera traducir todos nuestros nombres.

—No sé decirte, pero fue un rato divertido. Aprendimos a escribir en árabe los números y algunas palabras, como nuestro nombre, el día de la semana...

—Luego tampoco te atreviste a coger ningún cocodrilo.

—Me daba cosa, y no sé qué iba a hacer al ponérmelo en la mano. Igual se me subía corriendo por el brazo hasta la cara...

—Pero mujer, si solo eran crías recién nacidas, apenas eran algo mayores que nuestro antebrazo. Ya viste que no hacían nada, hasta se dejaban acariciar.

—Pues para ser unas crías tenían ya unos buenos dientes.

—Cierto, a mí también me sorprendió.

—Tú es que te pusiste en modo safari.

—Alba, ¿cuándo vas a tener otra vez ocasión de ver y probar todo eso?

Quizá nunca.

—Lo mismo que el té y las pastas que nos sirvieron. Tú te lo tomaste, incluso probaste algunos dulces.

—Y estaban muy buenos, sabían a canela.

—Hemos estado todo el viaje bebiendo agua embotellada..., y ahora vas y te tomas ese té que a saber con qué agua lo han hecho. Igual la han cogido directamente del Nilo.

—En más de una ocasión lo hemos bebido por la noche en el bar de la cubierta del barco. ¿Y los cubitos de hielo en las bebidas? Me parecía un agravio no tomarlo. Además, reconoce que se estaba genial en la azotea de esa gran casa, contemplando todo el paisaje al atardecer. Me llamó mucho la atención que el suelo fuera todo de arena, y una capa bastante gruesa además porque yo intenté escarbar con el pie y no encontraba la base.

—Lo harían para que la gente estuviera más cómoda, e incluso para que se pudiera sentar en ella.

—En las azoteas del resto de casas del poblado también me pareció que la tenían. Es posible que esa arena la pongan como aislante. ¿Tú te imaginas la temperatura que debe alcanzar al mediodía el techo de la casa dándole el sol en un ambiente tan seco?

—Pues quizá tengas razón, y ese sea el motivo.

*«Sigue estando serio, aunque intenta disimularlo. Ha pretendido desviar la atención recordando aspectos del viaje. ¿Qué le pasará? Me temo que ha tenido otra pesadilla, o ha vuelto a soñar con esa mujer. Seguro que es algo de eso. Voy a tener que preguntárselo, no puedo quedarme con esta duda».*

Los seis estaban sentados en la sala de espera frente a la puerta de embarque. Bea y Luis detrás de ellos, y Arturo y Paula algo más retirados. Alba se giró y miró a su amiga mientras le decía:

—Vamos a estirar un poco las piernas. Enseguida venimos.

Bea asintió con la cabeza dando por entendido el mensaje con la mirada.

—Bien, hemos refrescado la memoria —añadió Alba mientras se ponía de pie—. Ahora ya puedo escribir esa parte del diario en el avión. ¿Te importa si

andamos un poco? Tengo las piernas entumecidas.

—Claro, vamos, pero no nos alejemos mucho, deben llamarnos dentro de poco, solo quedan cuarenta minutos para la salida.

—Estaremos por aquí —contestó Alba—. Por cierto... ¿por qué no me dices qué te pasa?

A Sergio le sorprendió la pregunta, creía que había conseguido que se olvidara del primer comentario que le hizo. Estaba claro que no había sido así. Dudó. No quería hablar de ello, pero tampoco quería mentir. Finalmente se decidió a contárselo.

—He vuelto a tener otra pesadilla. Hacía tiempo que no las tenía, desde que regresé de Alemania, exactamente. Eso es todo.

—Pues no te he oído esta noche, aunque no me extraña, cuando me acuesto estoy reventada y duermo profundamente.

—Creo que ni siquiera me he llegado a despertar. Yo también estoy muy cansado. Apenas ha sido un instante y enseguida me he vuelto a quedar dormido.

—¿Y qué es lo que recuerdas de ella? —preguntó Alba mirándole fijamente a los ojos.

—Poca cosa. —Sergio estaba aprendiendo que con Alba no valía la pena dar rodeos, o intentar omitir parte de la información, así que decidió contarle todo lo que recordaba—. Lo he vivido como una pesadilla, esa es la sensación que tengo, pero ahora mismo tan solo vienen a mi memoria unas pocas imágenes, y en ninguna de ellas logro verle la cara.

—¿Vuelve a estar de espaldas y con el pañuelo?

—Lo que he visto son imágenes de gran agitación, un lugar con mucha gente, puede ser un mercadillo o algo así, en calles muy estrechas y entoldadas, apenas se podía avanzar en ellas por el gentío... Unos hombres de aspecto árabe empujando, abriéndose paso entre la multitud arrastrando a una persona, creo que era ella, aunque solo puedo suponerlo. Lo más curioso es que me he visto a mí mismo en esa misma calle, incluso a Bea y a Luis, y a Arturo..., no lo entiendo.

—Ya sabes que en los sueños se mezclan las cosas reales con las imaginadas, y se toman sucesos que ya han ocurrido, y se utilizan imágenes de personas conocidas, y todo eso se combina extrañamente...

—En los sueños sí —la interrumpió Sergio algo irritado—, pero no en las premoniciones.

—Pero tú ya estabas pensando que quizá ese doctor Baumann se hubiese equivocado, y que no se trate de sueños premonitorios, y que todo sea un montaje de tu imaginación, incluso que no exista esa mujer...

Sergio asintió levemente con la cabeza. Su rostro expresaba pesadumbre.

—Sí, es cierto, eso creía, o eso quería pensar. Me había ilusionado con la idea de que desaparecieran estos sueños, y lo había ligado al hecho de estar contigo. Desde que robaron en tu casa y te viniste a mi apartamento, y luego en el tiempo que llevamos de viaje..., no había tenido ninguno, y eso hacía que me sintiera esperanzado. Quizá por fin desapareciera todo esto de la misma forma en la que empezó, súbitamente y sin explicación aparente.

—Quizá simplemente ha sido un sueño sobre el viaje, lo cual sería muy normal, cualquiera de nosotros puede tenerlo. El escenario parece ser lo que estamos viendo estos días...

—No —la interrumpió con rotundidad—, ese escenario no lo hemos visto, parecía un bazar o algo así. Todavía no hemos estado en ninguno. Ahora en el Cairo sí que vamos a ver lugares así.

Sergio se quedó en silencio durante unos segundos. No esperaba ninguna réplica de Alba, solo se enfrentaba a sus propias dudas y reflexiones.

—Tengo la sensación de que el tiempo se agota —añadió.

Su rostro se ensombreció al pronunciar estas palabras. Alba lo observaba detenidamente y era consciente de la angustia que lo embargaba.

—Incluso había desechado la idea de enseñarle las fotos al guía. Ahora en cambio..., es una pena que Mohamed no viaje en el avión con nosotros, tendría tiempo para contárselo y enseñarle todo lo que tengo.

—Según nos dijo, él regresaba en tren desde Aswan hasta El Cairo —intervino Alba—. No sé cuántas horas eran de viaje, pero recuerdo que nos

comentó que salía ayer por la tarde y llegaba hoy, creo que cerca del mediodía.

—Sí, se pasaba toda la noche en el tren. Luego iría a Guiza, y pasaría la tarde y noche con su mujer y sus dos hijas. Hoy tenemos tarde libre. Hasta mañana por la mañana ya no lo volvemos a ver.

—De todas formas, Sergio, no has visto a esa mujer en el sueño. Puede ser simplemente...

—Sí que la he visto —afirmó tajante.

—Pero no has dicho antes..., perdona, había entendido...

—No he visto su rostro, pero a ella sí. —Hizo una pausa. Respiró hondo antes de continuar—. La he visto sentada, con las manos a la espalda, atada a una desvencijada silla de madera oscura, con el rostro cubierto por una bolsa de tela de arpillera, como un saco, ya sabes..., y completamente mojada...

Durante varios segundos ninguno de los dos pronunció palabra alguna. Sergio sumido en sus pensamientos, o más bien en sus recuerdos del sueño, y Alba..., ella no sabía qué decir, era horrible la escena que le había contado él. Ahora entendía su angustia, su desazón, y su temor.

De pronto Sergio volvió a hablar, pero no se dirigía a ella; era como si expresara en voz alta sus propios pensamientos, la descripción de aquello que sus ojos habían visto en ese último sueño.

—Un lugar inmundado, oscuro, sin ventanas, como si fuera un sótano. He llegado a sentir el olor a suciedad y a orín que emanaba de ese pequeño cuarto. Una simple bombilla colgada del techo, sostenida por su propio cable eléctrico, ilumina débilmente la estancia. Veo a la mujer sentada sobre la silla, con el saco cerrándose sobre su garganta, la silueta de su rostro marcada en la tela, respirando agitadamente, como si le faltara el aire. Tiene todo el cuerpo mojado, a sus pies el suelo de tierra está encharcado. Debe sentirse aterrada. Veo a dos hombres rudos, de piel oscura, vestidos al modo árabe, que la increpan, la zarandean, pero no escucho sus palabras, todo lo que veo está exento de cualquier sonido.

»Al fondo, en la penumbra, me parece ver la silueta de otro hombre. Sostiene un cigarrillo en una de sus manos, va vestido como un occidental, con

un pantalón vaquero y una camisa clara. Mueve las manos, debe estar diciendo algo, dando instrucciones a los otros dos. Entonces uno de ellos agarra la cabeza de la mujer y la echa hacia atrás, inclinando también la silla. El otro coge una gran jarra y va vaciando lentamente su contenido sobre el rostro de ella, mientras el primero sostiene firmemente su cabeza para que no pueda girarla. Todo su cuerpo se convulsiona con fuertes sacudidas. Ahora veo que tiene los pies descalzos y los tobillos atados a las patas de la silla. Lleva un pantalón bombacho y una camiseta... Debe ser ella, Luna. Sabía que iba a ocurrirle algo. ¡Lo sabía y no he podido hacer nada! —exclamó finalmente.

Alba guardó silencio esperando a que Sergio se calmara. Lo veía muy afectado, pero una vez más, su impaciencia pudo con ella.

—Estás dando por hecho que eso que has soñado ya ha ocurrido. En primer lugar, sigo pensando que puede ser una macabra pesadilla como todos hemos tenido a veces sin saber por qué. Además, la vestimenta no quiere decir nada, esa mujer puede ser cualquier persona. El último día en el crucero yo me he comprado dos pantalones “*harem*”, y Bea, y Paula también. Son ligeros, frescos y muy cómodos, se los he visto a casi todas las occidentales que están por aquí. Mañana pienso estrenarlos, y Bea ya los lleva puestos, no ha querido esperar ni un minuto más con este calor que hace aquí. En segundo lugar, si realmente es un sueño premonitorio..., por definición se supone que es algo que todavía no ha ocurrido, ¿no es así?

—Así es en un principio, pero claro, tarde o temprano debe llegar ese momento. Por eso digo que el tiempo se agota. No sé cuándo va a ocurrir. Lo de anoche fue totalmente nuevo para mí, no lo había soñado nunca, solo presentía el peligro. Jamás había presenciado que la torturasen. Tengo la sensación, la intuición o como quieras llamarlo, de que va a ocurrir pronto, y que será aquí, en El Cairo.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXXV

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando Alba y Sergio, junto con Bea, Luis, Arturo y Paula llegaban, en la furgoneta que les trasladaba desde el aeropuerto, al hotel *Le Meridien Pyramids*, situado en Guiza, frente a las pirámides. El resto de los integrantes del grupo habían elegido otros hoteles situados en el centro de El Cairo.

Lo primero que les sorprendió fueron las medidas de seguridad. Toda la gran manzana que ocupaba el complejo hotelero que contaba con más de seiscientos habitaciones, estaba cercada en todo su perímetro con un tipo de vallado no escalable. En el acceso se situaba una garita con dos policías armados con ametralladoras que custodiaban la barrera de control. Uno de ellos se acercó y le pidió la documentación al chófer del vehículo en la que constaban los datos de los pasajeros que trasladaba. El otro se acercó a una caseta próxima y de allí sacó dos perros, cogió sus correas y los llevó hasta el vehículo. Los sabuesos fueron olfateando todo el perímetro del coche; debían estar entrenados para detectar explosivos.

Una vez superado ese primer control, la furgoneta les condujo hasta la entrada del hotel. Allí descargaron las maletas y, una vez atravesada la puerta, se dispusieron a pasar el segundo control, custodiado también, en este caso, por tres policías armados, uno de ellos mujer, y que consistía en un arco de seguridad para metales además de un escáner para maletas, mochilas y bolsos.

Cinturón, reloj, móvil, monedas..., tuvieron que dejarlo todo en una bandeja como hicieron en el aeropuerto unas horas antes. La mujer policía les indicó a Alba y Bea que también debían descalzarse, ambas llevaban sandalias con tacón de cuña, mientras que Paula calzaba unas deportivas.

—¿Y esto tendremos que hacerlo cada vez que entremos y salgamos del hotel? —preguntó Bea—. Pues me pondré el bikini y así acabo antes, aunque me da la sensación de que entonces estos ya no prestarían atención al escáner —añadió con picardía refiriéndose a los policías.

—Cállate —le susurró Alba—, a ver si te van a oír.

—Estos no entienden el castellano —respondió Bea.

—Eso no lo sabes, pero el chófer sí, y seguro que te ha oído —dijo Alba mirándole de soslayo.

—Bueno, pues ya le he regalado una fantasía erótica para cuando se vaya a dormir esta noche.

—Solo controlan a los que entran —terció Luis—. Por esa otra puerta salen los clientes, algunos incluso con maletas, y ni los miran.

—Es lógico —añadió Arturo—, si estás dentro quiere decir que no llevas ni armas, ni explosivos...

—¿Y el personal de servicio del hotel? En un complejo tan enorme como este habrá más de doscientas personas trabajando aquí. ¿Cómo controlan a todos ellos? —replicó Luis.

—Estoy seguro de que lo harán de alguna forma. Lo cierto es que hace ya varios años que no ha vuelto a haber un atentado en ningún hotel de Egipto, al menos eso tengo entendido.

Mientras Luis y Arturo comentaban los aspectos de seguridad del hotel, Alba observaba de reojo a Sergio. Lo veía serio, tenso y algo ausente. Ahora le resultaba más comprensible su actitud. No debía resultar nada fácil estar convencido de que algo grave iba a ocurrir, y quizá de forma inminente, y no saber cómo poder evitarlo.

Una vez registrados en recepción, los seis amigos atravesaron el enorme hall y salieron a la zona exterior del complejo para dirigirse a sus respectivas habitaciones.

—¡Es igual que en las fotos! —exclamó Bea al contemplar la gran piscina con una isla en su interior en la que se situaba una zona de bar, y, sobre todo, la bella estampa de las pirámides al fondo.

—Yo pensaba que habrían hecho esas fotos con algún tipo de zoom —intervino Sergio mostrando también su sorpresa—, pero veo que no, están ahí mismo, la Gran Pirámide de Keops y la de Kefrén. Parece increíble que estemos tan cerca.

—Tengo entendido que algunas noches las iluminan, y que hacen un espectáculo de luz y sonido. Debe ser precioso —comentó Bea.

—Pues yo he visto unas fotos al atardecer —añadió Paula—, con las pirámides entre brumas teñidas de color anaranjado..., quizá podamos verlo desde aquí a la hora de cenar.

—Chicos y chicas —dijo Alba en voz alta para llamar la atención—. Ya sé que habíamos quedado en tomar una ducha rápida e irnos a dar una vuelta por ahí hasta la hora de cenar, pero... sinceramente, lo que más me apetece ahora mismo es ponerme el bañador y pegarme un buen chapuzón, y luego tirarme en una de estas tumbonas viendo cómo van cambiando de color las pirámides mientras me tomo un cóctel fresquito.

—Apoyo la moción —contestó rápidamente Sergio.

—Y yo..., y yo..., y yo también... —fueron diciendo todos los demás.

—Pues decidido entonces. Nos vemos aquí en un ratito.

Una hora más tarde todos estaban descansando plácidamente en las tumbonas de la piscina, mientras observaban cómo el calor del desierto levantaba bancos de bruma horizontales junto a las pirámides. Eran algo más de las siete de la tarde y, poco a poco, su color terroso iba adquiriendo un tono más rosado. La visión de esas impresionantes construcciones les dejaba extasiados, y no solo por sus dimensiones, sino por lo que significaban sus más de cuatro mil quinientos años de antigüedad. Había algo de místico, incluso de mágico, en la contemplación de aquellas enormes moles de piedra.

—¿Alguien se acuerda de lo que nos van a enseñar mañana? —preguntó Bea rompiendo la monotonía del silencio.

—Yo tengo aquí el programa que nos dieron en la agencia —contestó Alba mientras rebuscaba en su pequeña mochila de tela vaquera—. Ya sabéis que tenemos todas las excursiones contratadas, así que solo tenemos que dejarnos llevar.

—Como a los niños —dijo Arturo.

—Pues lo prefiero, me siento mucho más segura así. Además, nuestro guía Mohamed me da mucha confianza —respondió Alba.

—Ay —se lamentó Bea—, los niños..., cuánto me acuerdo de ellos.

—Serás mentirosa..., si ni siquiera los has nombrado en todo el viaje.

—Pues les *wasapeo* todas las noches, que lo sepas, Alba.

—Sí, sí, estoy segura de ello. A ver, aquí tengo el programa. Os leo lo que dice. Mañana jueves iremos a visitar las pirámides de Keops, Kefrén y Micerinos, con entrada en una de ellas. Luego vamos a ver la Esfinge de Guiza y el Templo del Valle de Kefrén, con almuerzo incluido. Después nos llevarán a la antigua necrópolis de Sakkara donde veremos la pirámide escalonada de Zoser, la más antigua de todo Egipto, y luego iremos a Memphis, la capital del Imperio Antiguo, donde veremos el coloso de Ramses II y la Esfinge de Alabastro.

»Resto de la tarde libre o bien, opcionalmente, visita al Museo del Papiro, y también al *The Egyptian Perfume Palace*, que si mal no recuerdo nos dijeron en la agencia que es una fábrica de esencias y perfumes, donde, además de obsequiarte con un té, te hacen un masaje facial o corporal gratuito.

—Yo me apunto al masaje —dijo Luis.

—Yo también —dijo Arturo—, todo esfuerzo es poco para conocer la cultura egipcia.

—Eso será para nosotras —exclamó Bea—. No os hagáis ilusiones.

—Pues yo tengo el cuello fatal. Me vendría genial un masaje de cervicales —añadió Luis.

—Sí, claro, de cervicales...

—Bueno, sigo —interrumpió Alba—. A la hora prevista, que no dice cuál es, salida para disfrutar de la noche cairota. Visitaremos la mezquita Al-Hussein, degustaremos una cena típica y pasearemos por el gran bazar de Khan el Khalili donde tomaremos un té y una *shisa* en el bar más famoso del mercado, “*El Fishaway*”, también conocido como el bar de los espejos. Luego traslado y alojamiento en el hotel.

—Sueno muy atractivo —comentó ilusionada Bea—. ¿Y pasado mañana qué veremos?

—Sigo leyendo —respondió Alba, mientras miraba de reojo a Sergio que, hasta ese momento, se había abstenido de hacer comentario alguno—. El viernes, visita de día completo a la ciudad de El Cairo con almuerzo incluido.

Entraremos en el Museo de Arte Egipcio, donde se encuentra el tesoro hallado en la tumba de Tutankamón con su famosa máscara, también entraremos a la Mezquita de Alabastro y pasaremos por la Ciudadela de Saladino. Por la tarde visitaremos el barrio copto y entraremos a la iglesia de Santa María, del siglo III, también llamada iglesia colgante, y luego veremos la Sinagoga de Ben Ezra. Resto de la tarde libre para hacer compras.

—Van a ser dos días muy intensos —comentó Bea.

—Por eso estamos cogiendo fuerzas —dijo Alba mientras seguía observando a hurtadillas a Sergio—. Voy a darme otro chapuzón. ¿Alguien me acompaña? —preguntó.

—Yo mismo —respondió Sergio, que se sintió claramente aludido por la pregunta de Alba. La cogió de la mano y la condujo hasta el borde. Allí la levantó y haciendo que adoptara la forma de una silla, la sostuvo con sus brazos.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida Alba mientras intentaba zafarse.

—Nuestros destinos están unidos. —Dicho esto avanzó un paso y dejó que ambos cayeran al agua.

\* \* \*

Pese a que la tarde anterior las habían estado observando durante mucho tiempo desde la piscina del hotel, no podían imaginar que les impresionaría tanto llegar hasta su misma base, e incluso intentar trepar por ellas. Las tres pirámides de Ghiza, junto con la Esfinge, constituían un conjunto tan espectacular como grandioso. Durante más de tres horas los dieciocho componentes del grupo lo estuvieron recorriendo bajo un sol de justicia. Tanto Alba como Bea y Paula se habían vestido con los frescos y ligeros pantalones *harem* que se compraron en el barco, y los chicos llevaban pantalones cortos, camiseta, sandalias y gorra. Todos ellos hicieron cientos de fotos. Algunos miembros del grupo se trasladaban de una a otra pirámide subidos a camello. Después del pertinente regateo, se podía conseguir por un precio bastante módico, pero ninguno de los seis amigos repitió la experiencia de la visita al poblado nubio y preferían que los trasladara la furgoneta de la agencia turística local.

También entraron a visitar el interior de la pirámide de Kefrén. Solamente Sergio, Alba y Luis llegaron hasta la cámara mortuoria. Los demás fueron abandonando por el camino. Un largo pasadizo inclinado de apenas un metro de alto y algo más de ancho, débilmente iluminado, suponía un obstáculo más que insalvable para aquellos que padecían algo de claustrofobia, y más teniendo en cuenta que en el interior no quedaba nada, apenas unos grabados en las paredes, y además no se podían hacer fotos. Aun así Alba no quiso perderse esa experiencia tan especial y se propuso llegar hasta el final, y Sergio la acompañó pese a que no le apetecía nada, aunque lo disimuló.

Por la tarde, después de estar en Menphis y Sakkara, agradecieron la visita al Museo del Papiro, en donde vieron una demostración de cómo se elaboraban desde la antigüedad, y, sobre todo, la estancia en *The Egyptian Perfume Palace*, en donde, tal y como les habían prometido, les invitaron a un excelente té frío mientras les explicaban y les daban a oler las distintas esencias y perfumes que fabricaban. Cómodamente sentados, y con el reconfortante frescor del té y del aire acondicionado, vieron, y también compraron, diversos productos. La espera invitaba a ello, porque las mujeres accedieron todas a que les dieran un masaje facial. En cambio, los hombres renunciaron amablemente cuando vieron que a ellos se lo iban a dar unos chicos, y no las dependientas como habían imaginado.

Fue el momento en el que Sergio se decidió a hablar con Mohamed, el guía, al verlo solo en ese instante tomando el segundo té que le habían servido. Los escasos cuatro días que duró el crucero propició que ambos congeniaran muy bien. Mohamed había pasado diversas temporadas en España para perfeccionar su castellano y llegó a conocer en profundidad Granada, Córdoba y Sevilla, que le resultaron fascinantes, y también Toledo y Barcelona. El guía era una persona de mentalidad abierta, profesaba la religión musulmana pero era tolerante respecto a las creencias de los demás, y tenía un gran nivel cultural. Ya solo a primera vista resultaba bastante diferente a los guías de los demás grupos, mucho más occidental, por decirlo así.

No sabía muy bien cómo exponerle el tema, y menos aún cómo podría tomárselo él. Finalmente decidió que lo mejor sería contarle la verdad.

—Hola Mohamed —le saludó Sergio al llegar a su altura.

—¿Qué tal Sergio? ¿Ya has comprado todo lo que necesitas?

—Y más también —bromeó—. Lo cierto es que... mientras esperamos a las chicas, quería preguntarte algo.

—Claro, lo que quieras. Si crees que les puede interesar a ellos también —dijo indicando con su mano—, me acerco ahí donde están tus amigos...

—Gracias —le interrumpió—, pero no es un tema turístico. Es algo personal.

La expresión del rostro de Sergio evidenció que, efectivamente, lo era.

—Muy bien. ¿Quieres que vayamos a un sitio más discreto?

—Pues sí, te lo agradecería.

El guía se levantó y Sergio lo siguió. Recorrieron uno de los grandes pasillos, y después de hacerle un gesto a un dependiente, descorrió una cortina y entraron en un pequeño cuarto de forma rectangular con una mesa en su centro, y un banco tapizado en color púrpura, corrido a los largo de las cuatro paredes sobre el que descansaban varios cojines con bordados en tonos dorados. Sergio pensó que esa estancia deberían utilizarla para presentaciones más íntimas.

—Bien, estoy a tu disposición —dijo Mohamed una vez se hubieron sentado el uno junto al otro.

—No resulta fácil contarte esto. Antes de nada me gustaría saber si crees en las premoniciones.

—Pues... no es algo que me haya planteado seriamente, pero pienso que puede haber personas que tengan ese don. De la misma forma que quizá no haya evidencias científicas que lo avalen, tampoco creo que pueda haberlas para negar su existencia.

—Me alegro que lo veas de esa forma, aunque yo no lo calificaría de un don, al menos en mi caso.

—¿Tienes visiones de futuro? —preguntó interesado.

—Alguna sí, estando consciente me refiero, pero fundamentalmente lo que he tenido son sueños premonitorios.

—Qué interesante.

—Aparecieron sin previo aviso, por eso no creo que obedezcan a ningún don en especial, simplemente se dieron una serie de circunstancias que, de alguna manera, los propiciaron. Como sé que tenemos poco tiempo voy a ser breve.

—Bueno, hoy voy a estar con vosotros hasta media noche..., y mañana todo el día, así que no te preocupes por el tiempo.

Sergio pensó que era mejor contárselo todo, quizá así obtuviera una mayor implicación de él. De forma resumida le habló del trauma psicológico que supuso el accidente y muerte de su mujer y su pequeño hijo, el tratamiento al que estuvo sometido, la aparición espontánea de esos sueños, el diagnóstico del doctor Baumann al considerarlos premonitorios y, finalmente, su estancia en un instituto alemán y las evidencias que había traído consigo.

El rostro de Mohamed no podía ocultar su enorme expresión de asombro conforme Sergio avanzaba en el relato de los hechos, especialmente en lo que hacía referencia a la tecnología del instituto de neurociencia y consiguiente visionado de las imágenes de los sueños, pero más aún cuando le describió el último que había tenido hacía ahora dos noches.

—¿Comprendes ahora por qué es esencial que intente localizar esos lugares? Quizá pueda impedir que ocurra lo que he soñado.

—Por mi parte cuenta con toda mi colaboración, aunque me parece prácticamente imposible poder evitarlo, pero no voy a entrar en ello. Enséñame esas imágenes.

Sergio abrió su mochila y de ella sacó un sobre de cuyo interior extrajo un paquete con unas veinte fotografías en tamaño cuartilla, y se las ofreció a Mohamed. El guía fue consciente de que estaba viendo algo absolutamente novedoso y sorprendente, y que, como le pidió encarecidamente Sergio, no podría contar a nadie.

Conforme iba viendo las fotografías, un cierto gesto de decepción apareció en su rostro. Sergio no le había anticipado la falta de nitidez de muchas de esas imágenes. Aun así las observaba con atención intentando identificar algún lugar. Iba haciendo dos montones, al parecer separaba aquellas en las que

reconocía algún elemento. Después de verlas todas se giró hacia Sergio con el montón más pequeño en su mano.

—Estas son las que he podido reconocer, y sí, son de aquí, de El Cairo, de la ciudad antigua. Mira, esto es parte de la muralla de la Ciudadela de Saladino, y esto de aquí es el lateral de la mezquita de Al-Hussein; esta es una de las antiguas puertas que delimitan el bazar Khan el Khalili, y estas otras son también calles del mercado, reconozco algunas tiendas por donde suelo pasar con los grupos de turistas. En cuanto a la mujer..., es occidental, no me cabe ninguna duda. Esa altivez..., las de aquí llevan la cabeza algo más inclinada, y tampoco suelen utilizar ese tacón en el calzado. Podría ser también una mujer musulmana que lleve tiempo viviendo en algún país de Europa. Las he visto después de unos años trabajando allí, y aunque mantienen nuestras costumbres, pueden cambiar algunos de sus hábitos.

Sergio escuchaba atentamente las indicaciones del guía mientras observaba en silencio las fotografías que le mostraba. Sus ojos brillaban expectantes.

—Me temo que esta información no te va a servir de gran ayuda para conseguir tu propósito —le comentó Mohamed una vez hubo terminado con todas ellas.

—En realidad es mucho más de lo que podía imaginar —respondió esperanzado—. Me has constatado que, efectivamente, son premoniciones. Yo nunca he estado aquí, y no creo que mi cerebro hubiera podido grabar con ese detalle esas imágenes si las hubiera visto en una revista, o en una película.

—Desde luego. Estoy de acuerdo contigo, no habrías prestado la atención suficiente como para poder reproducir después todos esos detalles.

—El problema es el tiempo. ¿Cuándo han sucedido estos hechos? Podían ser premoniciones cuando soñé esas imágenes, pero también pueden haber ocurrido en cualquier momento desde entonces. ¿Cómo puedo saberlo?

Mohamed se quedó pensativo. El comentario de Sergio era más que procedente.

—Espera un momento, ahora vuelvo.

Un par de minutos más tarde el guía regresó con una enorme lupa en sus

manos. Volvió a mirar las fotografías con mucho más detenimiento, recorriendo rápidamente con su mirada cada centímetro de las mismas, mientras Sergio le observaba sin decir nada.

—¡Aquí está! ¡Lo tenemos! —exclamó entusiasmado Mohamed. Luego su rostro mostró un enorme gesto de incredulidad, para finalmente decir: «*Por Alá, esto es increíble*».

—¿Qué es increíble? ¿Qué es lo que tenemos? —preguntó nervioso Sergio.

—Aquí, en esta imagen a la entrada de la tienda de *shishas*. Mira aquí arriba.

Sergio obedeció sin saber qué tenía que buscar, hasta que lo encontró. En el rótulo había un reloj digital que mostraba la hora, pero también la fecha, aunque estaba en árabe. Rápidamente se volvió hacia el guía.

—Es hoy, jueves 30 de junio a las 19:53 horas —le contestó sin esperar su pregunta.

—Eso quiere decir... No sé cómo interpretarlo —confesó Sergio—. ¿Y el resto de fotos? ¿Crees que son del mismo día?

—Es posible, la iluminación, la posición del sol según veo las sombras..., es por la tarde, eso está claro, pero no puedo afirmar nada más.

En ese momento entró una dependienta y le comentó algo en árabe a Mohamed.

—Las mujeres ya han terminado con los masajes y las compras, y nos están buscando. Tenemos que salir ya. Según el programa os tengo que llevar a ver el bazar Khan el Khalili, y pasaremos por estos lugares. Podrás verlos por ti mismo. Quizá eso te ayude a tener más visiones, o a recordar más cosas.

—Es muy posible —respondió Sergio ilusionado mientras se ponía en pie.

Salió junto al guía a la estancia principal y allí se reunieron con el resto de componentes del grupo. Vio a Alba riendo junto a Bea y Paula. En cuanto aquella se percató de su presencia, se acercó a él.

—¿Dónde estabas? ¿Te han dado un masaje extra largo? —preguntó con ironía.

—No, que va, charlaba con Mohamed para hacer tiempo. Yo ya había hecho mis compras.

—¿A sí? ¿Y qué te has comprado?

—Una colonia y una loción de afeitado.

—Pues Bea se ha comprado un tónico para el cutis cuya composición, según le han dicho, es idéntica a uno que le fabricaban a Cleopatra en su tiempo.

—¿Y se lo ha creído?

—No, pero le han hecho el masaje con él, y después de aplicárselo dice que se nota la piel mucho más tersa. Yo me he comprado unos aceites que te dejan muy suavcita —dijo con picardía—, y un par de perfumes que huelen muy bien. Mira, dime qué te parece —le preguntó mientras le mostraba su cuello y le hacía una indicación para que acercara su rostro.

Sergio se apresuró a cumplir su deseo. Se acercó hasta casi rozar su piel y aspiró profundamente. Efectivamente, la fragancia resultaba muy sugerente, tanto que no pudo evitar besar su cuello dulcemente y empezar a recorrerlo con sus labios. Rápidamente Alba se apartó de él, y luego le increpó:

—¡Qué haces! Cómo se te ocurre, nos están viendo —dijo mientras efectivamente comprobaba que una de las jóvenes dependientas la miraba sonriendo, como si quisiera decirle: «*Ya te lo decíamos, ese perfume es irresistiblemente seductor*».

—Ella tiene la culpa por vendértelo —respondió Sergio observando la pícaro mirada de la chica—, y tú por comprártelo —añadió con un guiño.

—Pues Luis se ha comprado —dijo Alba queriendo cambiar de conversación—, un aceite especial que se aplica mediante un masaje en la frente, las sienes y la nuca, y es un excelente remedio para los dolores de cabeza, según le han dicho, algo de lo que él padece con frecuencia.

—He estado viendo que tienen tónicos y bálsamos para todas las dolencias —excepto para las mías, pensó—, especialmente las de tipo reumático, pero también para inflamaciones, varices, dermatitis... Cada frasco lo embalan para su transporte en una bonita caja de recuerdo, en la que introducen un

folleto con todas las indicaciones del producto en español. Hay que reconocer que la estrategia de ventas les ha funcionado a la perfección, creo que no ha habido nadie que no haya comprado algo, ya sea para sí mismo o para regalar.

—Estoy de acuerdo contigo, amortizan con creces los téis y los masajes que nos han ofrecido —concluyó Alba.

Finalmente el guía logró reunir a todo el grupo, subieron al autobús y se dirigieron a la ciudad antigua.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXXVI

Durante el trayecto en el autobús Sergio le contó a Alba toda su conversación con Mohamed, y le enseñó las fotos que el guía había podido reconocer.

—Me alegro mucho por ti, Sergio. De alguna manera, esto confirma todo lo que tú sospechabas.

—Sí pero... ¿y ahora qué?

—No lo sé. Lo más sorprendente es lo del reloj. Has tenido premoniciones relativas precisamente al día de hoy; es más, vas a poder visitar algunos de los lugares que se reflejan en las fotografías. Yo creo que está claro que has tenido unas visiones anticipadas de lo que a lo largo de esta tarde vas a poder presenciar.

—Entonces..., tú piensas que soy yo mismo, no los ojos de una tercera persona como yo creía —afirmó Sergio más que preguntó.

—Me parece mucho más probable. De hecho estamos a punto de confirmarlo, ¿no?

—¿Y quién es esa mujer?

—Puede ser cualquiera. Tú has identificado a una que aparece en varias fotos, pero no te has planteado que pueda haber más, quiero decir, otra mujer diferente que aparezca también en varias fotografías. No sería de extrañar, ¿no te parece? Incluso podría haber hombres también. En definitiva, cualquier persona que coincidiera con el recorrido que vas a hacer tú.

Sergio se quedó pensativo valorando el argumento de Alba. Le parecía convincente, pero de pronto hubo algo que no encajaba.

—Imaginemos que es como tú dices. ¿Por qué iba a tener la premonición de pasear por unos determinados lugares de El Cairo? ¿Qué sentido tiene? Y, sobre todo, ¿qué significa el último sueño que he tenido aquí? Una mujer atada de pies y manos, con un saco en la cabeza, a la que están torturando. ¿Tienes una respuesta para eso? —le preguntó algo alterado.

—No Sergio, no la tengo, pero debes calmarte. Desde el primer momento te has puesto siempre en lo peor. Quizá todo tenga una explicación más fácil y sencilla de lo que puedas imaginar.

No contestó, y Alba optó por dejar el tema. Lo veía alterado aunque se esforzaba en disimularlo. Ella también lo estaría en su lugar.

Veinte minutos más tarde el autobús dejaba a todo el grupo junto a uno de los lienzos de la muralla que protegía el casco antiguo de El Cairo. Atravesaron la fantástica puerta medieval y pasearon por unas estrechas y concurridas calles hasta llegar a la mezquita de Al-Hussein. Antes de entrar a visitarla Mohamed les indicó a las mujeres que tenían que cubrirse la cabeza y los brazos, así como las piernas hasta los tobillos para aquellas que llevaran falda o pantalones cortos. Junto a la entrada ofrecían unas humildes chilabas de alquiler.

Alba, Bea y Paula llevaban las piernas perfectamente tapadas con sus largos pantalones bombachos, así que se limitaron a colocarse en la cabeza los coloridos *fulares* que se compraron durante el crucero. Ataviadas con ellos se miraban y sonreían, ya que se encontraban favorecidas. Mohamed les corrigió la posición del pañuelo de forma que les tapara completamente la cabeza, no dejando parte del cabello al descubierto.

Penetraron en su interior y la recorrieron en silencio alejándose de las zonas en las que se concentraban los fieles en oración. Alfombrada en tonos verdes, destacaban, entre un bosque de columnas de color blanco, sus interminables lámparas colgantes. El guía les contó que el actual edificio era del siglo XIX y que se construyó sustituyendo a la antigua mezquita que había en este lugar desde el siglo XII. Su actual importancia radicaba en que guardaba una urna con los restos de la cabeza de Al-Hussein, el nieto del profeta Mahoma. También les indicó que además albergaba algunos elementos de especial importancia como el manuscrito completo del Corán más antiguo que se conoce.

Salieron al exterior, y, protegidos por los originales parasoles que coronaban la hilera de columnas situadas frente a la entrada, cruzaron la plaza Khan, cuyas terrazas estaban muy concurridas a esas horas de la tarde, para finalmente llegar a una de las puertas que delimitaban el bazar Al-Khalili.

Antes de atravesarla, Mohamed reunió a todo el grupo y les advirtió:

—Por favor, no os separéis, es muy fácil perderse por estas calles. Solo vamos a cruzarlo paseando para ir al lugar donde vamos a cenar. Luego regresaremos para tomar un té en “*El Fishawy*” y podréis verlo también de noche, resulta muy atractivo. Otra cosa, si alguno queda separado del grupo y se pierde, preguntar a cualquiera por la mezquita Al-Hussein, y así llegaréis a la plaza. Quedaros junto a esta misma puerta donde estamos ahora. Este será el lugar de encuentro, ¿de acuerdo?

La mayoría respondieron afirmativamente, mientras otros preguntaban a los que tenían al lado: «¿*Qué ha dicho?*».

—Otra cosa —añadió—, mañana por la tarde, después de la visita al barrio copto, os volveré a traer a esta plaza, y tendréis dos horas de tiempo libre antes de que os recojamos y os llevemos de nuevo al hotel. Con esto quiero decir que tendréis tiempo para poder comprar cosas en el bazar. No os entretengáis ahora en esto.

Terminada su alocución, el guía atravesó la puerta mientras los demás le seguían. Hasta ese momento, cada vez que Mohamed pasaba por un lugar que había visto en las fotografías le hacía una discreta indicación a Sergio. Ahora hizo lo mismo al cruzar el gran portón de piedra de estilo árabe. Entonces él se esforzaba en fijarse en los detalles, incluso en la gente de su alrededor, y, efectivamente, tenía la impresión de haber visto antes ese lugar, pero desde una perspectiva diferente.

El guía tenía razón, es más, sería muy difícil poder cumplir su deseo de que el grupo no se dividiera. Las calles eran sumamente estrechas y estaban atestadas de tiendas a ambos lados que exponían sus artículos también en el exterior reduciendo aún más su ancho disponible. Había cientos de turistas recorriéndolas, y muchos comerciantes acercándose a ellos intentando convencerles de que vieran sus productos, mostrándoles algunos artículos con precios realmente increíbles.

Era imposible mantener unido tan siquiera el grupo de los seis amigos. Alba, Bea y Paula eran las que iban delante comentando entre ellas lo que veían. Las seguía Sergio, que no quería alejarse de Alba, y detrás de él, Luis y Arturo. Mohamed intentaba mantenerse en medio del grupo general, mirando

continuamente hacia atrás para que ninguno se quedara rezagado.

Las calles formaban un inmenso arco iris de colores y aromas. A ambos lados de las mismas se sucedían sin ningún orden tiendas de lámparas, de alfombras y cojines, de tejidos de seda, además de joyerías, especias, pipas de agua, orfebrería, curtidos y pieles, decoración, juguetes..., y por supuesto, recuerdos típicos y bisutería. Los comerciantes se mezclaban con los transeúntes dificultando su paso, hablándoles a aquellos turistas cuya mirada parecía mostrar algún interés hacia algún artículo, incluso les cogían suavemente del brazo y les decían algunas palabras en su idioma para llamar su atención. Todos pretendían acercarlos a su tienda, y les ofrecían regalos para invitarlos a entrar en ella y enseñarles sus productos.

Los artículos no solo estaban en los expositores que estrechaban el paso libre de la calle, sino que se prolongaban en altura colgados de diversos artilugios incluso cubriendo el piso superior. De esta forma, la calle se convertía, allí donde mirases, en un auténtico calidoscopio de colores, formas y luces. Numerosos turistas se detenían también para realizar fotografías aumentando, aún más si cabe, la dificultad del tránsito por ellas.

En ese momento Mohamed llamó a Sergio. Tuvo que gritarle para que pudiese escuchar su voz, y eso que tan solo iba unos cinco metros detrás de él. Cuando aquél se volvió le hizo una señal para que se acercara. Sergio obedeció, y cuando llegó a su altura Mohamed le indicó con su mano que mirara hacia un determinado lugar de la tienda que tenía enfrente de él. Así lo hizo, y su rostro no pudo ocultar su asombro.

Allí estaba, en lo alto, cerca de la entrada, casi oculto por una multitud de lámparas y pipas de agua, el reloj digital que encontró el guía revisando con lupa las imágenes que le mostró en la fábrica de esencias y perfumes. Y lo más sorprendente. En este momento marcaba las 19:53, exactamente la misma hora que quedó registrada en la fotografía.

Sergio no podía ocultar su sorpresa, y a la vez, desconcierto. ¿Qué significaba todo aquello? Le hubiera gustado tener ahora al lado a su psicoanalista Eloy Baumann, o al doctor en neuropsicología Bernard Schwarz, del instituto alemán de neurociencia, para que le pudieran dar una explicación razonable de lo que significaba todo esto. Una premonición. Sí, eso ya lo

sabía, pero con qué objeto. ¿Tenía alguna finalidad? ¿Y la mujer? ¿Dónde estaba? Gracias a Mohamed había podido reconocer algunos de los lugares que aparecían en las imágenes, pero no a la mujer, había muchas con un pañuelo en la cabeza, y vistas por la espalda, todas se parecían. Incluso Alba y Bea aún los llevaban puestos desde que salieron de la mezquita.

Se volvió hacia Mohamed y su rostro expresaba también desconcierto. Ambos se miraron perplejos por ese hallazgo que escapaba de los límites comprensibles de la realidad. Finalmente el guía le indicó que debían continuar, el grupo se estaba alejando de ellos. Accedió a su petición y se puso a caminar junto a él mientras se hacía docenas de preguntas sin respuesta, sin que con ello consiguiera aliviar su estado de confusión.

De pronto Mohamed puso una mano en su hombro agitándolo para llamar su atención. Le miró y su rostro expresaba ahora preocupación mientras, estirando el cuello, contemplaba algo en la lejanía. Sergio, un palmo más alto que él, giró su vista hacia el lugar donde miraba el guía, y allí estaban, veinte metros delante de ellos, Bea y Paula, agitando los brazos y haciendo gestos para que se acercaran.

En ese mismo instante Sergio sintió una enorme punzada en su corazón; tan fuerte, que el cuerpo se le encogió. Mohamed no se percató de ello porque ya avanzaba entre la gente hacia las chicas. Se sobrepuso como pudo haciendo caso omiso al dolor y corrió, o al menos, intentó hacerlo. Apartaba a la gente de cualquier forma, ante las airadas protestas de turistas y comerciantes, y progresaba todo lo rápidamente que podía mientras su cuerpo, y sobre todo, su mente, parecía encontrarse en plena ebullición.

*«Ojalá esté equivocado. Por Dios, que no sea lo que estoy pensando, no podría soportarlo. No puede ser, no debe ser, son imaginaciones más de esta mente que acabará volviéndome loco».*

Consiguió alcanzar a Mohamed y sobrepasarlo, hasta que, finalmente, llegó a la altura de Bea. Sus ojos le confirmaban sus malos presagios. Aun así le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Alba. No sabemos dónde está. Hace un momento se encontraba a nuestro lado y ahora no la vemos —respondió atropellando las palabras.

—¿La habéis buscado en las tiendas?

—Luis y Arturo están en ello. Nosotras hemos preferido quedarnos aquí para que nos pudiera ver, y para avisaros a vosotros —dijo refiriéndose también al guía que ya estaba junto a ellas.

Mohamed no perdió la calma. Rápidamente se hizo cargo de la situación, parecía que le había ocurrido más de una vez. En un momento reunió a todo el grupo y les dio precisas instrucciones. Le pidió a Sergio que si tenía una buena foto de Alba, un primer plano, que la enviara al grupo de *WhatsApp* en el que estaban todos. A cada uno de ellos les dijo que entrara en una de las tiendas de la calle, las anteriores a la posición que ocupaban ahora, y que enseñaran la foto en el teléfono móvil tanto al comerciante como a la gente que estuviera por allí. *«Punto de encuentro aquí mismo donde yo me encuentro ahora, dentro de diez minutos, es suficiente para mirar en todas las tiendas de este tramo de calle. Vamos, daros prisa»*, les dijo finalmente.

Sergio se quedó sin saber qué hacer. A él no le había asignado ningún comercio. Mohamed, creyendo leer la pregunta en su mirada, le respondió:

—Prefiero que te quedes conmigo. La mayoría de veces la gente está en alguna tienda. Aquí es fácil perder la noción del tiempo, y más cuando un vendedor no para de enseñarte cosas. En el peor de los casos igual se ha despistado y ha salido a un callejón. Si se encuentra perdida irá a la plaza tal y como os he indicado antes.

—Mohamed, no se ha perdido —afirmó Sergio—. Ahora todo encaja. Las imágenes que te mostré no solo se correspondían con lo que yo iba a ver aquí durante este viaje, sino también con lo que observaba alguien que nos ha estado siguiendo, quizá eran varias personas, tal y como yo intuía en un principio. Y la mujer del pañuelo, esa sobre la que tenía el presentimiento de que podía ocurrirle algo, era Alba. ¡Cómo no lo he pensado hasta ahora! —se maldecía a sí mismo.

—No te precipites en tus conclusiones. Quizá todo sea fruto de la casualidad. Además, no tiene porqué pasarle nada malo —intentó animarle el guía.

—Hay algo que no sabes, Mohamed. No te lo he contado todo, pensé que no sería necesario.

—Creo que ahora es un buen momento para hacerlo —respondió preparándose para cualquier cosa y pensando que nada más podría sorprenderle.

—La última noche en el crucero tuve una nueva pesadilla, o quizá, en el peor de los casos, un sueño premonitorio, como se ha confirmado que han sido las anteriores. Lo que recuerdo de él es a una mujer atada de pies y manos a una vieja silla, con un saco de arpillera en la cabeza, y a dos hombres musulmanes que la increpaban y parecían torturarla.

—¿Reconociste a la mujer?

—Estaba completamente mojada. Llevaba pantalones bombachos y una camiseta, tal y como hoy se había vestido Alba, pero no podría describir los dibujos y colores de esos pantalones, no guardo ese recuerdo con nitidez. Podía ser cualquiera. Pero ahora, después de todo lo que ha ocurrido, tiene que ser ella, es lo único que tiene sentido.

Mohamed no dijo nada, cogió su teléfono móvil y realizó una llamada. Mantuvo una breve conversación en árabe de la que Sergio no logró comprender nada. Colgó y acto seguido realizó otra más. En esta ocasión, por la forma de hablar, parecía discutir con alguien, y se alargó durante varios minutos. Cuando terminó ya empezaban a llegar algunos miembros del grupo negando con la cabeza. Poco a poco la desesperación se iba adueñando del estado de ánimo de Sergio.

—He llamado a la policía turística. Dentro de un momento estarán aquí —le aclaró Mohamed—. También he dado parte a nuestra agencia local. Cuando la policía lo autorice lo pondrán en conocimiento del turoperador.

Un gran revuelo se había organizado alrededor de ellos. Había corrido la voz y todos los comerciantes de la calle sabían ya que había desaparecido una turista occidental. Conforme iban llegando los diferentes componentes del grupo fueron contrastando resultados. Un comerciante la recordaba muy bien ya que había intentado convencerla para que entrara a su tienda. Otros dos también habían afirmado haberla visto por la calle.

Los vendedores observaban con suma atención a cada uno de los turistas que transitaban cerca de sus tiendas. Así podían advertir su posible nacionalidad, para poder utilizar las pocas palabras que sabían en cada

idioma, y sobre todo, advertir qué artículos eran los que más llamaban su atención para poder ofrecérselos en la misma calle.

Varios mercaderes se acercaron a Mohamed para interesarse por lo sucedido. Él les enseñaba las dos fotografías que Sergio había enviado al grupo de *WhatsApp*, una de primer plano, y otra de cuerpo entero, esta última de esa misma mañana, posando en la zona de piscina del hotel con las pirámides de Ghiza al fondo. Llevaba, por tanto, la misma ropa con la que había desaparecido. Uno de ellos dijo haber visto a una mujer vestida de forma similar que parecía haberse desmayado, y era ayudada por dos hombres de aspecto musulmán. Mohamed le pidió que se quedara junto a él hasta que llegase la policía turística, su testimonio podía ser muy importante.

Una vez todos habían regresado e informado de lo que pudieron averiguar, el guía pidió a todo el grupo que se mantuviera unido y dentro de una misma tienda hasta que llegara un nuevo guía que se ocuparía de llevarlos al restaurante, y luego al bar de los espejos, “El Fishawy”, tal y como tenían en el programa, ya que él tenía que atender a la policía y luego seguramente ir a la comisaría a prestar declaración. Eligió una joyería que estaba a pocos metros porque era la tienda más espaciosa y menos concurrida de la calle. Rápidamente envió un *WhatsApp* al compañero que iba a relevarlo para indicarle dónde reunirse con el grupo, y después se dirigió hacia la policía que ya había hecho acto de presencia.

—Yo no pienso separarme de ti. Quiero estar al tanto de todo lo que sucede, y hacer lo que esté en mi mano para ayudar —le dijo Sergio.

—Puedes estar absolutamente seguro de que se va a movilizar toda nuestra policía y hasta los servicios de inteligencia para poder localizarla. Esto es un asunto de seguridad nacional. Egipto no puede permitirse que en las televisiones occidentales salga la noticia del secuestro de una turista europea en El Cairo —afirmó con rotundidad Mohamed.

—Si tengo que ir a la embajada a dar parte...

—De todo eso ya se ocupará nuestra policía. De todas formas está bien que te quedes conmigo, eres el que más información puede aportar sobre ella.

—Yo también me quedo —dijo Bea, que se mantenía al lado de ellos y con evidente gesto de preocupación—, y mi marido también, no va a dejarme sola.

—Mohamed negaba con la cabeza, y entonces Bea añadió—: Somos amigas desde hace años, incluso conozco a sus padres. Tengo mucha más información sobre ella de la que pueda aportar él —dijo mirando a Sergio, y este asintió con la cabeza.

—De acuerdo, quedaros de momento conmigo.

En ese instante Mohamed llegó junto al grupo de cinco policías que había irrumpido en la calle, todos ellos con uniforme de color blanco y armados con una ametralladora excepto uno, que parecía ser un oficial. Hacia él se dirigió el guía y le informó de lo sucedido.

Sergio no entendía nada de la conversación pero podía deducir que Mohamed le había resumido todo lo que sabía. Le enseñó las fotografías de Alba en su móvil y el oficial lo cogió, las mostró a los agentes que le acompañaban y luego estos se dispersaron por la calle. Después manipuló el móvil de Mohamed, por lo que supuso que reenvió las fotos a su centro de mando.

El guía sacó de su mochila una carpeta, y de ella unas hojas de papel grapadas, una especie de lista. Le pareció la misma que enseñaba en los controles de acceso a los hoteles y los de carretera. Probablemente en ella figuraran todos los datos personales relativos a Alba. A continuación, el oficial marcó un número en su móvil.

—Está llamando a sus superiores para informar y activar los protocolos previstos para estos casos —les comentaba Mohamed—. Me dice que quizá haya suerte y se les pueda detener en algún control. Se busca a una mujer occidental vestida como en la foto y que debe estar acompañada de una o más personas de rasgos árabes. Le he indicado quien era el comerciante que parecía haberla visto mientras dos hombres la sujetaban, como queriendo ayudarla. Quizá ahora los agentes encuentren más testigos. También me ha dicho que os quedéis aquí, quiere hablar con vosotros.

Sergio asentía a todo lo que decía Mohamed pero su mente estaba en plena efervescencia de ideas.

—¡Cámaras! ¿No hay cámaras en esta calle? Quizá hayan podido captar la imagen de ellos mientras la secuestraban.

—Que yo sepa no las hay, pero en todo caso, eso es trabajo de la policía, no te preocupes.

—¡Tenemos poco tiempo Mohamed. Ya sabes lo que le va a ocurrir! — exclamó Sergio con auténtica desesperación—. ¿Qué puedo hacer?

—De momento, guardar la calma —intentó tranquilizarle el guía—. Y decirle a la policía todo lo que sabes cuando te pregunten. Yo haré de intérprete.

—¿Quieres que les hable de mis premoniciones? Me tomarán por loco.

—Yo tampoco creo que debas hablarles de ellas, probablemente les despisten más que otra cosa.

En ese instante el oficial se dirigió hacia él, y, después de una breve conversación, Mohamed asintió.

—Dice que le acompañemos a la comisaría. Nos van a tomar declaración. También me ha dicho que el dispositivo de búsqueda ya está activado —les explicó a los tres amigos.

—De acuerdo, vamos —respondió Sergio, mientras Bea y Luis le seguían.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXXVII

*No conocía el miedo, o mejor dicho, el terror. Me había asustado en alguna ocasión, como hace unos días cuando entraron a robar en mi apartamento, pero eso era intranquilidad más que otra cosa. El terror te somete, te paraliza, te devora.*

*¿Qué va a ser de mí? No sé dónde estoy, y creo que nadie podrá averiguarlo.*

*Intento recordar cómo sucedió. Me había detenido un segundo junto a un puesto en el que había unos pequeños camellos de trapo estampados con colores muy alegres. Seguro que a mi sobrino Adrián le iba a gustar el regalo. Con sus dos años le daba por aporrear todo lo que caía en sus manos. Al menos este juguete no corría el peligro de estallar en mil pedazos.*

*Alguien me coge de un brazo; el comerciante, supongo, al verme interesada por uno de sus objetos. Cuando voy a girarme un pañuelo con un extraño olor tapa mi nariz y mi boca mientras me agarran también del otro brazo. De pronto las piernas no me sostienen, y todo empieza a darme vueltas. Respiro con dificultad. Miro a Bea, está unos metros delante de mí. Inhalo profundamente para llenar mis pulmones de aire y así poder gritar, pero no lo consigo. Todo parece apagarse, las luces se tornan sombras, los colores se vuelven grises y los sonidos se amortiguan.*

*Siento como mis pies son arrastrados por el suelo mientras me sujetan por los brazos. No puedo sostener mi cabeza pero la misma mano que aprieta sobre mi rostro ese pañuelo con un olor nauseabundo, la mantiene erguida. Me llevan por un oscuro callejón. Hago un último intento por zafarme, por gritar con todas mis fuerzas, pero todo es inútil, mi cuerpo no responde a mis deseos. Ya no hay luz, ni voces, solo oscuridad y silencio.*

*Me despierto en un lugar incierto. No consigo ver nada. Estoy tumbada de lado sobre lo que parece ser un camastro. La cabeza me duele horrores y tengo náuseas. Percibo un fuerte olor a humedad, a moho, a suciedad. Intento incorporarme, pero no puedo, tengo las manos atadas a la espalda. Empiezo a recordar y el pánico se adueña de mí. Quiero gritar, pero intuyo*

*que no debo hacerlo. Muevo las piernas, me apoyo en un hombro y consigo acercarme al borde del lecho. Giro un poco y ya tengo las piernas al aire. Me balanceo, intento llegar al suelo con los pies, y lo consigo con uno de ellos. Es de tierra, fresca y húmeda.*

*Afianzo la posición. Me siento muy débil, tengo que ir despacio, poco a poco. Ahora intento incorporarme para poder quedar sentada en ese inmundo camastro. Me dan arcadas, alargo el cuello, no puedo evitar vomitar. Oigo el chapoteo y me salpica a los pies. Parece que todo lo que he arrojado ha caído en el suelo.*

*Respiro hondo. Poco a poco me voy acostumbrando a esta oscura penumbra. Apenas una fina línea de claridad penetra por debajo de lo que debe ser una puerta. He conseguido sentarme en el jergón, pero todo me da vueltas. Intento mantenerme así, erguida, sin caerme, y pausar mi agitada respiración. Poco a poco va disminuyendo el mareo y mi pulso empieza a volver a la normalidad.*

*Me doy cuenta que estoy en un cuarto muy pequeño, las paredes se insinúan muy cerca de mí, y no parecen tener ninguna ventana. Intento ponerme de pie y lo consigo, aunque me tambaleo, de nuevo el suelo parece moverse bajo mis pies. Espero unos segundos, después arrastro un pie, sin despegarlo del suelo, y luego hago lo mismo con el otro. Vuelvo a repetir el movimiento, ahora alargando un poco más el paso, y luego otro más hasta darme de bruces con la pared frente al camastro. Me giro y apoyo la espalda en esa pared.*

*El mareo ha cesado y mis ojos se han acostumbrado a la ausencia de luz. Puedo ver el lecho, adosado a una de las esquinas del cuarto, yo frente a él, a poco más de un metro. En la pared opuesta al cabecero está la puerta, veo la rendija de tenue luz bajo ella.*

*Concentro toda mi atención en los sonidos, pero apenas consigo oír nada. De vez en cuando, muy lejano, parece escucharse ruido de tráfico rodado: una motocicleta, un coche..., pero nada en la casa, el almacén o donde quiera que esté.*

*Intento zafarme de las ligaduras, pero es imposible, creo que es cinta aislante rodeando ambas muñecas. Me acerco a la puerta, mis pasos son*

*ahora más seguros. Llego hasta ella y la recorro con la nariz como un sabueso. Es de madera y tiene un travesaño a media altura. Lo sigo hasta llegar al picaporte. Me doy la vuelta y subo los brazos hasta conseguir apoyar mis manos en la manivela. La empujo despacio hacia abajo y cede, pero la puerta no se abre. Noto como se desliza el pestillo pero algo más impide que se pueda abrir.*

*Todas mis posibilidades de huida están en conseguir abrir esa maldita puerta. Lo primero que debo hacer es liberarme de las ataduras. De espaldas voy recorriendo la puerta con las dos manos atadas. Intento encontrar un canto vivo, algo con lo que pueda rozar y cortar la cinta que atenaza mis muñecas. En el travesaño de madera que cruza toda la puerta hasta la cerradura hay una zona algo astillada. Quizá pueda conseguirlo ahí. Tanteo colocar mis muñecas en ese punto, pero me resulta difícil llegar, está muy alto. Me coloco de lado, inclino mi cuerpo hacia delante y me pongo de puntillas; ahora sí, están en la posición adecuada, al menos eso creo. Empiezo a moverlas hacia delante y hacia atrás con rapidez...*

*De pronto, unas voces sorprenden el silencio. Han surgido sin anunciarse y, de momento, las oigo lejanas. Parecen de dos hombres, quizá tres, hablando entre ellos. No consigo entender la conversación pero creo escuchar alguna palabra en castellano.*

*¡Se acercan! Acaban de entrar en la habitación contigua y de encender la luz. Corro hacia el camastro y me echo sobre él. Adopto la misma posición que tenía cuando me desperté y cierro los ojos. Escucho una llave entrar en la cerradura de la puerta y accionarla. Un halo de luz me ilumina al abrirse, y después otro más potente alumbra toda la estancia. Sigo con los ojos cerrados disimulando que estoy dormida.*

*Mi cuerpo tiembla, no consigo evitarlo.*

*\* \* \**

—La muy guarra ha vomitado —dice, con marcado acento árabe, uno de los hombres.

—Hora de despertarse, muñeca —añade el otro, también con el mismo acento. A continuación le echa un vaso de agua en el rostro. Alba finge despertarse con sorpresa. Ve al que le ha arrojado el agua de forma tan

violenta. Es un hombre grueso, vestido con una desgastada chilaba marrón, y turbante amarillento. El otro también es musulmán, vestido de forma similar, algo más alto y delgado, pero no le da tiempo a verle el rostro.

—Vamos, zorra, es hora de cantar — vuelve a proferir el primero mientras la agarra de un brazo y la incorpora de un tirón.

Ella aparenta no poder mantenerse en pie. Entonces los dos hombres la cogen cada uno de un brazo y la llevan arrastrando hasta la habitación contigua. Allí hay una desvencijada silla junto a una pared, una pila de fregar, un cubo, un transistor, una batería de coche y varios trastos más que no le da tiempo a identificar. Mientras uno la sostiene, el otro coge la silla y la coloca en el centro, justo debajo de la bombilla que ilumina la habitación; luego sientan a Alba en ella.

Uno de ellos ata con cinta aislante los brazos de Alba al respaldo de la silla, mientras el otro le coloca un saco de arpillera en la cabeza y cierra su embocadura a la altura de su cuello.

—¿Por qué hacéis esto? ¿Qué es lo que queréis de mí?! —exclama Alba presa del pánico.

—¡Cállate, perra! —El hombre que le ha colocado el saco le da un fuerte bofetón en el rostro. Alba no ha podido verlo venir al tener toda la cabeza tapada. Su cuerpo, junto con la silla, cae de lado al suelo como un muñeco de trapo—. ¡Habla cuando se te pregunte! —vuelve a exclamar el hombre.

Luego la incorpora y la coloca en la posición que estaba. El golpe no le duele mucho pero la ha dejado muy aturdida. No poder ver la atemoriza aún más si cabe, tan solo percibe la luz a través de los pequeños agujeros de esa tela tan áspera.

Se le agudiza el sentido del olfato. Percibe el olor a sudor de los dos hombres, también el del polvo y la pestilente humedad. Pero ahora, de pronto, nota un aroma diferente, distinto a los otros. Intuye que otra persona ha entrado en la habitación y está cerca de ella.

—¿Empezamos, jefe? —pregunta el del bofetón. Eso le confirma que, efectivamente, ha entrado otro hombre, al que se dirige en su torpe castellano.

—Muy bien zorrita. Esto puede ser largo y muy doloroso, o acabar

enseguida. Depende de ti —añade después de una pequeña pausa.

Haciendo acopio de toda su entereza, Alba responde:

—Decidme qué es lo que queréis.

—Muy sencillo. Al parecer tu novio, que ya no está entre los vivos, se quedó con algo que no era suyo, y ahora su legítimo dueño lo reclama. Si él no lo tenía, está claro que lo debes de guardar tú.

—No sé nada de eso. Él nunca me hablaba de su trabajo, ni de...

No pudo terminar la frase, un fuerte puñetazo se clavó en su estómago. Llegó a sentir que le llegaba hasta la espalda. Se dobló hacia delante como si fuera de goma y se quedó sin aire. Abría desesperadamente la boca pero su diafragma no se movía, sus pulmones eran incapaces de respirar. Se ahogaba por momentos.

De nuevo la angustia, las náuseas, y el vómito; escaso en esta ocasión, apenas unas tiras de bilis que le resbalaron por la barbilla al tener el saco pegado a la cara; después consiguió inhalar un poco de aire, pero el dolor en la boca del estómago era terrible.

El mismo que la había golpeado la agarró de la cabeza y se la echó para atrás. Mientras, oía llenarse un cubo de agua.

—O nos dices dónde lo tienes o lo vas a pasar francamente mal. Tú eliges —dijo el matón.

Alba no tenía fuerzas ni para respirar. Quiso responder a la pregunta, pero apenas le salía un hilo de voz. El calor era asfixiante dentro de aquél saco, todo su rostro estaba bañado en sudor y notaba como la mejilla donde había recibido el primer golpe comenzaba a hincharse.

—Empezar de una vez —escuchó decir, en voz baja y en perfecto castellano, a una nueva voz que suponía la de ese tercer hombre que estaba en la habitación, una voz que le resultaba extrañamente familiar.

Notó como inclinaban la silla hacia atrás, y luego le mantenían firme la cabeza con ambas manos para que no pudiera moverla. Un chorro de agua penetraba a través de la tela del saco y le inundaba la nariz y la boca. Intentó aguantar sin respirar pero no podía, estaba asfixiada desde que recibió ese

tremendo puñetazo en el estómago.

El agua le entraba por la nariz, por la boca... Intentaba girar la cabeza pero unas poderosas manos se lo impedían con fuerza. Comenzó a patalear en todas direcciones, alcanzó una pierna y oyó un leve quejido acompañado de un exabrupto en árabe que no pudo entender. El agua empezaba a encharcar sus pulmones, y tosía, y eso la hacía tragar aún más agua... Se ahogaba, intentaba respirar y no podía, le faltaba el aire; abrió la boca e intentó inhalar una bocanada, pero de nuevo, el agua encharcó sus pulmones...

Volvieron a colocar la silla en su posición natural. Tosía ininterrumpidamente, y de su boca salía tanto aire como líquido. La sensación de asfixia era terrible. Pensaba que iba a enloquecer, si no moría antes. Ni siquiera era capaz de gritar.

Alguien le agarró una pierna y ató con cinta aislante el tobillo a una de las patas delanteras de la silla. Luego repitió la operación con el otro tobillo.

—Dejad que se recupere y hacerlo otra vez —escuchó cómo el misterioso tercer hombre le susurraba en voz baja a los otros dos. De nuevo esa voz que le resultaba conocida. La había oído antes, en algún lugar. Mentalmente recorrió sus días en Egipto, intentaba recordar a un español que tuviera esa voz tan enérgica y firme.

Desde luego no era nadie de su grupo del viaje. Tampoco guías, ni otros turistas que viajaran con ellos en el crucero. Fue retrocediendo en el tiempo hasta su salida en el aeropuerto, incluso en la agencia de viajes... Nada, no había nadie que recordara que tuviera esa voz, y en cambio sabía que la conocía, y que averiguar quién era podía ser la clave para entender todo esto que le estaba ocurriendo, algo que, probablemente, debía tratarse de un error, como ya lo fue el robo, o más bien registro, de su apartamento en Madrid.

¡Madrid! ¡Su apartamento! La reunión con su expareja Héctor, la noticia de su fallecimiento, o mejor dicho, asesinato... Ahora sabía quién era, a quién pertenecía esa inquietante voz.

—¿Mario? —preguntó Alba con un hilo de voz.

El silencio se adueñó del espacio y del tiempo. Tan solo se escuchaba el goteo del agua que escurría por sus ropas y golpeaba en el suelo.

—Mario, ¿eres tú?

\* \* \*

## CAPÍTULO XXXVIII

Esa mañana apenas se escuchaba un leve murmullo dentro del autobús. La habitual alegría y el jolgorio de los integrantes del grupo de viajeros que conducía Mohamed, había mudado hacia la tristeza y el desasosiego. Algunos hablaban en voz muy baja, susurros apenas audibles para los que no estuvieran a su lado. El silencio se hacía aún más patente al no escucharse la cotidiana voz de Mohamed, que siempre que viajaban en el autobús, o bien les explicaba y daba detalles de todo lo que se veía desde él, o bien daba muestras de su gran erudición contando numerosas historias del antiguo Egipto, de sus faraones, de sus dioses y de sus gentes.

Hoy no. Hoy se había limitado a exponerles el programa del día, y desde entonces, no había vuelto a decir palabra. Sergio iba delante, sentado a su lado, y ambos hablaban en voz baja. Arturo y Paula guardaban silencio. Bea tenía los ojos enrojecidos, no había podido dormir en toda la noche, y las lágrimas no cesaban de brotar. De hecho se planteó quedarse todo el día en el hotel pero su marido, Luis, la convenció para que acompañara al grupo; cualquier novedad que pudiera darse respecto al paradero de Alba llegaría en primer lugar a Mohamed, así que permanecer junto a él era la mejor manera de poder estar informados.

Una vez más, Sergio le enseñó las fotografías que trajo del instituto alemán de neurociencia a Mohamed, haciendo hincapié especialmente en una de ellas. El guía negaba con la cabeza, y Sergio insistía:

—Te digo que la clave está aquí, en las imágenes —apuntaba Sergio—. De igual forma que tú llegaste a ver el reloj digital en la foto de aquella tienda y entonces no entendimos su significado.

—¿Y cuál era, según tú? —preguntó escéptico Mohamed.

—Mostrarnos la hora exacta en la que iban a secuestrar a Alba. Si yo, o nosotros en general, hubiésemos podido imaginar ese significado, no nos habríamos apartado de ella en ese instante, y quizá hubiéramos podido evitarlo.

—Pero es que estas cosas resultan increíbles.

—Lo sé, y por esa razón no puedo acudir a la policía. No solo no me harían caso, sino que igual me encerraban en algún psiquiátrico.

—Yo lo haría.

—No, no lo harías Mohamed. Tú eres un creyente, y sabes que hay cosas que están por encima de nuestra razón, de nuestro entendimiento, y de nuestra voluntad.

—No creo que la religión tenga que ver con esto.

—Tiene que ver en que solo se puede creer a través de la fe, pero no quiero entrar en eso ahora. Mira esta foto. ¿Por qué se supone que mi mente tenía que recordarla hasta el punto de que el conversor pudiera reconstruir la imagen de ella?

—Eso del conversor parece algo de ciencia ficción.

—De acuerdo, como podía serlo la televisión en su momento, o el teléfono móvil. Lo cierto es que es un hecho, y aquí tienes la prueba. Ese ya no es el tema. Insisto, ¿por qué la imagen de una calle con tráfico rodado y con esta furgoneta en primer plano?

—Ya lo dijiste tú. Gracias a ella pudieron ver la matrícula y así averiguar que el lugar era El Cairo.

—Eso es, y aquí tengo la ampliación en la que se puede leer esa matrícula, pero... ¿y si significara algo más? ¿Y si nos quisiera decir que esa furgoneta es el coche en el que la secuestraron?

Mohamed guardó silencio. Todo le parecía inconcebible, pero los argumentos de Sergio le permitían pensar en esa posibilidad. Tan increíble podía resultar como la hora en el reloj digital y su significado.

—Bien, pues si crees eso acude a la policía. Yo si quieres te acompaño y traduzco lo que tengas que explicarles.

—Sabes que eso es imposible. No me creerían.

—Lo sé, pero ¿qué otra cosa propones entonces?

—Tenemos que averiguar quién es el dueño de esa furgoneta. Esa es la clave. A partir de ahí seguiremos tirando del hilo.

—Quizá podamos denunciarlo a la policía como que ha atropellado levemente a uno de nosotros, o algo así.

—No, Mohamed, no; hay que dejar a la policía al margen de esto. Con lo que tú pretendes tendríamos que presentar una denuncia, y a saber cuántos días tardarían en darle traslado y notificar al propietario del vehículo... No tenemos tiempo, todo es cuestión de horas.

—Tengo un buen amigo que trabaja en el Departamento de Tráfico. Me debe algún favor...

—¡Llámale ahora mismo!, por favor.

Mohamed asintió y cogió su teléfono móvil. Poco después realizó otra llamada. En esta ocasión la discusión se prolongó durante más tiempo.

—Bien, mi amigo acepta hacerme ese favor. En cuanto tenga el nombre y dirección del propietario del vehículo, me llamará. También he hablado con un compañero de la agencia. Le he dicho que venga aquí y me sustituya durante esta mañana; yo voy a acompañarte, tu solo tienes muy pocas posibilidades. Lo que pasa es que habrá que pagarle por el tiempo que esté aquí...

—Por supuesto, no tiene que preocuparse por eso, ni tú tampoco Mohamed. Yo me hago cargo.

De pronto el autobús se detuvo, y el guía se dirigió al grupo.

—Amigos, hemos llegado a nuestro primer destino de esta mañana, El Museo de Arte Egipcio de El Cairo. Vais a ver el tesoro de Tutankamón y su famosa máscara funeraria realizada toda ella en oro y piedras preciosas, además de muchísimos objetos más. El que lo desee también podrá contemplar una amplia colección de momias, si no le impresiona ver algo así. El que quiera puede dejar sus cosas en el autobús; dentro de dos horas regresaremos a él para ir a visitar la Ciudadela de Saladino y la Mezquita de Alabastro. Ahora vais a bajar y me vais a esperar junto a aquella reproducción de la Esfinge mientras yo voy a comprar las entradas.

Así lo hicieron, aunque algo más alejados, buscando la sombra de unos árboles próximos. Durante la espera Bea observaba a Sergio. Le llamaba poderosamente la atención su actitud. Parecía en permanente estado de alerta, manejando los dichosos papeles que, según le había contado Alba, se había

traído de Alemania, hablando constantemente con Mohamed..., todo lo contrario que ella, que se sentía hundida y abatida, y que aún no terminaba de creerse lo sucedido. Podría decirse que todavía se encontraba en estado de shock. Verlo a él con esa energía le trasladaba algo de optimismo, como si realmente, pudiera hacerse algo en su búsqueda y recuperación. Al menos él lo estaba intentando, y eso era muy loable. Ojalá tuviera éxito.

Diez minutos más tarde regresó Mohamed con las entradas. Las repartió y se aproximaron al acceso del museo para penetrar en su interior. Durante el camino él se acercó a Sergio y le susurró:

—Ya me ha llamado mi amigo, el de tráfico. Me ha dado el nombre y la dirección del propietario. En cuanto llegue mi compañero Jafari Armet, de la agencia turística local, nos vamos.

—Muy bien —respondió esperanzado Sergio—. ¿Está muy lejos?

—No, cerca de la Ciudadela de Saladino. Es un sitio algo especial. No te sorprendas por nada de lo que veas allí.

Sergio se quedó mirando a Mohamed, como preguntándole con la mirada qué era lo que quería decir.

—El lugar que me ha indicado está en «*la ciudad de los muertos*». Pensaba hablaros de ella luego, al visitar la ciudadela, desde lo alto se ve muy bien. Es un enorme cementerio, una necrópolis en la que poco a poco se han ido asentando familias y construyendo casas.

—¿Alrededor de las tumbas?

—No solo alrededor o entre ellas, sino que en muchos casos las tienen dentro de sus propias casas. Y no solo son tumbas, en el sentido de enterramientos, sino también sarcófagos que están en superficie y a la vista.

Sergio hizo un gesto de asombro.

—Ya sé que para los occidentales la relación con los muertos es muy diferente a la nuestra. En vuestra cultura los mantenéis confinados en un lugar y alejados de vuestras casas. Aquí es diferente.

—Y tanto, porque tener los sarcófagos dentro de casa...

—Todo tiene su explicación, Sergio. Nos remontamos a tradiciones muy

antiguas de nuestra civilización. Aquí, cuando un familiar moría y la familia se lo podía permitir, se le construía una gran estancia con techo que albergaba la sepultura, y que servía para dar cobijo a los familiares durante los cuarenta días posteriores que duraba el duelo, durante los cuales acompañaban al cuerpo sin vida del ser querido.

—Entiendo.

—Aquí se hace de la necesidad virtud. En unos casos esas estancias han sido ocupadas por el abandono de los propietarios, y en otros con su consentimiento para que así cuiden y mantengan la tumba. También han construido nuevas habitaciones adosadas y comunicadas con la original. Otros han aprovechado el espacio existente entre los sepulcros para construir una humilde casa. En fin, luego lo verás por ti mismo.

Todo en Egipto resultaba sorprendente, y era difícil comprenderlo desde los ojos de un europeo. Sergio suponía que, de igual forma, muchos de los usos y costumbres occidentales no serían comprendidos y menos aún admitidos, por las gentes de estos lugares, pese a los años de dominación francesa y británica.

Mientras recorrían el interesante Museo de Arte Egipcio, Sergio no dejaba de preguntarse a dónde le conduciría esta nueva pista, y qué harían cuando llegasen al lugar que les había indicado el amigo del guía. De momento no tenía ningún plan, tendría que improvisar sobre la marcha, pero tenía la intuición de que iba por el camino correcto.

Veinte minutos más tarde Mohamed respondía a una llamada de teléfono. Fue muy breve. Poco después se acercó a Sergio y le dijo:

—Jafari Armet ya está aquí. Le he dicho en que zona del museo estamos. En cuanto llegue y se haga cargo del grupo nos vamos.

—Muy bien —respondió ilusionado.

Mohamed reunió al grupo y les explicó que habían surgido una serie de circunstancias que le impedían seguir con ellos, pero que un compañero se haría cargo de continuar con las visitas programadas hasta su regreso. De igual modo, para que no lo echaran en falta y se preocuparan, también les dijo que Sergio tenía que acompañarle. Todos dieron por hecho que debía tratarse de

algo relacionado con la desaparición de Alba, quizá les había llamado la policía y tenían que presentarse. Pese a estar convencidos de ello todos guardaron silencio, excepto Bea, que se acercó a Sergio y le preguntó directamente:

—Esto tiene que ver con Alba, ¿verdad? ¿Qué es? ¿Se sabe algo de ella? —le interpelaba nerviosa.

—Tenemos una pista, solo eso —respondió Sergio, que no quería mentir, ni tampoco infundir falsas esperanzas—. Ya te contaré después. Ten fe.

Bea se abrazó a él y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sergio correspondió a su abrazo pero, poco después, suavemente, la alejó de él. En este momento no quería dejarse llevar por las emociones, debía pensar y actuar fríamente, y con la cabeza. Tiempo habría en su momento para llorar, gritar... y todo lo que su cuerpo le pidiera.

Pocos minutos después el nuevo guía llegó junto a ellos. Era el mismo que se había encargado del grupo la tarde anterior. Llevaba consigo una bolsa que entregó a Mohamed, y también unas llaves. Las cogió, se despidió del grupo y le dijo a Sergio que le siguiera, y este obedeció. Cuando llegaron hasta la puerta de los aseos le entregó la bolsa, y le dijo:

—Dentro de ella hay una chilaba y un pañuelo. Póntelos, yo voy a hacer lo mismo —dijo señalando a su mochila—, así pasaremos algo más desapercibidos.

Sergio asintió, cogió la bolsa y ambos entraron para cambiarse. Lo hicieron en la zona de los lavabos, a la vista de algunos turistas que allí estaban. Mohamed sacó de su mochila una túnica de color gris y se la puso encima de su ropa. Él iba vestido a la manera occidental. Después sacó un pañuelo blanco que, con gran destreza, convirtió en unos segundos en un turbante alrededor de su cabeza.

Sergio lo imitó y se colocó la chilaba de color beige que había dentro de la bolsa de plástico. Comprobó que le quedaba más corta que a Mohamed, y se le veían bastante los tobillos.

—Salvo que te la hagan expresamente para ti, suelen ser de medida estándar, de un metro cincuenta de alto. Lo peor son las zapatillas deportivas

que llevas, pero eso no tiene remedio —comentó el guía—. Trae, déjame a mí —añadió viendo que Sergio no acertaba a hacerse el turbante con el pañuelo.

Una vez Mohamed hubo terminado, Sergio se miró en el espejo. No se veía mal con él, ni tampoco con esa chilaba de manga larga que le habían prestado. Sentía un cierto cosquilleo en el estómago. A tenor de las precauciones que estaba tomando el guía y de lo que ya le había contado sobre «*la ciudad de los muertos*», quedaba claro que no sería un lugar muy apropiado para los turistas. Venían a su cabeza imágenes de barrios de Madrid como la Cañada Real, Carabanchel, Usera, Latina..., donde la delincuencia, la droga y la prostitución, constituían sus señas de identidad. Tenía que prepararse para lo peor.

Salieron al exterior del museo y a pocos metros de la entrada Mohamed sacó de su bolsillo unas llaves que le había dado su compañero, y con ellas se subió a una motocicleta, quitó el candado y la barra que la protegía y le hizo indicación a Sergio para que se subiera detrás de él. Segundos después ambos circulaban por el caótico tráfico rodado de El Cairo para dirigirse a su destino. Sergio notaba como los latidos de su corazón eran cada vez más fuertes y rápidos. Se mentalizó que tenía que serenarse, pero también se prometió a sí mismo que él no abandonaría Egipto sin Alba.

\* \* \*

Desde la parte de atrás de la motocicleta no perdía detalle de todo aquello que veían sus ojos. Qué distinto resultaba observarlo desde esa posición a hacerlo desde lo alto de un amplio, cómodo y cerrado autobús con aire acondicionado. La sonoridad de la calle, el olor, el polvoriento y húmedo aire abrasador que se le pegaba a la piel, las voces de la gente que tenía a su alrededor, otros vehículos como furgonetas, motocarros y muchas motocicletas circulando a escasos centímetros de él..., todo adquiría una nueva dimensión y las sensaciones se multiplicaban.

Unos veinte minutos más tarde, y sin previo aviso, el escenario que tenía a su alrededor cambió radicalmente. Le pareció que habían atravesado un hueco en un muro, pero no estaba seguro, todo había sucedido muy deprisa. Lo cierto era que atrás quedaba el tráfico y su incesante ruido, las bulliciosas calles llenas de gente, los puestos ambulantes que había por doquier ofreciendo todo

tipo de productos..., aquí imperaba la soledad y el silencio.

Mohamed disminuyó la velocidad hasta circular como si fuera una bicicleta. Aun así se desprendía mucho polvo a su paso al ser las calles de tierra. El hecho de ir tan despacio le permitía a Sergio observar con detalle todo lo que había a su alrededor. Chabolas derruidas, casas de reciente construcción de forma cúbica, de una sola planta, dos en algún caso, cada una de ellas diferente a las demás, unas con la fachada sin terminar, otras con el ladrillo visto, otras enfoscadas y pintadas en tonos amarillos, o diversos ocres. Curiosamente no veía ninguna encalada y pintada de blanco, ignoraba la razón.

De pronto un caserón antiguo, con decoraciones de piedra en su fachada, al igual que en el zócalo, ventanas mallorquinas desvencijadas, y un gran portón de madera gravemente herido por el sol. No podría decir si estaba abandonado o no. Pese a la gran heterogeneidad en las diversas edificaciones, todo parecía cubierto por una pátina de polvo, soledad y melancolía.

Dos niños, que no llegaban a los diez años, sentados sobre un sarcófago, se les quedaron mirando a su paso. Ahora sí que veía las tumbas, surgían aleatoriamente a un lado u otro de la calle; a veces esta se interrumpía por varios sepulcros y tenían que volver hacia atrás y dar un rodeo. Desde que habían entrado en ese insólito lugar habían visto pocos vehículos aparcados, tan solo alguna furgoneta, varios motocarros y unas pocas motocicletas.

Un hombre con el rostro lleno de arrugas, fumaba un cigarro sentado en una piedra con la espalda apoyada en una desconchada pared, presumiblemente su casa, resguardándose del sol. Junto a él había una vieja bicicleta. No dejó de mirarnos un solo momento, aunque tampoco había ningún otro lugar donde pudiera distraer su atención. Al doblar una esquina vi, en el hueco de una construcción sin puerta a la calle, un sidecar. La imagen que tenía el archivo de mi memoria sobre este curioso vehículo era en blanco y negro, y el que había en esta especie de almacén para resguardarlo del sol no parecía una pieza de coleccionista, su aspecto dejaba claro que seguía utilizándose.

Mohamed detuvo la motocicleta y sacó de su bolsillo el teléfono móvil. En él consultó un plano que le había enviado su amigo del departamento de tráfico.

—Aquí hay muy pocas calles con nombre, y además son un auténtico laberinto. Esto es un vuelo topográfico —dijo señalando la imagen en su móvil—, y aquí se señala la ubicación de la residencia del propietario de la furgoneta. Ahora mismo estoy desorientado, voy a activar el *google maps* a ver si sé dónde estoy.

Unos segundos más tarde, el guía añadió:

—Lo tengo. Estamos apenas a cinco minutos del lugar. Voy a apagar el motor para no hacer ruido, iremos pedaleando.

—Entonces yo me bajo y voy andando a tu lado —dijo Sergio.

—Como quieras.

Unas pocas calles más adelante llegaron al emplazamiento indicado en el mapa. No había duda, era el lugar correcto, la furgoneta de la fotografía estaba allí, estacionada delante de una pequeña edificación vieja y sucia. Enfrente, unos diez metros más allá, había una vieja chabola medio derruida. Mohamed la señaló y ambos se acercaron lentamente, sin hacer ruido, hasta llegar a ella. Escondieron la motocicleta en su interior y se ocultaron detrás de una pila de escombros.

—Desde aquí podremos observar sin ser vistos —dijo Mohamed—. Ahora tenemos que pensar qué vamos a hacer.

—Son casi las once de la mañana. No parece normal que la furgoneta esté aquí a estas horas, salvo que...

—Su dueño estará dentro —le interrumpió—, y no sabemos si Alba puede estar aquí o no. Yo propongo, de momento, estar ocultos y observar. Cualquier otra acción nos pondría en peligro a nosotros, o a ella, si está aquí.

—Estoy de acuerdo —afirmó Sergio.

\* \* \*

## CAPÍTULO XXXIX

—Mario, por favor, te lo suplico, háblame, sé que eres tú.

Alba no tenía un convencimiento absoluto, apenas había escuchado dos frases en voz baja, pero algo le decía que era él.

De nuevo transcurrieron unos segundos en el más absoluto silencio, hasta que Mario avanzó hacia ella, le aflojó el nudo que sujetaba a su cuello el saco que cubría su cabeza, y se lo quitó. Alba parpadeó varias veces, el resplandor de esa bombilla colgando del techo cegaba sus ojos. Poco a poco su retina se fue acostumbrando a la luz. Primero fue una simple silueta grisácea, luego se añadieron los colores, y más tarde, las formas fueron adquiriendo la nitidez necesaria.

Era él.

Pese a que había estado casi segura de ello, ahora le costaba creerlo. ¿Qué hacía allí, en Egipto?, y, sobre todo, ¿por qué la estaba torturando?

—Sé todas las preguntas que te estás formulando —afirmó Mario—. Yo no quería tener que llegar a esto, pero tenías que estropearlo todo. Lo inteligente, si es que habías reconocido mi voz, era callártelo. Ahora...

Mario no continuó la frase, pero Alba le entendió perfectamente, y además, sabía que tenía razón. ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

No quiso mortificarse más. Estaba bajo una enorme presión, aturdida y aterrada, sin apenas poder respirar. Es normal que se le hubiera escapado su nombre sin pensar en las consecuencias, que no podían ser otras que su muerte. Ahora, ya no tenía remedio, pero al menos quería saciar su curiosidad.

—¿Podrás decirme a qué viene todo esto? ¿Qué es lo que quieres de mí? —preguntó con voz temblorosa—. Creía que eras mi amigo —añadió en voz baja.

—Claro que soy tu amigo. ¿Crees que me habría tomado la molestia de utilizar este método —dijo mirando el saco de arpillera y el cubo de agua— de no haber sido así? Les habría dejado a ellos que hicieran el interrogatorio a su manera, y, créeme, lo habrían hecho dejando huellas irreparables en tu

cuerpo, y provocándote un dolor espantoso.

Hizo una pausa, para luego añadir:

—Pero lo peor de todo, Alba, es que quizá todo esto no sirva para nada, ni siquiera tu muerte, pero resulta inevitable.

La frialdad con la que hablaba Mario le helaba la sangre en las venas.

—Ya, por haberte reconocido —respondió compungida.

—No, al menos, no solo por eso. Tengo que demostrar que he llegado hasta el final contigo.

—¿Quieres explicarte de una vez?

—Sí, voy a hacerlo. Quizá sabiendo mejor de qué va todo, puedas darme alguna pista en la que no hubieses pensado. Todo comenzó con una detención en un despacho de abogados. Tu pareja Héctor y yo seguíamos la pista a un bufete del que sospechábamos blanqueaban dinero procedente del narcotráfico, concretamente de un cártel colombiano que se está introduciendo en nuestro país. Una investigación conjunta de la UDEF y de la Brigada Central de Estupefacientes.

»No pudimos organizar la operación como hubiésemos querido. Estábamos en tareas de vigilancia frente a un chalé en las Rozas y todo se precipitó. Los detuvimos cuando salían por la puerta con dos hombres del cártel, no podíamos desperdiciar la ocasión. Mientras llegaban los refuerzos y se solucionaba el papeleo judicial, Héctor tuvo tiempo de registrar la casa, y, al parecer, se quedó con algo que no era suyo.

—¿Y qué se supone que era?

—Una bolsa con diamantes en bruto, sin tallar.

—¿Y cómo saben que la cogió él?

—Se hizo un inventario de todo lo que se encontró: dinero en metálico, joyas..., incluso lingotes de oro. Durante el juicio los traficantes tuvieron acceso a la información sobre ese inventario y vieron que los diamantes no estaban entre lo incautado, luego tuvo que ser él. Fue quien entró a detener a uno de los abogados que intentó refugiarse en la casa. Yo me quedé fuera con el otro abogado y los dos colombianos. Después vino el tema de la detención

de Héctor por los de asuntos internos, al sospecharse que estaba involucrado en delitos de cohecho y prevaricación, por lo que entró en prisión preventiva y luego fue condenado, pero en fin, todo eso ya lo sabes tú.

Alba empezaba a atar cabos, pero aun así siguió preguntando:

—¿Y por qué han esperado hasta ahora?

—Hace poco más de un año que supieron que los diamantes no los tenía la policía, pero Héctor entonces ya estaba en prisión. Se pusieron en contacto con él y lo negó, pero allí no le podían hacer nada, así que esperaron a que saliera de la cárcel para interrogarlo. El problema es que cuando lo hicieron él lo negó una y otra vez, se resistía a confesar, y estos tienen muy poca paciencia, así que se les fue la mano. Ahora el único que podía saberlo está muerto.

—¿Y que tengo yo que ver en todo esto?

—Primero registraron en profundidad el trastero del guardamuebles donde hiciste que llevaran todas las cosas de Héctor cuando te cambiaste de apartamento. No encontraron nada. Luego registraron tu casa, con idéntico resultado. No tienen nada que perder Alba, y para ellos la vida de los demás no tiene ningún valor. Piensan que igual te los entregó y tú los tienes a buen recaudo, como en una caja de seguridad de un banco, por ejemplo. Si no consigo que confieses, luego vendrán a por mí.

—Entiendo —musitó Alba que ya se resignaba a su suerte—. ¿Y por qué aquí, en Egipto? —preguntó sin saber en qué podría ayudarla conocer la respuesta.

—Ellos querían que fuera allí, en España. Me lo impusieron después de registrar estérilmente tu apartamento. Les dije que tenía poco tiempo para montar la operación, que ahora estabas acompañada todo el tiempo y lo veía muy complicado. Les convencí para que me dejaran hacerlo aquí. Con toda seguridad achacarían el secuestro de una occidental a un acto terrorista, y El Cairo es una ciudad con más de dieciséis millones de habitantes..., pero en realidad mi intención es, en caso de no encontrar los diamantes, escapar desde aquí, intentar huir de ellos sin dejar rastro.

—Mario...

—Dime.

—No sé nada de esos diamantes, te lo juro. Sé lo que me espera, lo único que te pido es que no me tortures más. El final va a ser el mismo, pero al menos me puedes ahorrar dolor y sufrimiento —le dijo mirándole fijamente a los ojos.

Por primera vez, ese halo de extrema frialdad con la que hablaba y gesticulaba Mario, se desvaneció. Sus ojos no podían ocultar lo que siempre había sospechado Alba. Que le resultaba atractiva, o quizás, mucho más que eso.

La contemplaba sin pestañear y ella no sabía interpretar bien su mirada. Compasión, ternura..., quizá lástima.

No, había algo más que todo eso.

Intentaba descubrirlo mientras seguía sentada en esa destartada silla de madera, atada de pies y manos, mientras él la observaba desde lo alto.

Mario se acercó a ella hasta que su cinturón quedó a pocos centímetros de su boca.

*«¿Querrá violarme? ¿Ahora se bajará la cremallera y meterá su pene en mi boca?»*

Alargó su mano y con ella le acarició suavemente la mejilla que estaba hinchada y enrojecida por el anterior bofetón del sicario. Apenas la rozaba levemente, luego la deslizó hacia su cuello y subió hacia su nuca. Alba permanecía inmóvil.

*«Ahora es cuando me agarra del pelo y me obliga a hacerle una felación hasta que eyacule dentro de mi boca»*, pensaba mientras una arcada sacudía su estómago.

Sin despegar la mano de su nuca, Mario se agachó, acercó su rostro al de ella y la besó dulcemente en la frente, para luego susurrarle:

—Siento muchísimo todo esto. Cuando encerraron a Héctor y tú decidiste separarte de él, pensé que tendría alguna oportunidad, aunque jamás manifestaste nada hacia mí que no fuera la amistad por ser el compañero de tu pareja. Pero aun así, con el golpe que suponía su intento de matarte o de

suicidarse, luego su encarcelación, y tu decisión de romper definitivamente con él y quedarte completamente sola..., pensé, quizá ilusoriamente, que tendría alguna posibilidad, y con esa esperanza estuve a tu lado todo este tiempo hasta que apareció ese maestro de tres al cuarto.

—Él no tiene la culpa de nada.

—La tiene de quitarme la ilusión, de frustrar mi anhelo, de romper mis sueños y convertirlos en un espejismo, en una simple quimera.

Alba guardó silencio. La sincera confesión de Mario la había desarmado. No esperaba que él pudiera albergar profundos sentimientos respecto a ella, tan solo atracción.

—Y ahora el destino parece reírse de mí y no le basta con robarme la utópica fantasía de tu amor, sino que además debo torturarte y matarte.

Su mano ahora acariciaba suavemente sus encharcados cabellos, luego la barbilla, a la par que deslizaba suavemente su pulgar por el labio inferior. Alba lo miraba a los ojos, expectante.

—Te creo. Sé que no sabes nada de esos diamantes, tú jamás te aferrarías a algo material. Así que voy a hacerte caso, te ahorraré el sufrimiento. Intentaré que tengas una muerte lo menos dolorosa posible —añadió finalmente.

—¿Menos dolorosa? ¿Puedes imaginar por un instante el terror que estoy sintiendo ahora mismo? ¿Crees que esto no es dolor?

—Créeme, no puedo hacer otra cosa.

—¡Puedes dejarme libre! ¡No tienes por qué hacerme esto! —gritó desesperada.

—No lo entiendes. Nuestras vidas ya están sentenciadas. Lo único que puede salvarlas es la aparición de los diamantes, y Héctor se llevó a la tumba esa información. A mí, si me cogen, me van a hacer lo mismo, pero claro, sin ningún miramiento. Me torturarán hasta confesar o morir. Si te dejo con vida..., irán a por ti en cuanto regreses a España, y te harán lo mismo que a mí. Créeme, preferirás estar muerta antes que pasar por eso.

Alba se sentía desfallecer. Hasta ahora había intentado no perder la

entereza, no abandonarse a su cruel destino y seguir luchando, pero las palabras de Mario habían terminado con cualquier tipo de esperanza. El fin estaba ya muy próximo. Ahora solo esperaba que cumpliera su promesa.

Él dio media vuelta y se dirigió a los dos sicarios que estaban apoyados en una de las paredes del cuarto, esperando cualquier indicación de su jefe. Mario le hizo una señal para que lo siguieran. Los tres hombres abandonaron el cuarto dejando sola a Alba, subieron por una escalera hasta el piso superior, a una antesala junto a la puerta de entrada. Allí les dio instrucciones.

—Masud, ahora me llevarás a mi hotel en la furgoneta. Luego compras comida para vosotros; y para ella te vas a *Búffalo Burguer* y le compras el mejor menú de hamburguesa que tengan. Luego basta con que uno de los dos se quede aquí a pasar la tarde. Por la noche le traéis una buena pizza y le espolvoreas encima una buena dosis de somnífero, quiero que se quede dormida después de cenar. Luego, entrada ya la noche, la cargáis en la furgoneta y os deshacéis de ella. Si es necesario utilizáis el cloroformo. Dejadla en un lugar donde sea fácil encontrarla. ¿Está claro?

Los dos musulmanes asintieron con la cabeza.

—Y tú, Ibrahim, ahora cuando bajas la encierras en el cuarto, le pones agua y la dejas sin ataduras, no puede escapar de ahí.

El aludido volvió a asentir.

—Bien, pues ya está. Vámonos Masud.

Abrieron la puerta y salieron al exterior. Una bocanada de sofocante calor les sacudió mientras la luz del sol cegaba momentáneamente sus ojos. Sergio y Mohamed les observaban ocultos desde el otro lado de la calle.

Segundos más tarde, Mario y Masud subieron a la furgoneta y abandonaron el lugar.

—¡Es increíble! —exclamó Sergio.

—El qué —preguntó Mohamed volviéndose hacia él con un gesto de extrañeza.

—Ese hombre... ¿qué hace aquí? ¿Cómo se llamaba...?

—Te refieres al occidental, imagino.

—Sí, claro. Mario, eso es, se llama Mario. Me lo presentaron en una fiesta de cumpleaños de Bea, la amiga de Alba. Es policía nacional, de la UDEF, era compañero de Héctor, la expareja de Alba.

—Pues queda claro que está involucrado en todo esto. En tu última pesadilla viste a una mujer que llevaba un saco atado a la cabeza, a la que parecían estar torturando.

—Así es —dijo Sergio mientras notaba el temblor de su cuerpo al recordarlo—. Tenemos que darnos prisa. Ojalá no hayamos llegado tarde.

—Espera, pensemos un segundo. Es posible que no haya quedado nadie. Podríamos adentrarnos para investigar, pero..., si ella está, no la habrán dejado sola. Al menos habrá un hombre con ella. Si intentamos entrar podemos ponerla en peligro.

—¿Estás seguro de que solo habrá uno?

—Sí. Hemos visto salir al tal Mario con el hombre de la furgoneta. No creo que hayan dejado a más de un hombre para evitar que ella pueda escapar.

—Bien, entonces vamos. Necesito... —murmuró Sergio mirando a su alrededor—, aquí lo tengo. Esto me irá bien —dijo al coger un largo y voluminoso palo de madera que, en su tiempo, debía formar parte del marco de una ventana.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Mohamed al verlo armado con esa tranca.

—Como bien dices, es muy posible que haya otro hombre dentro. No podemos arriesgarnos a forzar la puerta para entrar, pondríamos a Alba en peligro si la tiene con él. Tenemos que conseguir que salga. Tú te colocas allí, a ese lado, cerca de la puerta, y te pones a hacer ruido con la moto. Yo me pondré en la esquina de ese callejón. En cuanto salga intentaré acercarme por detrás sin que se dé cuenta, y tumbarlo de un golpe.

—Me parece una buena idea. Vamos amigo.

Una vez Sergio se hubo colocado en su lugar, Mohamed bajó el estribo de la motocicleta para impedir que se moviera, la arrancó y comenzó a darle gas con el acelerador. En el silencio que abrazaba la calle, este ruido resultaba

ensordecedor. Apenas un minuto más tarde la puerta se abrió y apareció Ibrahim. Miró a un lado y a otro, y, sin salir al exterior, le escupió unas palabras al guía que Sergio no pudo entender.

Mohamed respondió igualmente en árabe y en un tono chulesco, sin moverse de su posición y acelerando el motor de la motocicleta. Su pretensión estaba clara; provocarlo para así conseguir que saliera.

Su estratagema tuvo el éxito esperado. Echando exabruptos por su boca, Ibrahim avanzó unos pasos con los ojos fijos en Mohamed, dispuesto a silenciar la moto y a su supuesto dueño. Al mismo tiempo avanzó Sergio detrás de él, corriendo y con la enorme estaca en lo alto. Aquél pareció darse cuenta de que algo a su espalda se movía, pero en cuanto se giró tan solo pudo ver como un palo se estrellaba contra su cabeza. Una luz cegadora le obligó a cerrar los ojos mientras intentaba mantenerse en pie. Un par de segundos más tarde su cuerpo cayó desmadejado al suelo, inerte.

Lentamente, un espeso líquido rojo comenzó a teñir la superficie de tierra bajo su cabeza.

—¿Está muerto? —preguntó Sergio.

—No lo sé. Es muy posible. Le has dado con toda tu alma. Vamos a llevarlo dentro, no podemos dejarlo aquí fuera —respondió Mohamed.

En un momento los dos hombres cargaron con él, lo llevaron al interior y cerraron la puerta. El guía le tomó el pulso y, comprobó que seguía vivo, aunque tenía una amplia brecha en la cabeza. Contemplaron la estancia y vieron al fondo una trampilla abierta en el suelo que abría paso a una escalera para bajar al sótano. Sigilosamente se acercaron a ella; había luz, pero desde arriba no se advertía gran cosa además de la escalera.

Sergio le hizo un gesto con la mano a Mohamed indicándole que se quedara allí, vigilando la escalera, mientras él seguía inspeccionando el resto de la casa. El guía asintió con la cabeza.

Al fondo, un hueco se abría en la pared, parecía dar paso a otra habitación. Sergio avanzó despacio, amortiguando sus pasos para evitar hacer el más mínimo ruido. Cuando llegó al hueco observó que daba paso a un pequeño cuarto. La luz que entraba a través de la mallorquina de madera que protegía la

ventana, permitía ver en su interior una cama, una pequeña mesa y una silla. A la derecha se abría un corto pasillo que conducía a una puerta. Lo siguió y la abrió. Era un retrete; sin encender la luz pudo distinguir un pequeño lavabo, y una placa turca en el suelo. Su olor era nauseabundo.

Eso era todo en la planta baja. Le extrañó la ausencia de una cocina. Parecía claro que esta edificación se usaba solo como escondite y almacén, y no como vivienda. Ya solo quedaba por inspeccionar el sótano.

No pudo evitar que se le encogiera el estómago. Todas sus esperanzas de localizar a Alba estaban depositadas en este lugar. Si no la encontraba abajo...

Regresó hasta la trampilla y, con el palo entre ambas manos, comenzó a bajar los peldaños lentamente. Mohamed le seguía de cerca. Cuando llegó abajo lo que vio le resultó sobrecogedor.

Una bombilla colgando del techo, una destartalada silla de madera debajo de ella; a su lado un cubo de agua y junto a él, un pequeño saco de arpillera completamente mojado, al igual que el suelo de tierra alrededor de la silla.

Se reproducían las imágenes de su último sueño, pero faltaba la mujer, faltaba Luna; o más bien, la que ahora ya sospechaba con certeza, Alba. Pero lo que él contemplaba ahora mismo era posterior a su pesadilla, todo parecía haber sucedido ya, y desconocía el desenlace. Se quedó quieto, sin poder reaccionar, absorto en todo lo que veía a su alrededor, paralizado por la posibilidad de que hubiese llegado tarde.

Sintió la mano de Mohamed sobre su hombro, agitándole levemente. Se giró hacia él y el guía le señaló una puerta que había al fondo de la sala. Probablemente fuera el último reducto que quedaba por revisar.

La última esperanza de encontrar a Alba.

\* \* \*

Estaba exhausta pero al menos ya respiraba con normalidad, los accesos de tos habían cesado. Tumbada en el infecto jergón intentaba recuperar fuerzas y poner orden en sus pensamientos.

Mario y uno de los secuaces se habían marchado, y el otro la había dejado

encerrada en la habitación pero sin ataduras. Sin duda, una deferencia de Mario para que estuviera más cómoda, dentro de su situación de presa condenada a muerte.

La falta de luz había agudizado su sentido del oído. Escuchó, aunque lejano, el fuerte sonido del motor de una motocicleta, acelerando sin cesar, y cómo su carcelero subía por las escaleras.

Luego nada, el silencio regresó para envolverlo todo bajo su manto.

Unos minutos más tarde percibió el débil sonido de unas pisadas bajando la escalera, con la clara intención de no hacer ruido. Se duplicaban, por lo que dedujo que se trataría de dos personas. ¿Quiénes podrían ser? ¿Dónde estaba el sicario? ¿Por qué no hablaban entre ellas?

Se levantó y se quedó junto a la puerta de su inmundo cuarto, agachada, con su oreja pegada a la madera, en un vano intento por escuchar hasta lo imperceptible. El miedo volvió a sobrecogerla por un instante, pero rápidamente pudo deshacerse de él. Quienes fueran no venían a ejecutarla, no tenía sentido que evitaran hacer ruido, salvo que se tratara de esos criminales, los narcotraficantes, que hubieran llegado a Egipto y dado con Mario y los suyos.

Ahora sí que el terror se adueñó de Alba. De ser así su destino podría ser espantoso, tal y como se lo había vaticinado Mario. Estaba segura de que él pensaba darle una muerte lo más rápida e indolora posible, todo lo contrario que los colombianos, o a los que estos hubiesen encargado la misión, que la torturarían cruelmente hasta su final.

Los débiles sonidos de las sigilosas pisadas se acercaban lentamente a su puerta, hasta detenerse a su lado. Acurrucada junto a ella observó aterrorizada como la manivela se movía suavemente hasta hacer tope, sin que la puerta se abriese. Después, el silencio le permitió escuchar la respiración de la persona que debía estar al otro lado de la puerta, incluso interpretó por su secuencia, que estaba alterada.

Unos susurros que no pudo entender, y de nuevo unas pisadas, pero en esta ocasión, ascendiendo por la escalera, y solo de una persona. La otra se había quedado allí abajo, probablemente junto a la puerta, esperando no sabía qué.

Empezó a faltarle la respiración. De nuevo, esa sensación de asfixia, de ahogo, cruel reproducción de lo sucedido media hora antes. Necesitaba alejar todo eso de su mente y se concentró en intentar soñar algo que le diera vida y esperanza.

Imaginó a Sergio, con sus oscuros y profundos ojos, los negros cabellos declarados siempre en rebeldía, las manos suaves y firmes que incendiaban su piel cuando la acariciaba, y su boca, un arma de seducción absolutamente letal que enervaba su cuerpo hasta hacerle perder la noción del tiempo y del espacio.

Lo veía allí, a su lado, separado de ella tan solo por esas tablas de madera que formaban la puerta. Había venido a rescatarla, como en los cuentos de caballeros y princesas que leía de pequeña, y que ahora, añoraba.

Suspiró, resultaba gratificante pensar en todo aquello, aunque supiera de antemano que resultaba imposible, que los cuentos eran para niños, los únicos capaces de creer en ellos gracias a su inocencia y su ingenuidad, y que los adultos solo podían resignarse ante la triste y cruda realidad.

El sonido de una llave introduciéndose en la cerradura de la puerta, la sorprendió. Se desplazó lo suficiente para que pudiera abrirse pero se quedó junto al marco dispuesta a saltar y enfrentarse con aquél que osara entrar. Mordería, golpearía, y si pudiera, intentaría morir en el asalto, cualquier cosa antes que ser torturada por aquellos indeseables sin conciencia.

La puerta se abrió hacia el interior de la habitación, lentamente. Alguien empujaba la hoja con una especie de palo. La luz de la estancia principal comenzó a inundar el pequeño cuarto. Sergio contempló el suelo de tierra, removido y manchado con restos de algunas sustancias no identificables, el desvencijado camastro..., conforme observaba lo que veían sus ojos, su corazón se aceleraba y sus latidos parecían querer reventar su pecho.

Respiró hondo y articuló, lleno de temor, la frase que tanto deseaba pronunciar:

—¿Alba? ¿Estás ahí?

Como si fuera un espectro, junto al marco de la puerta se deslizó una sombra, que poco después quedó débilmente iluminada por la luz de la sala.

¡Era ella!

Su cuerpo, sus ropas, sus cabellos, mostraban claros indicios de aquello que habían soportado, pero no sus ojos, que ahora lo miraban brillantes, acuosos, llenos de alegría. Apenas pudo balbucear una palabra: *Sergio...*

La abrazó con tanta fuerza que ambos cuerpos parecían fundirse en uno solo. Sin poder evitarlo, los ojos de Sergio se inundaron de lágrimas y su respiración se volvió entrecortada. Hipaba sin poder evitarlo y toda la enorme tensión provocada por la incertidumbre y el miedo, ahogada hasta ese momento, ahora se liberaba y abría paso violentamente inundando todo su cuerpo de múltiples emociones.

Alba no podía sostenerse en pie. Una sorprendente flojedad impedía que sus piernas se mantuvieran firmes. Todo el coraje y la fuerza que la habían permitido resistir hasta ese momento, ahora la abandonaban súbitamente. Sergio se agachó para cogerla de las piernas y la elevó sosteniéndola con ambos brazos, susurrándole al oído:

—Vámonos mi amor. Todo esto ya ha terminado.

Se dirigió hacia la escalera mientras Mohamed se acercaba a un rincón en el cual había visto la mochila que Alba llevaba cuando la secuestraron. Después recogió del suelo el palo que Sergio había soltado, y le siguió hasta el piso superior. Arriba, el esbirro continuaba inconsciente. El guía se adelantó, abrió la puerta y se asomó al exterior. No se veía a nadie. Se acercó a la motocicleta y la puso en marcha, luego se sentó en ella y detrás Sergio, y entre ambos, Alba, de lado, sobre las piernas de él, sostenida y abrazada por sus robustos brazos. En unos segundos desaparecieron de la polvorienta calle, y esta regresó nuevamente a la soledad y el silencio.

\* \* \*

## CAPÍTULO XL

—Tenemos que ir a la policía —sugirió Mohamed cuando abandonaron «*la ciudad de los muertos*».

—No hay prisa. Llévanos primero al hotel. Alba necesita darse una ducha y descansar. Mientras tanto pensaremos en qué decirle a la policía —gritó Sergio para que el guía pudiera oírle entre el incesante ruido de la motocicleta y del tráfico.

Cuarenta minutos más tarde llegaron al hotel *Le Meridien Pyramids*. Los guardias que custodiaban el acceso exterior se interesaron por el aspecto de Alba, y Mohamed les dio unas explicaciones que les dejó satisfechos, pero que Sergio no pudo entender. Lo mismo ocurrió con los de la puerta, cuando fueron a pasar el escáner y el arco de metales. Cinco minutos más tarde se encontraban ya en la habitación.

Lo primero que hizo Sergio fue abrir los grifos de la bañera y prepararle un reconfortante baño de agua caliente. Alba estaba sentada en la cama, exhausta, nunca había llegado a sentir tal grado de debilidad en su cuerpo. Sergio, en cambio, estaba en ebullición, su mente no parecía descansar ni un segundo, mientras ella no quería pensar en nada más que no fuera ese mismo instante, aquí y ahora.

—Creo que es mejor que ahora os deje solos. Estaré en la cafetería exterior, en la de la piscina —comentó Mohamed.

—Quizá podrías llamar a tu compañero Armet para que transmitiera al grupo la noticia de que hemos encontrado a Alba y se encuentra bien. Seguro que lo agradecerán.

—Por supuesto. Pensaba hacerlo cuando llegara abajo. Luego tenemos que acordar qué decir y comunicarlo a la policía. Tendremos que ir los tres a prestar declaración.

—Lo sé Mohamed. Ve pensando, seguro que se te ocurre algo creíble. Cuando acabemos, bajo y lo hablamos.

—De acuerdo. Me alegro muchísimo de verte bien, dentro de lo que cabe

—dijo refiriéndose ahora a Alba, y ella le correspondió con una gran sonrisa.

Desde que la había encontrado, Sergio no tuvo otro pensamiento que no fuera Alba. Ahora de nuevo reparaba en el guía, y comprendía que él también debía de haberlo pasado muy mal. Por los días que habían estado juntos en el crucero creía conocerlo en algunos aspectos, entre ellos tener un gran sentido de la responsabilidad, y estaba convencido de que se atribuía parte de la culpa en la desaparición de Alba. Esa era la razón por la que se había involucrado personalmente hasta ese punto para conseguir encontrarla.

Y por otra parte, se adivinaba en él un hombre que amaba su trabajo, con firmes convicciones pero también tolerante con las de otros, capaz de ganarse las simpatías de los turistas y de establecer fuertes lazos de amistad con ellos. Desde el primer momento existió empatía tanto entre los miembros del grupo, como con el guía, y ahora Sergio se daba cuenta de hasta qué punto le había afectado todo esto aunque, como él, intentara dejar de lado los sentimientos y actuar con inteligencia.

Le miró, no lo había hecho hasta ese momento, y observó todo lo que previamente había intuido. Se acercó a él y lo abrazó.

«*Muchas gracias Mohamed, siempre te estaré eternamente agradecido*», le susurró al oído mientras le abrazaba. «*Sois mis amigos*», contestó simplemente el guía correspondiendo a su abrazo de igual forma. Unos segundos después dio media vuelta y abandonó rápidamente la habitación, sin poder reprimir la emoción en su rostro.

Una vez Mohamed se hubo marchado, Sergio se acercó a Alba y le dio un suave beso en la mejilla.

—Aggg, no me beses, estoy asquerosa —dijo apartándose levemente de él.

No la hizo el menor caso, y volvió a repetir el beso en la otra mejilla.

—Venga, por favor, déjame que me asee primero, me siento muy sucia.

—Y yo te noto muy débil. Me temo que tendré que abrir tu maleta y buscar tu ropita interior, y también algo para vestirte después del baño.

—¡Ni se te ocurra! Tengo fuerzas suficientes para hacer eso yo sola —respondió incorporándose de la cama.

—Como quieras, solo pretendía ayudarte —dijo acercándose hasta ella y ayudándola a caminar. Cuando llegó hasta su maleta se separó y añadió—: Voy a ver cómo está la bañera, a ver si se me va a salir el agua.

Unos minutos más tarde, Alba se encontraba tumbada dentro la bañera disfrutando de sus cálidas aguas mientras Sergio, también en su interior y a su espalda, la enjabonada suavemente por todo el cuerpo. Mientras lo hacía Alba le contaba someramente lo que había ocurrido durante sus horas de cautiverio.

Observó un fuerte moratón a la altura del estómago, otro en la mejilla izquierda en la que además era ostensible su hinchazón, y luego las señales que las ligaduras habían dejado en sus muñecas y en los tobillos. En el resto de su cuerpo no apreciaba nada más, lo que le alegraba profundamente.

—Eres fantástico lavando el pelo. Ese masaje que me has dado sobre la cabeza, en las sienes, en la nuca..., mientras lo tenía enjabonado, ummm, vas a tener que repetirlo más veces —dijo melosa.

—Todas las que quieras. También te he lavado y dado un suave masaje en otras zonas... —protestó Sergio.

—¿A sí? Me habré quedado dormida, lo siento.

—Entonces voy a repetirlo para que puedas valorarlo.

—Shhh..., no te muevas, sigue acariciándome como lo estabas haciendo. Ahora mismo me siento en el cielo. Qué cosas, y pensar que hace algo más de una hora creía estar en el mismísimo infierno...

—Eso ya pasó, Alba. Por cierto, tenemos que pensar una versión de lo sucedido y que la información que demos los tres sea coherente y no existan contradicciones.

—No me siento ahora capaz de pensar nada.

Sergio se quedó en silencio unos instantes mientras seguía acariciando a Alba. Ya había estado pensando en ello, solo tenía que matizar algunos detalles. Finalmente, le dijo:

—A ver qué te parece esta idea. Luego la puliremos con las sugerencias de Mohamed. El principio, igual que en la realidad, te han secuestrado casi ante nuestras narices en el bazar Khan el Khalili, mediante cloroformo o algo

similar con el que consiguieron anestesiarlo de inmediato. Te despertaste en un lugar como el que has estado, esa lúgubre habitación. La diferencia es que no saliste de allí, no hubo tortura de ningún tipo, aunque les distes todos los datos que te pidieron, el hotel donde estabas alojada, el número de tu habitación, el nombre de tu marido o pareja..., además registraron tu bolso y copiaron la tarjeta de tu teléfono móvil.

»Por la noche, después de haber dado parte a la policía, cuando llegué al hotel me entregaron en la recepción un sobre que habían dejado a mi nombre. En él me indicaban una suma de dinero que tenía que conseguir a la mañana siguiente si quería que te dejaran en libertad.

—¿Y qué más? —preguntó intrigada.

—Me indicaron un lugar donde debía entregar una bolsa con el dinero en efectivo. Media hora más tarde, si todo había salido bien, recibiría en mi teléfono móvil una posición en el *google maps* donde localizarte. Y así fue, allí estabas esperándome, junto a la mezquita de *Muhammad Alí*. Eso es todo.

—Parece convincente.

—Y si no me da igual. Ya estás a salvo, no me importa si lo creen o no.

—Bien, ya me siento muy recuperada, y me estoy arrugando como una pasa, es hora de que salga del baño.

Sergio abandonó la bañera en primer lugar, cogió una toalla, ayudó a Alba a ponerse de pie y la envolvió en ella. Después él cogió otra toalla y se la anudó a la cintura.

—Venga, ahora vamos a vestirte.

—¿Vamos? Eso lo puedo hacer yo solita.

—Y yo que pretendía jugar a muñecas...

—No sabía que tenías esas inclinaciones tan perversas..., pues tendrá que ser en otro momento. Vístete y vete con Mohamed, yo bajo ahora después.

—Ni hablar, no pienso dejarte sola ni un instante.

—¿Ahora vas a estar siempre así?

—¿No te das cuenta? Aún no ha pasado el peligro. No sabemos qué puede

suceder a partir de este momento.

—No creo que sepan ni tan siquiera que estoy libre, y aunque sea así, aquí estoy segura, no se atreverían a intentar algo dentro del hotel. Venga, vete tranquilo, será un momento.

—De acuerdo, como quieras. ¿Tienes el móvil? —dijo mientras se dirigía hacia la mochila de Alba que Mohamed había dejado sobre una silla.

Alba no contestó. Mientras se frotaba el pelo con una toalla, pensaba en que no habían revisado si estaban todas sus pertenencias, especialmente el pasaporte. El resto de la documentación como los pasajes de avión o su DNI los tenía en la maleta.

—Está apagado. Será para que no lo localizaran. Voy a encenderlo —confirmó Sergio.

—¿Está mi monedero, y mi pasaporte...?

—Sí, aquí está, no parece que falte nada. Ahora luego lo revisas tú. Toma, ponle la contraseña al móvil —le dijo acercándole el teléfono—. Estaré abajo con Mohamed, en el bar de la piscina.

En menos de un minuto Sergio se vistió con unos vaqueros cortos y una camiseta, le dio un cálido beso y salió de la habitación.

Mientras Alba buscaba en la maleta la ropa que ponerse, el teléfono móvil comenzó a emitir reiterados y numerosos sonidos. No lo miró, era lo normal después de estar apagado. Suponía las numerosas llamadas y mensajes de *WhatsApp* que le habrían enviado todos, la policía incluida, desde que desapareció en el bazar.

Escogió unos pantalones cortos de color blanco y una blusa estampada suelta que se anudaba a un lado de la cintura. Lo dejó todo sobre la cama y se fue al baño para peinarse con el secador de pelo. Era una de las ventajas de su melenita corta y casual; en apenas unos minutos, con un secador y un poco de espuma, ya estaba lista.

Se observó en el espejo. Poco a poco, esa enorme palidez que advirtió cuando Sergio la llevó al baño, iba desapareciendo. Sus mejillas recuperaban su sonrosado color, excepto la del bofetón, donde el moratón se hacía bastante

ostensible, pero lo arreglaría con un poco de maquillaje. Su pelo castaño cobrizo volvía a mostrarse limpio y sedoso, y sus ojos de color miel brillaban con intensidad.

Se miraba y le costaba creerse que estuviera allí, limpia, indemne, sin apenas vestigios de lo ocurrido. Le daba la sensación de que todo había sido un mal sueño, algo que en realidad no había ocurrido, y que Sergio le había contagiado sus dichosas pesadillas y se iba a despertar en cualquier momento.

Las pesadillas..., menos mal que él si creyó en las premoniciones, y que fue perseverante hasta el final. Aún no sabía cómo había podido encontrarla..., tenían mucho de qué hablar todavía. Todo a su tiempo.

\* \* \*

Sergio le expuso a Mohamed su versión de los hechos mientras tomaban un reconfortante té frío en el bar *chill out* que había en la isla central de la piscina exterior del hotel.

—El principio me parece bien. Pero el resto lo haría más sencillo — propuso Mohamed—. Hay muchos interrogantes, y te pueden buscar la vuelta.

—¿Qué interrogantes?

—La cantidad de dinero que pidieron, cómo pudiste conseguirla tan rápido, no tienes ningún comprobante al respecto... entregaste el dinero sin ninguna garantía de nada..., y además, este no es un lugar donde se realice el secuestro exprés, como ocurre en algunos países de Sudamérica según tengo entendido. Ten por seguro que la policía ha movilizado todos sus recursos en este asunto, y no se van a dar por satisfechos con una explicación así que pueden desmontar enseguida.

—Entonces... ¿qué propones?

—Algo mucho más sencillo, y que no nos involucre. El rapto de ella tal cual sucedió. Pasó la noche en un lugar que, como es lógico, no podría identificar. A la mañana siguiente, es decir, hoy, alguien vino a verla y ordenó que la soltaran. Se trataba de una confusión. La llevaron en una furgoneta y la dejaron en un lugar de El Cairo, luego ella te ha llamado por teléfono y después pidió un taxi para que la dejara en el hotel.

—Suenan bien —afirmó Sergio.

—Ahora cuando subamos, le pides a Alba que llame con su móvil a tu teléfono. Luego tú haces lo mismo conmigo, y a partir de ahí yo llamo a la policía con esta versión. Así dejaremos constancia en el registro de llamadas por si quisieran comprobarlo.

—Parece que estas cosas se te dan mejor a ti que a mí.

—Mientras te esperaba en el bar he tenido tiempo para pensar y barajar varias posibilidades, eso es todo. Seguro que tú has estado ocupado en otras cosas —añadió con picardía.

Diez minutos después, Alba hizo su aparición en la piscina. Ambos hombres se quedaron mirándola absortos en su figura mientras cruzaba el puente que conducía a la gran carpa que cubría la isla central. No eran los únicos. Turistas tumbados en las hamacas, otros bañándose, camareros..., todos volvían su mirada hacia ella; pese a su sencillo atuendo, parecía envuelta en un áurea celestial.

Sergio no podía comprender que poco más de una hora antes la viera en un estado casi irreconocible, y en cambio, ahora mismo, irradiara tal grado de atracción. Es como si de pronto se le hubiera olvidado lo bella que era. Le parecía estar contemplando un espejismo.

Cuando llegó a su altura aún no había reaccionado, seguía mirándola sin pestañear.

—¿Ni un beso, ni siquiera un saludo...? Te noto algo distraído —dijo Alba con malicia.

—Es que aún no puedo creer que estés aquí, como si no hubiera pasado nada. Me parece increíble.

—Pasar ha pasado, pero intento olvidarlo, y tú debes hacer lo mismo, no me lo recuerdes más. Por cierto, estoy sedienta. ¿Puedes pedirme un té de menta bien frío?

—Eso está hecho —respondió volviéndose y llamando al camarero. Luego le contó la versión que Mohamed le había propuesto.

—A mí también me parece la menos complicada. Aunque no se la crean,

tampoco podrán hacer nada para demostrar que no es cierta —dijo Alba.

—Muy bien, pues ahora llámame. Con un par de minutos que mantengas la comunicación será suficiente.

Alba cogió de su mochila el teléfono móvil. Enseguida vio la cantidad de llamadas y mensajes que acumulaba, pero hubo una que la dejó helada, y era muy reciente. Sergio observó su rápido cambio de semblante y enseguida le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—Es..., una llamada de Mario. No, son dos, la primera hace veinte minutos, y luego otra, un poco después.

Sergio y Mohamed se miraron.

—Entra dentro de lo esperado. El sicario que se quedó allí inconsciente se habrá recuperado y le ha avisado. Supongo que ahora intenta atemorizarte —pronosticaba el guía.

—¿Y qué hago cuando vuelva a llamar?

—No vas a esperar a que te llame de nuevo —intervino Sergio.

—¿Qué quieres decir?

—Déjame que vea el número, voy a llamarle yo.

—No creo que sea lo más conveniente... —dijo Alba mientras miraba a Mohamed para que corroborara su opinión, pero este afirmaba con la cabeza, aprobando así la idea de Sergio.

—Si crees que es lo mejor... —añadió.

—Sí, Alba, hay que enfrentarse a las situaciones en lugar de pensar en huir —afirmó tajante.

—Marcó el número desde su móvil. Si no contestaba entonces probaría con el de Alba. No hizo falta, al tercer tono contestó.

—¿Sí?

—Hola Mario.

—¿Quién eres?

—Sergio. ¿Te acuerdas de mí?

Después de unos segundos de vacilación, replicó:

—Por supuesto.

—Alba está conmigo. La has llamado dos veces. ¿Qué quieres?

—Es un asunto entre ella y yo —respondió con voz áspera.

—Estoy al corriente de vuestro...«asunto». Ella no tiene los diamantes, y lo sabes perfectamente. Ahora vamos a la policía a dar la versión de lo sucedido. Tú dirás si quieres aparecer en ella o no.

Se hizo el silencio. Quedaba claro que Mario estaba meditando la respuesta. Después de varios segundos, respondió:

—Quiero hablar con ella —exclamó con rotundidad.

Sergio tapó el móvil con la mano y se dirigió a Alba:

—Quiere hablar contigo.

—De acuerdo —dijo ella haciendo suya la postura de Sergio de enfrentarse a la situación. Se alejaron de la barra y se sentaron en una mesa a una discreta distancia de los demás. Él le entregó el teléfono activando previamente el altavoz.

—Hola Mario. ¿Qué quieres ahora?

—No hemos tenido oportunidad de despedirnos...

—Afortunadamente.

—Bien, no sé cómo lo ha conseguido el «profe», quizá le haya subestimado. El caso es que estás libre y eso lo cambia todo.

—Desde luego que sí —afirmó Alba mostrando toda la convicción de que era capaz.

—No voy a perseguirte. Tiene razón tu novio, sé que no tienes los diamantes, y matarte tampoco va a salvar mi cabeza, así que..., lo que es por mí, puedes estar tranquila.

Alba guardó silencio.

—Yo por mi parte —añadió Mario—, voy a abandonar este país, y no pienso regresar a España, allí me espera una muerte horrible. Seguro que pondrán precio a mi cabeza, así que ahora voy a convertirme en un proscrito. De alguna manera, tanto tú como yo somos víctimas del mismo hecho. Sinceramente, te deseo lo mejor, pero ahora mismo creo que tus perspectivas son aún peores que las mías, si es que piensas regresar a España.

—No puedo pasarme la vida huyendo de ellos. No tengo donde ir ni medios para subsistir de esa forma fuera de mi país.

—Creo que yo podría ayudarte en ese aspecto —musitó con voz ronca.

—Gracias, pero mi sitio está en Madrid —respondió segura mientras miraba a Sergio.

—En ese caso voy a hacerte un regalo, quizá pueda servirte de algo llegado el caso. Espera un momento.

El sonido del móvil daba a entender que Mario había puesto la llamada en espera. Sergio, Alba y Mohamed esperaron pacientemente sin decirse nada hasta que transcurridos bastantes segundos la voz de Mario volvió a escucharse:

—Ya está. Dentro de nada te habrá llegado por *WhatsApp* los datos de un contacto cuyo nombre es Esteban. Es un lugarteniente en Madrid del cártel colombiano que busca los diamantes. Ahí tienes su teléfono. Utiliza esa información como estimes oportuno, pero ten en cuenta una cosa...

—Dime.

—Ellos no pararán hasta recuperar sus diamantes, y mientras tanto, caerán todos los que ellos sospechen que pueden estar implicados. Créeme, tu situación solo ha mejorado momentáneamente. Te estoy dando la oportunidad de que vengas conmigo, así podrás tener alguna posibilidad.

—Ya te he dado mi respuesta, Mario.

Alba escuchó un hondo y profundo suspiro, unos segundos de silencio, y, finalmente...

—Eres la dueña de tu destino, Alba. Te deseo lo mejor. Dile al capullo de

tu novio que yo jamás permitiría que te hicieran daño. Espero que él haga lo mismo.

—Creo que ya lo ha hecho, ¿no te parece?

—Hasta siempre, Alba, te deseo mucha suerte.

Fue lo último que escuchó. Los tres se quedaron mirándose sin saber qué decir, hasta que Sergio intervino:

—Bien, esto descarta a un enemigo. Mañana, cuando regresemos a Madrid, tendremos que ocuparnos de los colombianos.

—Vamos a hacer las llamadas que habíamos acordado. No me gustaría que la policía se enterara de que Alba está bien antes de que avisemos nosotros —dijo el guía.

—Venga vamos a hacerlo. Luego, si os parece, tomamos un taxi y nos vamos a comer con el grupo —propuso Sergio.

—¡Eso sería fantástico! Tengo unas ganas locas de ver a Bea —exclamó Alba.

—Pues imagínate las que tendrá ella de verte a ti. Estaba muy afectada; igual que Luis, y que Arturo..., pero ella..., ella estaba muy mal —afirmó Sergio.

—En cuanto avise a la policía, mi siguiente llamada será al compañero que ahora lleva el grupo, para que les dé la noticia de que vamos a comer con ellos—comentó Mohamed.

—Pues venga, vamos allá. Ya es hora de que disfrutemos un poco. Lo tenemos bien merecido —dijo Alba exultante de alegría.

Una hora más tarde se encontraban frente al restaurante, y tanto Alba como Sergio no pudieron ocultar su sorpresa. Se trataba de un barco, anclado en el Nilo, y cuya estética les recordaba a los vapores del siglo XIX que surcaban las aguas del río Misisipi. Un gran rótulo situado sobre el acceso lo bautizaba con el nombre de *Al Saraya*.

Al entrar, un amplio vestíbulo daba paso a la escalera imperial que ascendía al piso superior, flanqueada por grandes expositores que anunciaban diversos espectáculos. Giraron a la izquierda y penetraron en un espacioso

salón profusamente decorado en estilo clásico inglés, todo enmoquetado y en el que predominaban los tonos rojizos en tapicerías, manteles y cortinajes. Las vistas eran fantásticas, y, al fondo, en dos mesas redondas, estaban los compañeros de viaje. Aquellos no pudieron reprimir los vítores al verles, y Bea se levantó de un salto y corrió atravesando el salón, esquivando a todos los camareros que se cruzaron en su camino, hasta llegar finalmente a la altura de Alba y fundirse en un abrazo con ella.

Después de unos interminables segundos, la soltó y le dijo:

—Como vuelvas a hacérmelo pasar así de mal..., te mato. —Luego se echó a reír, y añadió—: Me lo contarás todo, con pelos y señales, eh.

—De acuerdo, pero no será hoy, no me apetece recordarlo.

—Claro, es normal, perdona. Lo que no entiendo... ¿qué hay que hacer contigo para que dejes de estar guapa? ¿Seguro que te han secuestrado?, ¿o te has ido tú solita de tiendas por ahí?

Alba solo respondió con una sonrisa. Se acercó a las dos mesas del grupo y todos sus miembros la abrazaron y felicitaron efusivamente. Llovían las preguntas sobre lo sucedido, estaban ansiosos de conocer los pormenores, pero ella las obvió. Solo quería disfrutar del momento, de la compañía de sus amigos, y sobre todo, de la de Sergio, del que no pensaba separarse nunca más.

\* \* \*

## CAPÍTULO XLI

El domingo, Alba y Sergio se habían levantado terriblemente cansados. Parecía que toda la tensión de estos últimos días se hubiese descargado de golpe, en un instante, como un rayo, y se hubieran quedado ahora sin la más mínima energía.

Ayer sábado fue un día de transición, de despedidas en el aeropuerto y de promesas de mantener el contacto, y seguro que sería así. Había existido *feeling* entre todos los componentes del grupo, una especial empatía que no suele darse en todos los viajes organizados, y que en este caso, quizá debido a las especiales circunstancias que tuvieron que experimentar por la inusitada desaparición de Alba, y su feliz recuperación, se afianzó aún más si cabe.

Regresaban a su lugar de origen, y se prometieron mantener la amistad aunque fuera en la distancia, así como intercambiarse las fotos que cada uno había hecho a través de del grupo de *WhatsApp* que el propio Mohamed había creado el primer día del crucero y al que había bautizado con el nombre de «*Sacerdotes de Egipto*».

Lo primero que hicieron en cuanto llegaron al apartamento de Alba fue llamar a Rubén Crespo, el inspector de la brigada de homicidios que ya había hablado en un par de ocasiones con ella como consecuencia del asesinato de Héctor. Lógicamente no se encontraba un sábado por la tarde en la comisaría, y le dijeron que volviera a llamar el lunes a primera hora.

Esa noche Sergio se quedó a dormir en casa de Alba, era ya tarde para ir su apartamento, y después de todos estos días juntos ahora resultaba difícil separarse. Él no llegó a plantear el tema, desconocía cuál sería la reacción de ella, y la creía muy capaz, pese a que el peligro que la acechaba era más que evidente, de negarse a una convivencia basada en una supuesta necesidad de protección. Pero hoy domingo Sergio no podía prolongar, sin más, ese supuesto acuerdo tácito de quedarse en casa de Alba, así que pensó en cuál sería la mejor manera de abordarlo.

No era un hombre que supiera utilizar los rodeos. Intentaba encontrar razonamientos, argumentos..., pero si era sincero consigo mismo, todo eso

parecía secundario. La verdadera razón es que estaba profundamente enamorado de ella, que estos días de viaje, y los anteriores en Madrid, le habían resultado más que suficientes para darse cuenta de ello. Era consciente de que su desaparición le había confirmado mucho más esos sentimientos que antes solo sospechaba, y sobre los que ahora tenía pleno convencimiento.

Pero... ¿cómo decírselo? Ella parecía también corresponderle. Desde luego, haciendo el amor no le cabía ninguna duda, pero la conocía bien, y Alba era de esas mujeres que necesitan estar muy seguras para dar un paso semejante. Había muchas posibilidades de que su propuesta resultara rechazada, aludiendo al consabido «*vamos a ir poco a poco, sin precipitarnos...*», o algo así.

Llevaba mucho tiempo en el que su corazón había estado conviviendo con la amargura de una tragedia que no era capaz de superar. Y, después, había estado atemorizado por unos sueños, unas premoniciones, que afortunadamente tuvieron un final feliz. El destino había puesto en su camino a una mujer maravillosa por la que, sin ninguna duda, sería capaz de dar la vida sin pestañear. La amaba, la deseaba..., pero al igual que con la pesadilla, el temor a perderla lo atenazaba como unas gruesas cadenas. ¿Qué podía hacer?

—Te noto como ausente —preguntó Alba cómodamente sentada sobre unos cojines que habían colocado sobre la rajada tapicería del sofá, mientras observaba a Sergio, que estaba a su lado.

—Lo que estoy es... agotado, y eso que nos hemos levantado cerca de las diez de la mañana. No sé qué me pasa, acabamos de desayunar y todo mi cuerpo parece de gelatina.

—A mí me ocurre lo mismo, pero creo que es normal. Ya de por sí, un viaje de estas características, con tan poquísimas horas de sueño, resulta agotador, y si a eso le sumas por lo que hemos pasado...

—No hables en plural. Quien ha pasado por una experiencia terrible eres tú, y en cambio..., resulta asombroso ver cómo estás. Imagino a otras mujeres, u hombres, personas en general, que hayan estado secuestradas y con la firme convicción de que iban a morir, no creo que estuvieran ahora como te veo a ti. Seguro que tenían a un montón de psicólogos con ellos.

—Yo tengo al mejor psicólogo que podría desear. Por cierto, creo que

todavía no te he dado las gracias por salvarme la vida —sonrió.

—Me basta con una sonrisa como la que me acabas de regalar.

Alba se acercó a él y le dio un cálido y lentísimo beso en los labios. La reacción de él no se hizo esperar. La rodeó con sus brazos y quiso prolongar durante mucho más tiempo ese beso pero de forma más vehemente. Ella se zafó sutilmente.

—¿No decías que te sentías como si fueses gelatina?

—Pues ahora, en cambio, me fluye la energía por todos mis poros.

—Qué raritos sois los hombres —sentenció Alba con ese gesto de malicia que tanto seducía a Sergio.

—Quizá yo pueda traspasarte algo de mi energía... —insinuó a sabiendas de que su intención no sería recogida por Alba.

—Pues no me vendría mal, ahí tengo todavía la maleta sin deshacer, lavadoras por poner..., pero deja, deja, quiero disfrutar de esta sensación de paz, de laxitud, de abandono...

—Yo también tengo la maleta tal cual la dejé anoche cuando llegamos. Quiero ducharme y no sé si me queda algo limpio que ponerme...

—Pues tendrás que ir a tu casa y traerte algunas cosas, ¿no?

Sergio se quedó mirando a Alba, sorprendido aún por su comentario. ¿Qué quería decir? ¿Daba por hecho que se iba a quedar aquí, en su casa? ¿Y por cuánto tiempo?

Por un lado prefería no ahondar en la cuestión. Estaba claro que podía continuar, al menos de momento, en el apartamento de Alba. Por otro..., él era un hombre al que le gustaba pisar terreno firme, y tener las cosas claras. Le parecía absurdo, por ejemplo, pagar el alquiler de su apartamento si se trasladaba al de Alba, pero... ¿realmente se tenía que trasladar?, ¿o solo tenía que traerse unas cuantas cosas?

Ahora mismo le consumía la impaciencia por encontrar respuesta a todas esas preguntas, y era posible que si se las planteaba a Alba, ella tampoco supiera qué responderle. Decidió aparcar el tema por el momento, se levantó del sofá y se dirigió al mueble que separaba el vestíbulo del salón.

—¿A dónde vas? —le preguntó Alba.

—Le has dado al botón de encendido de mi central térmica, y ahora tengo que soltar la energía de alguna forma. ¿Tienes un destornillador?

—¿Me lo preguntas en serio?

—Pues claro.

—No me lo puedo creer. ¿Ahora te vas a poner a hacer bricolaje?

—Será un momento.

—En la cocina, en el último cajón de abajo creo que hay algo.

—Allí se dirigió Sergio. Abrió el cajón indicado y... sí, podría decirse que allí había algo. No conocía a ninguna mujer que tuviera un mínimo de herramientas como es debido, las suficientes como para atender una elemental tarea. Alba, en este caso, se añadía a este grupo. Cogió lo poco que creyó que podría servirle, incluido un cuchillo de afilada punta, y regresó al mueble del recibidor. De allí cogió la cajita de música y se fue con ella, y las herramientas, al sofá donde estaba Alba.

—¿Te vas a poner a arreglar ahora mi cajita de música?

—¿Y por qué no? Seguro que estás deseando escuchar «*Voces de primavera*» mientras la pareja de bailarines danza para ti. Te dije que en cuanto pudiera te la arreglaría, y ahora tengo tiempo.

—Pues sí, me apetece, ya sabes el cariño que le tengo a mi cajita vienesa.

—Algo se habrá soltado y obstruye el giro del mecanismo, seguro que no será nada. Ahora veremos si puedo conseguir abrirla —dijo dándole la vuelta y observando los seis pequeños tornillos de punta de cruz que sujetaba la tapa inferior—. Lo veo difícil con esto —dijo enseñando el destornillador grande de punta plana y unos alicates que se había traído de la cocina—. ¿Seguro que no tienes nada más?

—Y eso lo tengo porque algún operario que estuvo aquí se lo dejaría. Yo no sé nada de bricolaje, ni me atrae tampoco.

—Pues fíjate, yo pensaba que serías una experta también en esto.

—¿Qué quieres decir con también? Yo no soy experta de nada.

—Creo que solo tengo la opción del cuchillo. Un poco rudimentario, pero no queda otra —dijo Sergio obviando la pregunta de Alba—. No me extraña que te costara tan cara como me dijiste, pesa un montón; debe ser de madera maciza y los engranajes muy sólidos.

—Pues ya ves, ha dejado de funcionar. Tampoco creas que la utilicé tantas veces. Creo que debió estropearse cuando me trasladé de apartamento. Sí, seguro que fue eso, no recuerdo haberla visto funcionar desde entonces.

—Pues lo más seguro, en los traslados se estropean muchas cosas, es normal —afirmó mientras se afanaba en aflojar los tornillos con la punta del cuchillo. Ya había conseguido soltar dos de ellos.

Unos minutos más tarde, Sergio había conseguido liberar los seis tornillos que sujetaban la tapa inferior. Ahora solo quedaba abrirla. Hizo un poco de presión con sus dedos, y aunque se marcaba la junta, no lo conseguía. Volvió a mirar con detenimiento a ver si faltaba por quitar algún otro tornillo que no hubiera visto antes, pero después de revisar la caja no lo encontró. Volvió a intentarlo con más fuerza, introduciendo la punta del cuchillo en la hendidura y haciendo palanca, y ahora sí consiguió que cediera. Separó la parte superior, donde estaba esa pequeña pista de baile con los dos muñecos y observó sin pestañear lo que había dentro del doble fondo destinado a contener los mecanismos.

—¿Qué ocurre? —exclamó Alba viendo la cara de asombro de Sergio.

—No te lo vas a creer —respondió él.

\* \* \*

Acurrucada como un gato en uno de los extremos del sofá, no conseguía ver desde su posición el contenido del interior de la caja, pero observando la expresión del rostro de Sergio fue capaz de vencer su cansancio, incorporarse y acercarse a él. Lo que vio la dejó atónita.

—¡No es posible! —gritó.

—Todo este tiempo..., te registraron el apartamento..., yo tampoco me lo acabo de creer.

Durante varios segundos ambos contemplaron con desconcierto y estupor

el contenido de la caja, intentando asimilar la realidad que se les mostraba. Alba acercó su mano y lo tocó, como si la vista no le resultara suficiente para creerlo. Deslizaba sus dedos por la irregular superficie de todos aquellos elementos que habían colapsado todo el espacio vacío de ese compartimento.

—Yo nunca había visto diamantes en bruto, pero deben ser estas pequeñas piedras de vidrio, ¿no? —musitó Sergio.

—A mí me gustan ya talladitos y brillantes. Lo digo por si algún día tienes intención de regalarme alguno —replicó Alba.

—Y yo que pensaba que eras una mujer diferente...

—Lo soy, no te quepa duda, pero tampoco es cuestión de ir desnuda por ahí...

—Ya, entiendo. Oye, ¿y tú crees que estarán todos?

—Pues eso espero, porque si no, tampoco nos va a servir de nada. Incluso pueden pensar que nos hemos quedado algunos.

—Tampoco sería mala idea —rió—. Bueno, el lunes llamamos al inspector y le damos la noticia. Ya tiene el motivo por el que torturaron y terminaron con la vida de Héctor.

—Lo que no entiendo es por qué no quiso confesar —se preguntaba Alba.

—Yo creo que se resistía precisamente para no involucrarte. Si les decía que los diamantes los tenías tú en una cajita de tu apartamento, pensarían que igual eras su cómplice. No cabía duda de que te pondría en peligro. Supongo que pretendía protegerte.

Alba meditó la elucubración de Sergio, y, conociendo a Héctor, no le parecía descabellada. O quizá simplemente no quería entregarlos porque pensaba utilizarlos para rehacer su vida. Con los años de inhabilitación a los que le habían condenado, un convicto en libertad provisional..., tenía un porvenir bastante negro. Sea como fuere, solo él sabía los motivos por los que se negó a confesar. La verdadera pregunta que ahora debía hacerse era qué hacer con los diamantes.

Apenas tuvo que pensarlo.

—Sergio...

—Dime.

—En tu móvil tienes el teléfono del contacto del cártel que te envió Mario por *WhatsApp*. Esteban creo que se llamaba, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

—Voy a llamarlo y decirle que tengo los diamantes.

—¿Qué? ¿Pero no crees que es mejor entregárselos a la policía?

—No. Ya oíste a Mario, seguirán buscando, y cayendo todos los que crean que pueden saber algo al respecto. Si encima averiguan que los tenía y se los entregué a la policía, no sé lo que serán capaces de hacerme como represalia.

—Tienes razón. De acuerdo, yo le llamo.

—No. Esto es asunto mío, y soy yo quien debe resolverlo.

Sergio se quedó mirándola. Alba lograba sorprenderlo en cada momento. ¿Realmente la conocía? No esperaba esta reacción por su parte, y debía respetarla, por supuesto.

—Muy bien, como quieras. ¿Cuándo vas a hacerlo?

—Ahora mismo, cuanto antes pasemos ese trago mejor. Es la única forma que tenemos para librarnos de esa espada de Damocles que se cierne sobre nosotros. No pienso vivir los próximos días aterrada, mirando a cada instante a mi espalda, y pensando que en cualquier momento me va a suceder algo. Quiero resolver esto de una vez y para siempre.

—Estoy contigo, Alba. Tienes toda la razón. Ahí te paso el número de teléfono —concluyó Sergio.

En cuanto Alba tuvo en su móvil los datos de contacto que le envió Sergio por *WhatsApp*, pulsó la llamada, accionó el altavoz y esperó. Segundos después una severa voz masculina con un acento sudamericano, contestó al otro lado de la línea:

—¿Sí?

—¿Eres Esteban? —Alba optó por tutearlo desde el primer instante. Creyó que de esa forma ocultaba mejor su miedo y su temor hacia él.

—¿Quién lo pregunta?

—Alba Garrido —respondió con firmeza—, aunque mi apellido no creo que te diga mucho. Soy la expareja de Héctor.

—¿Quién te ha dado mi número?

—Al parecer tenemos un amigo común.

Sergio observaba alucinado la excelente interpretación de Alba. Le parecía increíble que pudiera aparentar tanto aplomo sabiendo que ese hombre tenía en sus manos la decisión sobre su vida o su muerte.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Creo que tengo algo que estás buscando.

—Interesante. Bien, dime dónde puedo recogerlo y enviaré a alguien.

—No. Si lo quieres tendrás que venir tú mismo en persona. No me fio de un simple esbirro. ¿Quién me asegura que no se quedará una parte de estas «piedrecitas»?

—¿Y de mí sí que te fías?

—Pues sí, ya ves, y eso sin conocerte. Si tienes el puesto que me dijeron es porque eres más listo que los demás, y no me parece inteligente robar a tu propio jefe, aunque intentases justificarlo conmigo.

—Vamos a vernos, señorita. Tiene usted mucho «cuajo», y me apetece conocerla en persona —sin darse cuenta, Esteban ahora la hablaba de usted—. Ahora entiendo por qué Héctor juraba y perjuraba que usted no sabía nada de las «piedrecitas».

—Y era cierto. Las he encontrado por puro azar, y porque sus hombres no han sido capaces de hacer bien su trabajo.

—¿Sabe lo que decía Pablo Escobar?

—¿El narcotraficante colombiano?

—El mismo. Pues decía: «*Si le vas a hacer una cirugía a tu mujer para verla más bella, primero hazte una cirugía en tu corazón para tratarla mejor*».

—¿Y eso que tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Sé lo que ocurrió entre usted y Héctor. Me sorprendió que después de darle la patada y abandonarlo, él quisiera seguir protegiéndola. Yo tenía la convicción de que todo era un montaje y de que usted era su cómplice.

—Poco importa ya todo eso —Alba no quería entrar en ese terreno al que le estaba conduciendo Esteban. Probablemente tenía la pretensión de contarle pormenores de la tortura de Héctor y así minar su fortaleza—. Quiero resolver esto de una vez —añadió con firmeza.

—De acuerdo. ¿Dónde nos encontramos?

—Aquí mismo, en mi casa. Ya sabes dónde está.

—¿Cuándo?

—Los tengo en la mano. En cuanto antes mejor. No quiero sucumbir a la tentación de quedármelos.

—En una hora estoy ahí.

—Muy bien. Hasta luego.

Alba colgó nada más despedirse. No podía prolongar por más tiempo su actuación. Dejó el móvil sobre la mesa, y, en ese momento, Sergio se dio cuenta de que las manos le temblaban. La abrazó con fuerza, y Alba agradeció inmensamente que la estrujara de una forma tan ardiente.

\* \* \*

Una hora y cuarto más tarde sonó el interfono del apartamento de Alba. Ella misma contestó.

—¿Quién es?

—Esteban.

—Abro.

Alba se giró hacia Sergio en cuanto accionó el pulsador para abrir la puerta del edificio.

—Por fin, pensé que ya no venía —dijo angustiada.

—No es muy puntual, o quizá sea una estrategia. Tú mantén la calma —le sugirió Sergio.

—No es lo mismo. Por teléfono es algo muy distinto, podía controlar mucho mejor las emociones, él no me veía ni podía hacerme nada, pero ahora... estoy muerta de miedo.

—No es para menos, pero no creo que se atreva a hacerte nada aquí, y menos en persona, aunque sí puede atemorizarte, eso desde luego, y es muy probable que lo intente para ponerte a prueba, o simplemente disfrutar con ello. Querrá saber hasta dónde llega tu templanza.

—Pues se terminó hace unos segundos. No me siento capaz de fingir nada. Estoy a punto de ir al cuarto de baño, con eso te lo digo todo.

—Pues vete, yo me encargo de recibirlo.

En ese instante sonó el timbre de la puerta. Aunque lo esperaba, Alba no pudo evitar que su cuerpo diera un respingo.

—¿Todo preparado?

—Sí —respondió Sergio—. ¿Quieres que abra yo?

—No, pero quédate aquí, a mi lado.

Alba abrió la puerta y allí estaba el tal Esteban acompañado de dos hombres con muy mala catadura. Él era un hombre corpulento, de pelo moreno y rizado, mirada acerada, mentón prominente y grandes manos. Durante unos segundos ella y él se observaron sin decir nada ni moverse. Fue Alba quien, finalmente, rompió el silencio.

—Veo mucha escolta para entrevistarse con una simple mujer.

—Desde luego usted es una mujer, pero no tiene nada de simple —contestó el mafioso—. ¿Me permite pasar?

—Sí, claro, adelante —respondió abriendo más la puerta y echándose a un lado—. Él es Sergio, aunque seguro que usted ya lo sabe.

Esteban no contestó. Los dos matones entraron delante de él y comenzaron a inspeccionar el piso. Él se quedó en la puerta, dirigió una fugaz mirada hacia Sergio, y continuó observando a Alba mientras decía:

—Un amigo «íntimo», ¿no?

—Efectivamente.

—¿Qué tal su viaje por Egipto?

—Apasionante.

—Quizá yo también vaya a conocerlo —comentó con una turbia sonrisa en los labios—. Bien, parece que estamos solos —añadió al ver una señal de uno de sus escoltas.

—Vamos a sentarnos en el sofá, estaremos más cómodos —dijo Alba mientras se dirigía hacia él. Ella se sentó en un extremo y Sergio en el otro sofá que formaba una L con el anterior.

—Siéntese aquí, por favor —dijo ella indicándole el asiento que quedaba libre a su lado en el sofá. Esteban aceptó su ofrecimiento.

Sergio la miraba y alucinaba con lo que veía. Unos segundos antes de que subieran al piso, Alba estaba a punto de ir al baño, no sabía si a vomitar o por otra razón, su cuerpo se había agitado sobresaltado en cuanto escuchó el timbre, sus manos temblaban al abrir la puerta..., y ahora... resultaba absolutamente increíble ver la soltura con la que se manejaba, como si a diario tratara con capos de la mafia.

*«Veremos durante cuánto tiempo puede soportar tanta tensión»*, pensó.

Los dos escoltas se quedaron de pie, con la chaqueta abierta y la piel de su rostro sudorosa. Esteban se había sentado cómodamente al lado de Alba, pero de una forma correcta.

*«Este hombre tiene modales, al menos para comportarse en esta situación. Probablemente será muy diferente cuando quiera interrogar a alguien»* —pensó Alba mientras intentaba respirar hondo sin que se dieran cuenta.

—¿Y bien? ¿Dónde está lo que tiene para mí? —seguía hablándola de usted, algo que a ella le llamaba mucho la atención.

—Lo tiene aquí delante —respondió señalando la cajita de música de madera en color caoba que estaba sobre la mesa—. Al parecer los diamantes siempre han estado ahí.

—¿Y cómo se ha dado cuenta ahora? —preguntó Esteban mirando la caja pero sin tocarla.

—Pura casualidad. Un día dejó de funcionar; yo lo atribuí al traslado que hice de apartamento, y desde entonces ha estado así. La tenía puesta en ese mueble que tengo a la entrada. Hace un rato Sergio ha querido arreglarla, y al desmontarla se ha encontrado con esto —Alba acercó su mano y abrió la caja mostrando el doble fondo—. No hemos tocado nada, no sé si esto es todo o no, pero no sé nada más sobre este asunto.

Esteban se inclinó sobre la mesa y cogió unos pocos diamantes con la mano.

—¿No tendrá una bolsita por ahí?

—¿Le importa si antes los contamos?

—No pretenderá que le dé un recibo.

—Sería lo correcto, no le parece.

—Sinceramente, me sorprende usted. Yo no sé si se da cuenta de en qué situación está —dijo Esteban amenazante.

—Mi situación es que o entrego lo que se supone que tengo, o lo puedo pasar francamente mal, y quiero tener la garantía de que he realizado la entrega, y de que está lo que se supone que debe estar.

—Tiene mi palabra —dijo secamente.

Después de unos segundos de vacilación, Alba asintió.

—Me basta con eso. Ahora le traigo una bolsa.

Alba se levantó y se fue hacia la cocina. Sergio la miraba sin pestañear. Él no había abierto la boca durante toda la conversación entre Esteban y ella. Ni falta que hacía, desde luego. Se dio cuenta de que Esteban también la observaba hasta que desapareció de su vista, luego giró su mirada hacia él. Sergio se hizo el despistado, seguía mirando hacia la cocina, esperando a que Alba apareciese de nuevo. Unos pocos segundos después, allí estaba con una pequeña bolsa de plástico en la mano.

—¿Le sirve?

—Sí —contestó Esteban cogiéndola. A continuación vació el contenido de la caja en ella, anudó la bolsa y se la guardó en un bolsillo—. Creo que eso es todo —añadió levantándose.

—Me alegro de que por fin haya terminado esta pesadilla —dijo Alba incorporándose también.

—Ha sido un placer, señorita. Y me alegro que de una manera u otra, haya podido encontrar los diamantes, habría sido una lástima...

Alba entendió perfectamente a qué se refería Esteban.

—Sí, ya pasé por eso, y no es nada agradable, desde luego.

Esteban no volvió a decir nada más. Se dirigió a la puerta y sus dos escoltas salieron al corredor en primer lugar. Luego él hizo un gesto de despedida con la mano y cerró la puerta de la vivienda. Alba y Sergio se miraron durante unos instantes, no podían creerse que todo hubiese terminado.

Sergio se acercó a Alba y la abrazó, susurrándole al oído:

—Ya ha pasado todo cariño.

Alba no respondió. Continuaba abrazada a él sin moverse, con la cabeza hundida en su cuello, parecía que ni siquiera respiraba, hasta que de pronto comenzó a hipar. Poco después las lágrimas comenzaron a brotar de sus párpados. Sergio la acariciaba suavemente, de pie, junto a la puerta de entrada de la casa. Besó su frente, y luego sus húmedos párpados, después sus mejillas, y nada pudo evitar que llegara hasta sus labios.

Quiso besarla dulcemente, pero no pudo. Alba cruzó sus manos por detrás de su cuello y apretó su boca contra la suya. Estrujaba sus labios, los mordía, le introducía la lengua en su interior... En apenas unos segundos encendió el apetito sexual de Sergio hasta límites insospechados. Hasta ahora había sido al revés, ella en un lento y continuo crescendo, y él frenando sus impulsos para acomodarse al ritmo de ella.

Sergio estaba sorprendido, pero poco importaban los motivos de ese cambio. Lo cierto es que él también sentía ahora mismo la imperiosa necesidad de poseerla, y salvajemente además. La elevó con sus manos y ella se abrazó a horcajadas con sus muslos a la cintura de él. La llevó hasta el sofá

y sin apenas separarse de ella comenzó a desnudarla, con urgencia, como si no existiera un después. Su excitación ya no tenía retorno posible.

La de ella tampoco.

Alba parecía una gata, no la había visto nunca así hasta ahora. Gemía, mordía, clavaba sus uñas en él hasta hacerle sangrar, su exacerbada pasión no tenía freno, y nada parecía saciarla.

Como dos animales, guiados únicamente por el lascivo y concupiscente deseo de amarse con lujuria, se entregaron el uno al otro sin recato alguno, alcanzando el clímax en pocos minutos.

No fue suficiente, no sirvió para calmar su acuciante apetito.

Sergio colocó a Alba de espaldas a él, arrodillada sobre el asiento del sofá, su torso apoyado en el respaldo y sus brazos en cruz, abarcando toda la longitud del mismo. La penetró de un solo golpe, con urgencia, carente de su habitual delicadeza. Mordía su cuello, su nuca, sus hombros, mientras ella se movía incesantemente, formando en su interior, alrededor de su miembro, un aquelarre frenético y enloquecedor.

Empapados el uno con el sudor del otro, enardecidos por los íntimos y lascivos olores sexuales de ambos, se dejaron arrastrar sin medida alguna por la salvaje excitación hasta llegar nuevamente a un magnífico y colosal desenlace.

Parecía faltarles la respiración. Lentamente los jadeos fueron disminuyendo poco a poco, al igual que los latidos del corazón. Sin salir de su interior, Sergio la sentó sobre él, de espaldas, y la abrazó. La acariciaba muy despacio, con sus manos recorría los brazos, los muslos, el vientre, sus pechos..., su piel seguía inflamada, enardecida, pero esas caricias la serenaban, le otorgaban una paz que ahora necesitaba.

Los labios de Sergio besaban delicadamente el cuello de Alba, y lo recorrían hasta sus hombros. Aspiraban su especial fragancia, un aroma diferente que, desde la primera vez que hicieron el amor, quedó grabado para siempre en la memoria de sus sensaciones.

Respiró hondo, exhausto y satisfecho. Todo parecía haber terminado, y a la vez, una nueva vida comenzaba. Lejos quedaban las sesiones de terapia

psicológica, las pesadillas, las premoniciones, el rocambolesco asunto de los diamantes..., ahora lo único que importaba era que estaba profundamente enamorado de una mujer absolutamente única y especial, y que tenía toda una vida por delante para disfrutar de su amor.

—Cariño... ¿qué te parece si vemos como ha salido la grabación? — preguntó Alba.

—¿La de él o la nuestra?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que hemos venido aquí... y yo no he tocado nada, así que imagino que habrá seguido grabando.

—¿Qué? Pues ya lo estás borrando.

—De eso ni hablar. Seguro que no hay una peli porno tan excitante como esta.

—Pero yo no quiero que eso esté en el móvil, a saber quién puede verlo.

—Por supuesto cariño, ahora después lo pasaré a una tarjeta de memoria y lo borraré del móvil.

—Muy bien. Venga, tráelo, vamos a verlo.

Sergio se levantó y se fue hasta un estante del mueble aparador que estaba frente al sofá. Allí, oculto detrás de unos libros estaba su móvil, enfocando hacia la zona del estar, y cuya video cámara había activado antes de abrir la puerta cuando llegó Esteban.

Alba y él se sentaron juntos y comenzaron a visionarlo. Se veía perfectamente a Esteban, a Alba, a Sergio, y a uno de los sicarios, el otro estaba de espaldas. Apenas se oía pero Sergio comentó que con un amplificador podría solucionarse. Todo lo que sucedió desde que llegó el narcotraficante hasta que se marchó había quedado registrado en el vídeo, y con una calidad más que suficiente. No sabían si algún día necesitarían utilizarlo, pero era la manera que habían urdido para tener una prueba de la entrega de los diamantes.

—Esto nos da un mínimo de seguridad —comentó Sergio.

—Sí, pero fíjate, yo le he creído cuando me ha dicho que tenía su palabra de que el asunto ya estaba zanjado.

—¿Y por qué le crees?

—Este hombre seguro que ha hecho cosas horribles, y habrá matado sin pestañear, pero todo el mundo, incluso alguien como él, tiene sus códigos de conducta, y estoy segura que su palabra vale tanto como una deuda de sangre.

—Espero que sea así. De lo que no me cabe duda es que le has impresionado, y a mí también, jamás he visto una interpretación tan realista.

—Yo también me he sorprendido a mí misma. ¡Ahí va! ¡Qué bruto eres! — exclamó Alba cuando vio en el vídeo como Sergio la llevaba en volandas hasta el sofá y...

—Pues yo no recuerdo eso. ¿Seguro que soy yo?

—Luego lo comprobaremos, ahora apágalo, me apetece estar tranquila. ¿Podrías seguir con esas caricias tan relajantes que me estabas dando?

—Por supuesto, princesa.

—Un segundo —Alba acercó su mano a la cajita de música, cerró el doble fondo que ocultaba la maquinaria y accionó una pequeña palanca que había en un lateral. Comenzó a escucharse «*Voces de primavera*» mientras los dos muñecos giraban a su compás.

—Qué cara ha resultado la reparación de tu cajita de música. ¿Cuánto crees que debían valer ese montón de diamantes? —preguntó Sergio.

—Ni lo sé ni me importa. A mí me basta con uno. Espero que me lo regales algún día —respondió con picardía.

—Sí, ya sé, no es cuestión de «*ir desnuda por ahí*».

Alba sonrió y le dio un dulce beso en los labios. Estaba segura de haber encontrado al mejor hombre que podría haber imaginado.

*«¿Existe el destino o todo es fruto del azar? ¿Quién o qué hizo que Sergio se cruzara en mi camino? Bea, por supuesto ha tenido mucho que ver, ella se empeñó en que me dejara llevar y consiguió que actuara como una adolescente.»*

*Casi dos años angustiada por el más que probable regreso de Héctor, y con la escena en la que él me amenazó con su pistola grabada a fuego en mi mente. Y encima conozco a un hombre con terribles secuelas de un traumático pasado.*

*No pintaba bien, nada bien, pero Sergio me ha sorprendido totalmente. No podía sospechar que su interior albergara a un hombre así: valiente, apasionado, seguro de sí mismo, amable, seductor, dulce, delicado, encantador..., no me canso de enumerar adjetivos, y no digamos haciendo el amor... He descubierto una Alba que desconocía por completo, unas sensaciones que no había experimentado nunca..., mejor dejo de pensar en esto, ahora necesito disfrutar de la serenidad que me embarga en este momento.*

*¿Quién podía imaginar que este hombre escondiera todas estas cualidades? Realmente me dio pena cuando me enteré de su tragedia, y quise ayudarlo. En ningún momento pude sospechar que llegaría a enamorarme de él.*

*Sea como fuere, mi vida le pertenece, y mi corazón también, y espero disfrutar con Sergio cada uno de los minutos de mi existencia».*

\* \* \* \* \*

# SOBRE EL AUTOR



---

**Leo Mazzola** nació en Valencia, es arquitecto y máster de urbanismo por la Universidad Politécnica de esa ciudad. A lo largo de su trayectoria profesional ha diseñado y construido edificios para uso residencial, hotelero, comercial, cultural, deportivo, y de oficinas, además de numerosas viviendas unifamiliares, todo ello en el ámbito de la Comunidad Valenciana.

En su infancia, y quizá debido a su soledad, escribía relatos cortos generalmente épicos con caballeros y princesas, y también de intriga y suspense. En su adolescencia dejó de escribir para dedicarse a otras actividades como el teatro y la música, además de sus estudios de arquitectura.

La profunda crisis del sector inmobiliario a partir del año 2008 le proporcionó la posibilidad de fomentar una de sus mayores aficiones, la de escribir historias.

**AMORES PROHIBIDOS (Diario de un hombre) - 1ª Parte**, fue su primera novela en publicarse en papel por la Editorial Chiado en Noviembre de 2013. En agosto de 2014 se integra en la asociación literaria Colección LCDE y publica bajo este sello la versión digital. Poco después, en septiembre, publicó tanto en papel como en ebook, **AMORES PROHIBIDOS (Diario de un hombre) – 2ª parte**, con el que pone fin a esta bilogía romántica, emotiva y apasionada, llena de sensualidad y erotismo.

El 20 de diciembre de 2014 organizó el I ERA (I Encuentro de Novela Romántica Ciudad de Alicante) que se celebró en el Auditorio del Centro Imaginalia de esa ciudad, con la participación de 12 autores y 2 foros

literarios, y cuya madrina fue Arlette Geneve, finalista del premio Planeta 2008. Un certamen en el que las artes escénicas también estuvieron presentes mediante el espacio “La Romántica a escena” con una actuación teatral y otra de danza contemporánea.

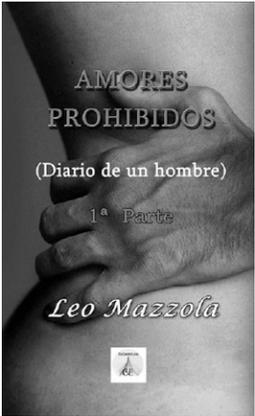
En noviembre de 2015 organizó el II ERA, en esta ocasión en el Centro Cultural las Cigarreras de Alicante, dado el éxito de la anterior edición y la necesidad de un mayor aforo. En este evento participaron debatiendo y exponiendo sus obras un total de 24 autores procedentes de diversas ciudades de España, certamen en el que presentó su tercera novela: **ATRAPADA EN VENEZIA**, una historia romántica llena de intriga y suspense y que se apoya en un profundo trabajo de investigación histórica.

Pertenece a diversas asociaciones literarias y culturales de Alicante, ciudad donde reside actualmente, como la AEA (Asociación de Escritores de Alicante) y EPA (Espejo de Alicante). Su relato “*Atardecer en otoño*” fue seleccionado para formar parte de la antología “*Pasión y Lujuria*” publicada por El Club de las Escritoras, y su microrrelato “*La despedida*” ganó el certamen convocado al efecto por la agencia literaria MJ.

Recientemente ha publicado su cuarta novela, **SUEÑOS DE LUNA**, un thriller romántico ambientado primero en Madrid y luego en Egipto, y en el que la intriga y el misterio mantienen el suspense hasta la última página.

# OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

## AMORES PROHIBIDOS (Diario de un hombre) – 1ª parte

	<p>Año de publicación: 2013</p> <p>Formato: Ebook</p> <p>Nº páginas: 316</p> <p>Género:</p> <p>Romántica-erótica</p> <p>Venta: <a href="http://www.amazon.es">www.amazon.es</a></p>
---	---

### **Sinopsis.**

Alejandro Hidalgo es un arquitecto que ha llegado a su madurez resignado a llevar una vida cómoda pero exenta de cualquier tipo de ilusión profesional y sentimental. Su matrimonio con María se ha convertido con el paso de los años en una placentera convivencia en la que el cariño y la amistad han sustituido por completo al imprescindible amor y deseo carnal que él siempre ha necesitado.

Sumido en una profunda y silenciosa depresión conoce en un portal de juegos de internet a Raquel, una mujer divorciada con la que emprenderá una romántica y apasionada historia de amor. Después de un año como amantes Alejandro reúne el valor suficiente y decide abandonar a María, iniciando así una nueva vida sentimental junto a Raquel convencido de que ese amor tan idílico y platónico como apasionado y lascivo que ambos han compartido hasta ese momento, es auténtico y perdurable. Será entonces cuando el mundo se derrumbe a sus pies y se someta a la tortura de un desamor que no pudo predecir ni tan siquiera imaginar, y que terminará destrozándolo psicológicamente.

Eva, una mujer casada y veintiún años más joven que Alejandro será quien conseguirá recuperar su autoestima y su ilusión en el amor, despertando en él su romanticismo más profundo y el lado más oscuro de su lujuria.

Silvia, María, Patry, Raquel, y ahora Eva, cinco mujeres que causaron una fuerte impronta en el carácter y personalidad de Alejandro, todas ellas muy diferentes entre sí, tanto como las respectivas historias de amor que vivió con cada una de ellas y sus circunstancias.

# AMORES PROHIBIDOS

## (Diario de un hombre) – 2ª parte

	<p>Año de publicación: 2014</p> <p>Formato: Ebook y papel</p> <p>Nº páginas: 558</p> <p>Género:</p> <p>Romántica-erótica</p> <p>Venta: <a href="http://www.amazon.es">www.amazon.es</a></p>
---	---

### Sinopsis

Nueve meses después de iniciar la cibernética relación con Eva, ese amor tan romántico, idílico y platónico lleno de sensualidad y erotismo que surgió de forma tan espontánea como imprevista, mostraba evidentes signos de agotamiento. Pese a todos sus esfuerzos Alejandro no consigue recuperarlo, y el cibersexo que antes practicaban juntos con la simpatía y la pícaro ingenuidad casi adolescente de Eva, va dando paso a fantasías sexuales cada más morbosas y transgresoras que se materializan en diversos encuentros reales.

Aflora el lado más oscuro de Alejandro, aquél que mantuvo reprimido durante todo su matrimonio con María, y que ahora, con la complicidad de Eva, alcanza una lujuria sin límites.

Pero sin bien Alejandro consigue hacer realidad todas sus fantasías sexuales, la ausencia de romanticismo y la progresiva frialdad y distanciamiento de Eva le arrastran nuevamente a la nostalgia y la desazón. El fantasma de Raquel vuelve a aparecer reclamando lo que un día fue suyo, y los mágicos momentos de amor vividos con ella se hacen cada vez más presentes en la diaria soledad de Alejandro, provocándole nuevamente una fuerte crisis emocional.

Será entonces cuando conozca a Candela, una mujer diferente que arrastra

también un pasado traumático que aún no ha logrado superar. Alejandro se enfrentará nuevamente al reto de una decisión tan dolorosa como trascendental en su vida. Una elección que no admite matices. Una nueva oportunidad para encontrar la felicidad.

# ATRAPADA EN VENEZIA



## Sinopsis

Después de una dramática ruptura con Raúl, su primer y único amor desde la adolescencia, Lara, una joven de veintitrés años graduada en turismo y cuyo mayor deseo es viajar por el mundo, inicia una nueva vida lejos de su hogar y conoce a Carlos, un artista plástico de carácter bohemio e independiente, surgiendo entre ellos una fuerte atracción. Una serie de circunstancias adversas impiden que esa relación fructifique y se consolide.

Mientras trabaja en un club de alterne conoce a Marcos, un hombre enigmático y con enorme personalidad, doce años mayor que ella, que la seduce irremediamente. Con él viajará a Venecia y se iniciará en los misterios de la Hermandad de la Luz, una sociedad secreta inspirada en creencias medievales y que practica rituales basados en el tantrismo.

Romanticismo, intriga, suspense, y un profundo trabajo de investigación histórica son las claves de esta nueva novela de Leo Mazzola.

---

## Contenido

[CAPÍTULO I](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO III](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO V](#)  
[CAPÍTULO VI](#)  
[CAPÍTULO VII](#)  
[CAPÍTULO VIII](#)  
[CAPÍTULO IX](#)  
[CAPÍTULO X](#)  
[CAPÍTULO XI](#)  
[CAPÍTULO XII](#)  
[CAPÍTULO XIII](#)  
[CAPÍTULO XIV](#)  
[CAPÍTULO XV](#)  
[CAPÍTULO XVI](#)  
[CAPÍTULO XVII](#)  
[CAPÍTULO XVIII](#)  
[CAPÍTULO XIX](#)  
[CAPÍTULO XX](#)  
[CAPÍTULO XXI](#)  
[CAPÍTULO XXII](#)  
[CAPÍTULO XXIII](#)  
[CAPÍTULO XXIV](#)  
[CAPÍTULO XXV](#)  
[CAPÍTULO XXVI](#)  
[CAPÍTULO XXVII](#)  
[CAPÍTULO XXVIII](#)  
[CAPÍTULO XXIX](#)  
[CAPÍTULO XXX](#)  
[CAPÍTULO XXXI](#)  
[CAPÍTULO XXXII](#)

[CAPÍTULO XXXIII](#)

[CAPÍTULO XXXIV](#)

[CAPÍTULO XXXV](#)

[CAPÍTULO XXXVI](#)

[CAPÍTULO XXXVII](#)

[CAPÍTULO XXXVIII](#)

[CAPÍTULO XXXIX](#)

[CAPÍTULO XL](#)

[CAPÍTULO XLI](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[OTROS TÍTULOS DEL AUTOR](#)

[AMORES PROHIBIDOS \(Diario de un hombre\) – 2ª parte](#)

[ATRAPADA EN VENECIA](#)





